

# Rosas al anocheecer

CRISTINA FONT BRIONES



ROSAS AL ANOCHECER

CRISTINA FONT BRIONES

Copyright© Cristina Font Briones, 2019

Primera edición

Registro Propiedad Intelectual

©ROSAS AL ANOCHECER

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS**

<http://cfbvioletalia.blogspot.com>

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la autora, bajo sanción establecida por ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la reproducción de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase al editor o a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro electrónico está licenciado exclusivamente para su uso personal. Este libro no se puede copiar, revender o entregar a terceros. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de esta autora.

ÍNDICE:

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

SEGUNDA PARTE

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

*El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos por donde ni los lobos se atreverían a seguir a su presa.*

Lord Byron

## PRÓLOGO

Desafiando a las leyes de la física, ante cientos de ojos expectantes apareció en el cielo un arcoíris sobre el que se deslizaban chispeantes gotas esféricas, tras amainar la tormenta helada que había cubierto de nieve gran parte del mar y de la fina arena de la playa.

En el restaurante Mar Azul los comensales admiraban, a través de las grandes cristaleras, el fenómeno que se estaba produciendo. Estaban todos absortos, excepto Nuria. Ningún acontecimiento podría lograr que sus ojos se apartaran de la noticia que estaba leyendo. Sentada en una mesa, deleitándose con una copa de Rioja mientras esperaba el primer plato, ojeaba la prensa del día cuando una noticia la dejó sin respiración. El titular nombraba a su amiga Sofía Duarte y a un hombre llamado Daniel Sáez. Bebiendo de un trago el vino se dispuso a releer pensando que algo se le escapaba de su entendimiento:

«A diez kilómetros de la localidad de Jávea, un arqueólogo había encontrado en una pequeña cueva los cuerpos de dos personas con síntomas de congelación. En el momento en el que fueron descubiertos sus cuerpos estaban fríos, la piel pálida y dura, pero sus corazones aún seguían latiendo. Después de llamar al servicio de emergencias los trasladaron de inmediato al hospital. En la actualidad se encuentran en estado crítico. Han sido identificados como Sofía Duarte, arquitecta residente en Alicante y miembro de la Fundación Corazón Feliz, y Daniel Sáez, ingeniero vecino de Valencia. Hasta el momento sus familiares y amigos no han encontrado ningún nexo en común entre ambos y el hecho de que se trate de dos desconocidos inquieta aún más sobre la razón por la que se encontraran los dos juntos en un sitio tan apartado y el extraño estado en el que se hallan sus cuerpos».

Nuria, apartando sus ojos del periódico, observó a través de la ventana el inusual arcoíris que se había formado en esa época del año y, desde lo más profundo de su ser, hablando en voz alta sin importarle quién la escuchara, expresó:

—Amiga, llevabas razón, y yo pensaba que estabas loca. Quizá en otro tiempo, quizá en otro lugar...

## **PRIMERA PARTE**

España, 18 de enero de 2018

Ilusionada, cerró la puerta de su estudio de arquitectura sito en Alicante. En dos meses el proyecto del diseño de una escuela infantil en la India se haría realidad. Desde que entró a formar parte de la Fundación Corazón Feliz, cuyo objetivo principal consistía en mejorar las condiciones de vida de los niños más desfavorecidos de la India, Sofía se implicó de forma desinteresada en la construcción de una escuela, ideando un conjunto de edificios de una sola planta con capacidad para cerca de doscientos alumnos con zonas recreativas y de alojamiento. Mientras esperaba el ascensor escuchó el sonido de llamada del teléfono de la oficina. Una vez paró de sonar recibió una llamada en su móvil de número desconocido. Hacía un tiempo que recibía llamadas y, al contestar, colgaban. Sin prestarle la mayor atención abandonó el edificio y se encaminó al aparcamiento.

Con tranquilidad, puso en marcha su vehículo y salió de la ciudad tomando la autopista dirección a Valencia, donde tenía una importante reunión en la sede de la fundación. Durante el trayecto comenzó a recordar cómo llegó a formar parte de esa organización que había logrado rellenar de ilusión pequeños espacios hueros en su vida.

Desde muy temprana edad salieron a la luz sus dotes creativas: dibujaba horas y horas sin parar sobre cualquier papel que se le pusiera por delante sin importarle que pudiera manchar su contenido. De mente inquieta y vivaz, su otra afición era leer y recrearse con los cuentos que su padre le regalaba, sintiendo predilección por las historias fantásticas de los autores del siglo XIX: Los Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Dickens, Lewis Carol... Su cuento preferido era *Rapunzel*, sentía como si lo conociera desde antes de leerlo por primera vez, le resultaban familiares sus personajes, el argumento. Se aprendió algunas frases de memoria y, cuando estaba sola,

las recitaba palabra por palabra, con cada coma, con cada interjección. Conforme creció sus gustos se fueron perfilando, sintiendo especial atracción por la construcción de edificios, la estética, la función de los espacios. Sabía que estudiaría Arquitectura, pero antes quería colaborar con alguna ONG; deseaba conocer otros países. Alentada por su amiga Nuria, se inscribieron en un programa de voluntariado internacional donde tendrían la oportunidad de conocer durante unos meses otras culturas y situaciones.

Cargadas de energía, partieron rumbo a la aventura soñada. Su primer destino fue Guatemala, después Perú y por último Costa Rica, donde conoció al hombre que cambió el curso de su vida. Raúl era médico y trabajaba para una ONG. Temporalmente estaba destinado en una aldea de Guanacaste, una de las provincias más ricas y a la vez más pobre del país. Sus costas bañadas por impresionantes playas, imponentes montañas y vegetación, propiciaban que fuera uno de los lugares más frecuentados por los turistas, lo que generaba riqueza, pero la mayor parte estaba concentrada en manos de extranjeros. Sin embargo, se trataba de una de las zonas que albergaba mayor pobreza de Costa Rica. Rodeada de una exuberante vegetación, la ONG había construido un pequeño complejo que contaba con varias casas de maderas cada una destinada a finalidades diferentes: viviendas, guardería, comedor, y la mayor la habían habilitado con los instrumentos indispensables para atender las necesidades médicas de los niños más necesitados.

Raúl era un hombre de estatura alta, complexión fuerte y profundos ojos negros. En cuanto lo vio por primera vez se sintió atraída por él. Coincidían a la hora de almorzar y cenar en el mismo comedor dispuesto para el personal que trabajaba o colaboraba para la ONG.

Aunque habían sido presentados, él no mostraba el más mínimo interés por ella. Era un hombre serio, siempre implicado en su trabajo, sin comunicarse con nadie más allá del terreno profesional. Ella estaba acostumbrada a que los hombres la miraran. De estatura mediana, bien proporcionada, con una frondosa melena de color miel y grandes ojos verdes, era objeto de miradas lascivas a las que no atendía, más bien evitaba. Aunque esta vez estaba deseando que él la mirase así.

Fue una mañana, al escucharla recitar de memoria algunas frases de un cuento a unos niños que la miraban embobados, cuando se fijó en ella.

Sintiendo su presencia, instintivamente miró hacia atrás y se encontró con los oscuros ojos de Raúl clavados en los suyos. Esbozando una dulce sonrisa lo saludó y él, después de responderle al saludo de la misma forma, se marchó.

Esa noche, después de cenar, Raúl se acercó hasta la mesa donde se encontraba y, sin cambiar el semblante serio de su rostro, le propuso dar un paseo por las inmediaciones. Había quedado para ir a la ciudad a tomar unas copas con Nuria y otros voluntarios, pero no pudo resistirse a su profunda mirada que le despertaba todos sus sentidos y, casi sin dudarlo, le contestó que iría encantada.

Era una noche cálida, silenciosa, iluminada por cientos de estrellas que brillaban con la misma intensidad que sus ojos. Raúl, en tono afable, comenzó a narrarle parte de su vida. Nació en Madrid y era médico por vocación. Decidió trabajar para una ONG porque necesitaba sentirse útil para los demás, además de ser una gran oportunidad para vivir y conocer otros países. Con atención, escuchaba cada frase que pronunciaba, sintiéndose pequeña ante ese hombre al que acababa de conocer y al que ya admiraba: tenía diez años más que ella y le enardecía la madurez que demostraba con cada palabra que articulaba. A su lado se sentía protegida, nada malo le podía ocurrir mientras él caminara junto a ella.

Pasada una hora Raúl la acompañó hasta la pequeña cabaña de madera donde se alojaba, quedando en repetir el paseo próximamente. Con una dulce sonrisa dibujada en su rostro se acostó, pero estaba tan alterada que no lograba conciliar el sueño. Pensaba continuamente en él, memoraba cada instante, cada palabra que había pronunciado, y así continuó hasta que a las cuatro de la madrugada escuchó cómo entre risas entrecortadas su amiga lograba meterse en la cama.

Los paseos bajo la luz de la luna se repitieron durante los dos meses que le quedaban para finalizar el voluntariado. Dos días antes de marcharse, Raúl le pidió que se quedara con él; le buscaría trabajo y juntos desarrollarían una bonita labor con los niños tan necesitados de sus cuidados. Cuando se lo expuso a Nuria esta, sin dudarlo, le recomendó que regresara a España con ella. Ya era hora de encaminar sus futuros profesionales. Además, no le gustaba nada Raúl, pensaba que la estaba manejando a su antojo; había descubierto sus debilidades y se aprovechaba de ellas para manipularle la

mente, pero estaba tan enamorada que solo veía la parte humana que él le mostraba. Sin lograr convencerla, Nuria partió hacia España y ella decidió quedarse una temporada más junto a su idolatrado Raúl.

La temporada duró nueve cálidos y tiernos años. Junto a Raúl trabajó sin descanso en un pequeño hospital que habían construido con el dinero recaudado por la ONG en una localidad cercana a San José. Su amor y admiración por Raúl fue creciendo hasta el punto de plantearse formar una familia.

Raúl, aunque la adoraba, no quería ni casarse ni tener hijos; pensaba que ello entorpecería su labor como médico, que era su prioridad en esos momentos. Quería prosperar y ser una eminencia en su especialidad pediátrica y no dejaría que nada ni nadie ralentizara la meta que se había trazado. Tenía la reputación de ser uno de los mejores médicos de la región: un hombre serio, trabajador, respetable y causaba admiración.

Ella era la pareja ideal para él: culta, educada, alegre, servicial, los niños la idolatraban y estaba profundamente enamorada de él. Vivían juntos en una bonita casa cerca del hospital. La mayor parte de la semana la pasaban trabajando y todos los sábados Raúl se marchaba a la capital para reunirse con un grupo de médicos regresando el domingo a su hogar. Era feliz junto a él y, aunque nunca había conseguido que su relación fuera apasionada, no le faltaba el cariño que él le daba cuando lo necesitaba.

Su vida transcurría tal y como él le marcaba; ella lo admiraba tanto que pensaba que todo lo que él hacía y decía era para su bien. Entre sus cometidos estaba entretener y educar a los niños del hospital. Siempre que podía les recitaba su cuento favorito. Además, había encargado todos los libros de sus autores preferidos de su infancia, leyéndoselos expresivamente hasta que lograba sacar la más tierna de sus sonrisas. Se consideraba afortunada por la vida que llevaba junto a él, aunque deseaba tanto tener un hijo que a veces hasta se despertaba por las noches soñando que se había hecho realidad, pero todo se quedaba en un sueño.

El destino quiso que el curso de su vida volviera a cambiar cuando un grupo de voluntarios llegó al hospital. Como en sus comienzos, estaban sedientos de vivir una nueva experiencia y, queriendo sentir de nuevo en su piel esa ilusión, se esforzó por congeniar con ellos. Un sábado por la noche le

propusieron que se fuera con ellos a cenar a la capital. Hacía tiempo que no iba, la idea le emocionaba, aunque el sábado era el día en que Raúl iba allí y habían quedado en que ella podría ir cualquier día de la semana excepto el sábado; así cada uno conservaría parte de su espacio. Ante la insistencia de los voluntarios aceptó ir; no tenía por qué encontrarse con él y por una vez que se saltase la norma pensaba que no le iba a molestar.

Montados en un Jeep llegaron a San José. Al pasar por una estrecha calle observó a un hombre de espaldas que entraba en una casa: era Raúl. Mientras visualizaba el lugar se quedó con la dirección y el sitio donde había entrado. Aunque sintió cierta inquietud, la disimuló lo mejor que pudo e intentó pasar una velada agradable junto a los chicos.

El domingo, cuando Raúl llegó a casa, no le comentó nada. Había algo en su interior que le decía que tenía que ser prudente y averiguar dónde iba realmente todos los sábados. Con astucia, poniendo como excusa que necesitaba material didáctico para los niños, solicitó el lunes libre para ir a comprarlo a la capital.

Sobre las dos de la tarde llegó a la ciudad de San José. Inquieta, realizó el mismo recorrido que el sábado y encontró la calle en donde lo había visto. Después de estacionar el vehículo caminó hasta que dio con la casa en la que lo vio entrar. Justo enfrente había un pequeño restaurante y, ante el rugir de sus tripas, entró para almorzar. Situándose en una mesa junto a la ventana observó a una chica que salía de la casa, cruzaba la calle y, a continuación, entró en el restaurante.

Disimuladamente la contemplo: vestía una minifalda vaquera, camisa amarilla y zapatos de tacón del mismo color. Como si conociera al camarero de toda la vida lo saludó con énfasis y, después de mantener una animada conversación con él, se sentó en la mesa contigua a la suya. Por su vestimenta y la forma de hablar se imaginó a qué se dedicaba. Necesitaba hablar con ella y averiguar qué hacía la otra noche Raúl en esa casa.

Después de meditar la forma de acercarse a ella, con agallas comenzó a hablarle con la intención de iniciar una conversación. Comenzó preguntándole si vivía por la zona y, con el falso pretexto de que estaba buscando trabajo, le insinuó que lo necesitaba con urgencia. La chica, sin tapujos, le contó que trabajaba en la casa de *madame* Rosandra, justo en la casa que había enfrente

y que si estaba muy necesitada se la podía presentar. Mintiendo lo mejor que pudo le comentó a la chica que se encontraba en un apuro y necesitaba dinero. La chica, tomando su vaso, se sentó en la mesa junto a ella y le susurró que si quería dinero fácil y rápido sabía la forma de conseguirlo. La casa de *madame* Rosandra era un prostíbulo, el mejor de la ciudad y le aseguró que en solo unos días se podría sacar un buen sueldo. Fingiendo estar interesada, le preguntó por el tipo de clientes que acudían allí, a lo que le contestó que la mayoría eran hombres muy bien situados, sedientos de los placeres que encontraban en la casa de *madame* Rosandra. Sabía que tenía una gran oportunidad de conseguir cualquier información de esa mujer, así que directamente le preguntó si profesionales como empresarios, médicos, visitaban el prostíbulo. La chica, con ganas de chismorrear, se *explayó* contándole con todo detalle los clientes que iban en busca de sus servicios, hasta que nombró a Raúl, un médico que desde hacía muchos años las visitaba todos los sábados. Lo describió como un hombre ardiente, apasionado. Durante años fue el amante de *madame* Rosandra, hasta que esta se hizo algo mayor. Entonces él se buscó otra más joven que le pudiera satisfacer su enorme apetito sexual. Perpleja por lo que estaba escuchando, sintió que se iba a desmayar, pero aguantó la compostura y, poniendo la excusa de que había quedado con una buena amiga se despidió, manifestándole que si no encontraba trabajo iría a la casa de *madame* Rosandra.

Al salir del local, sin poder remediarlo, comenzó a llorar. Caminando sin sentido ni dirección, temiendo que se fuera a desmayar, se sentó en un peldaño de la puerta de una vivienda. Respiró profundamente cuatro veces seguidas, inhalando por la nariz y expulsando por la boca. Por mucho que lo intentara no podía asimilar lo que había oído. A su mente llegaba una y otra vez la descripción que la chica había realizado de él, sintiendo como si un cuchillo se le clavara en el corazón. Con ella siempre había sido muy cariñoso, tierno, pero nada pasional: la pasión la dejaba para otras mujeres. Pensando el motivo, concluyó que Raúl era un hombre hipócrita, se las daba de ser el perfecto caballero, un hombre serio y formal, pero su verdadera esencia la ocultaba, y ahora ella sabía su secreto. Sentía la imperiosa necesidad de desahogarse con alguien. Entonces tomó su teléfono móvil y llamó a Nuria. Su amiga, al escucharla hablar con tanto dolor, le recomendó que regresara a España lo antes posible: ese hombre no era trigo limpio, le

había dedicado varios años de su vida porque estaba ciega de amor. Lo que le había pasado le serviría para abrir los ojos y darse cuenta, por fin, con quién estaba.

Sabía que a Nuria nunca le había gustado Raúl, pero esta vez llevaba razón. Al sentirse algo más fuerte, se dirigió hacia su vehículo con la firme decisión de comunicarle a Raúl lo que había averiguado y terminar definitivamente la relación con él. Nada más llegar a su casa se fue directamente al baño. Después de limpiarse el resto de lágrimas que brotaban de sus ojos, se marchó a buscarlo al hospital. Estaba enfurecida, dolida, y necesitaba hablar con él.

Cuando llegó su rostro denotaba enfado y dolor. Raúl nada más verla lo advirtió. Ella, lo llevó hasta un lugar apartado y le narró lo que había descubierto. Él, de inmediato, lo negó todo una y otra vez, pero ella sabía que mentía y, con rotundidad, le informó de que en unos días regresaría a España. Sin embargo Raúl no la iba a dejar marchar tan fácilmente y le juró repetidamente que lo que le habían contado era totalmente falso. Sabía de la existencia de la casa de *madame* Rosandra y alguna vez había acudido para acompañar a algún amigo, pero solo había sido ocasional, él nunca había estado con ninguna mujer que trabajara allí. Le suplicó una y otra vez que no se marchara, incluso le propuso que se casaran. Pero ella estaba dispuesta a dejarlo y regresar a su país en una semana. Su ceguera había desaparecido, ahora lo veía tal y como era en realidad.

Un malestar repentino le impidió organizar el viaje tan deprisa como hubiera querido. Sus fuerzas, sin saber el porqué, se fueron debilitando. Cada día se encontraba más cansada. Raúl le suministró vitaminas y unas gotas para mejorar su estado anímico. Opinaba que su estado físico era debido a que tenía síntomas de angustia provocado porque lo iba a abandonar y en el fondo ella no quería hacerlo. La cuidaba y le dedicaba cada rato que tenía libre. La mimaba como nunca lo había hecho y hasta dejó de ir los sábados a la capital. Aunque notaba que se estaba esforzando por su recuperación tanto física como emocional, seguía con la idea de regresar a España. Los días pasaban y el tratamiento que le administraba Raúl no le hacía efecto; al contrario, cada día estaba más débil. Al cabo de un mes, su amiga Nuria, preocupada por su estado de salud, sin comunicarle nada, decidió ir a buscarla. Intuía que algo raro estaba ocurriendo.

Una vez en Costa Rica, sin tan siquiera dejar la maleta en el hotel, Nuria se dirigió al hospital donde trabajaba. Nada más llegar le informaron de que hacía días que no acudía a trabajar debido a que se encontraba mal. Impaciente por verla caminó hasta la casa en la que vivía con Raúl. Sabía que la iba a encontrar desmejorada, pero, cuando Nuria observó la extrema delgadez en la que se encontraba se alarmó aún más. Sorprendida y emocionada de ver a Nuria, la abrazó y comenzó a llorar. Entre lágrimas le expresó que no entendía cómo se podía encontrar en ese estado, aunque estuviera muy dolida por lo que había descubierto de Raúl, no era motivo suficiente para enfermar tanto. Estaba decidida a abandonarlo, pero le faltaban energías y se sentía acorralada.

Nuria pensó que Raúl era el causante de su enfermedad. Seguramente le estuviera suministrando algún medicamento que la debilitara para que no pudiera marcharse. Sin pensarlo dos veces, Nuria le pidió que la llevara hasta su dormitorio. Una vez dentro, nerviosa y con prisas, le requirió una maleta. Sin darle ninguna explicación fue metiendo algún ropaje. Acto seguido la ayudó a vestirse y, rogándole que confiara en ella, le ordenó que recogiera su documentación y cosas de valor. Lentamente, fue haciendo todo lo que le indicaba su amiga. Nuria la apremiaba; tenían que irse de allí antes de que Raúl llegara. Después de llamar a un taxi salieron de la casa. Contemplando por última vez su hogar, sus ojos se humedecieron, pero de ellos no salió ni una sola lágrima.

Su mente regresó a la actualidad al observar unas finas gotas de agua desplazándose por los cristales del coche. Estaba comenzando a llover y nunca le había gustado conducir bajo la lluvia, pero en unos veinte minutos llegaría a Valencia. Encendió el parabrisas y eliminó las minutas gotas de agua, al igual que sus recuerdos de Costa Rica. A continuación dejó a un lado el oscuro pasado con Raúl y rememoró la etapa en la que regresó a España.

Nada más llegar a Jávea, Nuria quiso llevarla directamente al hospital, pero ella prefería ir a su casa, ver a su familia y descansar del viaje. En tan solo dos días recuperó algo de energía y, ante la insistencia de su amiga, acudió al hospital para hacerse una revisión. Los médicos no dieron con la causa que le había provocado que llegara a estar en ese estado. En los análisis

realizados no habían encontrado restos de ninguna sustancia dañina, aunque algunas se eliminan del organismo en veinticuatro horas. Cabía la posibilidad de que le hubieran estado administrando un medicamento a diario que la fuera poco a poco debilitando. Si era así, en unos días volvería a recuperar su vitalidad.

Y así fue. Pasada una semana comenzó a sentirse más fuerte, tenía apetito y comenzó a salir todas las mañanas a pasear por la playa del Arenal. Tanto ella como Nuria estaban convencidas de que Raúl le había estado suministrando alguna sustancia con la finalidad de hacerla dependiente de él o quizá de envenenarla para que su secreto no saliera a la luz: aspiraba a ser una eminencia y debía de conservar a toda costa su imagen de hombre serio y respetable. El hecho de que se supiera que era adicto al sexo que obtenía en la casa de *madame* Rosandra mancharía su pulcra imagen. Aunque no lo pudieran demostrar, sentían unas ganas bárbaras de vengarse, pero decidieron que lo mejor era olvidarse, enterrar el pasado y mirar con ilusión un futuro prometedor.

Desde que se marchó de Costa Rica, Raúl la llamaba con insistencia y le enviaba continuamente mensajes. Pese a lo ocurrido y con el corazón roto, no podía enterrar sus sentimientos de un día para otro, pero sabía que lo conseguiría. Le había dado los mejores años de su vida, había cambiado su carácter desenfadado porque él se lo pidió convirtiéndose en la mujer que quería que fuera: educada, sumisa, guardando siempre las formas y entregada totalmente a él. Después de sopesar lo mejor para su bienestar decidió seguir las recomendaciones de Nuria y no atendió a ninguna de sus llamadas hasta que con el tiempo desistió.

Cumplidos ya los treinta años comenzó a estudiar la carrera de Arquitectura en Alicante. Vivía en un apartamento compartido en la ciudad y los fines de semana iba a Jávea para visitar a su familia. Su vida tenía un nuevo sentido y, poco a poco, recobró su esencia: volvió a ser la mujer sencilla, vivaz, alegre y apasionada de todo lo referente al mundo de la arquitectura. Los sábados salía con el grupo de amigos de Nuria y, casi sin darse cuenta, comenzó a desconectar de su pasado, convirtiéndolo en una leve sombra que solo aparecía en los días nublados. Sus estudios iban mejor de lo que ella podía haber imaginado; era muy creativa, disciplinada, entregada.

Había pasado un año cuando recibió una llamada que la sobrecogió. Se trataba de una antigua compañera del hospital de Costa Rica a la que le comunicó que dejaba el país a causa de su enfermedad y desde entonces no había sabido nada más de ella. Después de sentir un escalofrío respondió a la llamada. Su compañera le comentó que hacía unos días había regresado a España y la llamaba para saber cómo se encontraba y, a ser posible, quedar algún día para almorzar. Con miedo le preguntó sobre el funcionamiento del hospital y, al pensar que le iba a hablar de él, se agarró con fuerzas a la silla que tenía a su lado y, a continuación, escuchó la voz de su amiga informándole de las mejoras realizadas. De sopetón le soltó que Raúl se había casado con la hija menor de un afamado médico. La noticia le impresionó, pero no lo demostró. Cuando se despidieron sintió una sensación de alivio en su interior. Aunque no había vuelto a saber nada más de él, en su interior temía que regresara a España y la buscara. Sabía el poder que ejercía sobre ella y, cuanto más lejos estuviera, mejor. Ahora que sabía que se había casado sus miedos comenzaron a desvanecerse. Pensó que con su mujer actuaría igual que con ella: delicado, cariñoso y, a escondidas, desfogaría toda su pasión en el burdel de *madame* Rosandra. En cierta forma le daba pena de ella, aunque, tal vez, nunca descubriera su secreto y viviera siempre rodeada de una mentira.

Su corazón comenzó poco a poco a abrirse. Durante los siguientes años mantuvo relaciones con hombres que la atraían, pero cuando comenzaba a enamorarse se alejaba de ellos. Era consciente de la facilidad que tenía para entregarse olvidándose de sí misma, y le daba miedo volver a perder su identidad. Nada más acabar la carrera, la contrataron en un estudio de arquitectura de Alicante. Durante años trabajó sin descansar, le gustaba tanto lo que hacía que cada amanecer era un regalo que anhelaba disfrutar al máximo. Con el tiempo se independizó y abrió su propio estudio. Era feliz, aunque en su vida faltaba algo: deseaba tener un hijo, le encantaban los niños, pero debido a las cicatrices del pasado sus relaciones no funcionaban. Para compensar esa necesidad comenzó a visitar a los niños más enfermos de los hospitales para intentar sacarles una sonrisa leyendo y recitando los cuentos de fantasía que tanto le gustaban.

Fue en un hospital donde un enfermero al verla tan involucrada con los críos, le informó sobre la existencia de la Fundación Corazón Feliz. Por aquel entonces tenía tantísimo trabajo que no barajó la idea de colaborar. Fue al

cumplir cuarenta y ocho años cuando tomó la determinación. Había perdido la esperanza de formar una familia; aunque lo intentó más de una vez no había conocido al hombre que le alejara de sus miedos del pasado, que se aferrara a ella y no la dejara marchar. Quizá la profunda herida de su corazón nunca llegara a desaparecer del todo, quizá estuviera destinada a vivir sin conocer el auténtico amor. Al sentir la necesidad de hacer algo más con su vida contactó con la fundación y les propuso construir una escuela en la India; ella, desinteresadamente, se ocuparía del diseño. Después de algo más de tres años, su proyecto estaba a punto de hacerse realidad.

La lluvia cesó nada más entrar en Valencia. Como disponía aún de tiempo antes de acudir a la reunión iría a casa de su hermana para dejar la maleta; era jueves y aprovecharía para pasar con ella el fin de semana.

## 2

Eva, su única hermana, residía en el centro de Valencia. Era cinco años menor que Sofía y la vida le había sonreído con un matrimonio feliz, fruto del cual, nació Evita. Contaba siete años de edad y sus ojos de color verde intenso eran iguales que los de su tía. A falta de hijos propios Sofía se volcaba con ella; la colmaba de regalos y sobre todo de cariño. Siempre que la veía, le leía una y otra vez sus libros preferidos: *Rapunzel*, *Hansel y Gretel*, *Cenicienta*, *Alicia en el país de las maravillas*, *Caperucita Roja*... Le transmitía tanto entusiasmo con esas historias fantásticas que la niña desarrolló de tal manera la imaginación que hasta en el colegio la llamaban «Evita en el país de las maravillas».

Sofía siempre era bien recibida. A su hermana le encantaba que la visitara, además de por disfrutar de su compañía porque la ayudaba con Evita y así disponía de más tiempo para ella. Después de charlar un buen rato se marchó a la fundación. Cuando llegó la reunión ya había comenzado y todos los miembros aguardaban con impaciencia su presencia. Sofía conectó su portátil y les mostró el diseño final de la escuela: estaba emocionada pues solo quedaba por decidir si iban a construir una zona exterior de recreo, lo que dependía del dinero que recaudaran en los actos benéficos que iban a realizar. El objetivo principal de la reunión era fijar una fecha para ir a la India con el propósito de comenzar la construcción de la escuela. Después de barajar varias fechas posibles optaron por el día cinco de marzo. Sofía estaba entusiasmada. Anhelaba ir a la India y ver cómo colocaban la primera piedra para la construcción de la escuela.

Finalizada la reunión regresó a casa de su hermana llena de energía y con ganas de hacer mil cosas.

Evita había llegado enferma del colegio. La pequeña tenía fiebre y Eva le pidió el favor de que por la tarde la llevara a su médico: ella había quedado para merendar con unas amigas a las que no veía desde hacía mucho tiempo.

Dispuesta a ayudar, Sofía llegó a la consulta con Evita a las cinco de la tarde. En la sala se encontraban varias personas esperando su turno. Se sentó en una de las sillas y situó a la niña encima suya, pero Evita era muy inquieta y, pese a la fiebre, quería estar libre para poder moverse a su antojo así que, dejándola suelta, tomó una revista y se dispuso a leer.

Pasado un rato escuchó como un hombre entraba en la sala y saludaba a los presentes. A continuación se sentó a su lado, pero andaba tan absorta leyendo un artículo que respondió al saludo sin mirarlo. De repente, observó que Evita le contaba a un niño de no más de cinco años el cuento de *Caperucita Roja* y este, al escuchar la palabra «lobo», asustado, comenzó a llorar. Justo en el momento en el que se estaba levantando para apartar a Evita del niño se le cayó la revista al suelo. El hombre que se encontraba sentado a su lado la recogió y, cuando fue a entregársela, sus manos se rozaron. Sofía sintió un calambre que recorría todo su cuerpo. Algo nerviosa, dándole las gracias, se acercó a Evita, tomándola entre sus brazos. El hombre, sin poder evitarlo, la observaba de reojo. Le parecía una mujer guapa, bien proporcionada. Vestía un traje chaqueta gris entallado que realzaba su figura y zapatos de fino tacón. Tenía unos bellos ojos verdes y un hermoso cabello de color miel. Aunque era mayor que él, sin saber porqué, sintió una irresistible atracción hacia ella. La consulta se fue vaciando, Evita estaba cada vez más nerviosa y para que se entretuviera Sofía le dejó su Iphone.

—Es igual que el de mi padre —comentó un niño al verlo.

—Es verdad, tenemos el mismo modelo —comentó el hombre que estaba sentado al lado de Sofía, mirándola fijamente.

Sofía clavó los ojos en los suyos. Eran de color avellana y sus largas pestañas llamaban la atención. Al momento sintió por él una extraña atracción que no comprendía; era mucho más joven que ella y, aparte de tener el mismo modelo de teléfono, no sabía nada de él. El niño, tomando el Iphone de su padre, se puso a jugar con Evita. Sofía, inquieta por la inusual sensación que le transmitía ese hombre, tomó de nuevo la revista simulando que estaba de lo más interesada en su contenido. Pasados unos minutos la enfermera la avisó para que pasaran a la consulta. El hombre, embobado, contempló la forma en la que Sofía se levantaba y, junto a la pequeña, abandonaron la sala. No apartó los ojos de ella hasta que salió, despidiéndose con un adiós.

Eran cerca de las seis de la tarde cuando Sofía y Evita llegaron a casa. Su hermana había salido ya y, después de administrarle las medicinas a la pequeña, se tumbó sobre el sofá. La imagen del hombre que había conocido en la consulta no se le iba de la cabeza. Le había causado un efecto raro, desconocido, aunque muy agradable. Sumergida en sus pensamientos escuchó el sonido de llamada de un móvil distinto al tono que sonaba en el suyo. Lo tomó entre sus manos y advirtió que el número de llamada era el suyo.

—Hola, ¿quién es? —preguntó desconcertada.

—Hola. Le habrá extrañado recibir una llamada con su número, pero es que los niños, jugando en la consulta, han debido de intercambiar los teléfonos. En mis manos tengo el suyo y usted tendrá el mío.

Sofía observó con detenimiento el móvil y, aunque era idéntico, percibió que no era el suyo. Pensando con rapidez cayó en lo que había sucedido. El que la llamaba era el enigmático hombre que conoció en la consulta y, su hijo y Evita, sin querer, habían intercambiado sus teléfonos mientras jugaban.

—Vaya... Si no me llega a llamar, ni me doy cuenta de que no tengo mi móvil.

—Nada más salir de la consulta fui a realizar una llamada y, al observar que no aparecía el número de teléfono, repasé la lista de contactos y caí en la cuenta de que no era el mío, por lo que supuse que debía de ser el suyo. Mi nombre es Daniel, si le parece bien, me acerco un momento hasta donde esté y nos intercambiamos de nuevo los teléfonos.

—Me parece bien. Mi nombre es Sofía.

Después de facilitarle la dirección de la casa de su hermana, esperó con cierta impaciencia a que él la telefonara. Pasados diez minutos la llamó y quedó en bajar enseguida al portal para intercambiarse los teléfonos. Al salir del edificio lo observó situado a unos metros del portal. Nada más verla, sonriendo, el hombre se acercó. De improviso comenzó a llover. Las gotas caían suavemente sobre sus cabezas, pero a ellos no les importaba. Mirándose fijamente se dieron sus respectivos teléfonos. Al rozarse de nuevo levemente sus manos ambos sintieron una extraña, pero placentera sensación. Durante unos segundos se miraron sin mediar una sola palabra. En un instante paró de llover y sobre ellos surgió un arcoíris donde revoloteaban cientos de gotas

chispeantes suspendidas en el aire sin intención de bajar a la tierra. Al unísono miraron hacia arriba y contemplaron el mágico espectáculo. A continuación, se volvieron a mirar. Ninguno sabía qué era lo que les estaba sucediendo. Una fuerza misteriosa, intangible, invisible, penetraba con tanta fuerza entre los dos que no podían separarse el uno del otro. Recobrando su capacidad de reacción, Sofia se acordó de que había dejado a Evita sola. Sin poder dejar de mirarlo le susurró que tenía que marcharse ya. Daniel, sin poder articular una sola palabra, como si se encontrara hechizado, solo le preguntó si podía llamarla algún día, a lo que Sofia, sonriendo, le respondió que sí.

Al entrar en el portal, antes de cerrar la puerta, disimuladamente miró hacia la calle con la intención de verlo, pero ya no estaba. El ruido de un trueno la sobresaltó, miró hacia el cielo y pensó que iba a caer una buena tormenta. Sin saber porqué sus ojos se dirigieron hacia un árbol situado a la derecha. Extrañada, divisó la figura de un hombre vestido con capa larga y sombrero negro. Parecía que la observaba. Como si se tratara de una sombra negra al momento desapareció de su vista. Acto seguido entró en el edificio y subió por las escaleras hasta entrar en casa. Evita la estaba esperando, se sentía mal y quería que le contara uno de sus cuentos. Con cariño la metió en la cama y, nada más relatarle su favorito, la pequeña se quedó dormida. A las nueve de la noche llegó Eva. Después de charlar animadamente, Sofia le explicó todo lo que le había sucedido esa tarde.

—Te noto más entusiasmada que de costumbre con ese hombre, pero lo que me has comentado me parece un poco irreal.

—Lo que he sentido ha sido muy real, aunque no te lo puedo describir bien con simples palabras, pues no ha sido algo normal. Ha sido... diferente, mágico.

—Si te llama queda con él antes de que la magia se esfume...

Cenaron las dos solas. El marido de Eva se encontraba de viaje de negocios y, después de ver una película, se acostaron. Entre sueños Sofia pensaba sin parar en Daniel hasta que se quedó dormida y soñó con él. Se encontraba en una ciudad desconocida en medio de una calle rodeada de majestuosas casas antiguas cuando contempló a Daniel caminando a paso ligero como si tuviera prisa por llegar hasta ella. En su mano derecha portaba una rosa roja. De repente, una sombra oscura lo cubrió y desapareció. Ella,

gritando, lo buscó por los alrededores, pero solo encontró la rosa sobre el suelo.

Por la mañana, aprovechando que se encontraba en Valencia, fue a realizar una visita a los niños enfermos del hospital. Como de costumbre les leyó algunos cuentos, sin embargo, no les recitó ninguno de memoria; andaba algo dispersa pensando en Daniel. Nada más abandonar el hospital cruzó la calle y entró en una *boutique* para adquirir una preciosa *pashmina* que había visto en el escaparate. Tenía ganas de sentirse guapa y, colocándosela sobre su cuello, salió a la calle contenta por la compra realizada. Sin saber el motivo, sintiendo como si alguien le avisaba de un peligro inminente, volteó su cabeza y observó una gran sombra sin dueño que se aproximaba hacia ella. Sin pensarlo comenzó a correr. Llevada por el miedo logró llegar hasta su vehículo en cuestión de segundos. Al coger las llaves del bolso, nerviosa, se le cayeron al suelo. Inclínándose las recogió. En ese momento contempló que la sombra estaba a punto de cubrirla. Abrió rápidamente la puerta, entró en el coche y arrancó. Durante el trayecto pensó que esa sombra no era natural. Recordando la situación, visualizó en su mente que ninguno de los viandantes habían notado su presencia, parecía que solo la hubiera visto ella. Había sentido pánico y no llegaba a entender el porqué le llegó a asustar tanto. Últimamente su vida estaba envuelta en un halo de misterio: las sensaciones mágicas que había experimentado con Daniel, la curiosa sombra... Su móvil comenzó a sonar, la llamada era de un número que no tenía grabado en su agenda de contactos. Se paró en un semáforo y respondió. El interlocutor colgó de inmediato. Algo inquieta aparcó el vehículo en las inmediaciones de la casa de su hermana. Eva, nada más verla, supo que le había sucedido algo. Sofía le narró con todo detalle lo que le había ocurrido. Su hermana la escuchaba atónita.

—Sofía, ¿no te habrá sentado mal algo que has tomado? Últimamente me cuentas unas cosas que no tienen sentido. Lo que más me preocupa son las llamadas que recibes de números desconocidos. Yo de ti no contestaría a ningún número que no tengas grabado en tus contactos, al menos durante unos días.

—El problema es que por mi trabajo me puede llamar algún cliente nuevo del que no tenga su número, pero durante el fin de semana seguiré tu consejo.

El resto del día lo pasó con su hermana pendiente de la recuperación de Evita y de que la llamara Daniel, pero él no la llamó. Desilusionada, se acostó temprano. En sus sueños se encontraba de nuevo en la extraña ciudad buscando desesperadamente a Daniel. Llevaba puesto un vestido largo de amplio vuelo con mangas anchas y hombreras nada actual, parecía de la época victoriana. Con la rosa entre sus manos caminaba por calles solitarias donde el fuerte viento provocaba que en ocasiones perdiera la estabilidad y su larga melena se enredara en su cara. A lo lejos, parado en una esquina, observó a un hombre, parecía que era él, pero al estar de espaldas no lo podía cerciorar. Caminando de prisa se aproximó. Él giró la cabeza y lo reconoció. Al momento otro hombre apareció. Llevaba una capa larga y, situándose detrás de Daniel, la miró. Perpleja observó que tenía el mismo rostro, el mismo cuerpo; lo único que lo diferenciaba era la vestimenta. Cubriendo a Daniel con su larga capa desaparecieron. Cuando se despertó, recordando el sueño, pensó que quizá se estuviera obsesionando con un desconocido y decidió que tenía que apartarlo de su mente: su vida en estos momentos estaba centrada en un proyecto que le apasionaba y no necesitaba emociones nuevas, a no ser que la hicieran feliz. Nada más terminar de desayunar con su hermana y Evita partió hacia Jávea para pasar el día con sus padres.

### 3

Daniel no lograba entender lo que le estaba sucediendo. Cuando se despidió de ella se montó en su vehículo y seguía sintiendo su presencia. Andaba tan ensimismado que ni se acordaba de que su hijo iba en el asiento de atrás dormido. Arrancando el coche, puso rumbo a su casa sita en una urbanización a las afueras de la ciudad. No recordaba haber experimentado una sensación tan inusual, fuerte, mágica en sus treinta y siete años de vida. Tenía en su mente la imagen de Sofía y no visualizó un vehículo que se incorporaba a la circulación. Por suerte el conductor que circulaba detrás lo vio, advirtiéndole tocando el claxon y Daniel bruscamente, frenó.

—¿Ya hemos llegado a casa? —le preguntó su hijo despertándose al sentir el fuerte frenazo.

—Todavía no. Vuélvete a dormir, Miguel.

Miguel era un niño tranquilo, bueno, nada inquieto ni soñador; excepto por el color castaño de su cabello, no se parecía en nada a su padre. Daniel, a su edad, no dejaba respirar ni un segundo a nadie que estuviera junto a él. Desmontaba todos los juguetes para darles otra forma, tomaba los cubiertos de la cocina y con unos alicates los convertía en desastrosas, aunque ingeniosas perchas, cogía las revistas de moda de su madre, la prensa diaria y con sus hojas realizaba figuras parecidas a aviones, pájaros, muñecos... No estaba quieto ni un solo instante. Sus padres, viendo que su hijo era muy ingenioso, le dejaban que creara a su antojo, aunque la casa estuviera patas arriba siempre. Conforme fue creciendo su habilidad para inventar pequeñas cosas fue *in crescendo* hasta el punto de querer dedicar su vida a ello. Sus padres le advertían de que ser inventor era solo una ilusión, no una profesión, pero él, en su empeño, se informó de que la carrera de Ingeniería Industrial era la más adecuada y útil para aquellos que querían fomentar el deseo de crear.

A los dieciocho años comenzó a estudiar Ingeniería Industrial en su

ciudad natal, Valencia. Era un joven con mucha vitalidad, alegre, inquieto. Le apasionaban los deportes de riesgo: *puenting*, parapente, *rafting*..., los que practicaba los fines de semana alternándolos con sus salidas nocturnas. Además, no había una sola noche que no leyera antes de acostarse. Le encantaba la poesía y su autor favorito era Lord Byron; aunque no lo aparentaba era un romántico. Su inteligencia y creatividad le permitían compaginar sus estudios con el resto de las actividades y así desfogar sus grandes dosis de energía que cada día aumentaban. De complexión atlética y profundos ojos color avellana, despertaba un gran interés entre las féminas. Enamorado de las sensaciones que provocaba el amor, con asiduidad mantenía relaciones con mujeres que le atraían, la mayoría cortas en el tiempo debido, a que ninguna se adaptaba a su forma de ser: lo quería todo, seguir practicando sus deportes, estudiar, salir, leer, amar y ellas requerían de más tiempo del que les podía dedicar. Cada momento que pasaba con alguna mujer lo hacía de forma intensa, como si el mundo se fuera a acabar. Sus sentimientos los expresaba mejor por escrito que de palabra. Sobre cualquier papel, servilleta e incluso clínex les escribía frases de amor que transmitían lo que sentía en ese momento para a los cinco minutos olvidarse de lo que había escrito y seguir con su ajetreado ritmo de vida donde no había lugar para el compromiso. Algunas intentaron implicarlo más en sus vidas siguiéndolo en sus escapadas de senderismo, reuniones con amigos, aunque ninguna se atrevió a practicar los deportes de riesgo que a él le gustaban. Era un hombre difícil de retener, tenía fama de espíritu libre y quien estuviera a su lado lo tenía que aceptar tal como era.

El último año de carrera conoció a un profesor que le marcaría el camino de su vida. Pascual era un genio, un fanático de las invenciones; cariñosamente los alumnos lo llamaban «el profesor invención». Tenía el pelo canoso, un bigote curvado en sus extremos y utilizaba lentes. Su aspecto era de un hombre despistado que andaba más en las estrellas que sobre el suelo. Desde que se conocieron congeniaron a la perfección. Tenían la misma pasión por los descubrimientos y se llevaban horas y horas hablando y exponiendo diversas ideas para dar forma a nuevas creaciones. Daniel lo idolatraba y Pascual, dada su juventud, lo trataba como al hijo que le hubiera gustado tener. El final de su carrera coincidió con la jubilación de Pascual. El profesor, no queriendo perder el contacto, le ofreció que antes de buscar trabajo en alguna

empresa de ingeniería le dedicara un tiempo a él; así le podría enseñar algunas cosas muy interesantes que había descubierto. Le pagaría algo de dinero, aunque no podía ofrecerle un sueldo. Daniel aceptó el ofrecimiento: con el dinero que le iba a pagar solo podría permitirse alquilar un pequeño estudio y cubrir parte de los gastos que generaban sus actividades. Pero su pasión por las invenciones y por el profesor llenaría su vida antes de comenzar a ejercer su profesión.

Una noche, mientras tomaba unas copas con sus amigos, conoció a una mujer que cambiaría el rumbo de su vida. Se llamaba María, era esbelta, rubia y con una sonrisa muy seductora. María había escuchado hablar de él a sus amigas; todas coincidían en que era un hombre interesante, pero imposible de mantener una relación seria con él. Comenzaron a quedar con asiduidad. María era una mujer inteligente, decidida, perseverante y, con tesón, siempre lograba conseguir aquello que quería; y lo quería a él. Siendo conocedora del apego que Daniel le tenía a su libertad, le propuso mantener una relación libre de ataduras y compromisos; cada uno conservaría su espacio, saldrían con sus amigos y de vez en cuando quedarían para estar juntos. A Daniel le chifló la proposición, era la relación que siempre había soñado tener. María, en ocasiones lo acompañaba a practicar deporte, aunque para ella su deporte favorito era ir de compras y adquirir algún modelito nuevo. Poco a poco se fue haciendo amiga de los amigos de él y comenzaron a contar con ella para las reuniones, a las que acudía de forma ocasional para que no se notara que no tenía absolutamente nada en común con ellos. Realmente, prefería salir con sus amistades y, como tenían una relación libre, conocer a otras personas. Sin que Daniel se diera cuenta se fue metiendo poco a poco en su círculo, en su vida, en su corazón.

Habían pasado ocho meses desde que se conocieron cuando María le comunicó que estaba embarazada. Daniel sintió que su cuerpo se desintegraba; eso no entraba en sus planes y para ello había utilizado siempre, siempre, siempre, la protección necesaria. Al conocerlo bien y saber la forma en la que iba a reaccionar, María le dejó claro que no tenía que hacerse cargo del niño, pero estaba segura de que cuando él lo asimilara se implicaría con ella de por vida.

Y así fue. Cuando Daniel tomó conciencia de que iba a ser papá, su sentido de la responsabilidad afloró convirtiéndose en su mayor prioridad.

María lo convenció para que buscara un buen trabajo como ingeniero con el objetivo de darle el mejor futuro posible a su hijo, para ello, debía de dejar de trabajar para su profesor. Podía seguir en contacto con él, pero solo de forma ocasional. Daniel pensó que había llegado el momento de encaminar su vida y sentar la cabeza. De forma impulsiva se casó con María.

Contaba con treinta años cuando comenzó a trabajar para una importante empresa de ingeniería y nació su hijo Miguel. Su vida había dado un giro importante, pero se sentía feliz junto a los dos y pensó que había alcanzado la estabilidad que sin él saberlo siempre había necesitado. Se convirtió en un hombre centrado, dedicado a su familia, nada que ver con lo que anteriormente había sido. Pero la esencia de la naturaleza de cada individuo no se puede abandonar para siempre, quizá pueda vagar por el universo una temporada, hasta que al final te vuelve a llamar. Lo primero que echó en falta Daniel fue su faceta de inventor y en cuanto pudo contactó con Pascual. El profesor sabía que tarde o temprano volvería a implicarse en sus proyectos y, dado que contaba con poco tiempo, le propuso que se reunieran los jueves por la tarde. Pasado un tiempo comenzó a necesitar practicar los deportes de riesgo que tanto le gustaban. María no le puso objeción alguna: aceptó que los jueves se reuniera con el profesor y que los sábados practicara deporte, pero, el resto de la semana, cuando no se encontrara trabajando tendría que estar con ellos. Un solo día dedicado a los proyectos de Pascual le apasionaba más que todo lo que conseguía en un año como ingeniero. Junto con un arqueólogo y un físico, el profesor llevaba tiempo detrás de un hallazgo capaz de cambiar el rumbo de la humanidad. Estaban muy cerca de conseguirlo. Daniel estaba tan volcado e ilusionado que pidió una excedencia en su empresa para dedicarse por completo al proyecto del profesor. María, aunque no se lo tomó nada bien al principio, sabía que si se negaba lo podía perder y, a regañadientes, lo aceptó con la condición de que ella se haría cargo de los gastos familiares, solo durante un año, y él compaginaría su trabajo con el profesor con el cuidado de su hijo. Hasta el momento, todo había funcionado correctamente.

Después de aparcar el coche en el garaje, Daniel despertó a Miguel y entraron en casa. Su mujer aún no había llegado; trabajaba en una asesoría llevando la contabilidad de varias empresas y, a veces, al terminar la jornada se tomaba un aperitivo con las compañeras. Acompañó a Miguel hasta su cuarto, se sentó en la mesa de estudio junto a él y lo ayudó a hacer los deberes.

Era un niño muy obediente, disciplinado y, aunque no hubiera heredado su vitalidad, cuando fuera mayor le inculcaría el gusto por los deportes de riesgo, así podrían practicarlos juntos. Cuando terminó, bajó al salón, se tumbó en el sofá y a su mente regresó la imagen de Sofía. Deseaba llamarla, escuchar su voz. Tomó el móvil y buscó su número. En ese momento la puerta se abrió; su mujer había llegado. Rápidamente, soltó su teléfono situándolo sobre la mesa.

—¿Qué tal te ha ido el día? —le preguntó Daniel.

—Estoy cansada —respondió María sentándose junto a él—. Esta época del año es la que más trabajo hay. ¿Le has preparado la cena a Miguel?

—Me disponía a hacerlo —le contestó, levantándose y dirigiéndose hacia la cocina.

María observó el móvil de Daniel sobre la mesa y lo cogió. Desde que estaba dedicado por completo al proyecto del profesor temía que volviera a ser el mismo hombre de antes: libre, sediento de experiencias fuertes y, tal vez, conociera a alguna mujer que le gustaran las mismas cosas que a él. No conocía a ninguna de las personas que se movían dentro del círculo del profesor y ello la inquietaba. Cada vez que tenía ocasión miraba las llamadas y mensajes de su móvil. Hasta el momento no había descubierto nada sospechoso. Repasando sus llamadas del día comprobó que la última era de un tal “S”. Aunque sabía que a él no le gustaba que le fisgoneara su teléfono, sentía curiosidad y, sin pensarlo, alzando la voz, le interrogó.

—¿Quién es “S”?

—¿Ese? No te comprendo.

—Esta tarde has recibido una llamada a un tal “S”.

Daniel se puso pálido, sabía que se estaba refiriendo a Sofía. Había grabado su nombre como “S”. Sin saber bien qué decirle intentó desviar la conversación hacia otro terreno.

—¿Otra vez me has cogido el móvil? Sabes que no me gusta que lo hagas; yo no curioseo el tuyo, son cosas privadas.

—Puedes mirar mi móvil si quieres, entre nosotros no hay secretos, ¿no? Además, desde que me ocupo de las cuentas de la familia tengo derecho a saber en qué te gastas mi dinero.

—La tarifa del teléfono es fija, no va a aumentar porque realice o reciba más llamadas.

—No me cambies de tema y dime quién es “S”.

Con agilidad mental le dijo lo primero que creía que la iba a dejar tranquila.

—Es un señor que nos va a ayudar en el proyecto, pero no quiere que nadie sepa su identidad.

—Qué absurdo, ni que fuera un espía —opinó María poco convencida.

—Llama a Miguel, la cena ya está lista —dijo Daniel, desviando de nuevo la conversación.

Después de poner la mesa, Daniel se acercó a María y cogió su móvil de entre sus manos

—Estoy por ponerle una contraseña para que no puedas entrar en mi teléfono. Es parte de mi intimidad.

—Quedamos en que nada de contraseñas o decírnosla el uno al otro por si ocurriera algo. Te noto raro; nunca le habías dado tanta importancia a que de vez en cuando te mirara el móvil.

—Será que hoy no tengo un buen día —intentó disimular—. No le pondré contraseña, pero no fisgues tanto. Al menos déjame tener algo mío.

—Desde que no trabajas, todo lo tuyo es mío; para ello me encargo de todos los gastos.

—Anda, dejemos esta conversación y sentémonos con armonía a cenar.

Daniel tenía una gran facilidad para quedarse dormido, solo tenía que cerrar los ojos y al momento estaba ya en los brazos de Morfeo, pero esa noche se encontraba algo inquieto, se dormía y al rato se volvía a despertar. Así pasó parte de la noche hasta que, por fin, pudo descansar del tirón. Cuando se despertó se acordaba con todo detalle de un sueño que había tenido. Se encontraba en una extraña ciudad en medio de una calle rodeada de hermosas casas que parecían de tiempos pasados. En su mano llevaba una rosa roja. Al final de la calle estaba Sofia, vestía un traje largo con grandes hombreras nada actual. Sus cabellos se movían al son del viento. Con ansias se encaminó hacia ella, pero una fuerza invisible lo empujaba hacia atrás

imposibilitando que diera un solo paso. Ella lo esperaba, sabía que lo estaba esperando a él, pero, aunque luchaba con todas sus fuerzas para llegar a su lado, algo oculto se lo impedía. Aunque sabía que solo había sido un sueño lo había sentido tan real que el hecho de no haber podido llegar hasta ella le causó angustia. Tenía que volver a verla otra vez. Desde su teléfono no la podía llamar, sabía que su mujer no se había creído del todo la explicación que le había dado sobre quién era “S” y en cualquier momento podía ojear sus llamadas y mensajes, pero de alguna forma intentaría contactar de nuevo con ella.

Como todos los sábados, pasaba parte del día practicando deporte, solo o con sus amigos, pero por la mañana, María sin preguntarle si le parecía bien, le dijo que ella y Miguel se irían con él. Después de la conversación controvertida mantenida la otra noche prefirió no entrar de nuevo en una discusión y le expresó que le parecía bien. Pasaron todo el día fuera y, aunque no pararon de hacer cosas distintas, a su mente venía una y otra vez la imagen de Sofía. Por la noche, cuando se acostó, ideó un plan para llamarla al día siguiente.

A media mañana salió de casa con la excusa de comprar los pasteles preferidos de Miguel. Se montó en su vehículo y se dirigió hacia un lugar cercano donde todavía existía una cabina telefónica de las antiguas. Previamente, había anotado en un papel el número de Sofía y, sin saber lo que le iba a decir, la llamó. Su teléfono daba señal, pero no contestaba. Insistió hasta cuatro veces seguidas hasta que al final desistió y se dirigió a la pastelería. Estaba algo frustrado, pero pensó que probablemente estuviera ocupada y no hubiera podido contestar. Tenía que intentarlo de nuevo, si dejaba pasar más tiempo, quizá todo quedara en el olvido. A las siete de la tarde salió a correr por las inmediaciones. Cambió su ruta habitual y se dirigió hasta la cabina. Había cogido algunas monedas sueltas y su número de teléfono. Al llegar a la cabina, el teléfono comenzó a sonar. Era curioso, nunca había escuchado sonar el teléfono de una cabina telefónica, pero, ya que estaba justo allí, tomó el auricular y respondió a la llamada.

—¿Sí?

—Buenas tardes, tengo varias llamadas perdidas realizadas desde este número y, al pensar que podía ser importante, he llamado.

—¿Sofía? —preguntó Daniel estupefacto.

—Ese es mi nombre, ¿con quién hablo?

—Sofía, soy Daniel. Nos conocimos el jueves en la consulta del médico. En este preciso momento me disponía a llamarte.

Solo de escuchar su nombre Sofía se estremeció.

—Hola, Daniel. Perdona que no atendiera tus llamadas, no tengo ese número de teléfono grabado y, al ser desconocido, no respondí, pero ante la insistencia decidí llamar por si se trataba de algo urgente.

—No puedo llamarte desde mi móvil, es una larga historia que ya te contaré, pero deseaba tanto hablar contigo que te llamé desde otro teléfono. No sé si te pareceré atrevido o te molestará lo que te voy a decir. Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti —le expresó impulsivamente.

Durante unos segundos se hizo el silencio. Sofía no sabía qué contestar, a ella le pasaba lo mismo, aunque no se atrevía a decírselo.

—Sé que estoy siendo muy directo, pero noté que entre nosotros había algo muy especial, mágico, como del más allá y me gustaría verte otra vez, si tú quieres.

—No soy tan directa ni expresiva como tú, pero también he notado una fuerte conexión entre nosotros. No entiendo la razón, no nos conocemos de nada.

—No sabes lo que me alegra que también sientas esta extraña conexión; pensaba que me estaba volviendo loco. Tenemos que vernos.

—Vivo en Alicante, solo he estado en Valencia por trabajo y visitando a mi hermana.

—¿Cuándo vas a volver por Valencia?

El teléfono comenzó a emitir un sonido que indicaba que se estaba terminando la llamada y ya no le quedaban más monedas.

—¡Te vuelvo a llamar más tarde! —le dio tiempo a decir antes de que se cortara la comunicación.

Daniel estaba pletórico; ella también sentía algo similar. Veloz, corrió hasta llegar a su casa con la intención de coger más monedas y volverla a

llamar, pero, al llegar, su mujer le pidió que cuidara del niño, pues ella había quedado con una amiga que no se encontraba bien y necesitaba urgentemente hablar. Pasada una hora desde que salió de casa María, Daniel le propuso a su hijo dar un paseo en coche y se dirigió a la cabina. Sofía, rápidamente, respondió a su llamada; estaba deseando hablar de nuevo con él.

—Hola, Daniel. No pude contestarte antes a tu pregunta.

—Perdona, antes se cortó la llamada. Nos tenemos que ver, ¿cuándo vienes a Valencia?

—Esta semana tengo mucho trabajo acumulado, quizá la siguiente.

—¿Sabes? Hasta he soñado contigo.

—Yo también...

—¿En serio? ¿Qué has soñado?

—Primero cuéntame el tuyo.

Daniel le explicó el sueño que había tenido la otra noche. Sofía no daba crédito a sus palabras: los dos habían tenido el mismo sueño, o al menos, parecido.

—Esto no puede ser normal —expresó Sofía—. Mi sueño también era en una ciudad extraña de otra época y aparecías tú con una rosa roja en la mano.

—Qué fuerte...hasta da miedo. Tenemos que averiguar lo que nos está pasando. Tenemos que vernos cuanto antes, si no puedes venir intentaré ir yo a Alicante, aunque no sé cuándo podré. No me llames, yo te localizaré. ¿Me podrías dar la dirección de dónde vives? No es porque vaya a presentarme de repente en tu casa. Es para poder contactar contigo si no encuentro otro medio.

—No me importa darte mi dirección, anótala.

Nada más apuntarla Daniel se quedó sin monedas.

—Contactaré contigo, ahora te tengo que dejar.

—Solo una pregunta, ¿por qué no me puedes llamar desde tu móvil?

—Te lo explicaré cuando nos veamos. ¿A qué hora sueles estar o llegar a tu casa, Sofía?

—Al anochecer.

En ese momento la comunicación se cortó. Sabía que no hacía bien al no contarle que estaba casado, aunque tampoco sabía si lo estaría ella, pero prefería explicarle su situación cuando se vieran: tenía miedo de que si se lo decía, no lo quisiera volver a ver y había algo tan fuerte entre ellos que no podía ser de este mundo.

Hacía ya muchos años que Pascual tenía en su poder un manuscrito datado del siglo XIX que su amigo Mark Layon, todavía más apasionado que él por los nuevos descubrimientos, le había enviado. Lo conoció en una de sus visitas a Londres y enseguida congeniaron a la perfección. Mark era un científico inglés y, al igual que Pascual, impartía clases en la Universidad. Cada vez que su trabajo se lo permitía viajaba para visitar las bibliotecas más antiguas del país en busca de libros que contuvieran datos sobre inventos o descubrimientos del pasado que no hubieran finalizado con éxito con el objetivo de intentar concluirlos él. Fue así como Mark halló el manuscrito. Se encontraba escondido entre un libro con la pasta tan desgastada por el transcurso del tiempo que de un soplo podría convertirse en una montaña de polvo. Sin decir nada, tomó el manuscrito y se lo guardó en el interior de su chaqueta de pana verde. A partir de entonces, centró su vida en las clases y en descifrar su adorado hallazgo. Cuando conoció a Pascual le habló de que tenía algo entre sus manos que si lograba desentrañarlo sería el descubrimiento más codiciado por cualquier inventor. El problema era que utilizaba un lenguaje técnico de otro tiempo difícil de adaptar al actual. Pascual, de lo más intrigado, le ofreció su ayuda. Durante mucho tiempo estuvieron en contacto; mantenían largas conversaciones nocturnas que duraban hasta bien entrada la madrugada. Mark nunca le contó en qué consistía la invención, pero a Pascual le daba igual, sabía que tarde o temprano terminaría compartiéndolo con él. Un buen día perdió el contacto con Mark; ni le llamaba ni contestaba a sus llamadas. A través de un amigo en común se enteró de que había desaparecido y, pasado unos días, le dieron la triste noticia de que habían encontrado su cuerpo en una cueva en medio de unas montañas. Al cabo de una semana recibió un paquete a su nombre. En su interior había una carta de un despacho de abogados de Londres en la que le notificaban que, por voluntad del difunto Mark Layon, los documentos que recibía eran ahora de su propiedad. Varios papeles se apiñaban en el interior del sobre queriendo salir al exterior. Pascual,

maravillado, se percató de que se trataba del manuscrito del que su amigo tanto le había hablado, además, se encontraban varias hojas llenas de gráficos y anotaciones que habían sido arrancadas de una libreta, manchadas por algunas zonas de un líquido marrón parecido al café.

Pascual, deseoso de averiguar de qué trataba el proyecto en el que durante tanto tiempo había estado trabajando su amigo, comenzó a estudiarlo detenidamente. Durante un tiempo trabajó en solitario, pero conforme avanzaba se complicaba. Necesitaba ayuda, pero debían de ser personas en las que pudiera confiar plenamente. Aunque a diario pensaba en ello, durante unos años lo dejó apartado hasta que, como por obra del destino, conoció en un congreso a Ángel, un arqueólogo deseoso de hallar restos de materiales de otras sociedades, y a Luis, un joven físico especializado en el estudio de las interacciones entre los conceptos, energía, materia y espacio-tiempo. Después de comprobar que eran personas de fiar y, estando seguro de que les iba a interesar la investigación que estaba realizando, les ofreció que colaborasen con él. Ambos aceptaron encantados.

Pascual nunca le había contado a Daniel la verdadera naturaleza del proyecto. Como le había comentado en más de una ocasión su amigo Mark, «tan importante era la discreción como el hallazgo en sí». Y Daniel, aunque era de su entera confianza, sabía que por su carácter impulsivo, sin que obrara maldad de por medio, podía revelar sin querer el descubrimiento. Por ello tan solo le explicó que se trataba de algo muy sofisticado, complejo, casi imposible de conseguir, y le prometió que cuando supiera con certeza que era posible materializarlo le informaría de todo.

Cuando el profesor y su equipo creyeron que estaban a un paso de hacerlo realidad, Pascual pensó que había llegado el momento de comunicarle a Daniel que estaban a punto de conseguir viajar en el tiempo, concretamente, a Londres en el siglo XIX, según las indicaciones del manuscrito. Todavía les faltaba unir algunas piezas, buscar una zona con rocas sedimentarias orgánicas específicas y, sobre todo, terminar de descifrar las anotaciones de su amigo Mark; para ello había que eliminar las manchas que cubrían algunas de las hojas. Emocionado por el inusual descubrimiento, Daniel resolvió solicitar una excedencia en su trabajo y dedicar todo su tiempo a trabajar con el profesor. Pascual le encargó que se dedicara en cuerpo y alma a hallar alguna sustancia que eliminara las manchas del papel sin borrar las letras. Daniel se

pasaba horas y horas experimentando con distintos elementos. A veces, ante los malos resultados, se frustraba, pero con tesón e ilusión tomaba fuerzas y comenzaba de nuevo.

El lunes, cuando se dirigía a casa del profesor, pensó en pararse en alguna cabina que se encontrara de paso para llamar a Sofía. El día anterior se cortó la comunicación y estaba deseando escuchar su voz. En cuanto visualizó una, estacionó su coche en doble fila y la llamó, pero no contestó. Montándose de nuevo en su vehículo pensó que ya la llamaría en otro momento desde la cabina habitual. Al entrar en casa del profesor, este le notó una expresión diferente en su rostro; lo conocía muy bien y sabía que algo bueno le estaba sucediendo.

—Buenos días, Daniel. Esta mañana te noto diferente, estás contento y a la vez como ausente. ¿Te ha pasado algo este fin de semana? ¿Tiene que ver con la invención?

—Me conoces tan bien que es imposible ocultarte nada... Me ha ocurrido algo extraño, mágico, pero no tiene nada que ver con el invento.

—Transmites alegría y energía, por lo que debe de tratarse de algo bueno, y espero que esa vitalidad la aproveches en beneficio del hallazgo. Cada vez estamos más cerca de conseguirlo y necesito que trabajes día y noche en el proyecto; solo nos falta encontrar una zona adecuada para llevarlo a cabo y eliminar las dichas manchas para poder descifrar el sentido de algunas anotaciones de Mark Layon.

—Eso significa que, prácticamente, todo depende de mí. Ángel ya había hallado algunas zonas que podían ser adecuadas. Me organizaré para dedicarme de pleno, no quiero defraudarte, lo conseguiré, aunque le quite más horas al sueño.

—Estoy seguro de que lo lograrás, así que en marcha. No podemos perder ni un solo minuto.

Daniel se sentó en su mesa de trabajo. Sabía que debía de centrarse al máximo y para ello tendría que borrar de su mente temporalmente a Sofía ya que, durante los últimos días, había comprobado que prácticamente llenaba su existencia. Tomando un papel comenzó a escribir unas notas dirigidas a ella. Plasmaba sus palabras tal y como fluían desde su corazón, a veces simples, a

veces poéticas, pero siempre con sentimiento. Con ella había recobrado su romanticismo olvidado y necesitaba expresarle las sensaciones que emanaban desde su interior. Su mente iba estar muy ocupada con el proyecto y no quería que se le olvidasen las emociones que había vivido. El problema era que ella, al no tener noticias tuyas, se pudiera olvidar de él. No podía permitir que eso sucediera. Tenía que hacer algo para que supiera que, aún en la distancia, siendo invisible a sus ojos y sin poder pronunciar una palabra, él quería que lo esperara.

El lunes por la mañana, nada más entrar en su estudio de arquitectura, el teléfono comenzó a sonar. Dejando el bolso tirado sobre una silla, Sofia corrió hasta la mesa de trabajo y tomó el auricular, contestó, pero enseguida colgaron. Al instante su móvil comenzó a sonar. Pensando que se trataría de la misma persona que últimamente la llamaba sin identificarse lo dejó sonar. Esa situación la intranquilizaba. Tomando su móvil comprobó que se trataba de un número de teléfono desconocido. Por el prefijo procedía de Valencia y, pensando que pudiera ser Daniel, llamó, pero nadie respondió. El tema de las llamadas la estaban poniendo tan nerviosa que ya no sabía a cuál responder: unas con número oculto o desconocido a las que el interlocutor colgaba nada más escuchar su voz, y otras realizadas por Daniel desde cualquier número de teléfono menos desde el suyo. Lo único que le podía dar una pista era que Daniel no solo la llamaba una vez; repetía la llamada varias veces. Obviando el tema se centró en el maravilloso proyecto que pronto se iba a convertir en realidad: el diseño de la escuela estaba prácticamente acabado, pero era tan perfeccionista que siempre sentía que aún faltaban cosas por matizar. Al anochecer, cuando llegó a su casa, recibió una llamada de su amiga Nuria.

—Hola, amiga. ¿Qué tal te ha ido por Valencia?

—Hola, Nuria. Si te cuento lo que me ha pasado no te lo vas a creer.

—Tú sí que no te vas a creer lo que te voy a contar...

—¿Qué te ha pasado?

—No sé cómo decírtelo... Mira, mejor voy a ir directa al grano. Ayer me pareció ver a Raúl cerca de la casa de tus padres.

—¿A Raúl, mi ex?

—El mismo. Fue algo muy extraño. Caminaba por la calle cuando me lo crucé. Estaba igual que lo recordaba; no ha envejecido nada. Al verlo me

impresioné y me paré en seco. Él me miró, pero no me reconoció. ¿Tan mal me han sentado los años?

—Sigues igual de guapa que siempre, no debe de ser por ti. ¿Y dices que Raúl sigue igual de joven?

—Estaba igual que lo recordaba, aunque su caminar era extraño, era como si flotara. No me eches cuenta, sabes que siempre le he tenido manía y, además, lo mismo no era él, quizá tenga algún hermano que se le parezca.

—Solo tenía una hermana y si ha tenido hijos no podrían tener la edad en la que lo conocimos. El domingo estuve en Jávea visitando a mis padres; me lo podría haber encontrado yo y me hubiera llevado un gran susto.

—Sofía, últimamente ando un poco despistada, tengo problemas que ya te contaré y, posiblemente, no se trate de Raúl, sino de un hombre con un enorme parecido.

—No me extrañaría que fuera el que esté realizando las llamadas; quizá quiera vengarse de mí porque lo dejé. Estoy comenzando a tener sensación de angustia...

—Tranquilízate, no creo que fuera Raúl. Nunca más supiste de él, seguro que se encuentra muy lejos de aquí, pero yo de ti llamaría a alguna de tus antiguas compañeras del hospital de Costa Rica para preguntarle disimuladamente por él.

—Si encuentro el momento oportuno lo haré.

—Este fin de semana si te quedas en Alicante te voy a ver y hablamos con tranquilidad.

—Me encantaría, tengo cosas que contarte.

Nada más colgar Sofía sintió desazón en su interior. Los recuerdos del pasado que celosamente había guardado para curar su dolor comenzaron a salir al exterior. El pensar que había estado tan enamorada de un hombre que posiblemente la hubiera intentado envenenar o anular su voluntad le causaba náuseas. Después de cenar se acostó, pero la imagen de Raúl enturbiaba su mente y con esfuerzo la intentaba cambiar por la de Daniel. Él la reconfortaba y su cabeza luchaba por alejar sus tristes recuerdos y plasmar solo el presente. Necesitaba que Daniel la llamara, sabía que él alejaría sus pesadillas y le

llevaría la calma.

La sensación de angustia provocada porque su subconsciente se empeñó en revivir los peores momentos del pasado no la abandonó hasta el jueves. Aunque no había tenido noticias de Daniel en toda la semana, presentía que pronto iba a contactar con ella. Ese día, sin saber por qué, estaba llena de vigor y su trabajo rindió más que durante los días anteriores.

Al anochecer, cuando llegó a casa después del gimnasio, de improvviso llamaron al portero automático: era un mensajero que le traía un paquete. Sin saber de qué se trataba le abrió.

El chico portaba un sobre entre sus manos dirigido a ella sin que constara el remitente. Una vez firmó se lo entregó. Con curiosidad, a la vez que cerraba la puerta, comenzó a abrirlo. Lo primero que sacó fue una rosa roja y, a continuación, un sobre pequeño. Intrigada, lo abrió; se trataba de una carta. Sentándose en el sofá comenzó a leerla:

*Mi querida Sofía:*

*Te vi y ya nada fue igual. Como el mar rompes en mi existencia y las mareas se repiten sin cesar. Se descompone el tiempo en tu pensamiento, todo evoca tu presencia. Sin parar, busco el enigma y no lo encuentro. ¿Serán tus ojos? ¿Fue tu mano? Algo nació entre nosotros, ¿no lo sentiste? Brotó sin más, intenso, maravilloso...No puedo vivir; si no pienso en ti sangran mis entrañas. Sofía, Sofía, ¿quién eres? ¿Por qué provocas esa fuerte sensación en mí? Desaparecen las cadenas, la magia lo invade todo. De mi sangre son las rosas, cada día sin ti un pétalo que tiñe sanando mi herida, unido en tu esencia ocho pétalos, ocho días desde que te conocí; ocho pétalos impregnados de ti. ¿Hay amor más grande que este que nace?*

*Rosas al anochecer*

Aunque estaba firmada por «Rosas al anochecer», sabía que era él; tenía que ser Daniel. Hacía ocho días que se habían conocido, como el número de pétalos que contaba la rosa. Sus palabras le habían llegado al alma. Podía percibir lo que había sentido al escribir cada frase. Imaginando que estaba a su lado, la volvió a leer como si cada palabra se la estuviera susurrando al oído, así lo sentía cerca. Esa noche se acostó con una sonrisa llena de esperanzas. La imagen de Raúl desapareció de su mente como si nunca hubiera

existido.

El sábado por la mañana, antes de acudir al restaurante donde había quedado con su amiga Nuria, se dirigió al centro comercial para realizar unas compras. Parada en el escaparate de una tienda de regalos observó reflejada sobre el cristal la imagen de un hombre. Instintivamente volteó su cabeza y lo vio: era Raúl. Acongojada se quedó paralizada mirándolo, pero en cuestión de segundos desapareció. Recobrando parte de su serenidad comenzó a caminar buscándolo por las inmediaciones, pero no lo localizó. Era muy extraño, físicamente estaba igual que el día que lo conoció, incluso aún más joven. No podía ser él, era imposible que el tiempo no lo hubiera cambiado. Sin quitárselo de la mente continuó caminando hasta que se paró en el escaparate de una perfumería. Reflejada en el cristal volvió a ver su imagen. Rápidamente se volvió, pero ya no estaba. Inquieta, decidió irse del centro comercial y visitar alguna tienda cerca del local donde había quedado para almorzar.

Nuria era una mujer alegre, jovial, divertida. De tez morena, cabello negro rizado y profundos ojos azules, siempre le había ido bien en el amor. Hacía más de diez años que se casó con su mejor amigo. Fue algo inesperado para todos, se conocían desde la facultad y se trataban como hermanos. Cuando llegó al restaurante, sentándose en la silla frente a Sofía, suspiró.

—¿Te pasa algo? Te noto triste.

—Ay, Sofía, mi matrimonio se está yendo al traste.

—Venga, ánimo, será solo un bache.

—No lo creo; se nos ha ido el amor. Ahora somos solo buenos amigos. No hay pasión, es todo tan... monótono. Nos llevamos bien, pero los dos nos hemos dado cuenta de que, aunque nos queremos, ya no nos amamos. Hemos pensado en separarnos de mutuo acuerdo. Estoy triste, pero es lo mejor para los dos.

—¿Ya lo habéis decidido?

—Sí, aunque a los dos nos cuesta trabajo. Lo bueno es que no tenemos niños y resultará menos doloroso. Así que otra vez estoy en el mercado...

—No esperaba esa noticia, ¿cómo es que no me lo has dicho antes?

—Eres a la primera que se lo cuento; ni me atrevo a hablarlo, es duro para mí.

—Lo siento mucho, amiga. Si habéis tomado esa decisión es para poder ser felices de nuevo los dos.

—Tardaré tiempo en rehacer mi vida, me dolerá, pero cuando lo supere sé que va a ser para bien.

—Nuria, hoy en el centro comercial he visto a Raúl, o a alguien que es clavado a él cuando lo conocimos. Me estaba observando, pero desapareció. Fue todo muy raro, estoy algo asustada.

—¡También lo has visto! Menos mal, pensaba que el tema de mi separación me estaba afectando tanto que hasta veía fantasmas.

—Verdad, era como un fantasma, y creo que me estaba observando. ¿Pero cómo puede estar igual de joven? Ni con la cirugía más avanzada lo pueden dejar igual.

—Puede que sea alguien que se le parece horrores, lo que no me cuadra es que te estuviera espionando. Eso me hace pensar que es él; debes de llamar cuanto antes a informarte. Podrías llamar ahora...

—¿Ahora? No sé...

—Busca el teléfono del hospital de Costa Rica en Google y llama. Si lo dejas para otro momento no lo harás.

Sofía, después de buscar el número de teléfono, animada por su amiga llamó al hospital. Le atendió la llamada una chica que no conocía y le pidió que necesitaba hablar directamente con Luz, una enfermera con la que siempre se llevó bien. Por suerte seguía trabajando allí y le pasaron con ella.

—Buenos días, Luz. No sé si te acordarás de mí, soy Sofía.

—¡Sofía! ¿Cómo estás? Pero..., ¿cuantísimos años han pasado ya? Y sin embargo, he reconocido rápidamente tu voz.

—Me alegro de escucharte y siento no haberos llamado nunca para saber cómo estabais.

—Por aquí todo tranquilo. El hospital ha cambiado mucho para bien. Dime, ¿para qué me llamas? Está claro que no es para saludarme después de

tantísimos años.

—Te he llamado para preguntarte por Raúl. El otro día me pareció verlo por aquí, pero su aspecto era demasiado juvenil y me extrañó.

—¿Juvenil? No, seguro que no era él. Sus canas delatan su edad. Lo vi el mes pasado y, aunque conserva el tipo, es ya todo un señor. Desde hace unos años es el director de uno de los mejores hospitales de la capital.

—¿Tiene hijos?

—Dos chicas muy monas. Si quieres que te cuente algo más...

—Muchas gracias, Luz, era todo lo que necesitaba saber. Me alegro de haber hablado contigo.

Nada más colgar le contó a Nuria la conversación mantenida.

—Entonces, si no es él, ¿quién es el hombre que hemos visto? —preguntó Nuria de lo más intrigada.

—No lo sé... Últimamente me están sucediendo cosas muy raras. He conocido a un hombre que me tiene fascinada, pero todo es muy extraño.

—Cuenta, cuenta.

—Lo conocí en la consulta del médico de mi sobrina. Sin querer nuestras manos se rozaron y sentí que una especie de calambre recorría todo mi cuerpo. Él iba con su hijo y, cuando se puso a jugar con Evita, sin que nos diésemos cuenta intercambiaron nuestros móviles que son del mismo modelo. Al llegar a casa me llamó para explicarme que yo tenía su móvil y él el mío. Quedamos en el portal de la casa de mi hermana y, cuando nos estábamos dando los teléfonos, de nuevo nos rozamos y me estremecí. Había una fuerte conexión entre los dos que impedía que nos separáramos. De repente apareció un atípico arcoíris que enseguida se disipó. Desde entonces no puedo quitármelo de la cabeza.

—¿Cómo es él? Para sentir así de repente esa atracción debe de ser muy guapo.

—Sí, es muy atractivo y bastante más joven que yo, pero lo que me cautiva de él es algo que no puedo explicar con palabras, es algo mágico. Al día siguiente me pasó otra cosa extraña: una sombra me quería atrapar en medio de la calle. Sentí pánico y comencé a correr hasta que entré en el coche.

—Qué cosas tienes... ¿Cómo te va a querer atrapar una sombra? Eso parece una alucinación, amiga.

—Sé que es difícil de creer, pero ocurrió, o al menos yo tuve esa sensación.

—¿Has vuelto a saber algo de él?

—Daniel me llamó al cabo de unos días. Al igual que yo, había sentido una gran conexión entre los dos, incluso hemos tenido el mismo sueño. Quiere que nos volvamos a ver, aunque es difícil pues yo vivo en Alicante y él en Valencia, además, debe de sucederle algo que le impide llamarme. El jueves me envió una carta en la que me transmitió tanto sentimiento que hasta se me olvidó el canalla de Raúl. Lo siento tan cerca de mí que hasta puedo escuchar su voz.

—Hacía tiempo que no te escuchaba hablar con tanta pasión de un hombre, pero, conociéndote, antes de quedar con él saldrás huyendo como siempre te pasa cuando te estás enamorando.

—De este no pienso huir; todo lo contrario, me atrae como un imán.

—Sofía, lo que me has contado parece todo muy irreal, ¿no será que inconscientemente estás creando a un hombre imaginario para tapar la posible presencia de Raúl? Es un hombre que marcó tu vida y te hizo mucho daño y, ahora que hemos visto a una persona que se le parece, te puede estar afectando más de lo que crees.

—Daniel es muy real. He traído la carta que me escribió para enseñártela —afirmó con contundencia mientras la buscaba en su bolso—. Vaya, no está, juraría que la metí antes de salir de casa.

—Y eso que me has contado del arcoíris, la sombra que te perseguía... Parece sacado de alguno de los libros de fantasía que tanto te gustan. Ahora me arrepiento de haberte hablado de Raúl.

—Raúl me provoca angustia, pero no como para volverme loca e inventarme historias. Si no te crees lo que te he contado, es tu problema —dijo Sofía algo molesta.

—Perdona, amiga. Entiende que es difícil de comprender, pero si tú dices que ha ocurrido así, será verdad. No me eches mucha cuenta, ya te he

contado que ando con problemas.

—Sé que no estás pasando por un buen momento. ¿Qué te parece si esta noche salimos a cenar y luego nos vamos de fiesta?

—Me vendrá de miedo divertirme un poco, y a ti también.

El fin de semana resultó muy entretenido y ambas se olvidaron de las tinieblas que en esos momentos rondaban por sus vidas. Aunque a Sofía le hubiera gustado hablarle más sobre Daniel se calló por miedo a que no la creyera. Ya cuando lo viera en persona hallaría la manera de contárselo de alguna forma más real.

El lunes, al anochecer, recibió otro sobre con una rosa roja que contaba con doce pétalos. Con ansias la leyó:

*Solo para ti, Sofía:*

*Hierran mis sentimientos sin amaros. Doce pétalos para ofreceros con mi sincero amor. Sangre viva que derramo por veros; ya solo quiero el alma quemaros. La luz nace en tus ojos claros, la sombra yace porque no muero. Gime mi cuerpo por conoceros, mas sí, me basta con desearos. Nace en ti la fuente de los suspiros, grajean los pájaros a coros, observo el arcoíris y el cielo formando muros. Mi lágrima, mi anhelo, quiero deciros que ya no existen más tesoros, pues están mis sentimientos puros. No me olvides, solo espérame.*

*Rosas al anochecer*

Doce pétalos, doce días desde que se conocieron... Lo volvía a firmar como «Rosas al anochecer». Era tan especial, o al menos eso era lo que a ella le transmitía. Ilusionada por sus palabras se recostó sobre el sofá y la volvió a leer como si él estuviera sentado junto a ella. Lo esperaría el tiempo que hiciera falta. Su sentimiento era tan fuerte que podía con la distancia.

Anhelaba escuchar su voz, pero no la llamó en toda la semana. Algo desilusionada, pensó que quizá no volviera a saber nada más de él. Esa noche se acostó triste, el recuerdo de Daniel poco a poco se iba alejando de su memoria. Ya él no hacía nada para alimentar su corazón. Entre sus atribulados pensamientos se quedó dormida. En sus sueños se encontraba en una mansión antigua en medio de un bosque. Vestía un camisón largo de seda blanco. Sus

largos cabellos caían sobre sus senos. Se encontraba en un dormitorio antiguo con sus paredes adornadas de cuadros con hermosos marcos dorados. Estaba nerviosa, pero feliz. La puerta se abrió y entró Daniel. Acercándose hasta ella la besó apasionadamente. Cuando se despertó y recordó el sueño supo que pronto iba a tener noticias de él, y así fue. A media mañana Daniel la llamó.

—Hola, Sofía. Siento no haber podido llamarte antes, tengo un proyecto entre manos que ocupa todo mi tiempo. Se trata de algo muy importante de lo que por ahora no puedo hablar. ¿Recibiste mis cartas?

—Sí, las recibí y me han llegado a lo más profundo. Eres muy poeta.

—¿Sabes? Ayer soñé contigo y sabía que tenía que llamarte.

—Yo también soñé contigo, menuda casualidad. ¿Cuál fue tu sueño?

—Te lo describiré por escrito, esta semana te enviaré otra carta. Sofía, tenemos que vernos pronto. Estoy demasiado ocupado y no voy a poder desplazarme a Alicante. ¿Podrías venir a Valencia?

—Sí, iré. ¿Te viene bien este viernes?

—Me organizaré para verte, aunque sea solo un momento. En la carta te pondré el lugar y la hora donde nos encontraremos. Confía en mí, ahora te tengo que dejar. No me olvides, este viernes nos encontraremos.

—Así será, confío en ti.

Nada más colgar Sofía rememoró la escueta conversación. Era un hombre misterioso, atípico, pero le había llegado al corazón y confiaba plenamente en él. Ilusionada con la idea de que se iban a encontrar, comenzó a pensar la vestimenta que se pondría para la ocasión.

El miércoles, al anochecer, recibió una carta y una rosa roja con veintiún pétalos; hacia ya veintiún días que se conocieron. Él le dijo que le describiría por escrito su sueño e, impaciente por saber si habían tenido el mismo, rompió de un tirón el sobre, tomó el papel entre sus manos y, sentándose en el sofá, comenzó a leer:

Despierto o dormido siempre estás en mi mente. Mi sueño, Sofía:

Camino entre un bosque de pinos gigantes, el aire bambolea sus hermosas copas. Todo está en movimiento; suena la libertad. Mis pies van solos, mi corazón agitado: ya sé que voy a tu encuentro. Me paro y miro al

cielo; va a llover, huele a tierra mojada. Apresuro mis pasos, por fin veo la mansión. Caen sobre mí las primeras gotas y, sin embargo, continúo.

Llego a la entrada de una preciosa mansión entroncada en el pinar. Noto tu presencia cercana, Sofía. La puerta está abierta y, tras la oscuridad, hay luz en una de las estancias. Paso, cierro la puerta y todos los sonidos cambian. Reparo en la residencia que es preciosa, pero sigo caminando. Me noto el pulso en la muñeca: acelerado por llegar a ti.

Por fin te veo, vistes de otra época, seda sobre tu piel de seda. Cada paso me lleva la mirada a una parte de tu hermoso cuerpo: tus ojos, tus mejillas, el pelo largo sobre tus pechos, tu cintura fina... hasta que todo me lleva a tu boca, Sofía. Te beso; no hemos hablado y nos besamos. Hay conexiones mágicas que no tienen parangón, surgen de la magia de la vida.

Toda la estancia le da equilibrio a nuestros cuerpos. Siento tus manos en mi pelo mojado. ¡Qué bonita eres, Sofía! Me miras un instante y veo el fondo de tu alma; puro como el agua del manantial, salvaje, libre, noble, sincero. No puedo dejar de besarte... Confluye la armonía, la pasión de amor a fuego lento. Tus labios son el deseo, tu cuerpo rezuma sensualidad. Sofía, ¿fue un sueño o fue real?

Mis manos te acarician, se estremece el placer. Mis entrañas se abren a ti, se acuna el alma entre abrazos. ¿Lo sientes? Tus pechos explotan el placer; no puedo dejar de besarlos. Sofía, te amo. ¿Es posible? Gime la vida; tu cuerpo y mi cuerpo se están fundiendo. Huele a rosas.

Una lágrima sobre tu mejilla me levanta súbitamente de este maravilloso sueño.

*Rosas al anochecer.*

Como un volcán a punto de explotar, sus palabras la despertaron al mundo del deseo. Sentía que era un hombre sensual, irresistible a sus sentidos, a la razón; al menos para ella. Por algunas menciones, parecía que se trataba del mismo sueño: la mansión, el camisón de seda... Sin embargo, su sueño finalizó con el beso y el suyo continuó, o tal vez se lo imaginó. Sedienta de absorber cada una de sus palabras la volvió a leer, lo que la agitó aún más. Deseaba verlo y estar con él; si fuera posible saldría en ese mismo momento a su encuentro. Pero tendría que esperar hasta el viernes, sin duda acudiría al lugar en que la citaba al final de la carta en Valencia a las cinco de la tarde.

«Sí, te siento, Daniel. Siento sobre mi cuerpo cada beso, cada mirada, cada suspiro como si estuvieras a mi lado, cerca de mí, dentro de mí».

Sofía, plagada de emociones, contaba cada minuto que faltaba para encontrarse con él.

## 6

Nada más aparcar su vehículo en las inmediaciones de la cafetería donde habían quedado, nerviosa, y a la vez ansiosa, se dirigió hacia el local. Deteniéndose en la entrada sacó un pequeño frasco de su bolso y se perfumó. Sentado en una de las mesas del fondo estaba Daniel. Nada más verlo su corazón se aceleró, pero en cuanto él sintió su presencia y la miró, se calmó.

Daniel se levantó y, después de besarla en la mejilla, la invitó a sentarse. Se miraron fijamente, intensamente, sin mediar palabra hasta que el camarero se acercó para preguntarles qué deseaban tomar.

—Sofía, qué ganas tenía de verte. Aunque estoy muy ocupado con el proyecto, no puedo dejar de pensar en ti —comenzó a expresarle Daniel sus sentimientos—. No sé qué es lo que me está pasando, ni siquiera nos conocemos, no sabemos nada de nuestras vidas y, sin embargo, te siento muy cerca de mí; es como si ya nos conociéramos y hubiéramos intimado, como en la carta que te escribí.

—A mí me ocurre lo mismo. Sin conocerte de nada siento una gran conexión que me provoca sentimientos profundos, es algo que nunca había experimentado tan rápido y con tanta fuerza.

Daniel, sintiéndose afortunado por ser correspondido a esa especie de mágica locura, tomándole la mano, decidió hablarle sobre él.

—Sofía, hay algo que te tengo que contar... Sé que debería habértelo dicho antes, pero prefería hacerlo en persona. Estoy casado y tengo un hijo, bueno, lo del niño ya lo sabías. Mi mujer controla todas mis llamadas; ese es el motivo por el que no puedo utilizar mi móvil para comunicarme contigo.

Sofía sintió un sudor frío; mientras su corazón se congelaba, sus cuerdas vocales se quemaban sin poder articular una palabra.

—Eso no me lo esperaba —logró decir—. Si estás casado las cosas

cambian.

—No, por favor. No rechaces desde el primer momento la magia que hay entre nosotros por mi estado civil. Entiendo que es un impedimento para estar juntos y que te haya sorprendido, pero te pido que al menos me dejes continuar siendo tu amigo y me permitas expresar todo lo que siento por ti. Te aseguro que es la primera vez que me ocurre esto en mis treinta y siete años de vida.

—Además, eres mucho más joven que yo. Tengo cincuenta y un años. Esta situación es muy difícil, en estos momentos tengo ganas de salir corriendo por la puerta y no volverte a ver jamás.

—La edad es lo de menos. Me atraes más que cualquier mujer de mi edad, aunque lo que más me fascina de ti es lo que me haces sentir con solo rozar tu mano. Cada vez que me miras me reflejo en tus ojos. Sé que a ti te pasa lo mismo y no debemos dejar que estas sensaciones se desvanezcan sin averiguar qué es lo que hay entre nosotros dos.

—Y dada tu situación, ¿qué es lo que quieres o esperas de mí?

—Te propongo que nos sigamos conociendo, que me dejes que te siga enviando cartas y que te llame de vez en cuando. Deseo que me conozcas en profundidad, pero, sobre todo, lo que me gustaría es averiguar qué lazo nos une para que estemos, sin apenas conocernos, tan conectados.

—Está bien, lo intentaremos solo como amigos. Reconozco que también siento curiosidad por saber la razón por la que nos sentimos tan unidos, incluso tenemos los mismos sueños... Dime, Daniel, ¿a qué te dedicas?

—Soy ingeniero industrial y hasta hace unos meses trabajaba en una empresa. Desde pequeño he tenido una gran predilección por los inventos. — Daniel le narró su vida desde su infancia con todo detalle expresándole sus anhelos, sus miedos, sus fuertes, sus debilidades. Sofía lo escuchaba sintiendo cada vez más afinidad con él. Hablaba de una forma natural, sin ocultarle nada. Como él le había mostrado, quería que lo conociera en profundidad y en cada palabra dejaba parte de su alma para que ella la captara—. Ahora estoy trabajando en una invención con mi querido profesor Pascual. Es algo muy importante y todo depende de mí para su pronta realización. Por ello solicité una excedencia en la empresa. Mi situación es complicada, pues mi mujer es

la que cubre todos los gastos. A mí no me preocupa la falta de dinero y el vivir en cualquier lado, pero tengo un hijo al que tengo que cuidar. Por ello, en este momento de mi vida no puedo plantearme separarme para iniciar una nueva vida, aunque te aseguro que es lo que me gustaría.

—Lo comprendo, pero dadas las circunstancias no sé si seré capaz de seguir en contacto contigo.

—Piénsatelo, por favor. Sabes que entre los dos hay algo muy fuerte que no debemos dejar escapar. Sofia, ¿a qué te dedicas? ¿Cuáles son tus aficiones? ¿Te has dado cuenta de que ni siquiera sabíamos nuestras profesiones? Tampoco sé nada de tu vida sentimental, pero por tu reacción ante la mía entiendo que no estás casada. ¿Divorciada, tal vez? La verdad es que no me importa nada tu estado civil, solo me importas tú.

—Nunca me he casado ni tengo hijos. Soy arquitecta y colaboro con una fundación. —Sofia le habló de su vida profesional, sus proyectos, la ilusión que tenía por ver realizada la escuela en la India. Se expresaba tal y como lo sentía dejando al descubierto todo su ser. Le expresó su entusiasmo por la literatura infantil del siglo XIX y lo que le llenaba el contemplar las caras de los niños enfermos cuando acudía a los hospitales a narrarles sus libros favoritos de fantasía. Daniel la miraba embobado, le fascinaba el entusiasmo con la que pronunciaba cada palabra. La veía llena de vida y deseaba que llenara la suya aún más.

—Si antes me atraías por motivos mágicos, ahora me tienes entusiasmado por tu forma de ser. No dejemos que esto se termine aquí, no quiero que esto se acabe nunca.

Me pasaría las horas hablando contigo, pero es una situación muy difícil.

—No solo hablando pasaría yo las horas contigo —dijo Daniel, levantándose y situándose a su lado—. También las pasaría besándote.

Daniel sin poder contenerse la besó apasionadamente. Sofia dejándose llevar le correspondió. Durante unos minutos el tiempo se detuvo, las nubes que cubrían el celeste cielo desaparecieron para descubrir un hermoso e inusual arcoíris dibujado en el cielo para después desaparecer una vez que los labios de Sofia y Daniel lograron despegarse.

—Por favor, deja que esto ocurra —le imploró Daniel.

—Tengo que pensarlo, no sé qué decirte en este momento.

—Tómame el tiempo que necesites. ¿Puedo seguir en contacto contigo?

—Sí, quiero seguir sabiendo de ti. Aunque necesito pensar en todo esto, no sé bien por qué, pero quiero que estés en mi vida.

Pletórico la volvió a besar. Sofía sentía derretirse con sus apasionados besos.

—Pronto te llamaré y te escribiré. Aunque esté muy implicado con el proyecto, quiero que sepas que siempre estarás en mi mente: el invento y tú estaréis presente en cada minuto de mi vida.

Al salir de la cafetería sus miradas se quedaron congeladas en el tiempo. Haciendo un gran esfuerzo se despidieron tomando cada uno una dirección. Al detenerse en un semáforo Sofía contempló cómo de la nada aparecía una especie de neblina que lo cubría todo. Los viandantes que se encontraban a su lado comenzaron a cruzar como si la neblina no existiera para ellos. Sin saber sobre dónde pisaba ni lo que tenía enfrente, se situó detrás de un señor y comenzó a caminar. De repente, vislumbró caminando entre la niebla la imagen de un hombre con sombrero y capa negra. Impresionada se paró en seco. Lo que estaba viendo era tan surrealista que no podía estar ocurriendo de verdad. El sonido del claxon de un vehículo la hizo reaccionar. Se encontraba en medio de la carretera obstaculizando la circulación. La niebla había desaparecido, como también el hombre de negro. Caminando rápido llegó hasta su vehículo, se montó y arrancó. Condujo despacio hasta casa de su hermana por temor a que otro extraño fenómeno atmosférico se cruzara en su camino. Durante unos segundos pensó si estaba perdiendo la cordura o, tal vez Daniel le hubiera puesto algo en el café mientras ella lo miraba embobada, pero, eso no podía ser, él no era como Raúl, sin querer lo estaba comparando y no iba a permitir que sus tortuosos recuerdos nublaran esta vez su mente.

Evita la abrazó nada más llegar. Su hermana, como de costumbre, se alegró de que se quedara el fin de semana en su casa. Sofía tenía ganas de contarle lo que le había sucedido: por un lado, estaba llena de mágicas sensaciones, por otro, de miedos. Evita le pedía sin parar que le recitara su

cuento favorito, pero el sabor de los besos de Daniel lo tenía aún clavados en su cuerpo y en su mente, lo que le impedía centrarse en nada que no fuera él. Haciendo un gran esfuerzo, tomó uno de los cuentos que le había regalado y se lo leyó.

—Sofía, ¿tienes algún plan para esta noche? —le preguntó su hermana.

—No, no había pensado en salir hoy.

—Te lo digo porque si no vas a salir, Manuel y yo podríamos aprovechar para ir a cenar, claro, siempre que no te importe quedarte con Evita.

—Te aseguro que no se me ocurre mejor plan que quedarme con Evita.

—¿Seguro que no te importa? ¿No has quedado con nadie? ¿Y el hombre que conociste en la consulta, has vuelto a saber de él?

Sofía se quedó pensativa; no sabía si era el momento oportuno de contárselo a su hermana y si era la persona adecuada para hablarle de él.

—No, no lo he vuelto a ver. Solo fue un día tonto, ya hasta se me había olvidado. Anda, arreglaos y salid a cenar que yo me quedo encantada con la niña.

Sofía observó la forma en la que su hermana y su marido, con ilusión, se preparaban para salir. Entonces, pensó en la situación de Daniel, y si le contaba a su hermana que estaba casado le daría un terrible disgusto: lo mejor sería olvidarse de él. Sabía que iba a ser difícil, pues ya estaba demasiado pillada; los sentimientos afloraban en su interior sin poderlo remediar. Era algo tan fuerte que le iba a costar mucho trabajo arrancar de su corazón sin más.

El fin de semana lo pasó entre la dulzura y cariño de su sobrina y el recuerdo de los apasionados besos de Daniel. Necesitaba urgentemente hablar con alguien sobre él. El domingo por la tarde, nada más llegar a su casa, sin tan siquiera deshacer la maleta llamó a su amiga Nuria.

—Hola, Nuria, ¿te cojo en buen momento? Necesito hablar contigo.

—Últimamente no tengo ningún momento bueno, así que adelante; soy toda oídos.

—El viernes quedé con Daniel en Valencia.

—¿El hombre del que me hablaste? ¿Lo has visto en persona otra vez?

—Sí, estuvimos tomando café, me habló de su trabajo, de sus hobbies, de sus ilusiones, sus proyectos. Es un hombre con muchas inquietudes, seguro, con una energía capaz de contagiártela en un solo segundo. Es...

—Se te hace la boca agua hablando de él, amiga —la interrumpió Nuria—. ¿Y hubo tema?

—Nos besamos larga y apasionadamente. Fue mágico, como todo en él.

—Hacía tiempo que no te escuchaba hablar así de un hombre; hablas con mucho sentimiento. Ahora comienzo a creerme que existe de verdad.

—Siento por él algo muy fuerte, pero hay impedimentos...

—Ya empiezas a echarle para atrás..., como siempre cuando comienzas a enamorarte de un hombre.

—Esta vez mis motivos son más razonables; es mucho más joven que yo, tiene treinta y siete años.

—Si el sentimiento es tan fuerte, ¿qué más te da la edad? Ni que te fueras a casar con él.

—Ya está casado, ese es otro de los problemas por los que no sé si continuar en contacto con él.

—Vaya, eso ya es más complicado. Mira, Sofía, en esta vida no hay nada seguro y, mientras no hagas daño a nadie, yo de ti continuaría conociéndolo un poco más y ya luego decides lo que sea mejor para ti.

—Tengo dudas por la situación, pero ninguna con mis sentimientos. Es el único hombre que ha provocado que mis miedos del pasado desaparezcan de un plumazo. El problema es que no podemos estar juntos. Cuando nos despedimos sucedió algo muy extraño. De repente apareció una neblina y contemplé a un hombre vestido con capa larga y sombrero negro entre ella, al momento desapareció.

—Qué cosas más raras dices últimamente, ya no sé qué creerme... ¿No será que te estás inventando otra historia para evadirte de pensar en Raúl? Por cierto, ¿lo has vuelto a ver? ¿Has recibido llamadas de desconocidos?

—Todo lo que te he contado es real, no pongas de nuevo en duda mis

palabras; eres a la única persona que se lo puedo contar y si tú no me crees me quedo sola en esta historia. Al hombre que se parecía a Raúl no lo he vuelto a ver y tampoco me han realizado llamadas anónimas desde hace unos días.

—Es que eso del hombre con capa entre la niebla es un poco raro, entiéndeme.

—Lo entiendo, pero es que me están pasando cosas muy raras y a alguien se las tengo que contar.

—Enamórate si quieres de ese tal Daniel, pero, por favor, no pierdas la sensatez.

—No lo haré, te lo prometo.

Nada más terminar la conversación Sofía se dispuso a deshacer su maleta. En un jarrón de su cuarto había colocado las rosas que él le había ido mandando. Daniel era real, aunque Nuria se negara a creérselo.

Por la mañana, justo antes de salir de casa para dirigirse al estudio, la llamó Daniel.

—Hola, Sofía. Estaba deseando escuchar tu voz.

—Hola, Daniel, no esperaba saber de ti a estas horas.

—¿Has pensado en mí? Ando inquieto pensando en que te podías haber olvidado de mí.

—Aunque lo intento no lo logro, sigues en mi mente como desde el primer día que te conocí.

—Menos mal... No quiero que desaparezcas de mi vida; te quiero en ella.

—Todavía tengo dudas. Me siento muy bien cada vez que pienso en ti, pero, a veces, se me viene a la mente tu situación, tu edad y aparecen los miedos. Después, rememoro nuestro encuentro y otra vez mi corazón comienza a latir por ti.

—Olvídate de todo lo externo a lo que nos rodea y piensa solo en nosotros dos. Quiero que sepas que estás siempre conmigo, vaya donde vaya, haga lo que haga estás tú. No dejes que las circunstancias puedan con los sentimientos. Me encuentro en una fase del proyecto muy importante; creo que

ya he dado con la tecla. Intentaré escribirte y llamarte, pero si no lo hago, no te olvides de mí. Aunque no te pueda ver, siempre estás a mi lado. Confía en mí.

—Confiaré en ti porque te siento cerca de mí.

En ese momento se cortó la comunicación. Sofía, contenta, se dirigió hacia su estudio. Al pasar por la puerta de entrada del edificio colindante a su oficina, de improviso, sintió cómo alguien situado detrás de ella pegaba su cuerpo al suyo. La agarró con fuerza por el cuello y la desplazó hasta el portal. A continuación, le tapó los ojos con una mano y, aprisionándola, tomó su boca y la besó. Sofía, asustada, intentó apartarlo de ella. El hombre la soltó y huyó. Del miedo comenzó a temblar; se quedó paralizada, perdiendo la capacidad de reacción. Cuando logró serenarse miró a su alrededor para saber quién había sido, pero solo contempló a varios viandantes que caminaban por la calle sin prisas, ninguno le resultara sospechoso. Nerviosa, comenzó a correr hasta que entró en el edificio de al lado donde se encontraba su estudio. Tomó su teléfono móvil y llamó a Nuria.

—Estoy trabajando y no puedo hablar mucho, ¿te llamo luego? —le dijo Nuria nada más responder a su llamada.

—Necesito contarte una cosa. ¡Alguien me ha acorralado en medio de la calle! —dijo muy nerviosa comenzando a llorar.

—Tranquilízate, Sofía, y cuéntame con detalle lo que te ha sucedido.

—Me dirigía hacia la oficina cuando alguien me agarró por el cuello, me tapó los ojos, me besó y luego se marchó. Estoy muy asustada, me tiembla todo el cuerpo y casi no puedo respirar. ¡Ha sido horrible!

—¿Viste su cara?

—No, no pude verlo. Todo ocurrió muy rápido, me encuentro fatal.

—Cálmate, respira profundo y bebe agua. Sofía, ¿no habrá sido Daniel? Puede que esté obsesionado contigo; no lo conoces prácticamente de nada y no sabes qué tipo de hombre puede ser.

—Él no ha sido. Antes de que me sucediera eso me llamó por teléfono, además, estoy segura de que no es ese tipo de hombre.

—Que te llamara antes no significa que no fuera él.

—Siempre me llama de un número de teléfono de Valencia, y es

imposible que le diera tiempo a llegar a Alicante. Lo que me ha sucedido fue unos veinte minutos después de su llamada.

—¿Seguro que te llamó desde Valencia?

—Estaba a punto de salir de casa y no me fijé en quién llamaba; pensaba que sería alguien de trabajo. Luego comprobaré el número, pero te aseguro que él no ha sido.

—¿No te das cuenta que desde que lo conociste te están pasando cosas muy raras? O al menos, es lo que tú me cuentas...

—Te repito que no ha sido Daniel. No me pongas más nerviosa intentándome meter esa idea en la cabeza.

—Está bien. Ahora lo que necesitas es tranquilizarte. Ten mucho cuidado y, si te vuelve a ocurrir algo, llama a la policía.

—Intentaré no ir sola por la calle mucho tiempo, al menos hasta que se me quite el susto. Gracias por escucharme, sé que estás trabajando y no puedes hablar mucho.

—Para eso estamos las amigas. Por la tarde te llamo y, tranquilízate.

Sofía tomó su móvil para comprobar que la llamada que recibió de Daniel procedía de un número de Valencia y para su sorpresa aparecía como número oculto. Aunque intentaba centrarse en el trabajo no se concentraba lo suficiente. Por la tarde llegó a su casa antes de lo acostumbrado. Se sentó en el sofá y recordó las palabras de su amiga Nuria. Llevaba razón en que, desde que conoció a Daniel, le estaban sucediendo cosas muy extrañas: el atípico arcoíris, la sombra, la neblina, el hombre de la capa larga. Y lo peor era la aparición de un hombre con el mismo aspecto que Raúl cuando lo conoció. Al pensar en él meditó que, tal vez, fuera el hombre que la aprisionó, aunque, como creía Nuria, también podría haber sido Daniel. Quizá, detrás de su sinceridad y apasionado carácter ocultara algún rasgo turbio de su personalidad. Ella solo veía lo bueno que él le quería mostrar. Su cabeza se llenó de dudas, ¿qué le estaba ocurriendo? ¿Se estaría volviendo loca? Nada de lo que le estaba sucediendo últimamente tenía lógica ni sentido. Al anochecer recibió un sobre con una carta y una rosa en su interior. El solo hecho de tener noticias de él la reconfortó y ahuyentó su miedo. Como siempre, con ímpetu, abrió el sobre y comenzó a leer:

*Sofía, ¿es posible? Sofía, Sofía, Sofía...todo lo llenas. Vivo en ti, ¿lo sientes?*

*Sensaciones desconocidas y nuevas me tienen absolutamente fuera de mí; sangra mi alma desnuda. ¿Cómo puede ocurrirme esto si apenas te conozco? Siento como si las fuerzas de la naturaleza envolvieran las circunstancias: la magia rodea toda esta historia que me trae loco.*

*Lloro, Sofía. Sí, lloro: gime mi existencia sin ti, no puedo entender nada...Déjame que te bese otra vez. Besarte ha sido nacer; nacer a ti, a tu ser, a tu espíritu. Todo me invadió; te juro que vi el arcoíris. Se fundió el placer y surgió la pasión, se paró el tiempo y nació el amor. Sí, Sofía, el amor. Por favor, dime que no tratarás de olvidarme.*

*Siento cómo tu pulso y el mío sufren al mismo son. Necesito y ansío que me cuentes más sobre ti. ¡Qué emoción me transmite tu pasión por las cosas que haces! Tu bondad me conmueve, Sofía: sea donde sea quiero estar a tu lado. Vamos a vernos otra vez; ya no puedo existir sin ti, dime que es posible. Necesito amarte despacio. Sofía, quiero entregarte todo lo que me llena, vivo en la esperanza de volver a ti.*

*Me despido con un beso que implora un reencuentro lleno de ti.*

*Rosas al anochecer*

Su corazón se aceleraba con cada una de sus palabras pudiendo sentir sus ansias por verla de nuevo. Al igual que a ella, todas las circunstancias que rodeaban esta extraña historia de amor, le resultaba inusual, mágica. A su mente vino el momento en el que Daniel la besó y las sensaciones que le provocó; su beso era intenso, procedía del fondo de su alma, nada que ver con el del desconocido. Estaba segura de que no había sido él. No, Daniel no había sido. Sintiendo en cada poro de su piel sus besos y en cada esquina de su corazón sus palabras se quedó felizmente dormida.

Daniel, después de incontables horas de trabajo, había descubierto una fórmula para eliminar parcialmente las manchas del líquido parecido al café sin borrar las letras de las anotaciones realizadas por el profesor Mark Layon. Solo le faltaba mezclar una última sustancia para que el resultado fuera el que deseaba Pascual. Firme en su empeño, la madrugada del jueves lo consiguió. El profesor le había dado una de las hojas de las notas de Mark Layon para que fuera experimentando sobre ella y esta vez había logrado que desaparecieran por completo todas las manchas. Rebotante de júbilo, tomando un papel, comenzó a escribir palabras llenas de amor dirigidas a Sofia. Era a la primera persona que quería comunicarle que lo había logrado, aunque ella no sabía en qué estaba trabajando.

Querida *Sofia*:

Ya todo empieza y acaba por tu nombre. Te escribo para compartir una alegría contigo: ¡por fin lo logré! Eres la primera persona a la que deseo comunicar que he concluido con éxito el trabajo que estaba realizando. Este proyecto moverá los pilares de la tierra. Gracias, Sofia; inspirado en tu persona he encontrado la fortaleza para trabajar largas jornadas que han dado su fruto y ahora es una realidad. Eres fortaleza en mi duda, luz en mis horas oscuras, remanso de paz de mi espíritu. Sofia, ¿lo escuchas? No puedo creer que no lo escuches... mi susurro en tu oído. Te amo sin esperar nada. Tómallo virgen en tus sentidos; ruge mi existencia, muerdes mi corazón, me desespero y nazco otra vez... Gracias, Sofia.

Busco el placer en la desnudez de tu cuerpo. Tiemblo porque siento el abismo en el que me encuentro, un abismo del que no quiero salir. Confía en mí, Sofia. Pronto estaremos juntos en otro lugar.

Rosas al anochecer.

Por la mañana temprano, antes de acudir a casa del profesor, se dirigió a una floristería, compró una rosa y le quitó los pétalos sobrantes hasta que contó treinta. Después, la metió en un sobre grande junto con la carta y se fue a la empresa de mensajería donde habitualmente le enviaba sus cartas para que siempre le llegaran al anochecer. Nada más salir del local tuvo un mal presentimiento. No entendía la razón, pues era uno de los días más felices de su vida. Había estacionado su vehículo en la acera de enfrente. Cuando se disponía a cruzar sopló un fuerte viento que hasta lo desestabilizó. Instintivamente se cubrió con las manos sus ojos para que no le entraran las motas de polvo que como gotas de lluvia invadían con coraje su entorno. Destapando con cuidado su ojo izquierdo observó frente a él a un hombre vestido con una larga capa y sombrero negro. De repente el viento desapareció al igual que el oscuro hombre. Caminando rápido cruzó la carretera y a continuación se introdujo en su vehículo. Sintió una extraña opresión en el estómago y condujo hasta llegar a casa del profesor. Obviando lo sucedido y su atípico e infundado malestar, se centró en su logro y en la grata sorpresa que se iba a llevar Pascual y su equipo cuando se lo notificara. Lleno de energía entró en la casa del profesor clamando a los siete vientos que lo había conseguido.

—¡Lo logré! ¡Lo logré! ¡Por fin descubrí la fórmula para eliminar las manchas!

—¡Amigo, eso es fabuloso! —exclamó el profesor abrazándolo—. Voy a llamar ahora mismo a Luis y a Ángel para comunicarles la noticia. ¡Se van a entusiasmar!

—Profesor, ¿y ahora cuál es el siguiente paso?

—Te voy a entregar todas las anotaciones para que elimines las manchas: ten mucho cuidado, es muy importante que no se borren las palabras escritas por Mark Layon. Es lo único que nos queda para poder probar de inmediato el invento.

Daniel se puso a trabajar tratando con delicadeza cada mancha que tenía que apiolar. Estaba tan involucrado que, por no perder ni un minuto, le pidió al profesor que para almorzar le preparase un bocadillo. Al anochecer, repentinamente sintió una incómoda desazón en su interior. Como le había ocurrido por la mañana tenía un mal presentimiento que no adivinaba la razón.

En ese momento pensó en Sofía. Aproximadamente era la hora en que le entregarían su carta llena de amor.

oooooooo

Cuando Sofía escuchó el sonido del portero automático sabía que sería el mensajero que le traía una carta de Daniel. Sin preguntar, abrió la puerta del portal y, seguidamente, abrió la de su casa impaciente por que le entregara el paquete. Tenía cronometrado el tiempo que tardaba en subir: tres minutos. Pasados diez minutos Sofía comenzó a inquietarse; nunca había tardado tanto en subir. Se acercó hasta el interfono y preguntó si le había abierto bien la puerta, a lo que nadie contestó. Desilusionada, pensó en que no debía de ser el mensajero. Pasada una hora volvieron a llamar; esta vez preguntó quién era y le contestó que el mensajero. Recobrando de nuevo la ilusión, esperó pacientemente a que llamara a la puerta, lo que sucedió, tal y como de costumbre, pasados tres minutos. Al abrir encontró en el suelo un sobre dirigido a ella. Mirando hacia ambas partes del rellano no vio al mensajero. Pensando que tendría prisa por algo, lo cogió y entró en casa. Ávida por saber de él, abrió el paquete, sacó la rosa, rompió el sobre del tirón y comenzó a leer la carta:

*Querida Sofía:*

*Siento en lo más profundo de mi ser tener que escribirte estás tristes palabras llenas de pena y de dolor. Nuestra historia se tiene que acabar. El amor que sentía por ti se ha evaporado, no sé cómo ha ocurrido, pero mis sentimientos han cambiado. Yo soy así; de pronto amo, de pronto dejo de amar. Deseo que pronto encuentres a otra persona y seas muy feliz.*

*Daniel*

Sofía sintió cómo su mundo lleno de emociones mágicas se resquebrajaba al instante. Era la primera vez que firmaba con su nombre denotando firmeza en sus palabras. No lograba entender qué era lo que le había sucedido; de pronto se le había acabado el amor sin más. Se tumbó sobre el sofá y sus lágrimas brotaron poco a poco. No esperaba una reacción tan fría de él, sin una llamada, sin una razón de peso. Algo había tenido que

ocurrir; sus sentimientos eran tan fuertes como los suyos para que se desvanecieran así. Tenía que poner orden en su mente y en su corazón, pero lo haría mañana, en ese momento el dolor no la dejaba ver con claridad.

oooooooo

Daniel terminó de realizar su cometido cerca de las doce de la noche. El profesor, muy contento por el esfuerzo que había realizado, le insistió en que debía descansar todo el fin de semana. Esa noche durmió como un niño, pero cuando se despertó sintió de nuevo esa incómoda sensación en su interior. Nada más desayunar salió a correr unos kilómetros desviando su recorrido hasta la cabina desde donde habitualmente llamaba a Sofia. Sacó unas monedas sueltas y se dispuso a llamarla. Al tomar el auricular, comprobó que estaba roto. El teléfono no funcionaba; parecía que alguien lo hubiera arrancado adrede. Triste por no poder comunicarse con ella, regresó a su casa con la intención de pasar todo el fin de semana con su hijo.

El lunes por la mañana el profesor le comunicó que en unos días iban a probar el invento en una cueva sita en las inmediaciones de Jávea.

—Profesor, ¿qué ha descubierto en las anotaciones de Mark Layon?

—Ese hombre era un genio. Te lo contaré todo detalladamente cuando llegue el momento: se trata de un viaje en el tiempo, al siglo XIX, a Inglaterra... ¡Estoy de lo más entusiasmado!

—¿De verdad? ¿Lo explica todo claro en sus notas? ¿Pone si él lo probó? ¿Es posible realizar ese viaje?

—Lo explica todo en sus notas, es un gran hallazgo... Haremos el viaje juntos, Daniel.

—Estoy nervioso, excitado, deseando probarlo...

—Ya queda poco, Daniel, muy poco. Ahora debemos de organizarnos para que todo salga bien.



## 8

Habían transcurrido seis tristes días desde que Daniel le mandó la carta despidiéndose de ella. Sofía andaba apática, infausta, incluso había perdido el entusiasmo por la construcción de la escuela en la India, y la fecha prevista para realizar el viaje se estaba aproximando. Después de terminar su jornada laboral se fue directamente a casa; no tenía ni ganas de ir al gimnasio. Se tumbó en el sofá y encendió la televisión dispuesta a ver cualquier aburrido programa que le hiciera pensar que su vida era más interesante. De repente, un cosquilleo recorrió todo su cuerpo y al momento sonó su teléfono. Al ojear el número desde el que llamaban observó que procedía de Valencia. Inquieta, se cambió de posición, se sentó en el centro del sofá y respondió.

—¿Sí?

—Sofía, soy yo, Daniel. Siento no haberte podido llamar antes, tengo muchas cosas que contarte. ¿Cómo estás? ¿Piensas en mí? Yo no he dejado ni un minuto de pensar en ti.

Sofía al escuchar sus palabras pensó que, o había cambiado otra vez de opinión o era bipolar.

—Daniel, después de tu última carta comprenderás que no haya pensado mucho en ti, no me ha quedado otra que olvidarte.

—¿Olvidarme? ¿No te gustó mi carta? La escribí con todo mi amor.

—¿Amor? Más bien diría desamor. Me expresaste que se te había acabado el amor y que terminabas nuestra historia y...

—¿Qué? ¡Yo no he escrito eso nunca! ¡Eso es falso!

—Pues estaba firmada por ti.

—Yo nunca firmo las cartas con mi nombre, ya lo sabes. ¿Recibiste una rosa roja?

—Sí.

—¿Contaste los pétalos? ¿Estás segura de que era mi letra?

—No conté los pétalos y la letra era parecida, creo...

—Creo que alguien no quiere que estemos juntos; últimamente he tenido malos presentimientos y ahora sé a qué se debían. Si tienes todavía la carta compárala con las que yo te envié y cuenta los pétalos de la rosa, debe de tener treinta. Mi sentimiento nunca ha cambiado, al revés, cada día crece más. Confía en mí, Sofía.

—Está bien, voy a comprobar la carta, aún las guardo todas junto a las rosas. Llámame en diez minutos.

Sofía se dirigió a su habitación. Primero cogió la última rosa y contó sus pétalos. Era la flor más grande que le había enviado, en total tenía cuarenta y dos pétalos. Después, tomó las cartas que le había escrito y las comparó con la última. Además de advertir que no eran del mismo estilo, la caligrafía era diferente. No sabía cómo no se dio cuenta de ello al leerla, le impactó tanto que no se fijó en los detalles. Daniel llevaba razón, él no la había escrito, pero entonces, ¿quién lo había hecho? Tal vez, como le había comentado, alguien no quería que estuvieran juntos. De pronto sintió una sensación de alivio parecida a cuando te enteras de que a un familiar le han diagnosticado una enfermedad grave y a los pocos días le comunican que ha habido un error en los resultados y todo está bien. A continuación, sus sentimientos recobraron vida con más fuerza que nunca: ahora que sabía la tristeza que le provocaba estar sin él, lo necesitaba más que nunca en su vida. El teléfono sonó. Sabía que era Daniel y rápidamente contestó:

—¡Llevabas razón! ¡La carta no la escribiste tú!

—Menos mal que te has dado cuenta, no sabes el sufrimiento que me ha causado el pensar que te apartaras de mí. Estoy seguro de que alguien quiere, o alejarnos o hacernos daño a alguno de los dos. ¿Sabes quién puede ser?

—Nuestra relación solo la sabe mi amiga Nuria, y ella no haría tal cosa. Y por tu parte, ¿quién puede haber hecho algo así?

—Que yo sepa nadie. Llevo mucho tiempo involucrado en el proyecto sin ver a casi nadie de mi círculo, solo le he hablado por encima de ti a mi profesor y, créeme, él no ha sido, segurísimo. Ahora que recuerdo... Un día

observé a un extraño hombre vestido con una capa larga y sentí un mal presentimiento, aunque no tengo ni idea de quién era.

—¿Llevaba un sombrero también negro?

—Sí, parecía que iba disfrazado de otra época.

—Yo también lo he visto y ya estaba empezando a creer que era una especie de alucinación.

—Qué extraño; era un hombre muy peculiar y tuve la impresión de que me estaba observando. Si recibes otra carta asegúrate de que el número de pétalos coincida con el número de días desde que nos conocimos. Eso solo lo sabemos nosotros dos.

—Lo haré. Daniel, me alegro de que no escribieras tú esa carta. Durante estos días he creído que ya no te importaba y me sentí muy triste.

—Me importas, y mucho. Tengo que proponerte algo que, aunque pienses que es imposible, te aseguro que lo es. ¿Recuerdas que te conté que estaba trabajando día y noche en un proyecto?

—Sí, sé que estás trabajando en algo que te ocupa mucho tiempo, pero nunca me has contado de qué se trata.

—Lo que te voy a explicar no puedes decírselo a nadie, confío en ti. ¿Has oído alguna vez hablar sobre los viajes en el tiempo?

—Sí, he leído algún libro de ficción.

—Bien, pues hemos descubierto la forma de viajar al siglo XIX, concretamente, a Londres. Sé que es difícil de creer, pero es verdad. Esta semana lo vamos a probar y quiero que te vengas conmigo.

—¿Quieres que te acompañe a viajar en el tiempo?

—Sé que suena raro, pero, si vamos los dos, podremos estar juntos en otro tiempo, en otro lugar, y allí podremos dar rienda suelta a nuestro amor: amarnos dejando atrás las cadenas que impiden que aquí estemos juntos. Quizá la extraña y fuerte conexión que tenemos venga de años atrás, los dos sabemos que lo que nos está sucediendo no es normal.

—No sé qué decir... me parece muy irreal. La verdad, opino que no se puede viajar en el tiempo; no creo en esas cosas.

—Pero ¿y si es posible? ¿No te gustaría venir conmigo al siglo XIX? Además de poder estar juntos sin tener que ocultar nuestro amor, puede que conozcas a alguno de los autores de esa época que tanto te apasionan.

—Suponiendo que lo que me estás contando no sea una broma, ¿cuánto tiempo duraría ese viaje fantástico?

—Según las anotaciones, el tiempo aquí no transcurriría, a lo sumo regresaríamos en unas horas o tal vez unos días. Sin embargo, allí donde vamos posiblemente volveríamos a nacer y viviríamos toda una vida, o gran parte de ella.

Sofía, atónita, continuó interrogándolo siguiéndole el juego.

—Si dices que volveremos a nacer, ¿cómo nos vamos a reconocer? No tiene mucho sentido, ¿no?

—Nuestras almas tendrán que encontrarse. Yo sé cómo es la tuya y te encontraré. Te recomiendo que vuelvas a leer mis cartas para que captes la mía.

—Supongamos que nos encontramos y logramos estar juntos. ¿Sería para siempre? ¿No se supone que íbamos a regresar?

—Eso es más complicado, el modo de regresar dependerá de que encontremos al creador del invento que, según el manuscrito, viajó justo a esa época. En caso contrario, regresemos cuando el tiempo lo crea conveniente.

—¿Pero no lo habíais creado vosotros?

—Nosotros comenzamos sobre la base de un manuscrito del siglo XIX.

—Mira, yo dentro de unos días tengo que marcharme a la India, llevo mucho tiempo trabajando en el proyecto y no quiero que un viajecito en el tiempo me impida realizar mi sueño.

—Como te he dicho, el tiempo no transcurrirá aquí, tal vez unas horas, unos días. No te perderás tu viaje a la India y podremos vivir nuestra gran historia de amor. Creo que no te estás creyendo nada...

—Todo esto es muy difícil de digerir. Ponte en mi lugar, si yo te contara una historia así, ¿me creerías?

—Aunque no estuviera seguro, al menos lo intentaría solo por el hecho

de estar junto a ti. Ven mañana a Valencia y te enseñaré parte de los documentos para que por ti misma compruebes que lo que te he contado es verdad. El viaje es inminente, en cuanto el profesor me avise me marcharé. La zona desde donde lo vamos a realizar está a menos de diez kilómetros de Jávea, lugar donde naciste.

—Está bien. Mañana iré a Valencia, te daré un voto de confianza.

—Sé que cuando veas los documentos me creerás y te vendrás. Presiento que este viaje lo tenemos que realizar juntos. ¿Podrías estar a las once de la mañana en la cafetería donde nos vimos la última vez?

—Me organizaré y allí estaré.

—Perfecto, mañana nos vemos. Estoy deseando verte.

Lo primero que pensó Sofía cuando colgó el teléfono fue que a Daniel con tanto trabajo se le había ido la cabeza; era imposible viajar en el tiempo, eso solo existía en los libros y en las películas. Pero se lo había explicado con tanto entusiasmo y seguridad que en cierta forma parecía que fuera cierto. Tal vez él y su grupo de amigos inventores habían estado trabajando en ello y creían que lo habían conseguido, pero, si era así, en cuanto probaran el invento no iba a funcionar, eso no era posible. Fuera cierto o no, mañana iría a Valencia, no por cerciorarse de la existencia del manuscrito, sino por verlo a él. Cuando se acostó recordó los extraños sueños que ambos habían tenido. Sus ropajes, el dormitorio, las casas... Todo era de otra época, que bien podrían ser del siglo XIX. ¿Y si era cierto? Sin querer pensar más en ello, cerró los ojos y al momento se quedó dormida.

A las once de la mañana Sofía entró en la cafetería donde habían quedado. Al no verlo, se sentó en una mesa y pidió un café. Tomando la prensa del día ojeó las noticias principales, a la vez que miraba hacia la puerta. Pasada media hora comenzó a inquietarse. Sin saber qué hacer, contempló a cada una de las personas que se encontraban en el local; algunas estaban solas como ella desayunando con la taza de café en una mano y el móvil en la otra. Pensativa, durante unos segundos fijó su mirada en su teléfono y después buscó su número. La tentación de llamarlo era muy fuerte, pero la prudencia se interpuso ante su impulso.

Había transcurrido más de una hora. Desesperada, no sabía si tomarse otro café o una tila y, decidiéndose por lo primero, se lo pidió al camarero. Cuando se lo terminó, salió de la cafetería y lo esperó hasta cerca de la una en la puerta. Desilusionada, se encaminó hasta donde había dejado su vehículo y regresó a Alicante. Durante todo el día esperó con impaciencia que él la llamara, lo cual no sucedió. Por la noche, al acostarse, no lograba conciliar el sueño; se levantaba, bebía agua, se volvía a acostar. Pensaba una y otra vez la razón por la que no había acudido a la cita, tal vez le había ocurrido un accidente o quizá estuviera tan implicado en la invención que se había olvidado de ella. Su mente no dejó de barajar distintas posibilidades hasta que del cansancio se quedó dormida.

Por la mañana, como de costumbre, se fue temprano hacia su estudio, pero esta vez tomó un taxi que la dejó en la misma puerta del edificio. El diseño de la escuela estaba completamente acabado. Después de darle un último repaso lo mandó por *email* al correo electrónico de la fundación. Estaba contenta, dentro de diez días se iría a la India, aunque por otro lado, le preocupaba que algo malo le hubiera pasado a Daniel. Estaba a punto de marcharse de la oficina para ir a almorzar cuando recibió un paquete. Al abrirlo, lo primero que vio fue una rosa y, seguidamente, un sobre pequeño.

Durante unos segundos dudó sobre su procedencia; Daniel siempre se los enviaba a su casa al anochecer y, quizá se lo hubiera remitido la misma persona que le mandó la carta falsa. Con curiosidad abrió el sobre. Había un papel que contenía un dibujo con unas indicaciones. Se trataba de una ruta a seguir desde Alicante hasta diez kilómetros antes de llegar a Jávea. Estaba perfectamente señalizado hasta llegar a un lugar marcado con una X. A continuación había una nota:

*Siento no haber podido acudir a nuestra cita. Recuerda nuestra conversación, todo es cierto, real. Sigue el itinerario y podremos estar juntos en otro tiempo, en otro lugar donde, sin ataduras, nos podremos amar. No vayas en tu coche, toma un taxi: deberás estar en el punto señalado al atardecer, justo a la hora de la puesta del sol. Siempre tuyo, siempre mía.*

Nada más leer la nota tomó la rosa y contó los pétalos. Miró el calendario y comprobó que la flor tenía treinta y siete pétalos, el mismo número de días desde que se conocieron. Inquieta, dejó en orden la oficina y se marchó a su casa. La cabeza daba vueltas y más vueltas; no sabía qué hacer. Por la tarde, después de dejar bien cerrada su casa, salió a la calle y tomó un taxi. Seguía sin creer que existieran los viajes en el tiempo, pero iría al lugar que le había indicado por el interés que le había mostrado. Durante el trayecto intentó recordar cuál fue exactamente el momento en el que perdió la cordura por él. Nunca pensó que fuera capaz de hacer algo tan extravagante por amor, pero una fuerza misteriosa la empujaba a seguirlo en sus locuras. Al llegar al kilómetro señalado en el dibujo, el taxista, extrañado, le consultó si realmente quería quedarse en ese lugar tan apartado. Ella, sin darle explicaciones, le contestó que ya llamaría a un taxi para que la viniera a recoger. Antes de adentrarse en medio del campo llamó a Nuria. Daniel le había pedido que no se lo contase a nadie, pero aún le quedaba algo de sensatez y, si le ocurría algo, quería que alguien lo supiera.

—Hola, Nuria. Tengo que contarte algo. Sé que vas a pensar que estoy loca, pero...

—En este momento no puedo hablar, estoy en la peluquería.

—Escúchame solo un minuto. Daniel ha hallado la forma de viajar en el tiempo. Yo no estoy segura de que eso sea posible, pero lo voy a intentar.

—¿¡Cómo?! ¿Pero tú sabes lo que estás diciendo? Ay, amiga, creo que

estás perdiendo la cabeza... Estás tan enamorada que te crees todo lo que él te dice.

—Es difícil de creer, pero ¿y si es cierto?

—¡No es cierto! ¡No te lo creas!

—Pero si lo es, quizá en otro tiempo, quizá en otro lugar podremos estar juntos y vivir nuestro gran amor. En otra época todo sería más fácil para nosotros.

—Qué pillada estás, amiga. Ahora te tengo que dejar, me van a lavar la cabeza. Ten mucho cuidado y llámame cuando regreses de tu viaje en el tiempo, ja,ja,ja.

Entendía que Nuria no se lo creyera, era lo normal, pero al menos se lo había contado a alguien por lo que pudiera pasar. Siguiendo las indicaciones llegó hasta una cueva. El sol estaba a punto de ponerse, faltaban solo unos minutos según la información que había buscado en Internet. El punto exacto al que tenía que llegar debía de estar dentro de la cueva. Estaba algo asustada, pero ya que había llegado hasta allí decidió entrar.

Una vez dentro, todo estaba oscuro. No se atrevía a moverse por miedo a que algún bicho le pudiera morder. Tenía que caminar hasta encontrar la X justo en el momento en que se pusiera el sol. Respirando profundamente, comenzó a andar. El ruido de unas pisadas provenientes del exterior la sobresaltó. Pensando que sería Daniel, retrocedió hacia la entrada de la cueva. Horrorizada, contempló al hombre vestido con capa larga y un sombrero que le cubría la mayor parte de su rostro. Asustada, se introdujo de nuevo en la cueva con la esperanza de encontrar a Daniel y, gritando su nombre, llegó hasta una luz: era suave, poseía los mismos colores que el arcoíris y formaba un gran círculo parpadeante. Al mirar hacia atrás, observó que el hombre se estaba aproximando. Después de llamar una y otra vez a Daniel, sin encontrar ninguna otra salida, justo antes de que el hombre llegara hasta su lado, sin pensárselo, atravesó el círculo con la intención de seguir huyendo de él. Su cuerpo se suspendió en el aire, flotaba sobre un cielo de diversos colores. No sabía si se había muerto o realmente estaba viajando en el tiempo. Antes de perder la conciencia pronunció unas palabras: «Daniel, encuentra mi alma allí donde esté».

## **SEGUNDA PARTE**

Londres, 24 de febrero de 1844

El Londres victoriano lo conformaban dos ciudades en la misma ciudad: riqueza, belleza y elegancia coexistían con la miseria más absoluta. La nobleza y los grandes aristócratas residían en los barrios más opulentos del West End donde las damas paseaban por sus magníficas plazas rodeadas de bellos jardines vestidas con elegantes trajes protegiéndose del sol con bonitas sombrillas y los caballeros, con sus chisteras impecables, circulaban en sus carruajes para acudir a sus reuniones de negocios. Se respiraba elegancia y lujo por cada rincón que se pasara. En los barrios colindantes vivía la clase media, formada por comerciantes y profesionales liberales deseosos de prosperar, ansiosos por residir en la mejor zona de la ciudad. En contraposición, en los barrios del East End, sus habitantes vivían en situación de extrema pobreza. La elegancia se vestía de miseria, la opulencia de inanición. Las familias, para subsistir, tenían que hacer trabajar a sus hijos desde pequeños, no alcanzando muchos los dieciséis años de vida. El maltrato a las mujeres y a los niños, el alcoholismo y la prostitución eran situaciones que se daban a diario y a nadie les resultaba extraño. Dos mundos antagónicos dentro de una misma ciudad: Londres rico, Londres pobre. La alta sociedad se regía por una fuerte moral y disciplina, con prejuicios y severas interdicciones que casi todos seguían a rajatabla, al menos, en público.

En una elegante casa de tres plantas de diseño neoclásico residía sir Paul Layon con su hijo Mark. Hacía cinco años que su idolatrada mujer había fallecido, sumiéndole en una profunda tristeza. Para aliviar su dolor comenzó a relacionarse con un círculo de intelectuales que mostraban interés por la literatura, el arte, la ciencia y los nuevos inventos, por los que siempre había sentido una gran atracción, pero, debido a su estatus social, nunca había podido manifestar interés. El grupo lo conformaban hombres de buena

posición social, aunque habían admitido a Frank Sáez, un hombre con una creatividad e ingenio fuera de lo normal que, por desdicha, perdió su fortuna, viéndose obligado a vender sus bienes e irse a vivir a una pequeña casa sita en un barrio cercano al East End. Sir Paul Layon lo admiraba y, desde que lo conoció, se prestó a ayudarlo económicamente para que volviera a abrir un negocio y dejara de trabajar en una fábrica, pero Frank, a pesar de su amarga situación seguía manteniendo su orgullo intacto.

Por la mañana, cuando se disponía a salir de su casa para asistir a una reunión, sir Paul Layon recibió una nota en la que su amigo Frank Sáez le informaba de que su mujer había tenido un niño: el parto se había adelantado y no había tenido tiempo de notificárselo con antelación según lo convenido. Rápidamente, tomando su capa, ordenó a su cochero que lo llevara a la casa de su amigo. Durante el trayecto pensó si sería cierto que el parto se había adelantado o, como de costumbre, no quiso aceptar su ayuda: le había ofrecido que él se ocuparía de los gastos médicos para que su mujer tuviera el niño con los mejores cuidados. Sabía lo importante que era para Frank ese hijo, pues llevaban años deseándolo sin ser bendecidos hasta que, cuando habían perdido la esperanza, su mujer se quedó embarazada.

A él le pasó lo mismo; su hijo Mark vino al mundo cuando pensaban que no tendrían descendencia y también a su mujer se le adelantó el parto. El carruaje se paró en la puerta de la casa. Sin mirar la miseria que rodeaba el lugar caminó con paso firme y llamó a su puerta.

—Hola, Paul. Gracias por venir a mi humilde morada.

—Frank, ¿por qué no me has avisado antes? Creía que estábamos de acuerdo en que te ayudaría con los gastos médicos. ¿Ha ido todo bien?

—El parto se adelantó y mi mujer ni siquiera tuvo tiempo de avisarme a mí. Cuando sintió contracciones acudió sola a casa de una curandera que vive cerca de aquí. Yo estaba dispuesto a que nos ayudaras; no me gusta nada esa curandera, tiene fama de mala persona. Algunos niños mueren al nacer y los entierra ella misma sin que sus madres los vean. Ella dice que es por evitarles sufrimiento, pero yo creo que esconde algo. Por suerte el parto ha ido bien y mi mujer se encuentra sana en casa con nuestro pequeño Daniel.

—¿Se va a llamar Daniel?

—Sí, el nombre lo ha elegido mi mujer. Voy a abrir una botella de vino para brindar por él. No es de buena calidad, pero al menos celebraremos su nacimiento.

—Eso es lo de menos, amigo mío. Brindemos porque tu hijo sea tan imaginativo y creativo como tú y que traiga a este mundo nuevos inventos.

Pasada una hora sir Paul Layon regresó a su vivienda. Tenía una buena intuición con el pequeño Daniel. Seguiría sus pasos de cerca.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana recibió otra nota; esta vez era de su querido amigo Charles Dickens. Al leerla se quedó exhausto: otro parto que se había adelantado. Conocía a Charles Dickens desde la tierna infancia. Asistieron a la misma escuela, hasta que a los nueve años el padre de Charles fue encarcelado, lo que le obligó a dejar los estudios y tuvo que comenzar a trabajar en una tenebrosa fábrica de betún, donde sufrió continuas humillaciones que le marcaron profundamente. Con posterioridad retomó sus estudios, pero no reanudaron su amistad hasta que comenzó como reportero independiente ganando un ínfimo sueldo. Su situación cambió cuando empezó a trabajar como redactor en el periódico *The Mirror of Parliament*. Era un hombre con muchas inquietudes y una fabulosa imaginación, lo que le impulsó a escribir relatos por entregas que publicó bajo el seudónimo de Boz. El éxito le llegó al publicar *Los apuntes de Boz*, permitiéndose dejar su trabajo en los diarios para consagrarse a escribir como novelista y casarse con Catherine Hogarth. Durante los primeros años de matrimonio fueron felices, pero sus mundos eran muy diferentes y comenzaron los conflictos conyugales. Hacía más de un año que Charles Dickens tenía una relación extramatrimonial con una joven actriz de teatro que mantenía en secreto. Solo sus amigos más cercanos sabían de su existencia y solo a él le había contado que su amante estaba embarazada. Fue tras publicar su novela *Cuentos de Navidad* cuando le pidió ayuda para ocultar que su amante, Elizabeth, esperaba un hijo de él. Su estado era ya muy patente, y ella ya no podía disimularlo más. Estaba comenzando una prometedora carrera como actriz y no quería que nada ni nadie obstaculizara su camino, por ello no iba a hacerse cargo del niño: era demasiado joven para ser madre. Charles, sabiendo que su amigo el barón Black tras el nacimiento de su única hija su mujer se quedó impedida para tener nueva descendencia, lo que ansiaban casi de forma enfermiza, con sutileza le propuso un plan: su mujer fingiría estar embarazada y, cuando

Elizabeth diese a luz, tomarían su retoño como si fuese suyo. Lord Black y su mujer aceptaron encantados, proponiendo que lady Black y Elizabeth se fueran a vivir a su residencia del campo unos meses hasta que naciera el bebé. La fecha estaba prevista para dentro de un mes; sin embargo, el parto se había adelantado.

En la nota recibida, Charles Dickens le pedía a sir Paul Layon que acudiera lo antes posible a la mansión del barón. Nada más terminar de organizar los asuntos que tenía urgentes en el día, marchó hacia la residencia de campo de lord Black. Ya era de noche cuando llegó cansado de tan largo viaje. Su amigo, saliendo a su encuentro, lo recibió con un fuerte apretón de manos.

—Gracias por venir, querido Paul. Ha sido un parto complicado, pero Elizabeth y la niña se encuentran bien. Pasa, debes de estar muy cansado —le invitó a entrar Charles Dickens, entrando en la residencia conduciéndolo hasta un amplio salón—. Ordenaré que te sirvan algo de comer.

—Me complace que todo haya ido bien. ¿Vais a continuar con el plan previsto?

—Sí. La pequeña Sofía se criará como si fuera la hija del barón Black. Nadie sabrá que es hija mía y de Elizabeth: así lo hemos acordado y nos hemos comprometido a mantener este pacto, por nuestro honor, toda la vida.

—Dos hijos en dos meses, eso no lo consigue nadie —expresó Paul sonriendo.

—Así es, mi mujer dio a luz el mes pasado a mi quinto hijo, Francis, y hoy ha venido al mundo Sofía. Es una situación muy difícil para mí, pero lo importante es que todos están bien.

—Señor, lady Black requiere su presencia —anunció el mayordomo.

—Sírvete una copa de vino, enseguida estoy contigo —dijo Charles alejándose del salón.

Sir Paul Layon, sirviéndose una copa, pensó en los últimos sucesos acaecidos. Le resultaba extraño, singular y coincidente que a dos de sus mejores amigos les hubiera ocurrido lo mismo de un día para otro: dos partos adelantados. Seguiría de cerca la vida de los recién nacidos, Sofía y Daniel.

## Dieciséis años después

La infancia de Sofía transcurrió en un ambiente selecto, entre la residencia que el barón Black poseía en la mejor zona de Londres y su mansión en el campo. Estudió en uno de los mejores colegios de la ciudad. Fue una alumna disciplinada y acató sin reparos la rigidez de las normas establecidas. Desde temprana edad fue patente su entusiasmo por la literatura. Charles Dickens, con asiduidad, acudía a visitar a su querido amigo el barón Black y de paso, se interesaba por Sofía. Con agrado fue observando cómo la pequeña cada vez mostraba más interés por la lectura, lo cual le complacía, pues sabía que lo había heredado de él. Por su onceavo cumpleaños le regaló una colección de cuentos de los hermanos Grimm, *Cuentos infantiles y del hogar*. A partir de entonces, cuando se sentía sola, Sofía leía una y otra vez las imaginativas historias siendo su favorita *Rapunzel*. Se imaginaba que era la protagonista, encerrada en una alta torre, soltando su interminable melena para que el príncipe trepara por ella para rescatarla... Se propuso que su pelo tenía que ser largo, tan largo como el de *Rapunzel*. Cada cumpleaños, Charles Dickens le regalaba un libro para que después de leerlo, lo comentara con él. Entre ellos nació una afinidad que sus padres aceptaban con agrado y, conforme Sofía fue creciendo, las charlas literarias entre los dos perduraban a veces hasta el anochecer. Dado el interés que mostraba por la literatura su padre le regaló una pequeña librería donde Sofía colocaba los libros escritos por hombres en la parte derecha y los escritos por mujeres en la izquierda, tal como le había enseñado su padre.

Sofía se convirtió en una hermosa joven. Su cabello era de color miel largo hasta la cintura, sus ojos verdes chispeantes, y poseía un cutis de porcelana. De carácter vivaz, risueño y soñador, su sola presencia alegraba a

todos los habitantes de la casa, incluido el servicio. Aunque había recibido estrictas enseñanzas sobre las normas de comportamiento, debido a su naturalidad, en más de una ocasión se las saltaba tratando a todas las personas por igual, siendo objeto de represalias por parte de su padre, pero como en el fondo sabía que su hija era especial y que iba a ser muy difícil cambiarla, se conformaba con que no mostrara esa espontaneidad en público. Comparadas con el resto de las mujeres, Sofia era una joven con muchas inquietudes. Recibía lecciones de piano, francés, urbanidad, baile y de equitación. Le interesaba el arte y, sobre todo, le apasionaba la literatura. Comenzó a interesarse por los folletines, historias de amor por entregas que aparecían todos los días en el periódico, y su vida cambió cuando leyó su primera novela romántica de la escritora Jane Austen. Los sentimientos, el amor, ya no eran como en los cuentos que leía de pequeña, ahora eran más reales y sabía que dentro de poco sus padres comenzarían a presentarle a jóvenes de buena posición social con el propósito de buscarle un buen partido para contraer matrimonio, como lo estaban haciendo con su hermana Elsie.

Elsie contaba dos años más que Sofia. De cabello color dorado y grandes ojos negros era una mujer muy bella. De trato afable, no tenía el carácter alegre y desenfadado que su hermana, al contrario, eran totalmente opuestas. Elsie era disciplinada, conservadora y tenía muy claro lo que quería conseguir en cada momento de su vida. Inteligente y perspicaz, lograba todo lo que se proponía. Su objetivo principal era contraer matrimonio con un rico heredero que además poseyera título nobiliario. Hasta el momento, sus padres le había presentado a jóvenes prometedores, pero ninguno cumplía los requisitos a los que ella aspiraba.

El día en que Sofia cumplió dieciséis años, sus padres le prepararon una pequeña fiesta familiar en su elegante residencia de Londres de tres plantas. En la planta baja estaban los almacenes, la cocina y las habitaciones de los sirvientes. En la primera y segunda planta vivía la familia. Las habitaciones estaban lujosamente decoradas y los salones contaban con los muebles más caros del mercado e impresionantes cuadros de los pintores más famosos del momento. Además, disponían de un patio privado donde guardaban el carruaje y los caballos. Era una de las residencias más elegantes de la zona. Como era costumbre, Charles Dickens acudió a la fiesta de su cumpleaños. Entre sus manos portaba un libro envuelto en papel de regalo, pero esta vez no fue solo;

lo acompañaba el joven William Reid. De estatura alta, ojos azules y sonrisa cautivadora, las dos hermanas lo observaron con agrado. Charles, después de realizar las presentaciones pertinentes, le explicó a Sofía que, desde hacía unos días estaba deseando presentárselo, pues era un joven al que también le apasionaba la literatura y que, por su carácter extrovertido, sabía que se podrían llevar muy bien. Además, quería que William asistiera a las pequeñas tertulias que en ocasiones mantenían. El joven era uno de los hombres que leían sus libros antes de publicarlos y los dos estaban de acuerdo en que la opinión de una mujer también les vendría muy bien. Sofía estaba ilusionada; no era habitual que los hombres apreciaran la opinión de una mujer, ni en literatura ni en ningún negocio.

Sofía y William congeniaron desde el primer momento que comenzaron a hablar. Elsie no le quitaba el ojo de encima a William, además de porque era muy apuesto, era el hijo del conde de Jersey, y su único heredero.

William comenzó a frecuentar con asiduidad la casa del barón Black para visitar a Sofía y entablar largas conversaciones sobre literatura. Sus padres lo consentían sin poner ningún tipo de impedimento, dado que era amigo de Charles Dickens y, además, su padre era un conde muy respetable. Elsie lo veía como el perfecto esposo para ella; reunía todos los requisitos que llevaba tiempo buscando en un hombre y estaba dispuesta a lograr su propósito sin importarle nada ni nadie. Sin ser vista, escuchaba tras la puerta las conversaciones que mantenía William con su hermana y, poco a poco, se percató de sus gustos e inquietudes. Con la ayuda de su fiel criada de compañía, tramó un plan para quedarse con él a solas.

Una mañana, al llegar William a la residencia del barón, la criada lo condujo, como de costumbre, a uno de los salones. Pasados unos minutos, Elsie apareció vistiendo un bonito traje de color rosa, alto de cintura, con gran volumen hasta cubrir los pies y un insinuante escote. Se sentó frente a él, lo miró fijamente, esbozó una sonrisa y comenzó a conversar sin apartar en ningún momento sus ojos de los suyos.

—William, sé que usted es un amante de la literatura y me gustaría que me instruyera. Quiero comenzar a leer algún libro romántico y le agradecería que me aconsejase el que más le gusta.

—Para mí será todo un honor recomendarle mi favorito, pero ¿por qué

no se lo consulta a su hermana? Ella es más entendida que yo en novelas románticas.

—Porque ella es mujer y me interesa saber la opinión de un hombre, en especial la de usted —dijo clavándole la mirada.

William, se sintió adulado y le sugirió un libro. En ese instante Sofia entró en el salón. Elsie, después de despedirse formalmente de William, se marchó.

A partir de entonces, cada vez que William acudía a casa del barón, la criada entretenía con diversos quehaceres a Sofia para que Elsie pudiera estar un rato con él a solas con la firme intención de conquistar su corazón. William se sentía atraído por su belleza y por las artes de seducción, finas y elegantes, que Elsie empleaba con él. Sabía que estaba en edad casadera y que muchos hombres habían intentado conquistarla, pero él, aunque ya tenía veinte años, no pensaba contraer todavía matrimonio y, en caso de hacerlo, su corazón ya tenía dueña. Lady Black, sin ser vista, observaba cómo entre Sofia y William se iba fraguando un sentimiento, y a la vez se percató de que Elsie se estaba encaprichando con él. Al pensar en lo complicado de la situación, ideó organizar una fiesta en la mansión del campo a la que invitaría a los jóvenes casaderos de la nobleza de Londres con el propósito de que Elsie se fijara en alguno de ellos y se olvidara de William. Con el consentimiento de su marido y, dispuesta a realizar una de las mejores fiestas de la temporada, se desplazó con sus hijas a la residencia del campo para preparar el evento que se realizaría dentro de un mes.

Black House estaba situada al sureste de Londres. La mansión, de estilo georgiano, contaba con tres plantas de altura e innumerables ventanales con marcos de color blanco. La entrada la rodeaba un extenso jardín lleno de flores y árboles de gran porte y, a través de un camino de tierra, se llegaba a un pequeño estanque con una estatua. En la planta baja había tres salones cuyos techos estaban decorados con relieves sobredorados. Grandes cuadros de paisajes y retratos de familia adornaban sus paredes. Sofia se ofreció para decorar el salón principal donde se iba a celebrar la fiesta. Sus gustos siempre habían sido aceptados de buen agrado por su madre; tenía un talento especial para disponer la forma y los espacios de un solo vistazo. Le atraía la arquitectura, sobre todo de las grandes casas y, en ocasiones, las dibujaba

sobre un lienzo con trazos finos cambiándoles el estilo denotando una gran creatividad.

Por la mañana, nada más terminar de desayunar, las dos hermanas se prepararon para ir a montar a caballo. Ambas adoraban el lugar donde se encontraba la residencia: extensos terrenos, campos verdes con flores silvestres donde poder cabalgar escuchando solo el sonido del viento. Sofia se sentía libre galopando allá donde su caballo la quisiera llevar. Solía dejar su cabello suelto para que el aire lo envolviera a su antojo. Pasadas dos horas regresaron a la mansión. En la puerta las estaba esperando el ama de llaves.

—El señorito William Reid ha venido a visitarlas. Las está esperando en el salón.

—¿William está aquí? —preguntó entusiasmada Sofia, bajando rápidamente del caballo.

—Sí, señorita Sofía —le contestó entrando en la casa.

Elsie se dirigió a su habitación con el propósito de acicalarse antes de que la viera William, sin embargo, Sofía, sin preocuparle su apariencia corrió hasta el salón deseosa de verlo.

—¡William, qué sorpresa! —le dijo nada más verlo, dándole impulsivamente un pequeño abrazo.

—Echaba de menos nuestras conversaciones y, sin pensarlo dos veces, decidí venir a verla. ¿Se alegra de que haya venido?

—Mucho, William. Sabe que siempre es bien recibido.

—Sofía, realmente he venido porque no puedo estar mucho tiempo sin veros —dijo mirándola fijamente a los ojos.

Sofia se ruborizó e, intentando disimularlo, le propuso salir a pasear por el jardín. William estaba menos charlatán de lo habitual, dejaba que ella llevara la conversación y la miraba con la esperanza de encontrar algún indicio de amor hacia él.

—Sofía, míreme fijamente a los ojos durante unos segundos —se atrevió a pedirle.

Sofia se situó frente a él, lo miró y su corazón comenzó a latir con fuerza. Se encontraban solos en el jardín. William, pensando que era el

momento perfecto, acercó sus labios a los suyos y, dulcemente, la besó. Durante un instante permanecieron juntos. Sofia, apartó sus labios, clavó sus ojos en los suyos y, acto seguido, lo volvió a besar. Ambos pensaban que nadie había sido testigo de su primer beso de amor, sin embargo, Elsie, desde la ventana de su habitación había contemplado todo lo sucedido entre los dos y, no solo ella los vio. A unos metros por detrás de ellos se encontraba Alan, el hijo del ama de llaves. Una vez en semana acudía a la mansión para arreglar los pequeños desperfectos que sufriera la casa. Alan había nacido en uno de los barrios más pobres de Londres. Su padre murió cuando contaba diez años y tuvo que trabajar, como otros niños de su edad, en una fábrica. Su madre se dedicó a coser para señoras de clase media alta y, aunque ambos trabajaban, casi no les alcanzaba para comer todos los días, pero, al menos no tenían que buscar comida podrida entre la basura para tener algo en sus estómagos como otros habitantes del barrio. Las casas no contaban ni con agua corriente ni con cuarto de baño. Las necesidades las hacían en calderos que después arrojaban a la calle provocando un hedor insoportable. La falta de higiene ocasionaba enfermedades causando la muerte de los más débiles. Vivió rodeado de miseria hasta los diecisiete años. Su vida mejoró gracias a la bondad de una dama de la alta sociedad que contrató a su madre como criada y costurera, además, le ofreció a Alan un trabajo como reparador que le permitió abandonar la fábrica y ganarse la vida con un oficio mejor. Desde entonces, trabajaba arreglando los distintos utensilios, averías, colocando muebles, y cualquier menester que le encargaran los señores de alta alcurnia, a los que, a más de uno, había visto frecuentar los prostíbulos de la ciudad. Alan los odiaba, los observaba cuando iba a trabajar a sus casas, sentados en sus sofás leyendo la prensa como perfectos y honorables caballeros y, sin embargo, tenían una doble moral: por la noche sus vicios ocultos los desfogaban en tabernas y prostíbulos donde, escondidos bajo sus sombreros, acudían en busca de placer. Hacía cinco años que, gracias a la bondadosa dama, su madre trabajaba como ama de llave para el barón Black. Desde entonces, todas las semanas acudía un día para realizar los trabajos de mantenimiento que fueran necesarios. Tenía veinticinco años y había visto crecer a Sofia y a Elsie. Dos niñas ricas que nunca se habían dignado a tener una conversación con él, más allá de un saludo respetuoso. El tiempo las había convertido en hermosas mujeres: Sofia era como un relámpago, llena de energía y con una belleza fresca, limpia, pero a la vez muy deseable. Elsie era como una roca, fuerte,

decidida y con una belleza más sexual que sensual. Sentía por ellas una especie de amor-odio. Su presencia le excitaba, pero las odiaba desde que las conoció por el hecho de que habían crecido rodeadas de todo tipo de lujo y comodidades, cosa que él nunca conoció.

Soltándose de las manos para no despertar sospechas, Sofía y William comenzaron a caminar hacia la entrada de la mansión. Aunque intentaban disimularlo, sus rostros denotaban felicidad; por suerte lady Black no se encontraba en la residencia, había ido a pasar el día a casa de una buena amiga que vivía cerca del lugar. Era una mujer muy observadora y enseguida habría advertido que algo ocurría entre los dos.

Al llegar a la sala previa de la biblioteca se sentaron en una mesa situada en la ventana y comenzaron a leer un libro. Al momento, la criada de Elsie, alarmada, entró.

—¡Señorita Sofía! ¡Su hermana está tumbada en el suelo de su habitación! ¡Parece que está muy enferma!

Rápidamente, los dos se levantaron y subieron hasta llegar hasta el aposento. Elsie estaba tendida sobre el suelo. William, tomándola entre sus brazos, la levantó y, a continuación, la tumbó sobre la cama.

—Rápido, dé aviso al cochero para que vaya a buscar al médico de la familia —le ordenó Sofía a la criada.

—Señorita, pueden tardar horas: mientras que va a la ciudad y vuelve, la señorita Elsie puede empeorar.

—Cierto, pero al no estar madre no se me ocurre otra solución mejor.

Elsie entreabrió los ojos y contempló a su hermana y a William a su alrededor.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó algo inconsciente.

—Has sufrido un desmayo. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Sofía preocupada.

—Estoy algo mareada, pero no noto ningún dolor.

—Madre no se encuentra en casa, pero ya he ordenado que avisen al médico, aunque tardará en llegar. Pediré que te preparen un té, te sentará bien.

Conforme pasaban las horas el rostro de Elsie fue recobrando color. Sus fuerzas se fueron restablecieron y al atardecer quiso bajar al salón. Cuando llegó su madre y le informaron de lo acaecido, se alarmó, pero al observar que su hija ya se encontraba mejor se calmó un poco, aunque no se tranquilizó del todo hasta que al anochecer llegó el médico.

Ralph Brown era el médico de la familia desde que su padre falleció hacía ya tres años, ocupando su puesto. Desde pequeño, su padre le inculcó el amor por la medicina. Cuando comenzó a cursar los estudios de medicina, empezó a acompañar a su padre a visitar a sus pacientes, lo cual le permitió aprender el oficio de manera cercana. Nada más terminar los estudios, comenzó a ejercer la profesión junto a su padre. Sus pacientes pertenecían mayoritariamente a la nobleza y su objetivo era convertirse en un eminente médico, respetado y querido por todos, como lo había sido su padre. Contaba veintisiete años de edad, tenía buen porte y unos profundos ojos oscuros. Hasta el momento dedicaba todo su tiempo a su trabajo, sin tener siquiera tiempo para pensar en el matrimonio, aunque en el fondo, como todo hombre, necesitaba tener una mujer a su lado, pero era muy exigente y solo daría el paso con la mujer que considerara que era perfecta para él. Conocía a la familia del barón Black desde hacía muchos años y había atendido en más de una ocasión a sus dos hijas.

—Buenas noches, doctor Brown. Gracias por venir, ha realizado un viaje largo para llegar hasta aquí y debe de estar cansado —dijo lady Black, agradecida por su presencia.

—Buenas noches —la saludó besándole la mano—. Es mi trabajo y acudo allí donde me necesiten. ¿Dónde se encuentra la enferma?

—Está en el salón. Sígame, por favor.

Al entrar en el salón observó a Elsie sentada en un sofá y, situada en el contiguo, se encontraba Sofia junto a un joven. Saludando a ambas con respetuoso afecto, miró al joven. Sofia, educadamente, le presentó a William. A continuación, abrió su maletín y, sacando los instrumentos necesarios, procedió a reconocer a su paciente.

—Doctor, ¿qué le ocurre a mi hija? ¿Es grave? —preguntó lady Black impaciente por saber su enfermedad.

—Su hija está muy sana. Ha debido de ser solo una indisposición. Quizá el cambio de ambiente le haya afectado un poco. Señorita Elsie, ¿ha realizado alguna actividad física que le haya podido causar cansancio?

—No. Solo monté a caballo.

—Puede que haya cogido frío. No debe preocuparse, su estado de salud es bueno. Solo hay que mirarla para ver el sano color que tienen sus mejillas.

—Si me disculpan, dado que Elsie se encuentra bien, debo de regresar a Londres —anunció William.

—Ya es muy tarde, puede pasar la noche aquí y partir por la mañana —le ofreció lady Black.

—Le estoy muy agradecido, pero debo marchar; mañana a primera hora tengo un asunto importante que resolver.

—Como desee. Le acompañaré hasta la puerta.

—Ya lo acompaño yo, madre —dijo Sofía—. Así podrá atender al doctor como se merece.

Sofía y William se miraron con complicidad. El doctor los observó y enseguida intuyó que entre los dos había algo más que una buena amistad. Una vez en la entrada de la mansión, William le prometió a Sofía que el domingo volvería para verla. Montando en su carruaje partió hacia la ciudad. Sofía se quedó observándolo hasta que, entre la oscuridad de la noche, desapareció de su vista.

Lady Black y sus dos hijas cenaron en compañía del doctor. Era un hombre honrado, bien parecido, de complexión fuerte y grandes ojos negros, con una moral intachable, buen conversador: el perfecto caballero para cualquier mujer casadera. Lady Black le ofreció que pernoctara en su casa, lo que él aceptó agradecido.

A primera hora de la mañana el doctor coincidió en la habitación del desayuno con Sofía. Fresca como una rosa, su larga melena le llegaba hasta la cintura de un cómodo vestido de color celeste. Ralph la contempló detenidamente; se había convertido en una hermosa mujer. Elsie entró en la habitación vestida y peinada como si fuera a salir.

—¿Cómo se encuentra hoy, señorita Elsie? —le preguntó el doctor.

—Me encuentro mejor, pero he pensado en irme unos días a la ciudad, quizá allí me recupere del todo.

—Si ello le va a hacer sentir mejor, si desea, puede venir conmigo; en breve emprenderé el viaje a Londres.

—Es usted muy amable. Ya he hablado con mi madre y me ha dado permiso para que vaya unos días a Londres y me quede en casa de su hermana. Aprovecharé y me iré con usted.

—Será un honor que viaje conmigo.

Elsie se marchó con el doctor. Sofía y su madre se quedaron solas en Black House para organizar la mejor fiesta de la temporada. Por las mañanas, después de montar a caballo, Sofía se ocupaba de la disposición de los muebles y decoración del salón. Por las noches, antes de dormir, recordaba una y otra vez el momento en el que ella y William se besaron.

En la mañana del domingo llegó Elsie a Black House. Su aspecto era muy saludable, estaba llena de energía y de muy buen humor.

—Hija, se nota que te ha venido muy bien pasar estos días en la ciudad con tu tía.

—Me encuentro mucho mejor y con ganas de ayudar en la preparación de la fiesta.

Sofía esperaba con impaciencia la llegada de William. Intentaba ocupar su mente en distintos quehaceres y, aún así, cada minuto se asomaba por alguna de las ventanas con la esperanza de verlo llegar. Durante el almuerzo, Elsie, al notar a su hermana algo intranquila, decidió averiguar lo que le ocurría.

—Te noto inquieta. ¿Te ocurre algo, Sofía?

—Estoy esperando a William y me extraña que aún no haya llegado.

—¿Te dijo que hoy vendría?

—Sí. Lo prometió.

—Quizá haya cambiado de opinión. Esta semana lo he visto acompañado de una bella dama paseando por uno de los jardines en Londres. Parecía muy feliz —le comentó a sabiendas de que ello le iba a doler.

—¿Podría tratarse de un familiar o parecía que la cortejaba? —preguntó

Sofía con curiosidad.

—Pienso que será su prometida.

—Si William estuviera prometido nos lo hubiera dicho —interrumpió lady Black la conversación, sabiendo que Elsie podría estar celosa de su hermana y sus comentarios fueran infundados—. Si te prometió que vendría, vendrá: es un hombre de palabra.

Las palabras de su madre tranquilizaron el corazón de Sofía y, con paciencia, esperó su llegada hasta que ya bien entrada la noche, perdiendo toda esperanza, se acostó. Tumbada en su lecho pensó si, como había contado su hermana, William estaba prometido. Entonces, ¿por qué la había besado? Era difícil cambiar el concepto que tenía de él. Si no había podido acudir por algún motivo excusable, habría mandado a un mensajero. Quizá no quisiera verla más. Apenada, se quedó dormida.

A media mañana un carruaje llegó hasta la puerta de Black House. Sofía, rápidamente, salió de la casa pensando que podría ser William. Sin embargo, se encontró con un joven desconocido que, en cuanto la vio, se quedó parado mirándola sin atreverse a pronunciar palabra. Lady Black y Elsie salieron de la casa y se situaron junto a Sofía.

—¿Quién sois y qué motivo le trae a nuestra residencia? No tenemos el gusto de conocerle —le preguntó lady Black con amabilidad.

—Mi nombre es Peter Clayton, hijo del conde de Malfor e íntimo amigo de William Reid —se presentó besando la mano de lady Black—. Siento ser el mensajero de malas noticias, pero me he visto en el deber de hacerlo. La noche del sábado, cuando William regresaba a su casa después de cenar en la residencia de unos amigos, fue atacado y acuchillado en una oscura calle. William ha muerto. Sé que era amigo de su casa desde hace tiempo y he creído que debía de avisarles personalmente de tal desgracia.

—¡William ha muerto! ¡No! ¡No! —exclamó Sofía, comenzando a correr repentinamente hacia el jardín, inundada en un mar de lágrimas.

Elsie, al sentir un leve mareo, se disculpó y se retiró a su habitación. Lady Black, mostrando entereza, le pidió al joven Peter que entrara en su residencia, dirigiéndolo hasta una de las salas.

—Ha sido un duro golpe para mis hijas el recibir de pronto esta triste

noticia; las dos apreciaban mucho al señorito William. ¿Sabe cuál ha sido la causa exacta de su muerte? ¿Han localizado a los malhechores?

—Le clavaron el cuchillo directamente en el corazón y murió en el acto. La policía opina que pretendían robarle y, al intentar defenderse, lo mataron. Nadie fue testigo de lo que ocurrió, por lo que no saben si fue obra de una o más personas. Es todo lo que le puedo informar por ahora. La policía lo está investigando.

—Londres se está convirtiendo en una ciudad cada vez más insegura, sobre todo por las noches. Lo siento por el pobre William, tenía toda una vida por delante.

Sofía entró en la sala. Después de secarse las lágrimas con un pañuelo, se dirigió hasta donde se encontraba sentado Peter.

—William era el hombre más amable y encantador que he conocido. Su recuerdo perdurará siempre en mis pensamientos —expresó Sofía aún muy conmovida.

—Era mi mejor amigo, yo también siento un profundo dolor por su pérdida.

Elsie entró en la sala y, guardando la compostura, se sentó junto a su madre sin decir una palabra.

—Perdone si no le damos mucha conversación, pero, tanto yo como mis hijas apreciábamos mucho a William y la noticia de su muerte nos ha impactado.

—Lo entiendo, y siento tener que haber sido yo el mensajero de tal desgracia. Lady Black, sé que a todos nos une un gran dolor por la pérdida de William y le pido permiso para visitar a sus hijas con la única pretensión de recordar a nuestro amigo. Pienso que de esa forma nuestra aflicción sanará más rápido.

—Si mis hijas están de acuerdo, tiene usted mi aprobación.

Sofía y Elsie aceptaron con agrado que Peter las visitara de vez en cuando. Después de almorzar partió en su carruaje hacia la ciudad. La alegría que había reinado en Black House durante los últimos días se vio transformada en un tumulto de suspiros que se repetían como el eco en cada

rincón de la casa. Lady Black, por respeto a la memoria de William, decidió suspender la fiesta y posponerla para cuando sus hijas se encontraran mejor de ánimo. El miércoles por la mañana, después de recoger sus pertenencias, regresaron a su residencia en Londres.

Habían pasado dos meses desde que falleció William Reid. El dolor por su pérdida, aunque no había desaparecido por completo, había disminuido de forma considerable. Peter Clayton las había estado visitando con frecuencia. Les contaba anécdotas divertidas que había vivido junto a William en un intento de que su amigo perdurara de forma cariñosa en sus pensamientos. Aunque no era un gran lector, conversaba con Sofía de temas literarios, y con Elsie se ponía al día sobre los últimos cotilleos que se daban en sociedad. Charles Dickens, en cuanto su trabajo se lo permitía, le llevaba a Sofía algunos apuntes para que los revisara y le diera su sincera opinión; pensaba que ello la ayudaría a entretener su mente y aliviar la pena de su corazón. El doctor Ralph Brown, las visitaba a menudo para interesarse por su salud después del trágico suceso. Gracias a un jarabe que les suministró lograron relajarse los primeros días del triste acontecimiento.

Las temperaturas estaban subiendo, pronto comenzaría la temporada de verano y se marcharían a Black House, pero antes, lady Black quería realizar cambios en la decoración de los salones; deseaba dar más vida y alegría a la vivienda. La primera estancia que pretendía cambiar era la sala donde pasaba mayor tiempo en compañía de sus hijas. Su marido, debido a sus negocios, viajes de trabajo y a las reuniones con el círculo de intelectuales, no solía llegar antes del anochecer. Desde hacía algunos años, lo único que compartían era el lecho, pero ella nunca le objetó nada; era una dama y debía de respetar en todo momento el trabajo de su marido. Para comenzar con los arreglos contrató los servicios de Alan, el hijo de su ama de llaves.

Alan llegó a las diez en punto de la mañana. Lady Black lo condujo hasta la sala y le informó de los arreglos que quería ejecutar. Mientras tomaba los útiles necesarios para realizar su trabajo, lady Black lo observaba detenidamente. Su tez morena resaltaba el azul color de sus ojos. Sus brazos eran musculosos, consideraba que era un hombre muy atractivo y le extrañaba

que aún no se hubiera casado. Su madre le había contado que trabajaba día y noche sin parar y que cada vez tenía más clientes que pertenecían a la nobleza, gracias a ello, había podido adquirir una pequeña casa en un barrio habitado por personas de la clase media. Como si sintiera su mirada, Alan, girando su cabeza, la miró regalándole una seductora sonrisa. Lady Black, instintivamente, desplazó sus grandes ojos de color negro hacia otro lado y continuó dándole instrucciones. Aunque tenía cuarenta años, seguía siendo una mujer bella, elegante, deseable para cualquier hombre.

Una de las criadas entró en la sala anunciando la visita del doctor Ralph Brown. Después de mirar de reojo al guapo de Alan, la sirvienta se marchó.

—Doctor, qué grata sorpresa; no esperaba hoy su visita. Pase, estoy realizando unos cambios en la sala.

Alan salió de la sala con la excusa de que necesitaba beber agua. Cuando bajaba por las escaleras escuchó que alguien entraba en la residencia: era Elsie. Rápidamente se escondió para no ser visto y la observó. Siempre que podía le gustaba espiar a las dos hermanas; eran frutos prohibidos y ello le obsesionaba. Siempre había tenido a la mujer de quien se encaprichara, sin embargo, a ellas no las podría tener nunca, por lo que su odio hacia las dos jóvenes aumentaba. Elsie observó que sobre la mesita de entrada había una carta; era el lugar donde dejaban las cartas de sus pretendientes, previamente leídas por su madre. Al cogerla, observó que estaba dirigida a Sofía. Extrañada, dado que a su hermana las pocas que aún recibía se las dejaban en un pequeño canasto situado a la izquierda, el cual casi siempre estaba vacío, con curiosidad la abrió:

*Querida Sofía:*

*No encuentro palabras para expresar los puros sentimientos que me atan a usted. Sabe que no soy hombre de palabras hermosas, pero sí de gran corazón, el cual pongo a su disposición, si usted con amor lo acepta.*

*Peter Clayton*

Nada más terminar de leer la carta, la metió en el sobre y, enojada, tiró la carta al suelo y gritó:

—¡No! ¡Otra vez, no!

Furiosa, se dirigió hacia las escaleras y, con paso acelerado, comenzó a subir las. Alan recogió la carta del suelo, la abrió y la leyó. Al cabo de unos minutos escuchó unos pasos que se aproximaban y, con rapidez, metió la carta en su sobre. Lady Black y el doctor aparecieron ante él.

—Alan, hemos escuchado unos gritos y me ha parecido que era la voz de Elsie. ¿La ha visto entrar?

—No la he visto, pero he encontrado esta carta en el suelo —contestó entregándosela.

Lady Black la tomó entre sus manos, la sacó del sobre y la leyó.

—Esta carta no ha pasado antes por mis manos. Alguien del servicio la ha tenido que dejar en el lugar destinado a la correspondencia de Elsie y va dirigida a Sofía.

—¿Algún problema grave? —preguntó el doctor.

—El joven Peter Clayton se ha enamorado de Sofía y le expresa sus sentimientos.

—¿Y Sofía le corresponde?

—No lo sé. Creo que es la primera carta que recibe de Peter. Tendré que hablar con ella.

—Será mejor que me marche. Esta semana las volveré a visitar —dijo el doctor.

—Sabe que siempre es bien recibido en esta casa.

Nada más marcharse el doctor, lady Black llamó repetidamente a Elsie sin que esta le contestara. Aunque su hija era una mujer fría y, por orgullo, no manifestaba su malestar, sabía que estaría sufriendo por el hecho de que Peter amara a su hermana y no a ella. Pasado un rato Elsie entró en la sala.

—Hija, ¿por qué no atiendes a mis llamadas?

—No tenía ganas de hablar; necesitaba estar sola.

—Has leído una carta dirigida a tu hermana y eso no está bien.

—Me equivoqué. Se encontraba en el lugar donde recibo mi correspondencia.

—Espero que sea la última vez que lo hagas. ¿Sabías que Peter pretendía a Sofía?

—Al igual que usted, me he enterado por la carta.

—Hablaré con Sofía; ella es la única que nos puede dar una explicación.

—Madre, hoy no almuerzo en casa. He quedado con una amiga para pasear, y luego almorzaremos en su casa.

—No vuelvas tarde, Elsie, y tened mucho cuidado.

Sofía llegó a casa a la hora del almuerzo. Había pasado toda la mañana en la biblioteca. Mientras comían su madre le comunicó que había recibido una carta de Peter donde le expresaba sus sentimientos.

—¿Dónde está la carta? Quiero leerla.

—Cuando terminemos de almorzar te la entregaré. ¿Sabías que Peter está enamorado de ti?

—No. Nunca me expresó ningún sentimiento; creía que solo me consideraba una buena amiga, como yo a él. Yo no estoy enamorada de él, madre.

—Elsie ha leído la carta, y creo que le ha afectado el saber que Peter te pretende ti y no a ella. Pienso que debe de estar enamorada de él.

—Elsie no se enamora de las personas, sino de sus títulos. Si le gusta Peter es porque es un buen partido, con dinero, propiedades y el heredero del título de su padre. Nunca la he visto vibrar por el amor de un hombre.

—Es cierto que a tu hermana le interesan los hombres bien posicionados, pero debes de entender que también es amor; ella se enamora y siente igual que cualquier mujer.

—No puedo comprender esa forma de amar a un hombre. El amor es pasión, un sentimiento que te arrebatara los sentidos y el alma. Yo quiero enamorarme de un hombre que me haga sentir viva, feliz, y no por los títulos que posea. A mí me enamora la personalidad.

—Tienes demasiados pájaros en la cabeza, y ello es debido a las novelas románticas que tanto lees. Si no vas a aceptar el amor que te ofrece Peter debes de hacérselo saber cuanto antes.

—Mañana por la tarde vendrá a visitarnos y, con delicadeza, se lo haré saber. Madre, ¿usted se casó enamorada de padre?

—Nuestras familias decidieron por nosotros. El amor surgió después, con el roce, con el cariño.

—¿Y nunca tuvo una apasionante historia de amor con otro hombre?

—Tu padre ha sido el único hombre con el que he estado. Las historias apasionantes solo ocurren en las novelas que lees.

—Yo creo en el amor y no pienso casarme con un hombre del que no esté enamorada por muchos títulos que posea.

Nada más terminar de almorzar, su madre le entregó la carta y la leyó. Peter le gustaba como amigo, pero no como hombre. No quería hacerle daño: buscaría la forma adecuada de rechazarlo sin herir sus sentimientos. Durante el resto del día y también del siguiente pensó la forma de expresarle a Peter que no le correspondía a sus sentimientos. Se aproximaba la hora de que él llegara y todavía no sabía qué palabras iba a utilizar. Una criada entró en la sala donde se encontraba junto a su madre para comunicarles que había venido un mensajero con una carta que debía de entregar personalmente a lady Black. Extrañada, se dirigió hasta la puerta y recogió la carta. El remitente era el conde de Malfor, padre de Peter.

—¿Alguna noticia importante? —preguntó Sofía acercándose a su madre.

Lady Black abrió el sobre y leyó la nota. La expresión de su rostro cambió de forma evidente. Sofía extrañada por la repentina palidez del rostro de su madre se preocupó.

—Madre, ¿qué le pasa? ¿Qué pone en la carta?

—Es sobre Peter... Ayer por la noche lo atropelló un carruaje —dijo con la voz entrecortada, tomando aire para poder continuar hablando—. Esta mañana ha fallecido en el hospital.

—No puede ser... ¡No! ¡No! ¡No! —gritó Sofía, muy impresionada por la triste noticia, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Por qué se mueren todos los hombres que me aman? ¿Es acaso esto una maldición?

—Tranquilízate, hija. Solo ha sido una gran casualidad. No vayas a

atormentarte con ello —dijo abrazándola para transmitirle calor—. Londres se está convirtiendo en una ciudad muy peligrosa, le podía haber pasado a cualquiera.

Sofía, sin atender a razones, comenzó a andar de un lado para otro del pasillo mientras sus lágrimas brotaban con fuerza enturbiando su apagada mirada. Aunque lady Black también estaba angustiada, sacó fuerzas de lo más hondo de su ser y, mostrando templanza, tomó a su hija de la mano para mantenerla quieta. Sofía paró su, sin caminar y, abrazando a su madre, se desahogó.

—¡Me duele mucho, madre! ¡Estoy reviviendo la muerte de William! Dos queridos amigos muertos en tan poco tiempo. ¿Por qué, madre?

—Vamos a la sala. Ordenaré que te preparen un té y avisaré al doctor.

En ese momento la puerta de la casa se abrió y entró Elsie.

—Sofía, ¿qué te ocurre? —le preguntó preocupada al contemplar el estado en el que se encontraba.

—Hija —comenzó a hablarle su madre—. Ha ocurrido una gran desgracia. Vuestro querido amigo Peter ha muerto atropellado por un carruaje.

—No..., eso no es cierto, no puede ser verdad. Peter no se puede morir, no, no, no. ¡Él, no!

—Elsie, su padre me ha enviado una nota en la que nos informa sobre su terrible pérdida.

—¡No! —gritó Elsie subiendo a toda prisa por las escaleras.

Lady Black, manteniendo en todo momento la compostura, aunque le faltara el aire, mandó que fueran a avisar al doctor para que acudiera con urgencia a su casa. Nada más llegar el médico, lady Black le comentó lo sucedido. Después de observar a las dos hermanas advirtió que se encontraban en estado de shock traumático, algo natural después de que dos de sus mejores amigos fallecieran en tan corto período de tiempo. Ambas necesitaban calmarse y les suministró unos medicamentos que le relajarían y en pocos días se encontrarían mejor.

Sofía se volvió a enfrascar en la lectura de sus cuentos favoritos en un sutil intento de regresar a la niñez y alejarse de la cruda realidad en la que se

hallaba envuelta. Elsie se encerraba en su cuarto derramando lágrimas silenciosas que nadie podía ver ni aplacar.

Dos días después, sin esperarlo, recibieron la visita del inspector Bob Walker. Lady Black, con su acostumbrada amabilidad, lo invitó a pasar al salón.

—Lady Black, estoy investigando la muerte de los jóvenes William Reid y Peter Clayton. Dentro de la información que he recabado aparece en más de una ocasión el nombre de una de sus hijas y me sería de gran ayuda hablar con ella, con Sofía.

—Inspector, mi hija no se encuentra bien. Ha perdido a dos amigos en poco tiempo y le pido que nos vuelva a visitar dentro de unos días, cuando el dolor haya sanado, al menos, un poco.

—Madre —dijo Sofía acercándose hasta ella—. No me importa hablar con el inspector si con ello puedo ayudar a esclarecer la muerte de mis queridos amigos.

—Está bien. Inspector, tiene usted mi permiso.

El inspector era un señor de unos cuarenta años, de rostro afable y caminar lento, debido a su costumbre de observar con detenimiento todo lo que se encontrara a su alrededor. Era un hombre de justicia y no se andaba por las ramas a la hora de comunicar cualquier noticia por muy desagradable que fuera para el receptor. Una de las sirvientas entró en la sala sirviéndoles un té.

—Señorita Sofía, siento que en tan poco tiempo haya perdido a dos buenos amigos. En un principio, todos los hechos indicaban que la causa de la muerte de William Reid había sido a consecuencia de una pelea en defensa propia cuando unos ladrones intentaban robarle. Sin embargo, mi instinto me decía que podría haber algo más. Después de recorrer, una y otra vez la escena donde lo atracaron, observé que el lugar donde se produjo estaba perfectamente estudiado. Con ello quiero decir que pienso que el ladrón sabía el punto exacto donde lo iba a atracar. No creo que fuera un hecho fortuito, sino premeditado. En mi opinión, fue asesinado por alguna circunstancia diferente al robo; lo que me llevó a investigar el motivo por el que alguien quería su muerte. Averigüe que, tanto su vida familiar como laboral eran impecables: no tenía enemigos ni se encontraba involucrado en turbios

asuntos, lo que me llevó a escudriñar su vida sentimental. Y ahí entra usted, señorita Sofía. Me informé de que el día de los hechos se encontraba en su residencia del campo.

—¿No pensará que yo lo maté? —preguntó indignada.

—No, no. Por supuesto que no. Solo quisiera saber quiénes estaban enterados de que estaban enamorados. Interrogando a sus amigos, solo uno de ellos sabía de sus sentimientos hacia usted. Me extrañó que lo mantuvieran tan oculto.

—Fue todo muy repentino—comenzó a explicar Sofía—. Ni siquiera mi madre lo sabía. Un día vino a visitarme a Black House y nos besamos. Quedó en volver en unos días, pero murió.

—Y dígame, el día en que se besaron, ¿alguien los vio? Lo que me gustaría saber es si alguna persona fue testigo de su amor.

—No, nadie nos vio, o al menos eso creo.

—¿Quiénes se encontraban ese día en la mansión?

—Que recuerde, además del servicio, mi hermana y yo. Mi madre no se hallaba esa mañana en casa.

—Es muy importante que recuerde quienes pudieron verla. Haga memoria, por favor.

—Recuerdo que ese día se encontraba Alan, el hijo del ama de llaves y por la noche llegó el doctor Ralph Brown para atender a mi hermana Elsie, que había sufrido un desmayo. Si había alguien más en la residencia no lo vi.

—¿Por qué es tan importante las personas que se encontraban en la mansión? —preguntó lady Black.

—Cualquiera de ellas podría haber visto a los dos jóvenes besándose. El hecho de que pudieran matar a William Reid por motivos sentimentales era algo que rondaba por mi mente, pero que no lo sopesé del todo hasta que su amigo, Peter Clayton, murió hace unos días. Lo primero que me llamó la atención fue que eran dos jóvenes amigos e hijos de nobles y, después, mis averiguaciones me llevaron de nuevo a usted, Sofía; el joven Peter también estaba enamorado de la misma mujer. Por ello todo me conduce a pensar que, posiblemente, se traten de crímenes pasionales.

—En la nota que me envió el padre de Peter me explicaba que fue atropellado por un carruaje. ¿Por qué piensa usted que fue asesinado?

—Entre otras cosas, porque el carruaje no se detuvo para auxiliarlo. Dos testigos han confirmado que el carruaje deliberadamente lo atropelló: justo aceleró su marcha cuando se encontraba cerca de él y, después, continuó circulando alejándose del lugar.

»Peter se movía en el mismo círculo que William, por lo que no me costó trabajo localizar a sus amigos. Sin embargo, estos sí estaban enterados del amor que Peter sentía por Sofía. Me explicaron que, como no era un hombre ducho en palabras, les pidió consejos sobre la forma de manifestarle sus sentimientos.

—Recibí una carta de él en la que, en pocas palabras, me expresaba su amor. No lo esperaba; creía que, al igual que a mí, lo único que nos unía era una gran amistad.

—Y justo cuando le declara su amor, muere. Es extraño, ¿no cree?

—Lo primero que pensé es que tenía que ser una maldición: todo hombre que me ama se muere.

—No piense en ello, señorita Sofía. Creo que alguien cercano a usted o a ellos dos se propone eliminar a cualquier hombre que la pretenda. Y si estoy en lo cierto, lo pienso descubrir, por lo que me gustaría poder contar con su ayuda.

—Cuenta con ello, inspector.

—Y también cuente con mi ayuda —se ofreció lady Black—. Dice que el asesino puede ser un conocido nuestro o de ellos. ¿En qué se basa?

—Tiene que ser alguien que conozca a los hombres que pretenden a Sofía. ¿Saben quiénes estaban enterados del sentimiento de Peter? Dice que ayer recibió la carta y que hasta ese momento no sabía nada. ¿Se lo contó a alguien?

—A nadie. Mi madre me la entregó ayer después de almorzar. Todo ha ocurrido muy rápido.

—Lady Black, ¿alguien más de la casa pudo leer la carta de Peter?

—No lo creo —dijo mintiendo, a sabiendas de que su hija Elsie la había

leído.

—Les pido que rememoren si en algún momento alguna persona tuvo acceso a esa carta y, si tienen más información, les ruego se pongan en contacto conmigo. No las quiero cansar más por hoy —dijo el inspector levantándose de la silla.

Lady Black acompañó al inspector hasta la puerta. Sofia se quedó sentada intentando asimilar toda la información que acababa de recibir. Si realmente William y Peter habían sido asesinados por uno de sus amigos o alguien cercano a ella, debía de estar enterado de toda su vida, pero ¿por qué alguien iba a querer acabar con sus pretendientes? Y, ¿qué tipo de persona podría realizar una cosa así? La situación planteada por el inspector era extraña, impensable que pudiera ser real para una mujer como ella. William y Peter asesinados porque estaban enamorados de ella... No, eso no podía ser verdad.

Sir Paul Layon, debido a la gran amistad y el secreto que le unía a lord Black, era conocedor de todos los acontecimientos importantes que sucedían en la vida de Sofia desde que nació. Sabía que era una joven muy especial; su carácter alegre e impulsivo, sus inquietudes, sus aficiones y su gran sensibilidad, la hacían diferente del resto de las mujeres y, además, su belleza aumentaba conforme pasaban los años. Por ello no le extrañó que despertara interés en los hombres, pero le preocupaba que alguien estuviera obsesionado con ella hasta tal punto que matara a quién se le acercara con fines amorosos. Sintiendo una especie de premonición barruntó que debía de protegerla de algún oscuro peligro que la acechaba y pensó que la mejor forma de conseguirlo era ofreciéndole su colaboración al inspector Bob Walker.

De la misma manera que sir Paul Layon había mostrado interés por Sofia desde su nacimiento, también lo manifestó por Daniel, aunque con él siguió sus pasos muy de cerca. Desde temprana edad, Daniel mostró tener una gran capacidad para los inventos: tomaba cualquier papel que se encontrara por el suelo y lo cambiaba de forma, unía varias herramientas de trabajo dándoles otra utilidad...Su creatividad era tan grande que sus padres pensaron que su hijo tenía una capacidad intelectual fuera de lo normal. Y no se equivocaron. Al carecer de los recursos económicos necesarios para brindarle una buena educación a su hijo, su padre aceptó la ayuda que sir Paul Layon tantas veces le había ofrecido y que, por orgullo, nunca había aceptado. Pero esta vez se trataba de su hijo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él. Sir Paul Layon le entregó la cantidad necesaria para abrir un pequeño negocio y corrió con los gastos escolares de Daniel de forma altruista. Daniel creció entre el calor y la ternura que, con humildad, le podían ofrecer sus padres y, por otro lado, entre las enseñanzas más rígidas y refinadas que aprendía en el colegio. Conforme fue creciendo su pasión por idear fue aumentando, a la vez que se interesó por la prensa y revistas de actualidad, lo que pasó de ser una afición a su profesión. A la vez que estudiaba, comenzó a repartir periódicos, para en poco tiempo pasar a ser reportero y, después, articulista. Su capacidad de trabajo, su ambición por aprender y su nivel de inteligencia llamaron la atención de un joven con buen olfato para los negocios que acababa de fundar una revista. Intuyendo que a Daniel pronto le lloverían buenas ofertas de trabajo, antes de que ello ocurriera, quiso captarlo para su nuevo negocio proponiéndole que se asociara con él. Con tan solo dieciséis años de edad Daniel se convirtió en socio de la revista *The News of London*. Era un joven infatigable: trabajaba sin parar, dedicaba tiempo para descubrir nuevas invenciones y acudía a cualquier fiesta en la que fuese invitado. Influenciado por el romanticismo, movimiento político y cultural que impulsaba la libertad en la creación, utilizaba un lenguaje con expresiones novedosas que llamaban

la atención de los lectores. Poseedor de un buen porte, de modales exquisitos y con unos profundos ojos color avellana era objeto de miradas de las jóvenes casaderas, a las que adulaba siempre que las saludaba. Seductor nato, se sentía bien regalándoles palabras hermosas que provocaran su despertar al placer del amor. Siendo fiel admirador de Lord Byron, escritor romántico por excelencia, escribía notas de amor sobre cualquier papel para entregárselas a las damas que se cruzaban por su camino; amaba a las mujeres, las adoraba a todas, pero su corazón aún no estaba ocupado. Era un espíritu libre y estimaba su libertad. Gracias a su nuevo trabajo, en poco tiempo pudo adquirir una bonita, aunque pequeña casa, en un barrio de la clase alta de Londres, donde sus residentes eran comerciantes, banqueros, médicos... Sir Paul Layon, que seguía de cerca los pasos del joven Daniel, al observar cómo rápidamente iba encauzando su vida, le propuso que se uniera al grupo de intelectuales, del que en la actualidad era el presidente, donde hablaban sobre ciencia, literatura y sobre todo, intentaban crear nuevas invenciones que fueran útiles para la humanidad. Por su ávido interés en el avance de la ciencia también admitió en el grupo al doctor Ralph Brown.

Lo primero que hizo Daniel, fue darle un nombre al grupo y proponer que formaran El Club de los Grandes Genios. Las reuniones las mantenían dos días a la semana, una en casa de sir Paul Layon y la otra en una taberna, donde acudían personas para ofrecerles sus invenciones con la finalidad de que el club sufragara los gastos, o también escritores y artistas en busca de mecenas. Daniel se consideraba un hombre afortunado, le fascinaban las conversaciones que mantenían con entusiasmo los miembros del grupo y se empapaba de su saber. El día de su tercera reunión, sir Paul Layon, les leyó una carta que había recibido del inventor italiano Antonio Meucci. Les explicaba que había creado un aparato por el que poder comunicarse desde su oficina, situada en la planta baja de su casa, con el dormitorio de su mujer enferma sito en la segunda planta. Conocedor de la existencia del círculo de intelectuales, les pedía ayuda económica para poder patentar su nuevo invento, el teléfono. Todos conocían a Meucci por la prensa y les enorgulleció el hecho de que él conociera la existencia de su pequeño grupo de intelectuales, por lo que decidieron estudiar la posibilidad de ayudarlo.

Sir Paul Layon estaba muy preocupado por su hijo Mark. Contaba con veintiséis años de edad y estaba totalmente absorbido con la idea de descubrir

nuevas creaciones. Al igual que Daniel, desde muy temprana edad mostró un inusual interés por la actividad inventiva. Inteligente y estudioso, se pasaba las horas encerrado en una sala que habían habilitado para sus investigaciones. No se relacionaba con amigos, más allá de las reuniones del club. Cuando le preguntaba en qué estaba trabajando, Mark le contestaba que había descubierto algo muy importante y cuando tuviera alguna certeza de su viabilidad se lo explicaría. Sir Paul Layon, se cansó de tanto misterio y le exigió que le informara de qué trataba o dejaría de financiarlo. Mark, confió en la discreción de su padre y, aunque pensara que estaba loco, le narró con detalle su posible hallazgo. Hacía unos años, un día que se encontraba en la biblioteca, al pasar por delante de una estantería repleta de libros se cayó uno justo a su lado. Cuando fue a recogerlo, observó unos papeles que sobresalían de entre sus páginas. Con curiosidad los leyó y, para su asombro, explicaban la manera de crear un aparato para viajar en el tiempo. Con interés comenzó a leer el manuscrito; en él exponían diversas teorías para poder ver el futuro y viajar en el tiempo. Los gráficos estaban sin terminar. Quién lo escribió, por alguna razón, no pudo terminar de resolver la manera exacta de viajar en el tiempo. Desde entonces, dedicó todo su tiempo a completar los gráficos y escudriñar tan fabuloso descubrimiento. No se había atrevido a mencionarlo por miedo a que pensarán que era una idea inviable y que estaba loco al creer que ese invento se podría materializar. Solo cuando tuviera la certeza de que era posible, hablaría de su hallazgo del que estaba muy cerca de terminar la investigación. Sir Paul Layon, lejos de pensar que su hijo estaba loco, lo felicitó por el empuje y tesón que había demostrado en desentrañar ese maravilloso descubrimiento y comprendió que ocupara todas sus horas en él. Aún así, le aconsejó que deberían de ayudarlo algunos de los miembros del club. Mark, aceptó el consejo, estaba ya muy cansado y le vendría bien la ayuda de otras personas especializadas en la materia, pero le pidió un poco más de tiempo. Su padre lo comprendió. Llevaba solo mucho tiempo en ello y él decidiría el momento en el que trabajaría con otras personas de su entera confianza. Ahora que sabía lo que le ocurría a su hijo se sentía más relajado y, al observar que había consentido con agrado su consejo, le recomendó que debería de relacionarse más en sociedad; se estaba convirtiendo en un hombre introvertido y ello no era sano. Mark, para contentar a su padre, le prometió que pronto comenzaría a relacionarse y acudir a alguna fiesta.

Pasado un mes, sir Paul Layon y su hijo decidieron que había llegado el momento de comunicarles a algunos de los miembros del club el descubrimiento. En principio citarían solo a cuatro de ellos, los que pensaban que iban a ser de más utilidad. Sin contar de qué trataba el asunto les envió una carta invitándolos a almorzar en su casa el sábado.

El sábado, cuando Daniel se dirigía hacia la residencia de sir Paul Layon en su carruaje, observó a dos bellas jóvenes que paseaban por un céntrico jardín de la ciudad. De repente, las nubes negras que adornaban el cielo comenzaron a tronar y unas suaves gotas de lluvia anunciaron que se aproximaba un fuerte aguacero. Con curiosidad contempló la forma en la que las dos jóvenes corrían a refugiarse debajo de un árbol. Una de ellas abrió su sombrilla, y la otra, como si disfrutara de la lluvia, dejó que el agua empapara su cabello durante unos segundos mirando hacia el cielo.

—¡Pare! —le ordenó Daniel al cochero—. Con paso ligero se bajó y se dirigió hacia la bella dama.

—¡Abre tu sombrilla que te vas a mojar! —le gritaba la otra joven.

Daniel, impresionado por la naturalidad de la joven, ardía en deseos de conocerla.

—¡Señorita! —gritó Daniel de forma impulsiva para llamar su atención.

La joven, giró su cabeza y lo miró. Daniel al contemplar su belleza se quedó ensimismado sin poder articular palabra. De repente, un inusual arcoíris apareció en el cielo.

—¡Sofía! ¡Si no quieres abrir tu sombrilla, resguárdate dentro de la mía! ¡Te vas a poner mala! —le dijo la otra joven, tomándola por el brazo y obligándola a caminar ligero alejándose del lugar.

—Sofía... al menos sé su nombre —dijo Daniel en voz alta—. Es la criatura más hermosa que he visto nunca y por alguna extraña razón sé que la tengo que encontrar. Empapado por la lluvia regresó a su carruaje. En su mente aparecía la imagen de Sofía una y otra vez, era una mujer mágica, había algo en ella que con tan solo mirarla sabía que estaba destinada para él. Tenía que localizarla, tenía que verla otra vez.

Sir Paul Layon había escogido a Daniel, al doctor Ralph Brown, al joven John, un prometedor físico hijo del barón de Hatt, y al científico Tomas

Red para confiarles el descubrimiento. Una vez todos reunidos, les advirtió de que debían de prepararse para oír noticias sorprendentes. Con gran interés, escucharon la información que, con ilusión, les ofrecía Mark. Al terminar, todos estaban admirados por tan increíble hallazgo. Uno a uno lo felicitaron con una alegría desbordante: si el descubrimiento se podía hacer realidad, sería el hallazgo más importante de los últimos tiempos. Emocionados y, dispuestos a trabajar, Mark distribuyó el cometido que cada uno de ellos iba a tener que ejecutar: si ponían de su parte, en poco tiempo podrían probar el invento. Para celebrar tal ocasión sir Paul Layon pensó en organizar una fiesta en honor a su hijo.

Sofía llegó a su casa mojada desde la cabeza hasta los pies. Su madre, cuando la vio, enseguida le ordenó que se quitara la ropa que llevaba puesta. Sabía que a su hija le encantaba sentir la lluvia sobre su piel, pero, debido a ello, más de una vez se había enfermado y siempre le reprendía por esa tan mala costumbre. Esa noche, cuando se acostó, Sofía soñó con el joven que vio bajo la lluvia. Caminaba a paso ligero por una calle dirigiéndose hacia ella. En su mano portaba una rosa roja; ella lo esperaba impaciente. De repente, una oscura sombra lo envolvió y desapareció. Empapada en sudor, se despertó. Había tenido un sueño extraño y lo achacó a que debía de tener algo de fiebre.

Lady Black había aumentado las reformas previstas en los salones de su residencia con la intención de tener a sus hijas ocupadas tras la muerte de Peter. Elsie, aunque no mostraba ningún entusiasmo, se encargó de elegir las cortinas, y Sofía de la decoración floral y la nueva distribución del mobiliario. En su afán por entretener su mente en cualquier menester que la alejara de sus tristes pensamientos, Sofía le propuso a su padre la construcción de una casa de invitados en Black House que ella misma había diseñado. Sabiendo que sus hijas se encontraban pasando por una desafortunada etapa en sus vidas, contrató los servicios de un arquitecto, pagándole una importante suma de dinero para que la construyeran en un mes con el objetivo de que estuviera finalizada cuando fueran a pasar la temporada de verano a la mansión. Aunque el barón casi no veía a sus hijas, las quería y se preocupaba por su bienestar, por ello rara vez les ponía alguna objeción a sus caprichos. Alan acudía dos veces a la semana para ayudarlas con las reformas: pintaba las paredes, colgaba los cuadros, situaba los muebles... El trato continuado provocó que las dos hermanas se comunicaran un poco con él, solo con respecto a su trabajo. Lady Black agradecía la ayuda que Alan le estaba prestando y, también, la sonrisa seductora que le ofrecía cuando sus hijas no se encontraban

cerca. A través de un mensajero recibieron la invitación del duque de Fiten para asistir a una merienda familiar con motivo del dieciséis cumpleaños de su hija Simone. Hacía tiempo que ni Sofia ni Elsie acudían a ningún acto social, pero, animadas por su madre, confirmaron su asistencia.

Aunque se trataba de una pequeña fiesta a la que solo acudirían familiares y amigos cercanos, las dos hermanas eligieron para la ocasión dos bonitos trajes. El carruaje las dejó en la entrada de la casa palacio del duque. Sofia vestía, sobre unas enaguas con aros de acero, un traje largo hasta los tobillos de color esmeralda que resaltaba sus hermosos ojos verdes, y llevaba su cabello recogido despejando su rostro. El vestido de Elsie era de color azul. Un ajustado corsé afinaba su figura, mostrando un atrevido escote. Después de la exquisita merienda que sirvieron en el jardín, pasaron a uno de los salones donde Simone, sentándose en un piano de cola, deleitó a los asistentes con una preciosa pieza de Beethoven, «Para Elisa». A continuación, los jóvenes comenzaron a acercarse a las damas con el propósito de mantener una conversación y así conocerse mejor. Sofia observaba cómo a su hermana le rodeaban varios jóvenes sedientos de llamar su atención y, ella, mostrándose digna, les prestaba la mínima atención. Todas las mujeres, excepto Sofia, charlaban con alguien. Hasta el momento, ningún hombre se le había acercado. Pasado un tiempo, sin que la situación cambiara, se fue hacia la ventana y miró al exterior.

—Así que usted es «Lady Muerte» —le dijo un joven acercándose a su lado.

—Perdone, ¿cómo me ha llamado? —preguntó Sofia sorprendida por sus palabras.

—Era de esperar; la afectada es la última en enterarse. Se ha corrido la voz de que todo hombre que se enamora de usted muere. ¿No le ha extrañado que ninguno se haya acercado a usted para hablar?

—Lo que está diciendo es absurdo, señor...

—Mi nombre es Francis Dickens.

—¿Es usted familiar de Charles Dickens?

—Sí, es mi padre. ¿Le gusta la literatura?

—Me apasiona, además, conozco personalmente a su padre. Es amigo

de mi familia y desde pequeña me regala libros que, después de leerlos, los comento con él.

—No tenía conocimiento de que tuviera una estrecha relación cultural con mi padre, aunque, con lo ocupado que siempre está, casi nunca tenemos tiempo de charlar. Ya que tiene buenas referencias sobre mí, espero que acepte mi sincera amistad.

—La acepto de buen agrado. Su padre siempre ha sido muy atento conmigo. Y, dígame, ¿es cierto lo del rumor que corre sobre mí o tan solo es una broma?

—Siento decirlo que es verdad. Alguien comenzó a transmitirlo asustando a los jóvenes casaderos. Creo que quién lo hizo quiere hacerle daño, pues los hombres temen que si la pretenden se morirán.

—Y usted, ¿cree que es cierto?

—Contemplando su belleza no me extrañaría que más de un hombre matara por tenerla para él solo, pero eso a mí no me asusta, al contrario, me divierte.

—¿Y si es real y soy una mujer maldita?

—No piense en ello, usted es una mujer muy inteligente y sabe que lo que le sucedió a sus amigos no es culpa suya.

—Me gustaría saber quién fue la persona que propagó esa noticia y quién me puso ese nombre. ¿Sería tan amable de encargarse de descubrirlo?

—Será todo un honor. Me complacerá llevar a cabo su encargo y descubrir quién hay detrás de tan malas palabras. En cuanto cumpla con este cometido le enviaré una nota a su casa.

—Le estoy muy agradecida. Es usted igual de bueno que su padre conmigo.

Sofía y Francis se quedaron conversando hasta que la fiesta finalizó. Descubrieron que tenían la misma edad y muchas cosas en común. Había una afinidad entre ellos muy especial y decidieron que se volverían a ver en breve. Cuando Sofía se acostó estaba inquieta. Sentía una profunda tristeza y malestar por saber que la llamaban «Lady Muerte». Ningún joven volvería a enamorarse de ella, estaba maldita, a no ser que su nuevo amigo demostrara a

todos que las habladurías no eran ciertas.

Pasados dos días Sofía recibió una carta de Francis Dickens. Después de que su madre la leyera se la entregó.

—Sofía, ¿qué ha ocurrido para que te exprese esas palabras?

Sofía, tomó la nota con interés y la leyó:

*Mi querida amiga:*

*Siento comunicaros que la persona que propagó el rumor y la llamó «Lady Muerte» fue su hermana Elsie. Si me lo permite, en breve la visitaré. Cobrad ánimo.*

*Francis Dickens*

—Esto es intolerable. ¡Elsie! ¡Baja de inmediato!—la llamó Sofía muy enojada.

Elsie, bajando las escaleras, se dirigió hasta donde se encontraba su madre y su hermana.

—¿Qué ocurre, ¿a qué vienen esos gritos?

—Madre, quiero que sea testigo de lo que ahora voy a contar —dijo Sofía alterada—. El día del cumpleaños de Simone, el joven Francis Dickens me informó de que una persona había corrido el rumor sosteniendo que todo hombre que me pretendía se moría, llamándome ¡Lady Muerte! Y esa persona, ¡es Elsie! ¿Cómo has podido hacerme algo así?

—Elsie, ¿es verdad lo que ha dicho tu hermana?

—No, madre. Es cierto que desde hace unos días la llaman así, pero yo no he tenido nada que ver.

—¡No te creo! —exclamó Sofía llorando—. Siempre has querido a los hombres que me han pretendido para ti, y no me extraña que intentes alejar a cualquier hombre de mi vida en tu favor. ¿Cómo se puede ser tan mala?

—Cálmate, Sofía. No sabemos con seguridad que haya sido Elsie. Quizá el culpable, para cubrirse, quiera hacer ver que ha sido ella.

—Yo no he sido. A mí me lo contó una amiga que se lo había contado otra.

—Deberías de habérmelo dicho en cuanto te enteraste. Aunque no seas la culpable de tan malas palabras, no has actuado bien.

—Lo siento, madre, pero no quería que Sofía se sintiera mal. Pensaba que era mejor que no lo supiera.

Sofía, dudando de la palabra de su hermana, decidió averiguar la verdad. Tomando su sombrilla, llamó al cochero.

—¿Adónde vas, hija?

—A descubrir la verdad —dijo saliendo de la casa.

Aunque sabía donde vivía Charles Dickens nunca había estado en su casa. Ordenándole al cochero que la esperara unos minutos, con paso firme y seguro se dirigió a la entrada de la casa. El ama de llaves le abrió la puerta y, después de comunicarle que era amiga de Francis Dickens, la invitó a pasar. El joven apareció en tan solo unos minutos en la sala donde ella se encontraba.

—Sofía, qué grata e inesperada sorpresa. Imagino que ha recibido mi nota.

—Sí, por ello me he atrevido a venir hasta aquí. Mi hermana niega que haya sido ella y necesito saber la verdad.

—Entiendo, ¿le apetece un té?

—Se lo agradezco, pero lo único que quiero es que me explique la forma en la que se ha enterado de que la culpable fue Elsie.

—Fue a través de un buen amigo. Me expresó que su prometida, una mañana que quedó para pasear con Elsie, le comentó que todos los hombres que la pretenden se mueren y que la llamaban «Lady Muerte». Su prometida se lo contó a mi amigo y este, a la vez se lo hizo saber a su círculo de amistades. Así fue cómo poco a poco se fue propagando el rumor. Estuve preguntando a otras personas y todas me llevaron hasta su hermana. Estoy seguro de que fue ella, aunque entiendo que tenga sus dudas; existe la posibilidad de que a Elsie se lo contara otra persona y comprendo que quiera creer que fuera así.

—Me gustaría pensar que no ha sido ella. ¿No considera la posibilidad de que alguien la pueda estar utilizando para esconder su culpa?

—Es posible, pero ello no le quita la importancia de que Elsie le hablara sobre ello a la prometida de mi amigo.

—Cierto. Sinceramente, me siento confusa. Le estoy muy agradecida, ahora debo de marcharme.

—La acompaño hasta la puerta.

—Salude a su padre de mi parte —le dijo Sofía despidiéndose.

—Pronto le escribiré y, si usted acepta, nos volveremos a ver.

Nada más llegar a su casa, Sofía le contó a su madre la explicación que le había ofrecido Francis. Lady Black no quería creer que Elsie fuera capaz de tal cosa, pero en el fondo sabía que siempre había querido para sí a los últimos pretendientes de Sofía. Meditando la mejor forma de solucionar la incómoda situación pensó que en breve se deberían de ir a pasar la temporada a Black House. Lejos de la ciudad, tal vez se acallaran los rumores.

Sir Paul Layon se mostraba muy complacido por el interés que mostraban los cuatro miembros del grupo que había elegido para que ayudaran a su hijo con el invento. Daniel y Mark, siendo tan diferentes, congeniaron a la perfección. Daniel admiraba de Mark la capacidad de control, esfuerzo y dedicación plena; podía pasar días enteros sin salir de su estudio entregado por completo a su trabajo, cosa que a él le resultaba imposible, pues dado a su carácter inquieto, había momentos que hasta trabajaba de pie o caminando por la oficina. Eso de estar muchas horas sentado en el mismo sitio era algo que nunca había logrado hacer. Sin embargo, a Mark, esa energía desbordante de su amigo le parecía maravillosa, era contagiosa y le transmitía ánimo, fuerza, dinamismo. En cierta forma, ambos se complementaban. Sir Paul Layon aprovechó que su hijo se mostraba más sociable para organizar una gran fiesta antes de que comenzara la temporada de verano, para lo cual faltaba poco tiempo y debía de empezar cuanto antes con los preparativos.



Sofía decidió aceptar que Francis Dickens la visitara con frecuencia. El joven había planeado que, para demostrar que los rumores que corrían sobre ella eran infundados, fingiría ser su nuevo pretendiente y, cuando todos comprobaran que no le sucedía nada malo por pretenderla, se olvidarían de tan crueles palabras y los hombres volverían a cortejarla. La familia de Sofía apreció la buena disposición de Francis y se ofrecieron a colaborar en lo que necesitara. Durante una semana la estuvo visitando dejándose ser visto, y comentó en su círculo cercano que se había enamorado de la bella Sofía. Sus amigos le advertían de que tuviera mucho cuidado, pero a él, lejos de asustarse, le entretenía, incitándole a mostrar su fingido amor en público. El domingo por la mañana, día en el que por lo general más personas paseaban por el centro de la ciudad, recogió a Sofía en su residencia para pasear. La

tomó por el brazo y se dirigieron hasta el lugar más concurrido. Los dos amigos charlaban sin parar bajo la atenta mirada de los transeúntes. El plan orquestado por Francis estaba funcionando; pronto se olvidarían del falso rumor.

La mañana del lunes, sin previo aviso, el inspector Bob Walker fue a visitar a Lady Black.

—Buenos días, inspector. ¿Qué le trae de nuevo por mi residencia?

—Perdone que no la haya avisado con tiempo. Me encontraba cerca y, como me han informado de un asunto referente a su hija, he decidido acercarme probando la suerte de que Sofía se encuentre aquí.

—Pase, inspector. Sofía todavía no ha salido, la avisaré —dijo indicándole que le siguiera hasta la sala.

Pasados unos minutos Sofía se reunió con el inspector.

—Me alegro de verle, inspector. ¿Tiene nuevos datos sobre los asesinatos de mis dos amigos?

—Estoy investigando a varias personas que sabían de las pretensiones hacia usted de los dos jóvenes, pero, por prudencia, prefiero no darle todavía información. Las noticias vuelan muy rápido y hay que actuar con mucha cautela.

—Le entiendo. Y dígame, ¿cuál es el motivo de su visita?

—Como le he dicho antes, las noticias vuelan muy rápido y, esta mañana, a primera hora, me han comunicado que tiene un nuevo pretendiente, el señor Francis Dickens, y parece que usted le corresponde. Quisiera escuchar de su propia voz si es cierto.

Sofía, después de mirar a su madre y que esta asintiera, le explicó el plan que había trazado Francis para acallar lo que se murmuraba sobre ella.

—En realidad, lo único que nos une es una buena y sincera amistad.

—Comprendo. Pero si estoy en lo cierto y alguien quiere deshacerse de todos sus pretendientes, su amigo podría estar en peligro, a no ser que no lo considere competencia.

—Es extraño... Si algún hombre me quisiera para él sola, ¿por qué no ha

intentado enamorarme ya?

—No sabemos si se trata de un hombre, una mujer o alguien que no la ame, pero pretenda hacerle daño y, aunque sé que lo que le voy a decir la va a disgustar, también podría ser el propio Francis Dickens. Quizá él creara el rumor y le hizo ver que fue su hermana. Por lo que me ha contado, la única persona que le explicó de dónde provenía el infundio fue él; qué mejor forma de llegar a su corazón que siendo su mejor amigo y confidente.

—No había reparado en ello, pero no puede ser él. Francis es un hombre de honor.

—Por desgracia en esta ciudad hay muchos caballeros con doble moral: la apariencia y la honorabilidad son muy fáciles de demostrar, lo que no se aprecia a simple vista son las oscuras intenciones que más de uno esconde.

—Me está usted intranquilizando. Ya no sé en quién puedo confiar.

—Siga usted con su vida normal, pero le recomiendo que hasta que no averigüemos quién es el asesino, no confíe plenamente en nadie.

—Me cuidaré, inspector.

Justo en el momento en el que se marchó el inspector, llegó un mensajero con una carta para Sofia. Después de que su madre la leyera se la entregó: era de Francis Dickens.

*Querida amiga:*

*Esta mañana mi padre, de improviso, me ha obligado a realizar un viaje con él del que no tenía noticia alguna. Estaré fuera unas semanas. Solo he tenido tiempo para escribirle esta nota. A mi regreso la iré a visitar.*

*Francis Dickens*

—¿No le parece extraño, madre? De repente y sin avisar su padre le obliga a viajar.

—Su padre lo habrá estimado conveniente. No es nada extraño, se tratará de algún asunto relacionado con su trabajo.

Lady Black intuía la razón por la que Charles Dickens había querido alejar un tiempo de la ciudad a su hijo. Si a oídos del inspector había llegado la noticia de que Francis pretendía a Sofia, también le habría llegado a él y,

viendo lo complicado de la situación, decidió apartarlo rápidamente de ella. Con melancolía recordó el día en que la amante de Charles Dickens dio a luz a Sofía en su presencia y la acogieron como si fuera su hija. Nada más que ellos sabían que el verdadero padre de Sofía era él: Francis y Sofía eran hermanos. Desde que Sofía le contó que había conocido a Francis Dickens sintió pánico de que su hija en algún momento se enterara de quién era su verdadero padre. También temía que se pudieran enamorar; los dos tenían un carácter muy parecido y podían equivocarse el amor con lo que solo era una gran afinidad. Por ello, controlaba todos los encuentros y salidas de los dos juntos: sin que ellos lo supieran, había contratado a una persona para que los siguiera con disimulo. Sin embargo, Charles Dickens había sido más contundente: ante el temor de que se enamoraran, apartó a su hijo de Sofía llevándoselo con él de viaje.

Una de las sirvientas le entregó dos cartas a lady Black: una dirigida a Sofía y la otra a Elsie.

—Esta mañana no paran de llegar mensajeros, espero que sean gratas noticias —comentó lady Black leyendo ambas cartas—. Estáis invitadas a un baile de disfraces el próximo sábado en la mansión que sir Paul Layon posee a las afueras de Londres: va a ser el mejor acontecimiento que se celebre antes y durante toda la temporada de verano. Esto retrasará más nuestros planes para marcharnos a Black House, pero estoy segura de que merecerá la pena.

—Será una gran fiesta, seguro que a Elsie le va a ilusionar. Tendremos que comprar un buen disfraz.

Madre e hija, ilusionadas con el próximo evento, de inmediato se pusieron a diseñar sobre un papel varios modelos de disfraces, pero, ante la inminente fecha, era muy difícil que la modista los pudiera tener a tiempo y, por si acaso, decidieron visitar las mejores tiendas de la ciudad. Sofía quería llevar una máscara, así nadie la reconocería ni la llamarían «Lady Muerte».

A las siete de la tarde los invitados fueron llegando en sus carruajes a la mansión de sir Paul Layon. Elsie vestía un disfraz de diablesa confeccionado en satén y terciopelo en colores rojo, negro y dorado. Con el corpiño muy ajustado, la falda a la altura de la rodilla por la que sobresalían unas enaguas en capas, y zapatos de tacón, daba una imagen de mujer fatal muy seductora. Unas alas de murciélago saliendo de sus hombros complementaban su disfraz. Sin embargo, Sofía había elegido vestirse de Dolly Warden, una excéntrica y presumida mujer, con apariencia de ingenua pastorcilla que aparecía en la novela *Barnaby Rudge* escrita por Charles Dickens y que estaba de moda. El vestido era de color turquesa hasta la cintura con una falda compuesta por dos volantes en tonos rosados, con un gran cinturón anudado en la parte de atrás. Sobre su cabeza lucía un sombrero de paja decorado con pequeñas flores y llevaba una pequeña máscara de color negro que cubría sus ojos y parte de la nariz, lo que hacía que fuera difícil reconocerla.

Sir Paul Layon y su hijo Mark, situados en la puerta de entrada del majestuoso salón con su techo decorado con relieves sobredorados, donde colgaban hermosas lámparas de lágrimas de cristal, recibían a sus invitados agradeciéndoles personalmente su asistencia al evento, después de haber sido presentados formalmente. A unos pasos se encontraban todos los miembros de El Club de los Grandes Genios vestidos de personajes ilustres de la época a excepción del joven Pascual, nuevo integrante del grupo, que iba disfrazado de arlequín. El doctor Ralph Brown, en cuanto vio entrar a las dos hermanas, se acercó a saludarlas.

—Bellas damas —dijo besándole a cada una la mano—. Sus disfraces son admirables. Sería todo un honor que aceptaseis bailar después conmigo, aunque entendería que, dado a los innumerables admiradores, declinéis mi invitación.

—Será un placer bailar con usted, doctor Brown —le contestó Elsie

mostrando una perceptible sonrisa.

—Yo también acepto; es usted un buen amigo de la familia —expresó Sofia.

—Será todo un honor —dijo el doctor despidiéndose, incorporándose de nuevo a su grupo.

—Elsie, será mejor que cada una nos situemos en un lugar diferente. No quiero que me reconozca nadie, para ello llevo puesta la máscara y, yendo contigo, saben quién soy, como ha pasado con el doctor.

—Está bien. No tenemos porque estar juntas.

Sofia recorrió todo el salón recreándose en las bellas obras de arte que decoraban la estancia hasta que observó a una joven con un traje idéntico al suyo. Al acercarse comprobó que se trataba de Simone, hija del duque de Fiten, a la que había visto recientemente en su fiesta de cumpleaños.

—Querida Simone, parece que hemos elegido el mismo disfraz —dijo Sofia divertida, acercándose a su lado.

—Vaya, vamos exactamente igual. Pero, ¿quién es? Con la máscara no la reconozco.

—Soy Sofia Black.

—¡Sofía! Qué divertido, ¡si parecemos idénticas! Hasta podríamos pasar la una por la otra, sería muy emocionante. Tenemos la misma estatura, y nuestro diferente color de pelo lo ocultamos bajo el sombrero. ¿Qué te parece si intercambiamos nuestra identidad? Yo seré tú y, tú serás yo. ¡Nos lo podemos pasar genial!

—Simone, ello solo sería posible si tuvieras una máscara; sin ella se te reconoce fácilmente.

—¡Claro que la tengo! Y es igual a la tuya, seguro que la hemos adquirido en la misma tienda —dijo colocándose la máscara.

—No sabía que eras tan atrevida, pero, si lo deseas, esta noche tú serás Sofia y yo Simone. Me parece una idea algo alocada, pero muy divertida.

—¡Me entusiasma la situación! Nos lo vamos a pasar muy bien. ¡Me encantan las locuras! Cuando nos guste algún hombre se lo haremos saber con

el abanico; estoy deseando enamorarme y hoy tenemos la oportunidad de conocer a muchos jóvenes apuestos.

—Eres más simpática y especial de lo que pensaba; creo que a partir de hoy vamos a ser muy buenas amigas. A mí también me atraen las cosas que se salgan de lo normal. Hasta que finalice la fiesta, tú serás yo, y yo seré tú.

Al cabo de un rato el baile comenzó. Con las primeras notas Sofia empezó a mover ligeramente su cuerpo. Le encantaba la música y no podía remediar bailar nada más escucharla. Daniel entró en el salón vistiendo un traje persa mostrando unos pantalones anchos azules cubiertos con un blusón de color púrpura con adornos en dorado y un ancho cinturón con elaborados arabescos. Contemplando el lugar, visualizó a su amigo Mark hablando con el doctor Ralph Brown y Pascual, el nuevo integrante del grupo. Cuando se estaba acercando a ellos observó a dos jóvenes que vestían el mismo disfraz; parecían gemelas. Irremediablemente, se sintió atraído por una de ellas: le cautivó la forma en que movía sus pies al son de la música.

—¡Daniel! —lo llamó Mark indicándole que se acercara hasta ellos.

Daniel se unió a los cuatro amigos que hablaban con pasión sobre el nuevo invento.

—Dejad la conversación para otro día y aprovechemos la oportunidad que nos brinda esta fiesta de disfrutar de la compañía de bellas damas —les propuso Daniel.

—Lleva razón, querido amigo. Es hora de invitar a una de las damas a bailar —expresó el doctor buscando con la mirada el lugar donde se encontraban las dos hermanas.

Mientras tanto, Simone y Sofia observaban a los jóvenes que se encontraban cerca de ellas con la intención de sacarlas a bailar inminentemente.

—Simone, ¿te importaría bailar con el doctor Ralph Brown como si fueras yo? Antes me lo pidió y no tengo ningún interés. Lo considero un amigo de la familia y prefiero bailar con algún joven que se mueva mejor.

—No me importa, me resulta atractivo y, además, a mí me gustan los hombres mayores. Voy a buscarlo y me situaré cerca de él; en cuanto me vea, se creerá que soy tú y me pedirá un baile.

—Gracias, Simone. Eres adorable.

Simone se situó cerca del doctor y este, en cuanto la vio, pensando que era Sofía la invitó a bailar. Daniel se movió entre los invitados hasta que localizó a la chica que movía sin parar los pies. Justo en ese momento, un joven se le estaba acercando y, adelantándose, le pidió un baile. Sofía, deseosa de comenzar a danzar, asintió. La pareja se deslizó por la pista adecuada en el salón, acompasados como si siempre hubieran bailado juntos.

—Bella dama, ¿puedo saber su nombre?

—Simone —le respondió Sofía.

—Simone, baila usted como los ángeles.

—Y usted no lo hace nada mal.

Después de bailar tres piezas seguidas y, ante la intención por parte de Daniel de continuar bailando, Sofía le expresó que debían de parar, pues según la costumbre, si bailaban varias veces juntos se presumía que eran novios.

—Qué piensen lo que quieran; soy feliz bailando con usted —le dijo Daniel—. Pero si lo desea podemos descansar un rato.

Sofía se sentía muy bien junto a ese joven, demasiado bien. Dejando de bailar, Daniel la invitó a salir a una de las terrazas para poder hablar con tranquilidad, fuera de las inquisitivas miradas, deseoso de conocerla mejor. Sofía se dejó llevar.

—Tengo la extraña sensación de que ya la conozco.

—No es posible, es la primera vez que le veo. ¿Cuál es su nombre? Aún no me lo ha dicho.

—Mi nombre es Daniel. ¿Se podría quitar la máscara solo un momento? Estoy seguro de que la he visto alguna vez. Hay algo en usted que me resulta muy familiar.

—Prefiero no quitármela. Quiero llevarla puesta durante toda la fiesta. Daniel, ¿a qué se dedica? ¿Cuál es su profesión?

Daniel comenzó a narrarle, primero, con pasión, su faceta de inventor y

después, le habló de su revista. Sofia lo escuchaba embobada. Le encantaba la vitalidad que mostraba hablando, sus inquietudes, su humanidad, su pasión por la vida. Cada palabra que pronunciaba parecía salida de una de las novelas románticas que tanto le entusiasmaban. Su saber estar, su profunda mirada, sus gruesos labios. Todo él parecía un bello sueño. Nunca había conocido a un hombre igual; era especial y, sin saber el porqué, en ese instante supo que había nacido para amarlo. Sofia le habló de su entusiasmo por la literatura, la decoración, la danza, la equitación... Daniel, imaginándose sus ocultos ojos, pensó que era la criatura más pura, generosa e inusual que había conocido. Sin saber el porqué, en ese instante supo que había nacido para encontrarla y amarla.

—Volvamos al salón —sugirió Sofia.

—¿No se encuentra bien a mi lado?

—No es por ello; mis amigas deben de estar preguntándose dónde me encuentro.

—Dígame quiénes son y veamos si realmente la echan de menos.

Entrando en el salón, Sofia señaló a Elsie y a Simone, indicándole que ellas eran sus amigas. Durante un rato se quedaron observándolas.

—Su amiga, la que va disfrazada de diablesa, tiene una larga cola de admiradores esperando turno para bailar con ella y, la que viste igual que usted, está feliz bailando con el hijo del conde Lock, uno de los hombres más ricos de Inglaterra.

—No creo que a mi amiga le importe el dinero que tenga: si baila con él es porque lo encontrará guapo y será muy amable.

—A esa amiga puede que no le importe, pero, la que va vestida de diablesa no le quita el ojo de encima.

Sofia observó a su hermana y comprobó que Daniel llevaba razón; disimuladamente, intentaba colocarse con su acompañante de baile al lado de él con la intención de llamar su atención.

—Como habrá advertido, sus amigas no están preocupadas por usted. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo por el jardín?

—Me encantaría —contestó al percatarse de que nadie la echaba en

falta.

Caminando despacio se acercaron hasta el jardín. Las estrellas brillaban a su paso guiándoles hacia un lugar. Al llegar hasta un banco ubicado frente a una pequeña fuente se sentaron. Daniel, tomó la mano de Sofía y le expresó que nunca había tenido un sentimiento tan intenso y repentino por una mujer: era algo mágico, tan especial que le hacía temblar y vibrar. Sofía, aunque sentía lo mismo, por decoro no se lo manifestó, pero él lo sintió. Una suave brisa proveniente de un lugar situado en el infinito acercó poco a poco sus rostros hasta que sus labios se juntaron. En ese instante, las estrellas cambiaron su posición en el cielo nocturno adoptando la figura de un arcoíris.

—¿Ha visto eso, Daniel?

—¿Lo qué?

—Las estrellas se han movido de su sitio como si estuvieran bailando.

—Ello debe de ser porque están tan fascinadas como yo con su presencia. Siento algo tan fuerte por usted que hasta tengo miedo.

—A mí me ocurre algo similar. Es muy extraño.

Daniel, impulsivamente, la besó.

—Sus besos saben a las especias más exóticas que existen en este mundo —dijo Daniel—. Sus labios son templados y con tan solo rozarlos me hierve la sangre. Deseo ver sus ojos...

—¡Daniel! —lo llamó Mark en ese instante, interrumpiendo sus palabras—. Por fin te localizo. Debes de venir un momento conmigo.

—Ahora no puedo, amigo mío.

—Es importante; solo será un momento.

—Simone, ¿me esperará? No tardaré en volver.

—Le esperaré, pero en el salón.

Daniel, después de acompañarla hasta el salón, se marchó con Mark. Sofía se quedó contemplando a las parejas que bailaban hasta que su amiga Simone se acercó a su lado.

—Sofía, tengo que marcharme ya: son las doce y me están esperando en la puerta para regresar a casa.

—¡Las doce! A mí también me recogen a esa hora. Voy a avisar a mi hermana y salimos juntas.

Elsie se negó a abandonar tan pronto la velada y le dijo que se fuera ella. Por mucho que Sofía le insistió, no logró que su hermana se marchara con ella. Dándola por imposible, buscó entre los invitados a Daniel y, al no encontrarlo, salió junto con Simone de la mansión.

—Simone, creo que me he enamorado. Ha sido todo tan rápido que no comprendo cómo me ha sucedido algo tan bonito, mágico...

—¡Yo también me he enamorado! —dijo Simone dando saltitos—. Harry es tan guapo, mayor, educado... ¡Y quiere volver a verme!

—¿Le has dicho que eres tú?

—Al principio me presenté como Sofía, pero después, al enterarme de que era el hijo del conde Lock y que quería volverme a ver, le conté la verdad.

—Has hecho bien. Sin embargo, a mí no me ha dado tiempo de decirle mi verdadero nombre a Daniel...

—Tenemos que quedar pronto, esta misma semana, y hablamos de nuestros posibles pretendientes —propuso Simone.

—De acuerdo, Simone —le confirmó Sofía montándose en su carruaje.

Cuando los padres de Sofía la vieron entrar en casa sin Elsie se alarmaron. Después de que les explicara una y otra vez que su hermana se lo estaba pasando tan bien que no se quería marchar de la fiesta, aún se preocuparon más. Lady Black decidió esperarla despierta. Sabía las ansias que tenía Elsie de encontrar un marido noble y rico y temía que, en su empeño, cometiera alguna locura; el disfraz que había elegido era demasiado provocativo. Sofía se acostó feliz con la imagen de Daniel en su mente. Aunque le había mentido sobre quién era, estaba segura de que la encontraría. En sus sueños apareció él. Caminaba por una calle portando una rosa roja. Ella, situada en el extremo opuesto de la calle lo esperaba impaciente. De repente, un hombre vestido con una capa larga apareció ante Daniel y, convirtiéndose en una sombra, lo cubrió y Daniel desapareció. La sombra comenzó a dirigirse hacia ella. Con miedo quiso correr, pero sus pies no le respondían. La sombra se paró y ante ella apareció el hombre de la capa: su

cara era la de Daniel. En ese instante, angustiada, se despertó y al comprobar que solo había sido un mal sueño, se tranquilizó, volviéndose a quedar dormida.

Por la mañana su madre le comentó que Elsie había llegado cerca de las tres de la madrugada algo ebria. Estaba muy preocupada por ella; aspiraba demasiado alto y no le complacía ninguno de sus pretendientes, lo que le estaba causando desasosiego y ella no lo quería reconocer. Al atardecer, recibieron la visita del inspector Bob Walker. Aunque solicitó hablar a solas con Sofía, lady Black no consintió sin estar ella presente.

—El motivo de mi visita se debe a que esta mañana han intentado matar al hijo del conde Lock, Harry, y, según me han contado, ayer estuvo prácticamente toda la noche bailando con usted, señorita Sofía.

Sofía, ante la noticia, palideció.

—Otra vez, no...—comentó lady Black preocupada—. ¿Seguro que intentaron matarlo? ¿Sigue vivo?

—El señor Harry se encuentra bien. Esta mañana, cuando salía de su residencia, un hombre que portaba un arma blanca se le acercó con la intención de acuchillarlo, pero Harry, viendo las intenciones, reaccionando con rapidez se apartó y solo sufrió una herida en el brazo. Ante los gritos de varios viandantes que observaban la escena a plena luz del día el hombre huyó. Por casualidad, una pareja de policía andaba por la zona y lo pudieron apresar.

—¿Han interrogado al hombre? ¿Se sabe el motivo por el que lo quería matar? —preguntó interesada lady Black.

—Lo que les voy a contar es información confidencial; si se las transmito es porque le incumbe personalmente a la señorita Sofía, pero deben de prometerme que lo que ahora les cuente no va a salir de aquí.

—Tiene nuestra palabra, inspector.

—El hombre confesó sin necesidad de que ejerciéramos presión. Explicó que hace un tiempo, una persona vestida con capa larga y capucha que cubría su rostro, entró en la taberna de Blake, situada en la peor zona del East End, lugar de encuentro de delincuentes. Sin hablar, mostró un papel donde, con palabras escritas todas en mayúsculas, solicitaba los servicios del mejor

para realizar un trabajo por el que sería muy bien pagado. Así fue la manera en la que contactó con él. A partir de entonces, cada vez que necesitaba que realizara algún trabajo le dejaba una nota con las instrucciones a seguir en la taberna. Nunca volvió a ver físicamente a la persona en cuestión.

»Lo primero que le encargó fue que, fingiendo un atraco, asesinara al señor Williams Reid, para lo cual le indicó la hora y el sitio exacto donde se debía de producir. Una vez cometido el delito, recibió una suma importante por sus servicios. No tuvo más noticias hasta que, pasada la una de la madrugada del sábado, recibió otra nota con instrucciones para malherir al señor Harry: no pretendía acabar con él, solo asustarlo.

—¿Han averiguado quién es el hombre que ordenó los asesinatos? —preguntó lady Black.

—No sabemos si se trata de un hombre o de una mujer. El delincuente nunca le vio el rostro y, como llevaba una capa larga que cubría todo su cuerpo, no lo ha podido cerciorar, además, nunca habló; todas las conversaciones eran por escrito. Quién sea, sabe muy bien la forma de cubrirse las espaldas y nos va a resultar difícil descubrirle, pero, créanme, lo conseguiré.

—Inspector, debo de contarle algo —le interrumpió Sofia—. La noche del sábado, en el baile de disfraces, la que estuvo toda la noche con Harry no fui yo, sino Simone. Las dos vestíamos idéntico disfraz y con la máscara parecíamos iguales. Por diversión, se nos ocurrió hacernos pasar la una por la otra.

—Entiendo, pero la persona que encargó dañar a Harry debió de creer que se trataba de usted y, posiblemente, el malhechor se encontraba en la fiesta. Aunque solo es una conjetura, vamos a investigar a todos los asistentes al baile, lo que nos llevará algún tiempo. Señorita Sofia, es muy importante que si algún hombre la vuelve a pretender me lo haga saber con la intención de protegerlo. Si le resulta más cómodo le puede informar a sir Paul Lyon; él está colaborando con nosotros en este caso.

—La noche del baile estuve hablando con un joven, pero le hice creer que era Simone y no sé si lo volveré a ver otra vez.

—¿Cuál es su nombre?

—Daniel. No puedo proporcionarle su apellido porque no lo sé.

—Si vuelve a contactar con usted debe de comunicárnoslo.

—Lo haré, inspector.

—Por su explicación, la persona que encargó el asesinato del joven Williams, es la misma que ordenó que hirieran al Harry —dedujo lady Black—. Pero, ¿también fue la que mandó que mataran a Peter?

—El «Asesino del Amor», como así llamamos a la persona que ordena matar a todos los pretendientes de Sofía, hasta el momento solo podemos relacionarlo con el caso de Williams y de Harry. De la muerte de Peter, causada por el atropello de un carruaje, aún no tenemos pruebas contundentes que induzcan a confirmar que se trata de la misma persona. Es un caso muy complicado y, por la forma de actuar, existe la posibilidad de que haya más de una persona implicada.

—¿Qué tipo de persona y por qué razón quiere que mi hija no tenga ningún pretendiente? —preguntó angustiada lady Black.

—Siento no poder contestar a su pregunta; es el primer caso que investigamos con esas características, aunque por mi experiencia en hechos, en parte similares, he sopesado que puede tratarse de crímenes pasionales, o cometidos por celos, odio, venganza o, tal vez, con la intención de provocar un daño en su persona, señorita Sofía. Si se les ocurre otro motivo, lo añadiré a mi lista. Es muy importante que si conocen a alguien que reúna alguna de esas actitudes me lo hagan saber.

—Pensaremos en ello y le informaremos, inspector —aseguró lady Black.

Nada más marcharse el inspector, lady Black decidió que en menos de una semana se irían a pasar una temporada Black House, así alejaría a su hija de la persona que intentaba matar a los hombres que se enamoraban de ella: hasta que el inspector no averiguara quién era el «Asesino del Amor» procuraría mantener a su hija fuera de la ciudad y no permitiría que ningún hombre la cortejara.

Al terminar de desayunar Sofía se arregló para ir a visitar a su amiga Simone. Pensó que, tras lo ocurrido a Harry, se encontraría mal. Simone la recibió con un fuerte abrazo, todavía estaba impresionada por la noticia que, a gran velocidad, se había extendido por las esferas más altas de la ciudad. Para poder tener intimidad la llevó hasta una pequeña sala de lectura donde no se encontraban ninguno de los miembros de la familia.

—¿Sabes cómo se encuentra Harry en estos momentos? ¿Te ha escrito?  
—le preguntó Sofía mostrando interés.

—Aún no he recibido ninguna carta de él, pero me han comentado que está bien.

—Después de lo sucedido no habrá tenido tiempo de escribirte. Seguro que pronto lo hará.

—Sofía, ¿crees que se acordará de mí o se habrá olvidado?

—Ha sufrido un desagradable incidente y ahora en su cabeza debe de tener miles de interrogantes sobre el motivo. Aún así, se acordará de ti y anhelará volver a verte.

—Quiero verlo, y estoy por ir a su casa, ¿me acompañarías?

—Sabes que no es costumbre que una mujer visite a un hombre, pero, si estás decidida a ir, cuenta conmigo.

—¡Gracias, amiga! —dijo abrazándola—. Por cierto, ayer recibí una carta de un tal, Daniel Sáez y creo que era para ti.

—¿Tienes la carta? Estoy impaciente por leerla. Debe de ser del hombre del que me he enamorado, al que me presenté como Simone.

—Lo imaginé. La carta la tiene mi madre. Le expliqué que no sabía quién era y la guardó, pero antes la leí y anoté su dirección, pues intuía que

debía de tratarse del joven con el que estuviste hablando en el baile. No me extraña que te hayas enamorado; por la manera en que se expresa parece un hombre muy romántico. En pocas y preciosas palabras declara que está locamente enamorado de ti y que si tú sientes lo mismo le escribas a una dirección que facilita al final de la carta.

—Sus sentimientos son correspondidos: yo también estoy loca por él.

—Ay, Sofía, qué romántico. Estoy deseando que Harry me escriba para ver la forma en la que expresa sus sentimientos.

—Simone, si me das la dirección de Daniel le escribiré una nota para quedar con él. El problema es que no deben de verme en público sola con él.

—Yo te acompañaré a su encuentro. Tengo un plan: mañana por la mañana me acompañarás a visitar a Harry y, después, iremos a pasear por los jardines de Piccadilly, sitio donde quedarás con él. Espérame un momento, voy a por la dirección —dijo Simone levantándose con garbo.

Sofía pensó que el conocer a Simone había sido una de las mejores cosas que le había pasado en su vida. Era una joven alegre, servicial, atrevida, bondadosa y la única a la que le podía confiar su amor secreto. Simone llegó portando un sobre y un papel.

—Escríbele una nota: conozco a un mensajero de confianza que hoy mismo se la hará llegar. Como las dos llevábamos máscaras y no nos va a poder reconocer, indícale que irás con una amiga que, al igual que tú, irá vestida con un traje de color rosa. ¡Otra vez las dos iguales!

—Eres fabulosa, Simone. Creo que la vida nos ha reunido para ayudarnos con nuestros amores.

—Sé que soy demasiado impulsiva y atrevida; no me gusta guardar las apariencias, aunque siempre lo hago por respeto a mi familia, pero contigo sé que puedo mostrarme tal como soy y ello me hace sentir libre.

Las dos amigas organizaron detalladamente el plan que iban a seguir para ver a sus posibles futuros pretendientes sin que nadie lo supiera. Ambas, durante el resto del día, suspiraron por el nuevo amanecer.

A las once de la mañana, Simone y Sofía, vestidas con refinados trajes

del mismo color llamaron a la puerta de la residencia del conde Lock. Una criada, tras anunciar su visita, las dirigió hasta una sala. Sofía, aunque no era la interesada, estaba mucho más nerviosa que Simone, esta mostraba en todo momento una sonrisa que le daba la apariencia de estar calmada.

—Buenos días —les saludó Harry al verlas—. Es todo un honor recibir la visita de tan exquisitas damas en mi casa.

—Harry, ¿cómo se encuentra? ¿Es grave su herida? ¿Le duele mucho? —le preguntó Simone denotando desvelo—. Estaba preocupada por usted y necesitaba saber si se encontraba bien.

—Le agradezco su interés, estoy bien; fue más grave el susto que la herida causada. Durante unos días estaré bajo revisión médica. No tiene por qué preocuparse por mí —le informó Harry en tono despreocupado. ¿Les apetece un té?

—Gracias, es usted muy amable —respondió Sofía al observar que su amiga continuaba con la misma sonrisa mirando a Harry embobada.

Después de tomar el té y narrar una y otra vez la forma en que intentaron acuchillarle, Harry les comunicó que debía de atender unos asuntos ofreciéndoles educadamente que se marcharan. Simone se atrevió a preguntarle si pronto se iban a ver, a lo que Harry le contestó que quizá cuando se encontrara mejor. Ante su falta de interés, a Simone se le borró la sonrisa perenne de su rostro; no era el mismo hombre tan entregado y adulador que bailó con ella toda la noche.

Una vez en la calle, comenzaron a caminar en dirección a Piccadilly. No sabían si Daniel acudiría a la cita, pero la esperanza guiaba sus joviales pasos. Por los jardines paseaban elegantes damas protegiéndose del sol con bonitas sombrillas. Simone estaba poco charlatana y Sofía sabía que estaba algo decepcionada con la respuesta que le había dado Harry, pero, aún así, caminaba como si fuera la mujer más feliz del mundo, y no era por ella, sino porque compartía la ilusión de que su amiga se encontrara con su nuevo amor. De improviso, Daniel apareció ante ellas.

—Mis dulces y hermosas, damas. Es todo un placer encontrarlas por este paraje —dijo Daniel, simulando que se trataba de un encuentro casual, tal y como le había pedido Sofía en la nota.

—Nos agrada verle de nuevo —dijo Simone al notar que su amiga se había quedado sin habla—. Ella es la encantadora dama con la que estuvo bailando en la fiesta —le explicó señalando a Sofia.

Sofia y Daniel se quedaron mirándose fijamente a los ojos. Simone, con discreción, se apartó con la excusa de que había visto a una amiga y la iba a saludar un momento.

—Daniel, mi nombre no es Simone —comenzó a explicarle Sofia—. Mi amiga y yo nos intercambiamos los nombres solo por diversión. Pensaba explicárselo en la fiesta, pero no le localicé y tuve que marcharme.

—Eres la mujer que vi bajo la lluvia... Me enamoré de usted desde el primer instante en que la vi. Solo sabía su nombre, Sofia, y el destino hizo que la encontrara de nuevo en el baile, pero con la máscara no la reconocí, aunque sí la sentí.

—¿Nos hemos visto antes del baile? Es extraño, no lo recuerdo.

—Fue un día en que comenzó a llover. Me acerqué y la llamé, pero se marchó.

—Ahora lo recuerdo, aunque vagamente. Nuestros caminos se han vuelto a encontrar.

—Y esta vez no la voy a dejar marchar. Me he enamorado de usted y me haría el hombre más feliz del mundo si me permitiera cortejarla; si lo consiente, me gustaría escribirle cartas con mi más puro amor.

—Me haría muy feliz leer sus cartas, pero hay un grave problema que lo impide: no puedo tener pretendientes, todos se mueren. Me llaman «Lady Muerte».

—No me extraña que se mueran suspirando por usted...

—No es eso —precisó Sofia—. Desde hace unos meses hay alguien que manda matar a todo aquel que me corteje. Ya han muerto dos buenos amigos y, hasta que no descubran quién es el culpable, ningún hombre debe de acercarse a mí por precaución.

—«El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos por donde ni los lobos se atreven a seguir a su presa». Lord Byron.

—¿No le asusta que si me corteja pueda ser la próxima víctima de algún

desalmado?

—Mi amor por usted es tan fuerte que a veces pienso que es de otro mundo y, si tuviera que morir por besarla y amarla, lo haría habiendo sido feliz.

Sofía sintió un escalofrío que recorría todo su cuerpo. Necesitaba besarla con urgencia, sentir su mirada ya no era suficiente. Observó a su alrededor y visualizó una zona arbolada. Sin pensarlo dos veces, le cogió la mano y lo condujo hasta allí. Impulsivamente, lo situó contra un árbol y le besó, primero lentamente, luego con ardor.

—Me vuelve loco su espontaneidad. El mundo ya no tiene significado sin su presencia, Sofía. ¡Sofía, Sofía, Sofía! —comenzó a gritar Daniel a los cuatro vientos.

—¡Cállese! ¡Nos van a ver! —exclamó Sofía, tapándole con cariño la boca—. ¿Qué vamos a hacer? No me dejan que vea ni me escriba ningún hombre, además, en unos días me iré a la casa de campo con mis padres.

—Hallaré la manera; no sabe lo imaginativo que soy.

En ese momento escucharon la voz desesperada de Simone buscando a su amiga por el lugar.

—¡Sofía! ¿Dónde estás?

—Sofía, mañana justo al anochecer salga sin ser vista de su casa. Enviaré a una persona de confianza para que le entregue una carta; así nos comunicaremos hasta que dé con una forma más directa para que siga aflorando nuestro amor.

—Así lo haré —dijo Sofía besándolo y, a continuación, saliendo al encuentro de su amiga—. ¡Aquí estoy, Simone!

—¡Sofía, no me olvide! —gritó Daniel.

—En mis sueños le veré —contestó alejándose.

Al llegar a casa Sofía escuchó a Elsie y a su madre discutiendo. Al momento, Elsie subió deprisa las escaleras en dirección a su cuarto como siempre hacía cuando se sentía mal.

—¿Qué le sucede a Elsie, madre? —le preguntó acercándose a su lado.

—Le he comunicado que el jueves nos marcharemos a Black House y no se quiere ir.

—¿Pasado mañana? Es muy precipitado. No me va a dar tiempo de organizar el equipaje ni de avisar a... mi amiga Simone de mi marcha.

—Por tu expresión, noto que tampoco te quieres ir. Antes estabais deseando estar en Black House; estáis creciendo muy deprisa y vuestros intereses están cambiando. Esta noche hablaré con vuestro padre y él será el que decida la fecha en que partamos.

Esa noche Sofía volvió a soñar con Daniel. Se encontraba en una ciudad extraña, parecía del futuro. Vestía un atípico traje chaqueta de color gris. Daniel estaba frente a ella, se miraban fijamente sin poder apartarse el uno del otro. De repente, sobre sus cabezas apareció un inusual arcoíris. Todo era mágico... Un grito de júbilo la despertó de su curioso sueño: era Elsie y parecía muy contenta.

—¡Gracias, madre! El domingo iré encantada a Black House —escuchó decir a su hermana.

Sofía comprendió que sus padres habían aplazado el viaje al domingo y ello la tranquilizó: así tendría más tiempo para estar en contacto con Daniel. Durante todo el día se mantuvo inquieta, no paraba de hacer cosas nerviosa por la posibilidad de recibir noticias de él. Al anochecer, con sigilo abrió la puerta de su casa y salió. Un hombre se encontraba parado frente a su residencia. En cuanto la vio salir se le acercó y le entregó una rosa roja y una carta. Después, se marchó. Impaciente por leer la carta subió a su habitación. De un salto se tumbó sobre la cama y abrió el sobre. En su interior había pétalos de rosas y una carta:

*Mi amada Sofía:*

*Desde que la conocí no ha dejado de llover; cae magia que se difumina por el ambiente. Toda ella la rodea y no acierto a entender si solamente cae o a es la fuente de su creación. Desde entonces, vivo en el fondo de los hermosos ojos verdes que amo. ¿Soy yo? ¿Es posible tan profundo amor? Mi pulso ya solo nace en su pecho. Por momentos siento el abismo que nos separa, es la luz del tiempo que me alumbra. Créame, no temo a la muerte. ¿Hay honor más alto que entregar la vida por amor?*

*Desearía me llegara la muerte si su corazón no lograra alcanzar.*

*Quédese para siempre mi espíritu que en esta carta entrego; ya no hay tiempo si no nace en vos, ya no hay vida si no respira en vos. Ya vivía en mí antes de nacer, Sofía. Soy capaz de quebrar los caminos, de tirar las murallas, de cruzar puentes con defensas, de batir las mareas del mar.*

*Inmenso en mí por su amor, me despido con cinco pétalos que brotan sangre, esperanza. Sangre que es ya siempre bálsamo para su corazón. Cinco pétalos, cinco días desde que nuestros corazones se encontraron.*

*Suyo siempre,*

*Rosas al anochecer*

Después de leer cinco veces seguidas la carta, entre lágrimas de felicidad, tomó un papel dispuesta a describir el sentimiento tan profundo que ese hombre le causaba. Sus palabras no eran para él, sino para ella: quería plasmar cada una de las sensaciones que estaba percibiendo para nunca olvidarse de ellas.

*Amo con intensidad todo su ser: su rostro, su voz, sus palabras llenan de júbilo mi existencia. Bailaría todo el día bajo la lluvia clamando a los cuatro vientos que le amo, mas, temiendo por su vida, ocultaré mi dicha ante los demás. Me basta con que mi corazón sea testigo de tan dulce y apasionado sentimiento. Le adoro tanto que si por amarme encontrara la muerte, no resistiría el gran dolor de vivir en un mundo en el que no estuviera. Soy suya para siempre, nadie podrá hacerme sentir jamás un sentimiento tan mágico, nadie ocupará nunca su lugar. Soy suya, mi amado Daniel.*

Sofia y Elsie ocuparon todo su tiempo del día del jueves en elegir la mayor parte del vestuario que se iban a llevar a Black House. Al anochecer, después de asegurarse de que nadie la veía, Sofia salió a la puerta de su casa con la esperanza de que le entregaran otra carta de Daniel. Sin embargo, nadie apareció. Cuando se disponía a entrar observó a un hombre oculto tras un árbol frente a la residencia. Creyendo que se trataba del mensajero lo saludó con la mano. El hombre, cubriéndose con su larga capa, a paso rápido se marchó. Decepcionada, se dirigió al salón y, sin apetito, cenó y después se acostó. En sus sueños apareció el hombre de la capa larga: perseguía a Daniel y, convirtiéndose en una tenebrosa sombra, lo alcanzó y desapareció. Al amanecer se despertó algo angustiada y no se le pasó el malestar hasta que al mediodía recibió la visita de Simone: estaba entusiasmada porque había recibido una carta de Harry en la que le pedía que tuviera paciencia con él, pues dado a que aún se encontraba dolido por la herida, no era el momento oportuno de expresarle su tierna amistad hacia ella. El rostro de Simone denotaba felicidad; Harry le había mostrado un pequeño hilo de interés y ella se lo había tomado como una gran madeja. Por la tarde, Sofia observó salir a Elsie a toda prisa de casa vestida muy elegante, lo que no era habitual para quedar con unas amigas, tal como había manifestado. Con curiosidad, miró por la ventana y contempló que de un carruaje salió un hombre y la invitó a entrar. Cuando el hombre giró su cabeza hacia su dirección, lo reconoció: era Harry, el posible pretendiente de su amiga Simone. De la impresión sufrió un pequeño mareo. Una de las sirvientas, al contemplar su estado, la ayudó a sentarse y enseguida le sirvió un refresco de limón. Cuando recobró fuerzas subió a su habitación. Estaba confusa, no sabía si contarle a Simone lo que había visto o esperar a recabar más información de la relación que había entre Elsie y Harry; tal vez solo fueran buenos amigos. Haciendo un esfuerzo, se olvidó del asunto y le escribió unas letras a Daniel explicándole que el domingo partiría a Black House, lo que obstaculizaría aún más su deseado

encuentro. Al anochecer, con discreción salió de su casa y, esta vez un hombre la estaba esperando con una rosa y una carta. Después de entregarle la nota que había escrito para Daniel, entró en su residencia y se dirigió a su dormitorio. Exultada, abrió el sobre y comprobó que contenía siete pétalos, el mismo número de días que habían transcurrido desde la fiesta. Casi sin respiración abrió carta:

*Mi amada Sofía:*

*Han transcurrido siete días desde que tuve la dicha de conocerla y ya jamás nada será igual. Me considero un hombre feliz, pleno. Tengo tantos deseos de saber de vos que hasta estoy perdiendo el juicio. Gritarle quiero al mundo que es la criatura más hermosa que en mi vida he conocido; si el aire llega a mis pulmones es porque no dejan de buscar su aliento. Se rompen mis sentidos en su pensamiento, mi alma va dejando huellas que marcan un camino lleno de esperanza: raíces del árbol del amor, surcos de la pasión eterna. Siendo un hombre de honor, con él le guardo mi amor poniendo al cielo por testigo.*

*Siempre suyo,*

*Rosas al anochecer*

La sensibilidad que le provocaban sus palabras se manifestaban a través de lágrimas de amor que salían al exterior desde su corazón. Deseaba con impaciencia volver a abrazarlo, sentir su cuerpo, sus labios, escuchar los latidos de su corazón; necesitaba verlo ya. Esa noche soñó con él. Caminaban por una hermosa pradera cogidos de la mano, él la guiaba sin miedo hacia el fin del mundo.

La mañana del sábado resultó más agitada de lo habitual. Los baúles comenzaban a llenarse de ropas y enseres y, aún así, todavía faltaban muchas cosas por guardar. Por la tarde Elsie volvió a salir muy arreglada. Su semblante denotaba felicidad. Su madre, dichosa por ver a su hija tan alegre, al igual que Sofía, se asomó a la ventana para verla marchar. Ambas contemplaron cómo un caballero la invitaba a pasar a su carruaje.

—Sofía, ¿sabes quién es el acompañante de tu hermana? —le preguntó su madre con curiosidad.

—No, madre —mintió, sabiendo que se trataba de Harry, el hijo del

conde Lock—. Elsie nunca me habla de sus pretendientes.

—Es raro... No ha recibido ninguna carta últimamente y, sin embargo, un hombre la ha venido a recoger. Aunque se enfade, tendré que hablar con ella: no puede quedar con ningún hombre sin mi permiso.

—Como usted vea conveniente, madre.

Sofía había quedado en pasar por la residencia de Simone para despedirse de ella y no tenía claro si contarle lo que sabía: ella era su mejor amiga, en la que confiaba, sin embargo, Elsie, aunque era su hermana, era tan hermética que resultaba casi imposible mantener una conversación trascendente con ella. Aun así, por no hacerle daño a Simone, decidió no explicarle que su hermana se veía con Harry hasta que su madre se informara de lo que en realidad ocurría entre los dos. Al anochecer, Sofía con ilusión recibió una rosa y una carta de Daniel. El hombre que se la entregó le expresó que el remitente esperaba respuesta y que la esperaría hasta que se la entregara. Rápidamente, subió a su habitación y leyó la nota; esta vez solo le pedía que le facilitara la dirección de Black House y un lugar donde, al anochecer, dejarle alguna carta. Quizá solo pudiera llevar una a la semana, pero haría lo posible por hacerlo con frecuencia, para lo cual contrataría los servicios de un mensajero. Al final de la nota mencionaba la frase de Lord Byron que un día le recitó:

—«El amor halla sus caminos, aunque sea a través de senderos por donde ni los lobos se atreven a seguir a su presa».

Con rapidez discurrió que el lugar donde podría dejar sus cartas sería en la casa de invitados que ya estaban terminando de construir, en la entrada principal, bajo una piedra que cuidadosamente marcaría con el dibujo de una rosa. Tras escribirle la nota, se la entregó al señor que pacientemente la aguardaba. Después de cenar, cuando se disponía a acostarse, escuchó llegar a Elsie. Su madre, que también la oyó, le pidió que se reuniera con ella en la sala donde se encontraba. Sofía, con curiosidad, se quedó escuchando tras la puerta.

—Elsie, esta tarde he visto que un caballero te recogió en su carruaje. ¿Quién es? ¿Algún nuevo pretendiente?

—Solo es un buen amigo que me invitó a pasear.

—Sabes que necesitas mi aprobación, además, no creo que sea solo un amigo; te conozco bien y por la expresión de tu rostro sé que estás ilusionada con él.

—Ay, madre... No le puedo ocultar nada. Es el hijo del conde Lock; lo conocí en el baile de disfraces y quedamos en vernos para pasear.

—Debe de pedir nuestro consentimiento para cortejarte formalmente.

—Le pedí que, si me pretendía, me tendría que escribir y visitar a mi familia; pero, como lo intentaron matar y se haya malherido, me ha pedido tiempo para demostrarme su tierna amistad. Por ahora no quiere comenzar una relación formal, pero, como bien ha notado, estoy muy ilusionada y dispuesta a lograr mis propósitos: es el hombre perfecto para mí. Madre, espero que cuando regresemos de Black House esté tan impaciente por verme que se comprometa conmigo.

—Me alegro de que estés tan ilusionada. Sin embargo, él por ahora no tiene intenciones serias, te pido que vayas con cuidado. Deberás de tener mi aprobación antes de quedar con él.

—Lograré que se comprometa conmigo, se lo aseguro.

Sofía tras escuchar la conversación mantenida se retiró a su dormitorio. Estaba intranquila; Harry le había dicho a Elsie lo mismo que a Simone y no la podría avisar, ya que a primera hora de la mañana partiría a Black House.

Sir Paul Layon había agregado un nuevo miembro al equipo de hombres que estaban ayudando a su hijo Mark con la invención. Se trataba de un joven inventor con ideas muy excéntricas: parecía un visionario del futuro y ello le llamó tanto la atención que le rogó que se uniera al grupo. Pascual, entusiasmado por el descubrimiento, les comunicó que a menudo tenía extraños sueños de un lugar que debía de pertenecer al futuro, y pondría todos sus conocimientos y tiempo disponible para finalizar tal creación; poder ver el futuro y viajar en el tiempo era su mayor aspiración. Aunque Pascual pertenecía a la clase alta, no disponía de los recursos suficientes para investigar por su cuenta y el hecho de que le ofrecieran pertenecer a tan selecto grupo era todo un honor. Al igual que Daniel, contaba con dieciséis años de edad y era un joven muy creativo y enérgico, aunque algo despistado.

Sir Paul Layon, junto al doctor Ralph Brown, Mark, Daniel, John, Tomas y Pascual, se reunían todas las tardes consiguiendo grandes progresos. Si seguían el ritmo de trabajo que llevaban hasta el momento, dentro de poco podrían viajar en el tiempo. Daniel, aunque estaba muy involucrado, no dejaba de pensar en Sofía. Deseaba hacerle llegar una carta y tendría que encontrar la manera de enviársela dentro de su primera semana de estancia en Black House.



Lady Black se encontraba más relajada desde que llegó a Black House. Le templaba el sentirse lejos del tumulto de la ciudad, de los peligros que acechaban a Sofía y del nuevo objetivo de Elsie, un hombre al que consideraba informal. Con la intención de organizar la mansión y terminar los últimos retoques de la casa de invitados, contrató los servicios de Alan durante toda la temporada. Los primeros días ella y sus hijas los dedicaron a

adecuar sus estancias con la ayuda de sus sirvientas. Por las mañanas, Sofía y Elsie montaban a caballo por las inmediaciones de la mansión. Elsie estaba radiante, se mostraba alegre y servicial, hasta era mejor persona desde que conoció a Harry. Lady Black, cuando nadie la veía, observaba trabajar a Alan en el jardín desde la ventana de un pequeño salón con las paredes enchapadas de madera. Le gustaba contemplar su cuerpo joven y robusto, pero sobre todo le estimulaba la sonrisa que él le ofrecía cuando sabía que lo observaba. La hacía sentirse más joven, sensual, deseada... Para ella el coqueteo que le dedicaba Alan se trataba solo de un juego: su juego favorito. Durante la primera semana se respiró un ambiente tranquilo, alegre, sereno: la paz reinaba en Black House. La casa de invitados estaba totalmente amueblada a falta de las cortinas. Sofía, al anochecer, se acercaba para comprobar si Daniel le había dejado alguna carta bajo una piedra redonda sobre la que había dibujado una pequeña rosa roja; sabía que era difícil llegar hasta allí, pero no perdía la esperanza de recibirla algún día.

El sábado por la noche, Sofía tuvo un sueño que consideró premonitorio. Se encontraba en su dormitorio, llevaba puesto un camisón de seda blanco y sus cabellos sueltos cubrían sus senos. Estaba excitada; lo esperaba a él. La puerta se abrió lentamente, ante sus ojos apareció Daniel. Sin mediar palabra se acercó y la besó apasionadamente. Poco a poco la fue desnudando. Arrebatada por la pasión, perdió la moderación y la calma; todo fluyó con gran amor. Cuando se despertó de su placentero sueño supo que pronto tendría noticias suyas.

Y así fue. El domingo, al anochecer, contempló que debajo de la piedra sobresalía una rosa. Apresuradamente, apartó la piedra y tomó la carta. Entrando en la casa de invitados, abrió el sobre que contenía pétalos y una carta. Encendió un candelabro y bajo su tenue luz, la leyó:

*Amada mía, duele el amor, hieren los sueños cuando deseo que sean verdaderos como el que le muestro en esta carta llena de pasión:*

*El misterio de la noche me guía hacia nuestro encuentro. Por fin llego a Black House y me estremezco. Con sigilo abro la puerta de la mansión y una tenue luz me conduce hasta su alcoba. Mi corazón palpita deprisa; siento que me está esperando y sé que me siente llegar. Contemplo la luz de una vela que abraza la escena: candelabros de la pasión. Me encuentro con*

*vos. Su mirada me abrasa y todo me impulsa a besarla; fuego del amor. Su cabello acaricia sus senos: no puedo parar, Sofía. Siento sus manos sobre mi piel, nuestros cuerpos se desnudan poco a poco; sus ojos otra vez, su cuello, su pelo... Tomo sus desnudos senos; gime el gozo desesperado y los pulsos se aceleran. Más, más, Sofía. Se abre el placer pidiendo que lo cubra con amor y todo vuelve a cambiar. ¿Es posible? Feliz en vos se derrama toda mi fe sobre usted. Siento otra vez el pulso del clamor desbordado y deseo morir en comunión. Vuelo, vuela, y no dejo de volar. ¡Soy tan dichoso! Intento que mi abrazo se haga eterno y se duerma complacida en mi regazo.*

*Y en sus brazos plácidamente me dormí y al despertar comprendí que había sido un hermoso sueño premonitorio de lo que habrá de ocurrir.*

### *Rosas al anochecer*

Sus ánimos se exaltaron al leer sus palabras. Habían tenido el mismo sueño, aunque él lo describía como lo había sentido. Sus palabras le despertaban sus apetitos más íntimos, era sensual y presentía que debía de ser un hombre muy fogoso. Necesitaba estar con él; deseaba estar junto a él lo antes posible. Llena de júbilo se dirigió a la mansión. Al entrar escuchó a Elsie suplicándole a su madre que la dejara ir con su padre a la ciudad para comprar las cortinas que faltaban en la casa de invitados.

—Elsie, sabes que tu padre se va los lunes a la ciudad y no vuelve hasta el sábado; demasiado tiempo para que estés sola en casa. Tu padre estará todo el día trabajando.

—Solo me ocupará un día, a lo máximo dos. Después el cochero me traerá de vuelta.

—Madre —interrumpió Sofía—. Yo también podría ir y la ayudaría a elegir las cortinas.

—Parece que las dos queréis ir a Londres. Lo hablaré con vuestro padre y, si le parece correcto, mañana lunes os marcharéis con él.

A primera hora de la mañana las dos hermanas estaban preparadas para viajar a la ciudad. Llegarían a Londres al atardecer y el miércoles por la mañana regresarían a Black House. Lady Black se quedó sola, aunque estaba acostumbrada a tener a sus hijas cerca, a veces agradecía tener tiempo para

ella. Vistiendo un sencillo traje largo entallado de color violeta se acercó al jardín y comenzó a cortar algunas flores con la intención de colocarlas en diversos jarrones en la casa de invitados. Sin esperarlo, Alan llegó. Trabajaba en la mansión desde el lunes hasta el viernes, pero, por el largo recorrido que había desde la ciudad no solía llegar el lunes antes del mediodía.

—Buenos días, Alan. Ha llegado hoy más temprano de lo habitual.

—Buenos días, lady Black —la saludó mirándola de arriba abajo—. He venido con un compañero que trabaja cerca de aquí y entra antes que yo. ¿Necesita que le ayude con las flores?

—Gracias, Alan, lo haré yo misma. Las estoy eligiendo para llevarlas a la casa de invitados.

Alan, ofreciéndole una de sus seductoras sonrisas, se encaminó hacia la mansión. A media mañana, lady Black, nada más terminar de seleccionar las hermosas flores, las llevó a la casa de invitados. Envuelta por su fragancia comenzó a poner las primeras en un bonito jarrón. Sin esperarlo, Alan entró.

—Disculpe, no sabía que se encontraba usted aquí —le explicó Alan.

—No importa, en cuanto termine de colocar las flores me marcharé y podrá trabajar sin mi presencia.

—Su presencia es lo más hermoso que hay en esta casa —se atrevió a decirle Alan acercándose hasta ella—. Con suavidad, comenzó a soltarle su cabello recogido hasta que dejó su frondosa melena negra completamente suelta. — Es usted más bella que sus hijas.

Lady Black sintió que todo su cuerpo se estremecía. Cerrando los ojos deseó que él la besara, pero, al segundo, recobrando la sensatez, dejando las flores sobre una mesa se dirigió a la puerta. Por un instante pensó en reprocharle su actitud, sin embargo, decidió marcharse sin decirle nada.

—Más tarde vendré a colocar bien las flores —le dijo cerrando la puerta tras su paso.

Con paso acelerado entró en la mansión algo alterada, pero a la vez contenta. Durante el almuerzo no paraba de pensar en Alan, en su penetrante mirada azul, en su musculoso cuerpo, en la forma en que sus manos tocaron con suavidad su cabello... Estaba inquieta, necesitaba apartarlo de su mente y

decidió ir a montar a caballo y desfogar la tempestad que llevaba dentro. Bien entrada la tarde regresó a la mansión. Después de tomar un té, se dirigió a la casa de invitados con la intención de colocar las flores antes de que se marchitaran. Eligiendo tres jarrones, los situó en los tres dormitorios que contaba la casa: uno con las paredes blancas, decorado al gusto de Elsie, otro de color rosa pálido, color elegido por su romántica hija Sofia, y el último jarrón lo colocó en el más sobrio de los tres, de paredes rojizas con pequeñas cenefas doradas, decorado a su gusto. El sonido de unas pisadas la alertó.

—¿Quién anda en la casa? —preguntó algo asustada.

El sonido de los pasos se silenció al llegar a la habitación.

—Perdone, lady Black, no pretendía asustarla. Ví la puerta abierta de la casa y entré por si se trataba de algún intruso —le explicó Alan acercándose a su lado.

—Alan, eres tú...—expresó lady Black manteniendo su mirada.

Ambos se quedaron por un instante en silencio; el único ruido que se escuchaba era el de sus agitadas respiraciones. Alan aproximó su cuerpo al de ella y comenzó a acariciar su pelo, después sus labios, su cuello, sus senos. Sin poder disimularlo, ella emitió un casi insonoro gemido que Alan con placer escuchó y le dio la seguridad que necesitaba para continuar. A la vez que la besaba con deseo la iba desnudando. Ambos estaban ardientes, impacientes. Lady Black, perdió la razón y se dejó llevar por la pasión salvaje e incontrolable que le manifestaba Alan. Retozaron sin pudor hasta las nueve de la noche, hora en la que lady Black, después de recomponerse, entró en la mansión temerosa de que sus sirvientes estuvieran preocupados por no saber dónde se encontraba. Sin embargo, todos actuaron con normalidad, estaban tan sumidos en sus tareas que lo único que echaban en falta era que les ordenara que le sirvieran la cena. Después de cenar se retiró a su aposento. Cuando se acostó aún olía a él. Su cuerpo se estremeció al recordar el momento vivido junto a Alan. Aunque quería a su marido nunca había sentido ese deseo lascivo por él como le había ocurrido con Alan. De repente pasó de la euforia al miedo: le había sido infiel a su marido. El adulterio estaba prohibido y la podrían castigar con varios meses de cárcel; si alguien se enteraba, podría ser su perdición y la de su familia, además, ¿qué ejemplo le estaba dando a sus hijas? Ella siempre había sido una mujer recatada, con una gran moral y era lo

que siempre había querido transmitirles a sus hijas. Aunque ardía bajo el fuego de una gran pasión, nunca más volvería a yacer con Alan.

Al atardecer lord Black llegó con sus dos hijas a su residencia de Londres. Sofía le suplicó que le permitiera ir a visitar a su amiga Simone. Elsie aprovechó la ocasión y expresó que si su hermana podía salir un rato ella también. El barón, dada la insistencia de sus adoradas hijas, organizó que el cochero llevaría primero a Sofía y a su regreso podría salir Elsie; ambas no podían tardar más de treinta minutos en regresar.

Cuando Simone vio a Sofía, con cariño la abrazó y la llevó hasta una sala donde podían conversar sin que nadie las oyera.

—Sofía, llevo tres días seguidos saliendo a pasear con Harry. Te iba a escribir para contarte tan grata noticia, pero como sé que tu madre lee todas tus cartas no me he atrevido. ¡Estoy feliz!

—Simone, ¿te pretende Harry? ¿Te escribe cartas?

—Por ahora no. Me ha dicho que primero quiere que seamos amigos, pero yo sé que está enamorado de mí. ¡Ay! ¡Qué bonito es sentirse amada!

—Yo de ti, hasta que no me lo propusiera en serio, no me haría muchas ilusiones. Simone, me han contado que también ve a otras mujeres —le comunicó Sofía sin querer decir que se trataba de su hermana.

—Eso son habladurías, además, ¿para qué quiere ir con otras si me tiene a mí? No me hagas caso, amiga, me considero una joven más, pero noto en él un entusiasmo que crece cada día. Dime, ¿has tenido noticias de Daniel?

—No sabe que me encuentro en la ciudad y quería pedirte un favor.

—Si está en mis manos, cuenta con ello.

—Necesito escribirle una nota para comunicarle que estoy en Londres y citarlo mañana a las diez de la mañana en la biblioteca. Para ello la carta se la tendrían que entregar hoy mismo; no tengo mucho tiempo, pues el miércoles regresamos a Black House.

—No te preocupes. Escribe la nota y yo me ocuparé de que hoy mismo llegue a sus manos.

Simone le ofreció un papel y Sofia escribió sobre él unas notas.

—Debo de irme ya. Mi padre solo me ha concedido unos minutos para que te visite. Simone, por favor, hazme caso y no te enamores locamente de Harry hasta que vaya en serio. Me han dicho que no es un hombre formal con las mujeres y estoy preocupada por ti.

—Está bien, iré con cuidado. Tenemos que idear la forma de comunicarnos mientras no estés en la ciudad. Podría escribirte con un lenguaje secreto que solo tú comprenderás. ¿Lo intentamos?

—Me encanta tu creatividad, estoy deseando leer una de tus imaginativas cartas.

Sofia se despidió de Simone y se montó en el carruaje que la llevó hasta su residencia. Durante el trayecto pensó en que, aunque Simone y ella tenían la misma edad, su actitud era más infantil. Era como una niña que iba creciendo sin comprender ni temer los peligros que rodeaban sus ingenuos pasos. Estaba preocupada por su amor ciego por Harry: tenía que hallar la forma de protegerla de él. Una vez en su casa, observó que Elsie estaba perfectamente vestida, preparada para su inmediata salida.

—Elsie, recuerda que solo dispones de media hora —le advirtió Sofia viéndola marchar.

A las diez en punto de la mañana entró Sofia en la biblioteca y miró para todos lados deseosa de ver a Daniel. Al no visualizarlo, tomó un libro y se sentó.

—Buenos días, hermosa dama —la saludó Daniel al verla.

—¡Daniel —exclamó involuntariamente, siendo motivo de reproches por los que se encontraban leyendo en el lugar—. No sabía si podría venir y aguardaba con impaciencia que viniera.

—Mi amor —dijo Daniel en tono bajo—. No sabe lo feliz que me hizo el recibir su nota. A todas horas pienso en vos, incluso está en mis sueños.

—Su sentimiento es correspondido. Dispongo de poco tiempo; en un

rato he quedado con Elsie para realizar unas compras y el miércoles a primera hora regreso a Black House.

—¿Recibió mi carta? No sabe las ganas que tengo de que mi sueño se haga realidad. Pero la respetaré hasta que nos casemos.

—¿Sabe? Soñé lo mismo que usted, aunque por la descripción que me hizo, fue más íntimo que el mío; incluso me ruboricé al leerlo.

—Tenemos que vernos. Esta tarde a las siete hay una reunión de El Club de los Grandes Genios a la que también acudirá su padre: es la ocasión perfecta para encontrarnos. Fingiré que no puedo asistir porque estoy enfermo y nos encontraremos en mi casa: usted y yo solos.

—De acuerdo, contaré las horas que faltan para estar con vos. Ahora debo de marchar.

Sofía se reunió con Elsie y entre las dos eligieron unas preciosas cortinas para las distintas estancias de la casa de invitados. A las siete de la tarde, hora en la que lord Black se marchó, Sofía se dirigió a casa de Daniel. Nada más llamar a su puerta, le abrió ilusionado.

—Sofía, mi dulce amor, ha venido... —le dijo invitándola a pasar.

Una vez dentro, la tomó por la cintura, la abrazó y después la besó. Guió sus pasos sin dejar de besarla y la llevó hasta un sofá. Sin poder controlar sus impulsos comenzó a besarle el cuello a la vez que comenzaba a desabrochar su complicado vestido. El corazón de Sofía latía cada vez más rápido con cada una de sus caricias; estaba exaltada, deseando que Daniel continuara, pero su sentido de la moral lo impidió.

—Pare, Daniel: va muy rápido. Sabe que estoy enamorada de usted, pero debo de guardar mi honra hasta que estemos casados.

—Lo sé, mi amor. Solo pretendo sentir su piel: con ese traje que viste tan complicado me resulta imposible palpar su suave tacto. Dígame, Sofía, ¿se casaría conmigo? Yo lo haría ahora mismo. Mi intención es pedirles permiso a sus padres cuanto antes para cortejarla, si le parece bien.

—Debemos de esperar; sabe que no permiten que ningún hombre me pretenda hasta que averigüen quién es «El Asesino del Amor».

—«El Asesino del Amor»... Qué nombre más curioso. No quiero, ni voy

a permitir que nadie mate nuestro amor. Esperaré lo que haga falta —expresó volviéndola a besar.

Pasados unos minutos alguien llamó a la puerta. Daniel, apartándose de los brazos de su amada, abrió. Para su sorpresa era su buen amigo Mark.

—Mark, ¿qué te trae por mi casa? ¿No debías de estar en la reunión?

—Amigo, precisamente vengo de allí y, aunque te encuentres mal, necesitamos de tu presencia.

—¿Ha ocurrido algo grave?

—Cuando nos disponíamos a cerrar uno de los asuntos importantes en el que todos estábamos de acuerdo, mi padre comprobó que habías dejado una nota junto a los documentos en la que te oponías a seguir con el asunto.

—No recuerdo haber dejado ninguna nota. ¿De qué asunto se trata?

—Del consentimiento para enviar a Pascual unos días a Italia con la finalidad de recabar unos datos que faltan para probar la invención.

—Siempre he estado de acuerdo con ese asunto. Es extraño, yo no he dejado ninguna nota al respecto. Mark, dame media hora y me reuniré con vosotros.

—Gracias, Daniel —le dijo despidiéndose de él.

Después de cerrar la puerta se dirigió hacia el sofá donde se encontraba Sofía y la volvió a besar.

—Tengo que marchar: ha surgido un problema que debo solucionar cuanto antes. La acompañaré a su casa en mi carruaje. Sofía, no puedo estar mucho tiempo separado de usted. Permítame que vaya a visitarla a Black House, aunque sea por la noche, cuando nadie nos vea. ¿Cree que será posible?

—Es muy complicado; nadie puede saber de nuestro amor y, si va, temo que nos descubran.

—Puedo ir una noche, cuando todos duerman y, silenciosamente, subiré hasta su cuarto, como en mi sueño. Elija un día y acudiré.

—Tendría que ser un día que mi padre no se encuentre en casa; él está en la ciudad de lunes a sábado.

—Pues será el próximo lunes. Tendrá que dejar la puerta entreabierta cuando todos estén ya soñando.

—Me cambiaré de habitación. En la tercera planta no duerme nadie y al fondo hay una estancia que la adecuaré para mí, ya se me ocurrirá algún pretexto.

—La adoro. Lo prepararé todo para poder estar el lunes junto a usted. Ahora debemos de marcharnos.

Daniel la llevó en su carruaje hasta la puerta de su casa. Sofía, después de asegurarse de que no la veía nadie, con paso ligero entró en su casa. Estaba feliz, deseosa de ver de nuevo a su amor. Tomando una de sus novelas románticas comenzó a leer, pero ya no les resultaban tan apasionantes como antes: su historia de amor era más romántica que ninguna que hubiera leído ni leería jamás. Después de cenar se acostó y se durmió hasta que el ruido de unas apresuradas pisadas que subían por las escaleras la despertó. Al momento, la puerta del dormitorio de Elsie se abrió y se cerró. Por la manera de subir las escaleras, su hermana debía de estar enfadada. Cerró los ojos y se volvió a dormir hasta que escuchó a alguien abrir la puerta de su habitación: era su padre comprobando que se encontraba en casa.

A primera hora de la mañana, Sofía y Elsie estaban preparadas para abandonar la ciudad: les esperaba un largo viaje hasta Black House.

Lady Black se sentía rebosante de energía. Hacía más de diez años que no tateaba por su casa sin importarle quién la escuchara. Su melena bailaba sobre su cuerpo a cada paso que daba: había decidido dejar su pelo suelto, ello le hacía sentir más joven. Aunque anhelaba ver a Alan, evitaba coincidir con él, de esa manera le resultaría más fácil controlar su desbordante deseo; su cuerpo estaba receptivo, pero había logrado que su mente mandara sobre él. Por primera vez comprendía el sentido del amor y del romanticismo que tenía su hija Sofía, del cual se había impregnado a través de los libros que desde pequeña leía sin parar. Con curiosidad, buscó entre los libros de su hija alguna novela romántica decantándose por *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen. Sentándose en el salón se sumergió en su lectura hasta que al atardecer llegaron sus hijas. Las dos estaban exhaustas del largo viaje y, después de tomar algo de comer, se acostaron.

Como todas las mañanas, Sofía y Elsie fueron a dar un paseo a caballo. Elsie iba tan rápido que en cuestión de minutos Sofía la perdió de vista. Parecía que estuviera furiosa por algo que quería alejar de su mente a gran velocidad. Conocía bien a su hermana y sabía que no habría conseguido algo que pretendiera con creces: seguramente se trataría de Harry. Lady Black también notó el cambio de actitud de su hija, su rostro ya no denotaba felicidad, estaba tensa y de mal humor; cuando viera el momento hablaría con ella. A través de la ventana observó a Alan en el jardín, se encontraba de espaldas a ella y, sin temor a que la viera, se deleitó contemplando su corpulento cuerpo. Dejando en el suelo las herramientas de trabajo, Alan se desabrochó la camisa dejando al descubierto su torso moreno. De repente, giró su cabeza, la miró y le sonrió. Lady Black, rápidamente, corrió las cortinas y, sofocada, se sentó en un sillón. Cada vez que lo veía su cuerpo ardía. Llamando a una de las criadas le pidió un refresco de limón y un abanico. En ese momento Elsie entró en el salón.

—Madre, ¿le ocurre algo? Parece algo indispuesta.

—Estoy bien, hija, debe de ser el calor.

—Lleva el pelo suelto y ello la acalora más. Hacía tiempo que no se lo soltaba, ¿a qué se debe ese cambio? Cuando la vea padre se va a enfadar: él siempre quiere que usted esté perfecta.

—El sábado, cuando llegue vuestro padre, me lo volveré a recoger; es solo un capricho. Elsie, te noto algo disgustada. ¿Viste en Londres al hombre del que te has encaprichado?

—Harry, se llama Harry y, sí, lo vi. Le pedí que formalizara nuestra amistad, a lo que se opuso por el momento. Me explicó que necesitaba más tiempo para aclarar sus intenciones hacia mí. Ello me sentó tan mal que me fui de su lado muy enfadada: ahora, si me quiere ver, lo tendrá que suplicar.

—Hija, creo que ese hombre no es formal y no se quiere comprometer con nadie. Sopesa si te merece la pena, hay hombres de honor que, aunque no tengan títulos, están locos por ti.

—Ya he elegido al hombre con el que me voy a casar: conseguiré que, tarde o temprano, Harry me pida en matrimonio.

Lady Black sintió pena por su hija; estaba tan obcecada que no quería ver la realidad. En ese instante entró Sofía y, al contemplar en la mesa uno de sus libros preferidos, enseguida se interesó.

—¿Cuál de las dos está leyendo el libro *Sentido y sensibilidad*?

—Lo estoy leyendo yo, hija. Cuando marchasteis a Londres me sentí sola y decidí que era un buen momento para la lectura. Espero que no te importe que te lo haya cogido prestado.

—Para nada, madre, al contrario, me hace mucha ilusión que podamos compartir la lectura.

La semana transcurrió con normalidad. Lady Black se enfrascó tanto en la lectura que solo la dejaba para observar de vez en cuando a Alan por la ventana. Elsie y Sofía se entretuvieron montando a caballo y seleccionando las cortinas para cada estancia de la casa de invitados, hasta que el sábado llegó lord Black con un invitado.

—¡Francis Dickens! —gritó Sofía al verlo, corriendo hasta su lado—.

¡Qué alegría! Cuénteme, ¿qué motivo le trae a Black House?

—Hace dos días que regresé de viaje y, ayer, por casualidad, coincidí con su padre. Le expresé mis deseos de venir a visitarla y se ofreció para que hoy viniera con él.

—Es usted muy generoso, padre —le dijo dándole un abrazo.

Elsie y lady Black salieron de la mansión a recibirlos. Después de realizar los pertinentes saludos se dirigieron a una de las salas para conversar. Francis les explicó que había estado en Francia e Italia con su padre recabando datos para un libro de viajes en el que iba a colaborar. Estaría en Londres todo un mes y, después, partiría a Estados Unidos donde su padre tenía previsto realizar varios seminarios sobre la propiedad intelectual. Durante todo el fin de semana lady Black estuvo pendiente de los jóvenes: Sofía y Francis se llevaban de maravilla, charlaban sin parar, se reían por las mismas cosas, pero no percibía que se tratara de amor. Eran muy parecidos porque eran hermanos y, su miedo porque se enamoraran, se evaporó cuando observó la manera en que Francis miraba a Elsie cada vez que la veía vestida con sus insinuantes trajes que, aunque eran largos y vaporosos, estrechaba para ceñir su cintura haciendo que parte de sus pechos salieran de su pronunciado escote.

El lunes por la mañana lord Black y Francis marcharon a la ciudad. Sofía andaba inquieta; no había recibido ninguna carta de Daniel y sus últimas palabras fueron que el lunes, cuando todos estuvieran durmiendo, iría a verla. Con paciencia esperó a que la casa estuviera totalmente en silencio. Vestida con un camisón de seda de color blanco, sin hacer el menor ruido, abrió la puerta principal de la mansión y observó si él estaba por la zona. Al no verlo, dejó la puerta entreabierta y subió a su dormitorio. Estaba muy nerviosa, quería que viniera, necesitaba verlo. Pasada más de una hora la puerta de su habitación se abrió. Sobresaltada, se levantó de la cama y, encendiendo el candelabro, lo contempló: era él. Daniel, con cuidado, cerró la puerta y se acercó a su lado.

—Su pelo suelto, el camisón, el lecho... todo es igual que en mis sueños. Amada, Sofía, dígame que es real, que estoy junto a usted.

—Daniel, amor mío —dijo abrazándolo—. Todo es real, como lo es nuestro amor. Deseaba tanto verlo...

Daniel la besó, primero, lentamente, después con pasión. Con furor le quitó su camión. Sofía no atendía a razones, la fuerza de su deseo podía más que las normas sociales. Todo sucedió de la misma forma que en el sueño que ambos habían tenido; se amaron hasta antes del amanecer, momento en el que Daniel se marchó sin ser visto. Le había prometido que en breve le escribiría para encontrarse con ella otra vez. Por la mañana todos observaron que Sofía estaba resplandeciente y ella, sin dar explicaciones, agradecía tan buenas palabras. Al anochecer acudió a la casa de invitados; sabía que era muy difícil que Daniel hubiera tenido tiempo de escribirle tan pronto, pero, para su sorpresa, encontró una carta bajo la piedra. Rápidamente la cogió. En ese momento sintió como si alguien la estuviera observando y, al mirar a su alrededor, contempló una sombra más oscura que la noche reflejada en un árbol. Con curiosidad se acercó, pero no había nadie. Un fuerte viento del norte comenzó a soplar; al sentir frío se encaminó a la mansión y subió hasta su cuarto. Al abrir el sobre se encontró con varios pétalos de rosas y una escueta nota:

*Mi amada Sofía:*

*Ardo en deseos de volver a estar con usted. Mañana miércoles la visitaré. Deje la puerta de la mansión entreabierta y la de su dormitorio abierta por completo, sin luz.*

*Daniel*

A Sofía le extrañó las pocas palabras que le había dedicado, pero lo importante era que necesitaba verla de nuevo. Guardando la carta junto a las demás se acostó pensando en él.

Durante todo el día esperó con impaciencia que llegara la noche. Estaba sedienta por besarlo de nuevo y, dada la prontitud con que regresaba para verla, debía de desearlo tan intensamente como ella. Cuando el silencio por fin reinó en la mansión, Sofía dejó la puerta de entrada entreabierta y, a continuación, se dirigió hacia su dormitorio dejando la puerta totalmente abierta, tal como él le había indicado. Impaciente, se metió en la cama y esperó su llegada. Pasada media hora alguien desde la puerta susurró su nombre.

—Daniel, ¿es usted? —preguntó levantándose y encendiendo una vela. Bajo la tenue luz miró hacia la puerta: era él.

—Apague la luz —musitó.

Sofía de un soplo la apagó. En ese instante él se acercó a su lado, la tomó en brazos y la tumbó sobre el lecho. Ardientes de deseo se amaron hasta antes del amanecer.

Por la mañana, después de desayunar, las dos hermanas fueron a montar a caballo. Al atravesar una zona arbolada el caballo de Sofía tropezó con una gran rama provocando que saliera despedida. Sintiendo un gran dolor en el pie derecho regresaron a la mansión. Lady Black, al contemplar que el pie de su hija se hallaba bastante hinchado, ordenó que avisaran al doctor Ralph Brown que, casualmente, se encontraba de vacaciones en una residencia a no más de una hora de Black House. Aunque el dolor era irritante Sofía se mantenía de buen humor. Cuando llegó el médico, después de examinar con detenimiento su pie, le informó de que solo se trataba de un fuerte golpe sin que resultara fracturado. Le recomendó que durante dos días no caminara; si seguía su consejo su dolor desaparecería. Sofía, siguiendo las instrucciones, estuvo un tiempo casi sin moverse hasta que su dolor sanó.

El sábado, al anochecer, se dirigió a la casa de invitados; durante dos días no había podido acudir y no sabía si Daniel le habría dejado alguna carta. Para su alegría, observó una rosa que sobresalía de la piedra. Con anhelo tomó la carta y la abrió:

*Mi amada Sofía:*

*Vive usted en mí, ¿lo sabe? Amarla se convirtió en el renacer de mi vida. Sus ansias llegan a mí temblorosas y me cubro de vos. Dígame que sigue la huella que culminó este amor; dígame que solo una vez basta. Me siento completo, busco su mirada y la encuentro, su olor yace en mí. Todavía hace eco su gemido, amada mía: una vez basta para hacer un todo. ¿Escucha la música, señora mía? Al son las musas del amor piden un reencuentro: un segundo encuentro por el que ya no vivo.*

*Siempre suyo,*

*Rosas al anochecer*

Un profundo suspiro salió de lo más hondo de su ser: lo amaba, lo amaba tanto... Feliz, la volvió a leer y le llamó la atención algo que antes le pasó desapercibido: un segundo encuentro... Ya habían tenido dos encuentros íntimos en Black House: o se había equivocado al escribirlo o, seguramente, se refería a otra cosa, él era así.

Durante todo un mes Daniel le estuvo enviando cartas de amor y una rosa al anochecer. Sofía necesitaba de su presencia, pero se conformó con leer una y otra vez sus hermosas cartas. Por la noche, antes de acostarse, a veces se asomaba por la ventana de su dormitorio y se imaginaba que Daniel venía a su encuentro. Sin embargo, a la que vio en alguna ocasión fue a su madre entrando en la casa de invitados. Se sintió tentada en preguntarle el motivo por el que acudía a esas horas de la noche, pero no lo hizo por respeto y porque pensó que podría deberse a lo entusiasmada que estaba con el cuarto que ella había decorado en tonos rojizos que cada mañana adornaba con flores frescas. Tal vez, cuando su padre no se encontraba en casa, le apeteciera quedarse allí, sola, con los libros románticos que ella le había estado prestando durante todo el verano.

Lady Black se mostraba en ocasiones ausente: su caminar era tan ligero que parecía que flotaba, sus chispeantes ojos miraban al infinito y sus labios sonreían sin motivo aparente. Ninguna de sus hijas le dio importancia al extraño comportamiento de su madre. Sofía pensó que se debería a la lectura de las novelas románticas que le causarían ese efecto, y Elsie estaba tan encerrada en sus misteriosas maquinaciones que su conducta le pasó desapercibida. Pero el ama de llaves, cada vez que observaba a lady Black en ese estado, pensaba que se comportaba como una adolescente enamorada, y le preocupó esa inusual actitud.

Francis Dickens a menudo las iba a visitar. Su amistad con Sofía era sincera, hablaban de libros sin parar, pero en cuanto aparecía Elsie dejaba para otro momento la conversación y la invitaba a pasear. Lady Black se dio cuenta de que Francis estaba enamorado de Elsie y le extrañó que esta fuera tan amable con él; quizá Francis había conseguido que se olvidara del informal de Harry, lo cual la tranquilizaba, aunque también era cierto que su talante había mejorado desde que viajó un día a la ciudad.

La temporada de verano estaba finalizando, pero Lady Black decidió

que la alargaría dos semanas más, lo que enfureció a Elsie, que estaba deseando regresar a Londres.

Francis las fue a visitar antes de partir de viaje a Estados Unidos. Su amena conversación lograba captar la atención de toda la familia, pero a quién realmente quería impresionar era a Elsie. Por la noche, Sofía, al sentir molestias en el estómago, se dispuso a bajar a la cocina para beber agua. Al llegar a la primera planta contempló la figura de un hombre. Extrañada, lo observó sin ser vista y se percató de que se trataba de Francis. De repente, la puerta de la habitación de Elsie se abrió y él entró, cerrándola tras su paso. Asombrada por lo que había visto, se dirigió a la cocina y, nada más beber, volvió a su dormitorio sin hacer ruido.

A la mañana siguiente Francis Dickens y lord Black partieron hacia Londres. Sofía miraba de reojo a su hermana buscando alguna señal de enamoramiento en su rostro, pero no notó nada. Lady Black, después de cortar bellas flores del jardín, las llevó a la casa de invitados. Si por ella fuera se quedaría otro mes en Black House, pero entendía que sus hijas necesitaban marcharse ya a la ciudad para continuar con sus vidas. Le quedaban pocos días para disfrutar del lugar y los pensaba aprovechar al máximo. Por la noche Sofía contempló desde la ventana de su cuarto a su madre entrar, otra vez, en la casa de invitados. Sin querer pensar en la razón que la llevaba a esas horas hasta allí, tomó una de las cartas que le había mandado Daniel y se recreó leyéndola.

Como todas las mañanas, después de desayunar, Sofía se fue a montar a caballo. Al regresar le extrañó que su madre aún no se hubiese levantado; eran más de las once de la mañana. Preocupada, se dirigió a su dormitorio y, después de dar unos suaves golpes en la puerta, la llamó. Al no recibir contestación entró y observó a su madre temblando en la cama.

—¡Madre, qué le ocurre! ¡Se encuentra mal!

—No te preocupes, hija, en un rato estaré mejor —le contestó sin apenas ganas de hablar.

Sofía la incorporó y la obligó a levantarse de la cama.

—Voy a pedir que le suban el desayuno y que avisen al médico. Usted no se encuentra bien.

—Estoy bien, hija. Solo tiemblo de frío, tal vez tenga algo de fiebre: lo único que me apetece es dormir. No quiero comer, ni hablar, ni salir de la cama.

—Madre, parece como si tuviera una profunda tristeza. ¿Le ha ocurrido algo?

—Déjame dormir un rato más —dijo tumbándose en la cama.

Sofía, muy preocupada, ordenó que fueran a avisar al doctor. Como este se encontraba ya en Londres llegaría entrada la noche o por la mañana. Sabía que al ser amigo de la familia acudiría de inmediato, pero mientras llegaba se ocuparía ella de su madre. Lady Black se pasó todo el día encerrada en su cuarto sin querer comer. Sus hijas la animaban a levantarse de la cama y le daban calor, pero su actitud no cambió. Al amanecer llegó el doctor Ralph Brown.

—Doctor, gracias por venir. Debe de estar cansado. Mandaré que le sirvan un té —le expresó agradecida Sofía nada más llegar.

—Se lo agradezco, señorita Sofía. Tratándose de lady Black he venido presto. ¿Dónde se encuentra?

—En su habitación —Acompáñeme, por favor.

Una vez en el aposento, el doctor contempló a lady Black tumbada en la cama en compañía de Elsie. Después de tomarle el pulso y realizarle algunas preguntas les pidió a sus hijas que lo dejaran a solas con ella.

—En apariencia no denota ningún síntoma de que padezca algún tipo de enfermedad —le informó el doctor—. Creo que se trata de una enfermedad del alma.

—Doctor, estoy bien. Lo único que quiero es dormir.

—Ahora mismo se va a levantar, va a desayunar y después hablaremos. Soy su médico y debe de confiar en mí.

Lady Black le obedeció. Se incorporó y le pidió que la esperara en la sala del desayuno. Sin ganas se vistió y caminó con lentitud hasta que se reunió con él. La sirvienta le había preparado un copioso desayuno; haciendo un gran esfuerzo, se lo tomó. La ingesta le cambió el pálido tono de su rostro y comenzó a recuperar parte de su energía habitual. El médico la observaba con

discreción y le sugirió que debía de comenzar a realizar las tareas que habitualmente hacía todas las mañanas. Sin mostrar interés, siguió sus consejos y se encaminó al jardín con el propósito de cortar flores, pero, cuando se dispuso a arrancar la primera comenzó a llorar desconsoladamente. El doctor, acudiendo a su lado, le ofreció un pañuelo.

—Llorar es sano, alivia su dolor; es el primer paso hacia su curación. El estado de abatimiento en el que se encuentra es debido a que está sufriendo por algo. Si me explica el motivo podría ayudarla mejor.

—Es un asunto personal y no puedo contarlo y, menos a usted, que es amigo de mi marido.

—Sea cual sea su secreto puede confiar en mi discreción. No la estoy tratando como una amiga, sino como a una paciente y, por ética profesional, no puedo contárselo a nadie. Usted tiene una gran aflicción y su estado de salud emocional puede empeorar si no se desahoga con alguien de confianza.

—He hecho algo muy grave y debo de pagar las consecuencias, pero no quiero que mis hijas sufran por mí y, si usted me puede ayudar, si me jura por su honor que nadie más se va a enterar, estoy dispuesta a explicarle la causa por la que me hallo en tal estado.

—Tiene usted mi palabra, lady Black. Mientras damos un paseo me pondrá al corriente. Conmigo no tiene nada que temer. Siempre la he admirado y cualquier hecho que haya cometido lo sabré comprender.

—Me cuesta trabajo expresar lo que me ha sucedido y prefiero ser directa: he sido infiel.

—No tiene porque avergonzarse por ello, continúe —la animó con la intención de infundirle confianza.

—Durante el verano me he estado viendo con Alan, el hijo del ama de llaves. Desde hacía ya tiempo observaba con agrado la forma con que me miraba: era una mirada seductora, atrevida, cautivadora. Me hacía sentir una mujer deseable, me resultaba gratificante que un hombre joven y apuesto como él se fijara en mí, pero me lo tomaba solo como un juego de miradas. Sin embargo, cuando un día nuestros cuerpos se rozaron, solo con sentir su mano sobre mi pelo, el deseo se desató en mi interior. Le prometo que intenté con todas mis fuerzas, guiada por mi fuerte moral, no sucumbir a la tentación, pero

fui débil, una mujer tan débil que nunca imaginé que podría llegar a ser. Algunos días, cuando lord Black se encontraba en la ciudad, acudía por la noche a la casa de invitados y me entregaba a él con gran pasión. Ingenuamente, pensé que estaba enamorado de mí y que actuaríamos siempre con discreción.

»La pasada noche, cuando estaba entre sus brazos, le dije que cuando regresara a Londres ya no nos podríamos ver con tanta facilidad y le propuse que buscáramos un lugar para nuestros encuentros. Entonces, me expresó que él ya no quería estar más conmigo: solo había sido una aventura pasajera. La verdadera razón por la que había yacido conmigo era porque odiaba a mis hijas; eran las criaturas más deseables que tenía a su vista, pero, como sabía que nunca las iba a poder tener se aprovechó de mí para vengarse de ellas. Cuando me lo expresó mi corazón dejó de latir: yo era feliz con él los ratos que pasábamos juntos, sin embargo, él solo lo hizo por hacerle daño a mis hijas. Lo último que me dijo antes de que se marchara fue que iba a contar lo nuestro a mis hijas y, para provocar más daño, me comunicó que con asiduidad veía a mi marido en un prostíbulo que frecuentaba al que también acudía usted. Ahora comprenderá por qué no quiero levantarme de la cama, doctor.

—La comprendo. Para su tranquilidad ni su marido ni yo acudimos a prostíbulos. Usted es una mujer muy fuerte y no puede ni debe sucumbir a su chantaje. Dígame, ¿alguien sabe o, existe la posibilidad, de que los hayan visto juntos?

—No, nadie lo sabe; me guardé bien de que no nos vieran.

—Entonces, no tiene nada que temer: es su palabra contra la suya. Si se atreviera a contar algo, solo tendría que negarlo una y otra vez, pero, para ello debe de volver a ser la misma mujer de antes. Yo la ayudaré. Comunicaré a sus hijas que su estado es debido, posiblemente, a causa de haber estado en contacto con una sustancia que contienen algunas plantas que provocan debilidad, no es un hecho ni habitual ni confirmado, pero me creerán. Recomendaré que, para su pronta recuperación, deberán regresar cuanto antes a Londres. Para que nos crean no deberá de acercarse por un tiempo a ninguna flor.

—Gracias, doctor. Ahora que se lo he contado me siento mucho mejor.

—Sacar al exterior un problema alivia el alma y calma el dolor, pero

solo su actitud podrá sanarlo del todo. Deberá de emplear toda su energía en superarse y olvidarse de él.

—No es fácil, sigo pensando en Alan a todas horas, ¿qué puedo hacer?

—Muéstrese sería, dura, distante y, despídalo. Ofrézcale una cantidad de dinero para que desaparezca de su vida y amenácelo con denunciarlo por haber robado objetos de su casa, si quiere, lo puedo hacer yo.

—¿Usted?

—Con firmeza lo despedirá y le expresará lo que le he propuesto, después yo me ocuparé de entregarle el dinero y de que desaparezca de su vida para siempre.

—¿Haría eso por mí, doctor?

—Por el bien de su familia haría lo que fuera necesario. Siempre han sido amables y generosos conmigo, les tengo en gran estima. Además, su marido me apoya incondicionalmente en prosperar en mi profesión, por lo que no quisiera que con este hecho saliera perjudicado.

Siguiendo el plan, el doctor les comunicó a Sofía y a Elsie que la causa de la enfermedad de su madre era debida al contacto con una extraña sustancia que contenían algunas plantas y que producía ese efecto. Para su pronta mejoría deberían de regresar cuanto antes a Londres. Lady Black, aunque mantenía una profunda tristeza en su interior, se mostró fuerte. Exhibiendo la mejor de sus máscaras, con firmeza despidió a Alan de inmediato, exponiéndole las condiciones acordadas con el doctor. Alan, aunque contrariado, mostrando una falaz sonrisa, le expresó que aceptaba la recompensa por los servicios sexuales que le había prestado.

Las preocupaciones de Daniel se disiparon por unos instantes al recibir una nota de Sofía en la que le comunicaba que ya se encontraba en la ciudad. Durante el verano solo había podido enviarle cartas de amor, careciendo de tiempo de acudir a su deseado encuentro furtivo, debido a los continuos percances que le estaban sucediendo. Su perfecta, alegre y afortunada vida comenzó a cambiar desde el día en que, estando Sofía en su casa, su amigo Mark acudió para comunicarle que era el único integrante de El Club de los Grandes Genios que se había opuesto a que Pascual viajara a Italia con la finalidad de recabar datos esenciales para el invento. Después de asegurar una y otra vez que no había sido él, le mostraron una carta donde lo expresaba con su firma, la cual rompió ante todos los miembros del club para demostrar que no había sido él. A partir de entonces, pequeñas e incómodas incidencias comenzaron a perjudicar su existencia. Su socio, de improviso, enfermó y tuvo que hacerse cargo él solo del negocio; sus caballos, repentinamente, también enfermaron lo que le imposibilitó durante unos días utilizar su carruaje. Su querida madre se tropezó en la calle sufriendo una fractura de la cadera. También intentaron atracarlo en dos ocasiones unos ladronzuelos. Parecía que una sombra negra lo persiguiera a cada paso que daba al caminar. Tal cúmulo de infortunios impidieron que fuera a verla, pero ahora que se encontraba en la ciudad estaba impaciente por escuchar su dulce voz, por tocar su delicada piel, por besar sus deliciosos labios. En la carta le comunicaba que su madre no se encontraba bien y hasta que pasaran unos días no iba a poder estar pendiente de recibir sus cartas. Era domingo y, si su paciencia se lo permitía, esperaría hasta el miércoles para comunicarse con ella.

El miércoles se despertó antes de lo habitual; había algo en su interior que le intranquilizaba. No sabía de qué se trataba, era como una intuición. Nada más desayunar se dirigió al trabajo llegando más temprano que nunca. Los únicos que se encontraban eran los trabajadores encargados de distribuir

la revista. Acababan de llegar y se disponían a cargar la mercancía para su posterior reparto. Al entrar en su despacho observó que, como de costumbre, habían dejado un ejemplar de la revista que salía en el día. La abrió y comenzó a ojearla con tranquilidad hasta que algo le llamó la atención. En la tercera página aparecía una viñeta con un texto breve: «La doble moral de la nobleza de Londres». Un dibujo a la izquierda retrataba la imagen de un noble señor acompañado de una elegante dama y, a la derecha, el mismo noble bebiendo acompañado de una prostituta. Al contemplar que estaba firmado por él, horrorizado, se dirigió corriendo a la zona donde se encontraban los repartidores ordenándoles que no sacaran ni una revista a la calle ni se les ocurriera entregársela a nadie sin su permiso. Los hombres volvieron a colocar toda la mercancía en su sitio. Aunque todos sabían de la existencia de la doble moral que se daba en las altas clases sociales, ni todos eran así ni todavía menos se podía hacer un chiste sobre ello: era algo que se hablaba en silencio, al igual que se actuaba. El publicarlo abiertamente podría traerles graves consecuencias. Él nunca escribiría algo así. Preocupado por quién había sido el causante de tal acto llamó a su socio, el cual ya se encontraba mejor y acudió de inmediato ante tal noticia. Entre los dos interrogaron a todos los trabajadores y ninguno admitió que hubiera hecho tal cosa. El responsable de redacción les informó de que esa viñeta se encontraba entre todos los artículos listos para su impresión. Desconcertados, decidieron esclarecer el tema con más tranquilidad; por suerte Daniel había parado a tiempo la distribución de la revista. A media mañana recibió una nota de sir Paul Layon, rogándole que se reuniera en su casa lo antes posible. Lo invitaba a almorzar. Después de lo ocurrido no estaba para hablar sobre la invención; su creatividad estaba bajo cero, pues su mente solo podía pensar en quién y por qué habría querido perjudicarlo publicando tan irreverente artículo en su nombre. Pero llegada la hora, pensó que le podría servir de distracción el acudir a la cita y así se olvidaría por unas horas del problema.

Sir Paul Layon y su hijo Mark estaban a punto de comenzar a almorzar cuando llegó Daniel. Con la amabilidad que los caracterizaba lo recibieron invitándole a sentarse en la mesa. Tras una distendida conversación, entre plato y plato, sir Paul Layon le comentó que había recibido hoy la revista.

—¡No puede ser! ¡Ordené que no la distribuyeran! —gritó exaltado Daniel—. ¿Cuándo la has recibido?

—Tu reacción me confirma que no ha sido obra tuya, lo cual me complace —opinó sir Paul Layon—. Alguien la dejó en la puerta de entrada de mi residencia. Cuando leí la atrevida viñeta y observé que estaba firmada por ti me preocupé: no es tu estilo. Si alguien sabe cómo llegar al público expresando la vida de la sociedad de forma elegante eres tú.

—Esta mañana me levanté más temprano de lo habitual con un mal presentimiento y gracias a ello llegué a tiempo de impedir que se distribuyera la revista. Cuando vi la viñeta firmada por mí me exasperé. ¿Quién habrá sido el autor? Hemos estado preguntando y nadie sabe quién ha podido ser; todo conduce a que he sido yo, y les aseguro que no me atrevería a publicar tal cosa nunca en mi vida.

—Te creo. Cuando lo leí, supe que no habías sido tú: te conozco desde que naciste. Lo que me inquieta es que intuyo que hay alguien que quiere dañarte. ¿Sabes de quién se puede tratar? Además, quien haya sido pretendía que yo la viera.

—No tengo enemigos conocidos, pero desde hace un tiempo siento como si una sombra oscura me quisiera atrapar. Mi vida era perfecta, no he conocido la adversidad hasta..., hace poco —expresó sin querer nombrar a Sofia.

—Es extraño, intentaré averiguar qué es lo que ha pasado. Si tienes datos relevantes te agradecería que me los manifestaras. Puedo contactar con un inspector de confianza para que te ayude a esclarecer los hechos, si quieres.

—Por ahora no es necesario, aunque agradezco sinceramente tu interés.

—Bien, los dejo solos. Tengo asuntos que requieren mi atención —dijo despidiéndose sir Paul Layon, abandonando su compañía y saliendo del salón.

Mark y Daniel se quedaron solos. Después de hablar una y otra vez sobre lo sucedido sin hallar una respuesta coherente, Mark, de forma sutil, nombró a Sofia; era el único que estaba enterado de su relación.

—Daniel, ¿no te has parado a pensar que todas las calamidades que estás sufriendo te ocurren desde que pretendes a Sofia? Según me contaste la llaman «Lady Muerte» porque a todo aquel que la pretende lo matan. Quizá se deba a ello... Además de mí, ¿hay alguien que sepa que estás enamorado de ella?

—Eres el único que lo sabe, amigo. No creo que Sofía sea la causa de mi infortunio. Antes de ello prefiero pensar que me estoy volviendo loco.

—Yo en tu lugar aceptaría la ayuda que te ha brindado mi padre y hablaría con el inspector. Piénsalo, amigo.

—Lo pensaré, Mark.

Al atardecer Daniel llegó a su casa. Se encontraba débil, alicaído. Un mensajero lo esperaba en la puerta para entregarle una carta y le comunicó que el destinatario estaba esperando su respuesta. Al abrirla su estado de ánimo cambió: era de Sofía y le pedía que se encontraran mañana a las diez de la mañana en la biblioteca para planear su tercer encuentro íntimo. Esperaba impacientemente su confirmación. Presto tomó un papel y escribió solo cuatro palabras: «Allí estaré, amor mío». A continuación se lo entregó al mensajero. Cansado, se sentó en el sofá y recordó los maravillosos momentos vividos junto a ella, sobre todo el día que yacieron en Black House. De repente se dio cuenta de que algo que había leído en su nota no le cuadraba: esperaba el tercer encuentro íntimo, y solo habían tenido uno. O se refería a otra situación o se estaba volviendo loco de verdad. Mañana, con habilidad, descubriría el sentido de sus palabras.

A las diez de la mañana entró en la biblioteca y, al visualizar a su amada sentada leyendo un libro, su corazón se disparó. Rápidamente se acercó y se sentó en la silla situada junto a ella; disimuladamente, le habló.

—Mi corazón me guiará siempre hacia vos, aunque la oscuridad tiña de negro la ciudad.

—¡Daniel! —susurró emitiendo un suspiro—. Me moría de ganas por verle; ya no podía esperar más. Tenemos poco tiempo y nadie debe de notar que estamos hablando.

—Sofía, ¿recuerda nuestro encuentro en Black House? A mi mente acuden las imágenes una y otra vez y las atrapo para que no se las lleve el viento.

—A mí también me ocurre lo mismo: han sido los dos días más felices de mi vida.

Daniel pudo comprobar que Sofía pensaba que habían estado dos veces juntos y, sin que se diera cuenta, intentó sacarle información.

—El primer día la amé con pasión, y, del segundo, quiero que me exprese lo que le pareció.

—No habrá otro día como la primera vez, pero, la segunda noche fue tan seguida que en mis pensamientos es como si continuara todavía la primera.

—¿Notó alguna diferencia?

—El solo hecho de estar a su lado hace que sea todo mágico, aunque noté más su ardiente amor la primera vez, en la que podía ver su cara, su cuerpo bajo la tenue luz. La segunda vez me pidió que apagara la luz y me quedé sin el placer de ver su cuerpo.

—Pero ¿vio mi cara?

—Solo un instante, cuando entró en la habitación. Enseguida me pidió que apagara la luz. ¿Es que no se acuerda?

—Solo quería escucharlo de su dulce voz. Necesito volver a estar a solas con usted y hallaré la manera. ¿Cuándo nos podemos volver a ver?

—Mañana iré a pasear con mi amiga Simone. Podría pasar por delante de su casa y fingir un encuentro casual.

—Así será. Nos iremos viendo en todas las pequeñas oportunidades que tengamos.

Daniel se marchó de la biblioteca feliz por haberla visto, pero a la vez preocupado. Según Sofia habían intimado dos veces y él solo recordaba una, quizá estuviera perdiendo la memoria o, peor aún, estuviera padeciendo algún tipo de desequilibrio mental: necesitaba ayuda profesional. De camino a su negocio se pasó a visitar a Mark con la intención de que, junto a su padre, lo acompañaran a la consulta del doctor Ralph Brown.

Una vez en la consulta, aunque el doctor se hallaba muy ocupado lo atendió de inmediato. Daniel le explicó lo que le había sucedido con la revista y, sin nombrar a Sofía, le refirió que había estado con una mujer y no se acordaba de ello.

—No es fácil olvidarse del encuentro con una dama —dijo el doctor—. ¿Le ha pasado en alguna ocasión anterior? ¿Pierde la memoria con facilidad?

—Nunca en mi vida me ha ocurrido tal cosa. Además, es la primera

mujer con la que he yacido; quede esto entre nosotros, caballeros.

—Daniel, aún es muy joven, no tiene de qué preocuparse. Y en su trabajo, ¿se le suelen olvidar con asiduidad tareas que tenga que realizar?

—Soy muy eficiente. Realizo mi cometido sin ningún error. Hasta el momento siempre he tenido una gran memoria.

—Quizá esté sufriendo una sobrecarga de tareas que le produzca cansancio mental y se olvide de algunas cosas. Dígame, ¿algún miembro de su familia ha sufrido desequilibrios mentales?

—Si se refiere a si alguno está loco, no. Mis padres nunca han padecido una enfermedad mental. ¿Piensa que puedo estar volviéndome loco?

—No lo creo. Por lo que le conozco me parece un hombre inteligente y cabal. Pienso que puede haber alguna persona que quiere hacerle daño en sus negocios. Mi consejo es que descanse y se guarde bien las espaldas.

—Gracias, doctor. Me quedo más tranquilo.

Al salir de la consulta Daniel se encaminó hacia su trabajo con el propósito de averiguar quién había sido el responsable de tal publicación. Iba a ser difícil, pero no desistiría hasta descubrirlo.

Sofía, ilusionada por ver de nuevo a Daniel, llegó a casa de Simone cerca de la una de la tarde, hora en la que había quedado con él. Ante la tardanza de su amiga en terminar de acicalarse, Sofía, impaciente, le mostró su deseo de esperarla en la entrada de su residencia por si aparecía Daniel. Situándose en medio de la calle, contempló a los viandantes caminar. Entre la muchedumbre lo vio a lo lejos: caminaba a paso ligero en dirección hacia ella. En su mano portaba una rosa roja. Contenta, levantó la mano derecha y lo saludó. Él, del mismo modo, le respondió al saludo. En ese momento Simone salió de su residencia.

—¡Sofía! ¡Ya estoy aquí! —le avisó Simone acercándose a su lado.

Sofía giró la cabeza en dirección hacia donde se encontraba su amiga y, seguidamente, la volvió a voltear en dirección hacia donde estaba Daniel, pero no lo vio.

—¡Daniel! Hace tan solo unos segundos que lo vi venir hacia aquí, pero ¿dónde se ha metido? Simone, vamos a buscarlo.

Las dos amigas, caminando rápido a través de la calle, llegaron hasta el lugar donde por última vez lo había visto. Sobre el suelo había una rosa. Mirando a ambos lados de la calzada lo buscaron sin visualizarlo. Llevada por una intuición Sofía se dirigió hacia una callejuela sita a la izquierda.

—¡Daniel! ¡Daniel! —gritó alterada al contemplar cómo un hombre le pegaba, cayendo al suelo. Corriendo se acercó hasta él y el hombre huyó—. ¿Está bien? ¿Qué ha pasado?

—Todo ha ocurrido tan rápido...—comentó Daniel incorporándose del suelo—. Caminaba a su encuentro cuando alguien, agarrándome por detrás, me empujó bruscamente hasta este callejón. No sé cuáles eran sus intenciones; si no llega a ser porque me llamó, quizá la paliza hubiera sido mayor. Me duele todo el cuerpo...

—¿Puede andar? ¿Aviso a la policía?

—Lo que más me duele es el hombro derecho, por suerte puedo caminar sin dificultad.

—¿Sabe quién era? ¿Le vio la cara? —le preguntó Simone impresionada por la situación.

—No, no puede verlo. Quizá se trate de la persona que está intentando hundir mi reputación. ¡Ay! —se quejó Daniel tocándose el hombro.

—Daniel, puede que esté en peligro y sea por mi culpa —expresó Sofia inquieta.

—No tiene nada que ver con usted, esté tranquila: se trata de la revista. Ya se lo explicaré, ahora no es el momento —aclaró comenzando a caminar hacia la avenida principal—. Un amigo vive cerca de aquí, iré a visitarlo y, cuando se me pase este fastidioso dolor, me marcharé a casa de mis padres. Pasaré con ellos todo el fin de semana, así me alejaré de mi agresor, aunque posiblemente se trate de un ladrón. Marchad con cuidado, no es prudente que nos vean juntos.

—¿Seguro que se encuentras bien? ¿Cuándo nos volveremos a ver?

—El lunes recibiréis noticias mías, mi dulce Sofia, y no os preocupéis: soy muy fuerte y en poco tiempo no quedará rastro del dolor.

—Esperaré con impaciencia su carta —dijo Sofia despidiéndose con discreción ante la mirada de los viandantes.

Sofia y Simone, impactadas por lo sucedido, decidieron dar por terminado el paseo y regresar a sus respectivas casas. Antes de despedirse, Simone le contó en secreto que, Harry, por fin, le había pedido formalizar su amistad, lo que significaba que en breve comenzaría a visitarla bajo la atenta mirada de sus padres. Sofia se alegró de ver a su amiga tan feliz, pero, al llegar a su casa y ver a Elsie, recordó que él quedaba a la vez con las dos o, tal vez, ya no. Al atardecer recibieron la inesperada visita de Francis Dickens. Acababa de llegar a Londres y no pudo esperar para saludarlas. El fin de semana las dos hermanas lo pasaron acompañadas de Francis, aunque al atardecer, él y Elsie salían a pasear y no regresaba a casa hasta bien entrada la noche. Sofia pensó que, si su hermana se estaba enamorando de Francis, sería un gran alivio, así se olvidaría de Harry, aunque, conociéndola tan bien, le

extrañaba que se dejara cortejar por un hombre que no tenía ningún título. Lady Black se alegraba de la buena disposición que mostraba Elsie aceptando la compañía de Francis, aunque su aspecto físico, delgado y de estatura mediana, era muy común, sin embargo, había heredado la enorme creatividad y el talento de su padre, lo que le convertía en un hombre especial.



Daniel pasó el fin de semana en compañía de sus queridos padres. Con mesura les consultó si algún familiar había padecido algún tipo de demencia, a lo que le respondieron que no se había dado el caso. Ello le tranquilizó, pero no podía dejar de pensar en el motivo por el que alguien quería perjudicarlo.

El lunes por la tarde su amigo Mark fue a visitarlo momentos antes de abandonar su trabajo. Su padre le había pedido que fuera a buscarlo: necesitaba hablar con urgencia con él. Sin poner reparos se dirigió a la residencia de sir Paul Layon.

—Querido Daniel. Gracias por venir tan rápido —lo saludó nada más verlo—. Casualmente, el inspector Bob Walker también acaba de llegar y creo que sería una gran oportunidad para explicarle lo que te está ocurriendo; te aseguro que te puede ayudar.

—Quizá el destino lo haya querido conveniente. El viernes un hombre me dio una paliza. No sé si quería atracarme o dañarme.

—Amigo, las turbulencias se están apoderando de tu vida. Te he mandado llamar porque hay otro asunto oscuro que concierne a tu persona. Si confías en mí, preferiría hablarlo delante del inspector. Ante todo, quiero que sepas que mi hijo y yo confiamos en ti.

—De acuerdo. Me pongo en tus manos; lo necesito.

—Haces bien, vayamos a la sala —dijo dirigiéndose al lugar. — Entrando en la sala le presentó al inspector—. Estoy colaborando con un caso que lleva el inspector: estamos intentando hallar al llamado «Asesino del Amor». Todos los pretendientes de la señorita Sofía Black son asesinados. ¿La conoces?

—Sí —contestó sin más, sin saber si debía de contarles su relación con

ella.

—Daniel, explícale al inspector todo lo que te está ocurriendo desde hace un tiempo —le aconsejó sir Paul Layon.

Daniel, le narró paso por paso los últimos sucesos acaecidos. Cuando terminó, Mark, mirándolo fijamente, le incitó a que contara toda la verdad y, al ver que su amigo no se atrevía, se lo pidió.

—Daniel, es hora de que le hables de Sofía Black.

—¿Qué relación tiene la señorita Black con usted? —preguntó con curiosidad el inspector.

—Estamos enamorados. Desde hace un tiempo tenemos una relación que mantenemos en secreto. Excepto Mark, nadie lo sabe, pero hay una cosa que se me escapa del entendimiento. Este verano acudí una noche a verla a Black House, pero ella asegura que fueron dos noches y ya no sé si se trata de mi falta de memoria o hay algo detrás.

—Como sabrá, todo hombre que se acerca a Sofía muere. Quizá todo lo que le está ocurriendo sea debido a ello.

—Hemos sido muy prudentes, nadie nos ha visto. Además, si el asesino lo supiera me hubiera querido matar, no acabar con mi buen nombre.

—Pero le han dado una paliza, puede que quisieran advertirle de algo. Dígame, cuando visitó a la señorita Sofía Black en su residencia del campo, ¿está seguro de que nadie lo vio?

—Estoy seguro: entré en la mansión cuando todos estaban durmiendo.

—¿Conoce a un empleado de lady Black llamado Alan? Es uno de los hombres a los que estamos investigando.

—No conozco a nadie del servicio. Sofía y yo nos comunicamos a través de cartas. En persona nos hemos visto en pocas ocasiones.

—Aunque sea cierto que nadie es testigo de su relación, debo de advertirle que se encuentra usted en peligro y que debería de dejar de cortejarla hasta que encontremos al asesino. Estamos sobre varias pistas y no creo que tardemos en dar con él, además, su testimonio nos va a servir para indagar sobre otras personas.

—Daniel, tengo que comunicarte algo que no va a ser de tu agrado — intervino sir Paul Layon—. El conde Hamilton, amigo de uno de los miembros de nuestro club, ha recibido esta mañana una carta que contenía información sobre la invención y llevaba tu firma. Como sabrás es un asunto en el que trabajamos en el más estricto de los secretos.

—Oh, no... Les juro por mi honor que no he sido yo. ¿Pero quién se está haciendo pasar por mí? ¿Y cómo lo hace? Esto es inexplicable, ¿por qué querría hacer yo tal cosa? Tienen que creerme, no he sido yo.

—Nosotros te creemos, pero los miembros del club están muy preocupados y quieren votar tu expulsión. Ante esta nueva noticia, unida al peligro que corres según te ha explicado el inspector, he pensado que te convendría desaparecer un tiempo de la ciudad. El miércoles Pascual parte hacia Italia para recabar datos sobre el invento y deberías de ir con él.

—¿Este miércoles? Eso es pasado mañana, no me va a dar tiempo de organizar el trabajo, ni de despedirme de Sofía.

—Estoy de acuerdo con mi padre —opinó Mark—. Es una gran oportunidad.

—Está bien, lo haré, por mi bien y por el de Sofía: si siguen dañando mi reputación nuestra relación también saldrá perjudicada. No podría pedirle en matrimonio con mi nombre mancillado.

—Lo organizaré todo y mañana te comunicaré los pormenores del viaje. Pascual regresará en unos días, pero tú deberás quedarte hasta que el inspector descubra al asesino. No podrás decir dónde te encuentras ni comunicarte con nadie; eso incluye a la señorita Sofía. Solo podrás contactar con Mark y conmigo.

—Aunque me duela el alma, así lo haré.

Una vez finalizada la reunión, Daniel le escribió una nota a Sofía citándola el martes al anochecer en la puerta de su casa. Sabía que era arriesgado, pero no podía marcharse sin verla por última vez.

El martes al anochecer Sofía salió con prudencia de su residencia. Mirando a ambos lados, visualizó a Daniel dos casas a la derecha de la suya. Inquieta se dirigió a su encuentro.

—Daniel, ¿cómo se ha atrevido a venir hasta aquí? Sabe que nadie puede vernos.

—Lo sé, mi amor —le contestó llevándola hacia la esquina de una vivienda con poca luz—. Últimamente me han estado ocurriendo cosas muy graves: alguien firma notas en mi nombre para perjudicarme, sufro atracos... Toda mi perfecta vida se está desmoronando poco a poco. No sé si es que estoy volviéndome loco y no me acuerdo de las cosas que hago o alguien quiere destruir mi reputación.

—No está loco: es el hombre más cuerdo que conozco.

—Sofía, no quería decírselo, pero solo recuerdo haber estado una vez en Black House junto a usted; para mí la segunda vez nunca existió. ¿Comprende ahora mis temores?

—Me está asustando...

—No es mi intención, pero tenía que decírselo antes de marchar. Alguno de los miembros del club quieren expulsarme y sir Paul Layon me ha ofrecido la oportunidad de realizar un viaje durante un tiempo. Les tuve que hacer partícipes de nuestra relación y temen que me encuentre en peligro. A mí no me asusta estar con vos, ni aunque ello signifique que pierda la vida. La amo, Sofía. Si me voy es para salvaguardar mi nombre y poder casarme con usted.

—Egoístamente, no quiero que se vaya, pero temo por vos y creo que este viaje va a ser positivo para los dos: allí estará a recaudo del posible «Asesino del Amor», y yo me quedaré tranquila de saber que está a salvo. ¿Cuánto tiempo estará fuera de la ciudad?

—Quiere que hasta que descubran al asesino, pero si ello no ocurre pronto, regresaré antes solo por verla —le dijo besándola apasionadamente como si el mundo se fuera a terminar en unos instantes—. No se olvide de mí. ¿Me esperará?

—Le esperaré toda la vida —le contestó volviéndolo a besar.

Había pasado una semana desde que Daniel se marchó de Londres. Sofia se encontraba cansina y lo achacaba a la falta de su presencia: ya no recibiría sus hermosas cartas de amor. Lo añoraba tanto que el tiempo se le antojaba tan lento que, por mucho que intentara llenar con diversos quehaceres cada minuto del día, la espera se le hacía interminable. Desde que comenzó a viajar por varios países para realizar distintas actividades, Charles Dickens dejó de llevarle algunos de sus escritos para que le ofreciera su opinión. Hasta el momento no los había echado en falta, pero ahora sería un buen estímulo y la ayudaría a entretener su mente ante el deseado regreso de su amor. Lady Black se había recuperado del profundo dolor que le causaron las fatídicas palabras de Alan. No lo había vuelto a ver, lo que le facilitaba alejarlo de su mente, pero no de su corazón que aún seguía palpitando por los intensos momentos de deseo y pasión vividos junto a él. Ahora era consciente de que no había sido amor, sino placer, un placer que hizo que su cuerpo, desde entonces, necesitara sensaciones más intensas a las que les ofrecía su marido. Elsie seguía tan inquietante como de costumbre; a veces se comportaba como una hija complaciente, alegre y, en otras ocasiones, se mostraba distante, seria, inasequible, lo que imposibilitaba conversar con ella sin terminar discutiendo. Transmitía frío o calor, pero nunca se mostraba templada. Francis Dickens se había marchado de nuevo al extranjero. Había dejado escritas varias cartas para Elsie que, cuidadosamente, había organizado su entrega cada tres días con la intención de que no se olvidara de él. Sofia y su madre observaban cómo las cartas de Francis se iban acumulando sin que Elsie les prestara la mínima atención. Lady Black, aunque lo intentaba, no lograba comprender la forma de proceder de su hija. Creía que había congeniado con Francis, pero, ante su reciente actitud, se dio cuenta de que estaba equivocada. Elsie le preocupaba y no encontraba la forma adecuada de ayudarla.

La mañana del jueves recibieron la visita del inspector Bob Walker. En

el instante en que lady Black lo invitó a entrar, Elsie se preparaba para salir. El inspector, al ver sus intenciones, le pidió que retrasara unos minutos su salida, pues necesitaba hablar también con ella. Elsie aceptó, no sin antes advertirle de que contaba con pocos minutos. Sofía, nada más verlo, le preguntó si ya habían encontrado al asesino; de ello dependía que Daniel pudiera regresar a la ciudad.

—Siento comunicarles que todavía no sabemos quién es el llamado «Asesino del Amor», aunque tenemos a dos sospechosos, no podemos demostrar ni mantener con seguridad que se trate de alguno de ellos. Hay algo que se nos está escapando de las manos, y ello me tiene desconcertado. Mi teoría es que debe de tratarse de alguien cercano a la familia o que, por algún medio, tenga conocimiento de la vida íntima de la señorita Sofía. Necesito que las tres me digan con sinceridad si le hablaron a alguien sobre los pretendientes de Sofía: amigos, familiares...

—Personalmente, no le hablo a mis amigas de los pretendientes de mi hermana —comentó Elsie.

—William y Peter fallecieron nada más comenzar a cortejar a Sofía, por lo que no tuve ni tiempo de comentarlo con nadie —expresó lady Black—. Quizá ellos hablaran con sus amigos sobre mi hija. Tal vez deba de buscar al culpable entre sus amistades.

—Los estamos investigando a todos. Y usted, señorita Sofía, ¿recuerda haber hablado de ello con alguna persona?

—Solo lo sabían Elsie y mi madre. Todo fue tan rápido que ni siquiera lo hablé con mis amigas.

—Inspector, ha dicho que tenían a dos posibles sospechosos. ¿Nos podría dar sus nombres?

—Esa información es confidencial y por ahora no puedo proporcionársela, lady Black. Por lo que dicen, nadie ajeno a la familia conocía de la existencia de los pretendientes de Sofía, pero, entiendo que el personal que trabaja en su casa los vería entrar y salir con asiduidad.

—Así es. ¿Piensa que pudiera tratarse de alguien del servicio? No creo que ninguna de mis criadas fuera capaz de tal cosa.

—Tal vez solo sean meras intermediarias que informan al culpable.

—Todo esto es muy confuso, ya no sé en quién confiar.

—Tranquilícese, lady Black, solo son conjeturas. Nos han informado de que un trabajador llamado Alan ha realizado varios servicios en su residencia. ¿Me pueden aportar algún dato sobre él? Me refiero a su carácter, su forma de tratarlas. Cualquier detalle sobre él que pueda resultar de utilidad.

—Es un hombre muy trabajador —respondió lady Black intentando mantener la calma—. Nos ha sido de gran ayuda tanto aquí como en la residencia del campo. Es el hijo del ama de llaves y su trato ha sido siempre muy afable.

—Yo nunca he hablado con él, más allá de un simple saludo o porque necesitara de su ayuda con alguna reparación de la casa —informó Elsie.

—A mí me parece un joven correcto, muy trabajador —comentó Sofia—. Este verano en Black House he mantenido alguna que otra conversación con él, aunque solo referente a algunos arreglos que había que realizar en la casa de invitados.

—Bien, si en algún momento recuerdan algo sobre lo que les he consultado les ruego me lo comuniquen.

—Inspector, le agradecería que nos mantuviera informadas —le pidió lady Black, acompañándolo hasta la puerta.

Nada más marcharse el inspector, Elsie salió de casa. Sofia y su madre se quedaron hablando sobre la conversación mantenida. A ambas les preocupaba que alguna persona del servicio estuviera involucrada y decidieron tomar precauciones: lo primero que resolvieron fue que lady Black se ocuparía personalmente de recoger toda la correspondencia. Sofia, sintiéndose fatigada, se recostó sobre el sofá. Su madre sabía que, aunque era muy fuerte, el hecho de que alguien matara a los hombres que se enamoraban de ella le causaba desasosiego que, por no preocuparla, intentaba disimular.

Después de cenar, Sofia, sintiéndose indispuesta, se retiró a su dormitorio. Pasado un rato escuchó las rápidas y sonoras pisadas que provocaba Elsie al subir las escaleras cuando estaba enfadada. Al momento se hizo el silencio y se quedó dormida con la imagen de Daniel en su mente, y soñó con él. Vestía una camisa blanca y pantalón azul, nada afín con los tiempos. A su lado caminaba un niño de unos siete años. El tiempo se detuvo y

ambos se quedaron paralizados. Al instante, una sombra oscura apareció sobre sus cabezas, entonces, llegó ella vistiendo un extraño traje chaqueta gris y, comenzando a soplar con fuerza, consiguió que la sombra desapareciera. Recobrando el movimiento, Daniel la besó con tanta fuerza que no podía respirar. Con una gran sonrisa en su rostro, debido al apasionado beso que había recibido en su sueño, Sofia se despertó. Al incorporarse de la cama sintió un leve mareo. Haciendo un gran esfuerzo, después de vestirse, bajó a la sala de desayuno y, al primer bocado, sintió náuseas. Sin poder evitarlo, lo arrojó. Lady Black, al observar la palidez del rostro de su hija mandó llamar al doctor Ralph Brown, quien acudió presto a su residencia. Después de examinarla detenidamente y realizarle algunas preguntas, le pidió a lady Black hablar con ella en privado.

—Lady Black, ¿tiene su hija alguna relación sentimental? Las últimas noticias que me han llegado es que no le permiten que nadie la corteje.

—Es cierto, hasta que la policía no averigüe quién mata a sus pretendientes, no permitimos que ningún hombre visite a Sofía.

—Es extraño: su hija tiene síntomas de estar embarazada.

—¿Embarazada? No puede ser, doctor. Debe de estar usted equivocado. Ello es imposible.

—Créame, nunca me equivoco en estos casos. Debería de preguntarle sobre la posibilidad de que se encuentre en estado interesante y así saldremos de dudas.

—Está bien, se lo consultaré. Le ruego espere unos minutos —le pidió lady Black dirigiéndose al dormitorio de su hija—. Una vez a su lado no sabía la manera de realizarle tal pregunta sin que se sintiera ofendida.

—Madre, ¿qué ha dicho el doctor? ¿Me ocurre algo grave?

—Hija, el doctor me ha insinuado que existe la posibilidad de que estés en camino de la familia. Le he explicado que ello no puede ser cierto, aún así, me ha pedido que te lo consulte. Sofía, ¿existe ese riesgo?

Sofía palideció al instante. A su mente llegaron las imágenes de los dos encuentros íntimos que había mantenido con Daniel. Podría estar embarazada de él, pero no podía contárselo a nadie: si alguien se enteraba podrían asesinarlo. El inspector le había advertido de que tuvieran cuidado con el

servicio, quizá alguien escuchara sus conversaciones tras las paredes. Su corazón latía tan fuerte que pensaba que se iba a morir; tenía que mantener la calma y confirmar la probabilidad de su estado sin involucrarlo a él. Entonces se acordó de que Daniel le expresó que no recordaba haber estado una segunda vez con ella y se ingenió una falsa historia.

—Madre, debo de contarle una cosa que me ocurrió este verano en Black House. Pensé que no había sido real, pero ahora...

—Cuéntame, hija. Sea lo que sea yo te comprenderé.

—Una noche, creo que alguien entró en mi dormitorio. Estaba profundamente dormida, pero sentí que se metía en mi cama y yacía conmigo. Cuando me desperté estaba sola y pensé que se había tratado de un mal sueño. Estaba muy aturdida, confusa. Creí que había sido irreal, pero, si estoy en estado, debió de ocurrir.

—¡Hija! ¿Por qué no me lo contaste? ¿No recuerdas su cara?

—Lo único que recuerdo es que estaba todo oscuro, no vi su rostro. Estaba algo inconsciente, no podía pensar ni razonar. Pensé que solo había sido un sueño, por ello no se lo conté. Madre, si estoy embarazada, ¿qué va a ser de mí?

—Tranquilízate, hija. Ya pensaremos en una solución razonable. Voy a comunicárselo al doctor —dijo mostrando templanza para no preocupar a su hija.

Sofía estaba confusa: por un lado sentía un gran malestar por el estado en el que se encontraba y por haber mentido, pero, el hecho de estar esperando un hijo de Daniel le ilusionaba. Cuando regresara a la ciudad le contaría a su madre la verdad y se casaría con él. Mientras tanto debería de guardar su secreto a salvo.

Al llegar lady Black a la sala donde se encontraba el doctor se desplomó sobre un sillón y, sin poder remediarlo, sus lágrimas comenzaron a brotar. Cuando se calmó le repitió una por una las palabras que Sofía le había pronunciado. El doctor se quedó sin habla, la situación le afectó tanto que no sabía la forma de consolar a lady Black. Después de meditar unos minutos, tomándola de la mano, le habló con serenidad.

—No se preocupe, lady Black. Quizá pueda ayudarlas, pero me tiene

que prometer que el incidente quedará entre nosotros. Posiblemente alguien le suministrara alguna sustancia que la adormeciera y se aprovechara de ella. Tal vez fuera alguien que se encontraba en Black House.

—Alan... Él me dijo que odiaba a mis hijas porque nunca podrían ser tuyas, por ello estuvo conmigo. Puede que fuera él. ¡Oh, no! —exclamó tapándose los ojos con las manos—. Doctor, ¿y si fue él?

—Al igual que usted, fue lo primero que pensé. Bajo ningún concepto debe de enterarse de que Sofía está esperando un hijo. Lady Black, sabe lo que aprecio a su familia. Llevo toda mi vida trabajando, dedicado por completo a la medicina y, como sabe, gracias a las recomendaciones y ayuda de su marido, me estoy convirtiendo en un afamado médico, lo cual ansío desde que comencé esta profesión: ser el mejor. Por ello nunca me he casado; todo mi tiempo lo invierto en lograr mi objetivo. Pero dada la situación, estoy dispuesto a ofrecerle mi ayuda: si lo aprueban, me casaré con Sofía y aceptaré a su hijo como si fuera mío.

—Doctor, ¿sería usted capaz de hacer una cosa así?

—Estoy dispuesto a ello, además, así entraría a formar parte de su honorable familia. Lady Black, los dos estamos unidos por secretos: su infidelidad con Alan y el extraño embarazo de su hija. Si formamos parte de la misma familia nunca los desvelaré.

Sus palabras inquietaron a lady Black, aunque parecía que las quería ayudar, también denotaban cierta obligación a su propuesta de matrimonio como si fuera la contraprestación a mantener a salvo los dos secretos. Estaba tan angustiada que no podía pensar con claridad: debía de hablar con su marido antes de tomar una resolución.

—Sería todo un honor que usted formara parte de nuestra familia, doctor Brown, pero antes debo de consultarlo con mi hija. Esta situación me está superando y le pido que me dé tiempo para serenarme y poder decidir lo más conveniente para Sofía.

—Tómese el tiempo que necesite. Vendré con frecuencia a visitar a Sofía. Cuiden de ella; estas situaciones pueden provocar estados de angustia.

Una vez se marchó el doctor, lady Black se encerró en la sala y ordenó que nadie la molestara; necesitaba estar a solas con sus pensamientos. El

hecho de que Alan pudiera haber abusado de su hija atormentaba su mente y su alma, aunque solo era una suposición. Quizá no hubiera sido él. Necesitaba averiguarlo, saber la verdad, aunque ello implicara ponerse en evidencia. Sacando fuerzas desde lo más recóndito de su ser, después de comprobar que su hija se encontraba bien, sin comunicárselo a nadie marchó hacia la casa de Alan.

Al llegar a la puerta de su vivienda sus piernas comenzaron a temblar al igual que su corazón. Nerviosa, cerró los ojos y respiró profundamente hasta que recobró el control de su cuerpo y llamó con decisión a la puerta.

—Vaya, vaya —dijo Alan al abrir la puerta y contemplarla—. Sabía que tarde o temprano vendría a buscarme. Pase —le indicó haciéndole una reverencia.

—Solo estaré un momento —puntualizó lady Black, entrando en la casa.

—Le ofrecería un té, pero solo tengo güisqui —expresó Alan sirviéndose una copa—. Dígame, ¿a qué se debe el honor de su visita? Seguro que todas las noches cuando está en la cama con su marido se acuerda de mí —se insinuó Alan tocando suavemente sus mejillas.

—No se equivoque —dijo apartándose de su lado—. El motivo por el que estoy aquí es otro bien distinto. Me dejó claro que solo fui un pasatiempo en su vida y ya lo he asumido.

—Un pasatiempo muy complaciente... ¿Qué desea de mí?

—Aunque soy una dama y no debería de expresar estas palabras, necesito saber si, cuando estuvo conmigo, también mantuvo relaciones con otras mujeres.

—¿Ello es importante? Las mujeres me persiguen y no sé decirles que no —dijo bebiendo un trago—. Claro que no fue la única, hubo otras. Si quiere se las enumero...

—No hace falta. Ya que se muestra usted sincero, le realizaré unas preguntas: ¿realmente deseaba estar conmigo para vengarse de mis hijas? Según expresó piensa que nunca las podrá tener, pero ¿y si pudiera tenerlas? ¿Ha pensado en yacer con Sofía o Elsie alguna vez?

—¿Por qué quiere saberlo? Es extraño que después de tanto tiempo se

presente en mi casa para hacerme esas preguntas. Debe de ser una excusa para estar conmigo, ¿verdad? El hecho de que fuera la madre de tan bellas jóvenes era lo que me excitaba al principio, aunque debo de reconocer que después de nuestros primeros encuentros sentí una gran atracción por usted —explicó acariciando sus labios con la yema de un dedo. —Y si le digo la verdad, ya no tengo ningún interés en yacer con sus remilgadas hijas: nunca me darían el placer que recibí de usted—. Agarrándola bruscamente por la cintura, la besó. Lady Black sintió de nuevo la llama del deseo prohibido, pero en seguida se reprimió.

—¡Suélteme! —le ordenó intentando escapar de entre sus brazos.

—Ya no manda en mí —apuntó, apretándola con más fuerza—. Sé que me desea, puedo leerlo en su cuerpo, en su mirada.

—Es cierto —expresó con la intención de contentarlo e intentar separarlo de su cuerpo—, pero antes debo de hacerle otra pregunta.

Alan se apartó y se sirvió otra copa de güisqui.

—Se está resistiendo demasiado y ello me excita aún más. ¿Qué necesita saber antes de caer en mis brazos?

—Ha llegado a mis oídos que este verano abusó de una mujer. Orgulloso de su hazaña se lo comentó a unos amigos y se ha corrido el rumor. ¿Es cierto?

—¡Quién ha dicho eso! ¡No tengo ninguna necesidad de abusar de nadie! ¡Las mujeres me adoran y me sobra la compañía! —gritó exaltado—. Ya sé... debe de ser el dichoso inspector que no me deja en paz. ¿Ha sido él?

—No puedo decírselo, pero sé que lo están investigando.

—Me han contado que un inspector anda preguntando por ahí sobre mis relaciones con las mujeres y seguro que alguno de mis enemigos ha malmetido sobre mí. ¡Nunca he abusado de una mujer! Se lo juro. Si lo que le preocupa es que hable sobre usted, puede estar tranquila; a mí tampoco me interesa que lo sepan, nadie me creería y podría perjudicarme. Ahora comprendo el motivo de su visita —arguyó sentándose en una silla—. Será mejor que se vaya.

Lady Black lo notó abatido, preocupado. Por su forma de reaccionar pensó que decía la verdad; solo lo conocía en la intimidad, lo suficiente para sentir que sus palabras no eran falsas. Se había expresado tal como lo sentía,

sin tener tiempo de ocultar nada. Sin decirle tan siquiera adiós, salió de su casa. Estaba tensa, aunque a la vez aliviada por no haber sucumbido a la tentación: el deseo carnal era solo una cuestión de apetencia que se disipaba cuando su mente le prohibía probar el fruto prohibido, dado que podría tratarse del hombre que abusó de su hija. Pero su intuición le decía que no había sido él. Alan era un mujeriego que con asiduidad frecuentaba los prostíbulos. Ello sería la causa de su preocupación: con frecuencia asesinaban a prostitutas y temería que el inspector lo estuviera investigando por dicho motivo. Nada más llegar a casa se fue directa a la habitación de Sofía y, al comprobar que se encontraba bien, se dirigió hacia la sala. Se sentó en un sillón y recapacitó sobre todo lo sucedido y, pacientemente, esperó a que llegara su marido. Le contaría con la mayor delicadeza lo acontecido a Sofía y entre los dos tomarían una resolución.

Los padres de Sofía decidieron dejar pasar unos días antes de comunicarle que el doctor Ralph Brown estaba dispuesto a casarse con ella y aceptar a su hijo como suyo. Lady Black sentía lástima por su hija, la historia se repetía de nuevo: Sofía había sido acogida en su familia como si realmente fuera su hija y, debido a su delicada situación, también tendrían que ocultar al verdadero padre de su futuro bebé. Sofía, después de escuchar las razones éticas y morales por las que debía de contraer matrimonio con el doctor, comenzó a llorar desconsoladamente, negándose una y otra vez a casarse con él. Su madre, observó que su hija no iba a entrar en razón y le explicó que, posiblemente, el hombre que abusó de ella fuera Alan; si lo descubría podría ser todo un escándalo. El doctor, aunque era bastante mayor que ella, era un hombre honrado, educado, culto: un perfecto caballero. Con el tiempo le resultaría fácil tomarle cariño y nacería el amor. Aunque lady Black pronunciara esas palabras, ella misma sabía que su hija era tan romántica, sensible y apasionada que nunca se iba a enamorar de un hombre tan recto como el doctor, pero, dada su situación, la vida había hecho que no pudiera elegir un amor tan grande como el que ella se merecía. Sofía entendía que sus padres querían evitar la vergüenza que conllevaba su embarazo. Sin dejar de llorar, les agradeció su ayuda y les pidió tiempo para tomar una determinación. Necesitaba estar sola para pensar la forma de encaminar sus débiles e inseguros pasos y, en busca de una desesperada solución, se encerró en su dormitorio. Cuando mintió al contar que un desconocido había entrado una noche en su cuarto, no pensó en las consecuencias que podrían traer, y menos que inculparan a alguna persona, como Alan, aunque, quizá pudiera ser cierto, ya que Daniel no recordaba haber estado una segunda vez con ella. Con curiosidad, abrió el primer cajón de la cómoda, sacó las cartas que él le había enviado y buscó la que le anunciaba el segundo encuentro. Recordó que eran dieciocho días los que habían transcurrido desde el día que se conocieron en la fiesta de disfraces y, por lo tanto, deberían de haber dieciocho pétalos de

rosa, como siempre acostumbraba a mandarle Daniel en cada carta. Al sumarlos comprobó que solo había diez. Un sudor frío inundó todo su cuerpo: Daniel no recordaba haber estado con ella porque no había sido él. Exhausta, se tumbó sobre la cama. Si no fue Daniel, ¿con quién yació la segunda vez? ¿Sería Alan? ¿De cuál de los dos estaría embarazada? Las incógnitas atormentaron su mente. Su corazón latía con fuerza, sentía náuseas, el mundo cambió de forma, la magia del romanticismo desapareció para transformarse en oscura confusión. Durante casi una hora permaneció tumbada en la cama mirando al techo sin reaccionar; había entrado en estado de shock. Su situación era tan complicada que su mente no alcanzaba a asimilarla. La ventana de su cuarto se entreabrió y una suave brisa rozó su pálido rostro. En ese instante vio la imagen de Daniel y su ser comenzó a recobrar vida e ilusión. Aunque estuviera lejos lo sentía cerca, tan cerca que la acompañaba en sus momentos amargos. Como si le estuviera susurrando al oído, halló la solución: cuando regresara a la ciudad se casaría con él, aunque para ello tuviera que fingir que aceptaba su compromiso con el doctor, ello solo lo haría con la intención de ganar tiempo hasta que Daniel volviera, después contaría la verdad y rompería el compromiso. Guiada por la necesidad de estar con él cuanto antes, decidió comunicarle en privado al inspector la posibilidad de que Alan podría haber abusado de ella. Tal vez se tratara del «Asesino del Amor» y, si fuera así, Daniel podría regresar sin el temor a ser asesinado. Sin comunicárselo a sus padres, fingiendo que iba a dar un paseo, se encaminó a visitar al inspector.

—Señorita Sofía, me place volver a verla. No aguardaba su visita, ando ocupado en mis menesteres, pero tratándose de usted siempre será bien recibida.

—Disculpe mi falta de corrección por no haberle comunicado con tiempo mi visita, pero ha ocurrido algo que creo que debo de comunicarle cuanto antes —expresó denotando cierta inquietud. —De manera precisa le narró lo acontecido haciendo hincapié en sus temores fundados de que Alan pudiera ser el hombre que asesinaba a sus pretendientes.

—Siento que se halle en tal estado de incertidumbre. Sé que usted y Daniel se aman y desde mi corazón deseo que el hijo que espera sea de él. Con respecto a Alan, debo decirle que siempre he tenido mis sospechas, pero, aunque he indagado sobre su vida, no tenemos ninguna prueba contundente que

demuestre que sea el culpable. Además, el hecho de que abusara de usted es solo una conjetura que tampoco podemos demostrar. Necesitaríamos algún testigo o algún indicio que nos permitiera detenerlo. No obstante, vigilarémos de cerca sus pasos día y noche: si se trata del «Asesino del Amor», en algún momento cometerá un error y lo descubriremos.

—Gracias, inspector. Estoy deseando que lo apresen para que Daniel vuelva cuanto antes.

—La comprendo, su situación es delicada y, si ha decidido aceptar el compromiso con Ralph Brown, querrá terminar con esa falsa cuanto antes para no perjudicar al honorable doctor: el asesino intentará matarlo. Ordenaré que uno de mis hombres lo proteja sin que él lo sepa. Ha hecho bien en contarme, tanto lo sucedido, como sus planes. Por desgracia sabe bien que cualquier hombre que la corteje corre el riesgo de ser asesinado. Cobrad ánimo, señorita Sofía.

—Me quedo más tranquila después de haber hablado con usted. Confío en su eficiencia y discreción —dijo despidiéndose con la esperanza de que sus problemas en breve se iban a solucionar.

Nada más llegar a casa Sofía le comunicó a su madre que aceptaba la proposición del doctor. Lady Black la abrazó; aunque sabía que era lo mejor para la reputación de su hija, no lo sería para su felicidad. Tenía solo dieciséis años y se iba a casar con un hombre al que no amaba, pero ella intentaría por todos los medios llenar su vida de satisfacciones y alegrías. Para empezar, le propuso organizar una fiesta de compromiso de la que ella se encargaría de la decoración. Deberían de celebrarla lo antes posible, a más tardar en un mes, antes de que su estado fuera visible para todos. La noticia fue bien recibida por su padre, el cual admiraba al doctor y le complacía que formara parte de la familia. Enseguida le escribió una nota y lo citó para cenar al día siguiente con la intención de comunicarle que su hija Sofía había aceptado su proposición.

Delante de todos los miembros de su familia, el doctor Ralph Brown le declaró a Sofía sus nobles intenciones y realizó una formal proposición de matrimonio. Sofía aceptó sin demostrar la más mínima muestra de emoción: para ella solo era una situación temporal hasta que Daniel regresara a su lado. Elsie, al conocer la noticia, subió corriendo a su cuarto enfadada: era mayor

que Sofía y le correspondía a ella ser la primera en contraer matrimonio. Entre lágrimas calladas, su mente comenzó a tramar alguna argucia para que ese matrimonio no se celebrara, al menos, antes de que ella se casara.

Aun sabiendo el peligro al que se exponía por su compromiso con Sofía, al doctor no le importaba que lo vieran en público con ella. Todos los días daban largos paseos por los jardines más hermosos de la ciudad, la acompañaba a la biblioteca algunas mañanas, cuando su tiempo se lo permitía, y la colmaba de atenciones. Su círculo de amistades estaba muy preocupado por él y, por más que le aconsejaban que llevara su relación con discreción por miedo a que fuera asesinado, no les prestaba la más mínima atención: adoraba a Sofía y era feliz estando a su lado. En breve formaría parte de la honorable familia del barón Black.

Daniel y Pascual se hicieron grandes amigos nada más llegar a Italia. A ambos les apasionaba la actividad inventiva, eran muy creativos y estaban ilusionados por ser los encargados de recabar los últimos datos necesarios para poder poner en funcionamiento el gran descubrimiento de la historia: viajar en el tiempo. Antes de partir, Mark Layon les informó de que ya había logrado desentrañar casi todos los pormenores de la increíble invención: sabía la fórmula para poder viajar en el tiempo, pero la persona que viajara volvería a nacer en el lugar donde se desplazara. Solo le faltaba perfeccionarlo; quería hallar la manera de poder ir y regresar manteniendo las mismas características, la misma edad. Para ello necesitaba la ayuda de Flavio Buono, un experto en el campo de la invención y, aunque tuviera fama de ser alocado y excéntrico, era el único capaz de encontrar la solución. Durante días trabajaron sin parar alentados por la buena disposición que demostraba el inventor al ofrecerles, desinteresadamente, sus magnos conocimientos. Daniel añoraba a su querida Sofía. Todas las noches antes de acostarse le escribía poemas de amor y, aun sabiendo que no llegarían a sus manos, se deleitaba mostrándole su incondicional amor. Pensaba que quizá ello fuera la causa de los extravagantes sueños que últimamente tenía con ella: vestida siempre con un extraño traje chaqueta de color gris entallado y zapatos de fino tacón lo acompañaba en sus noches solitarias. Estaban en otro mundo, un lugar futurista en la que los edificios eran de construcciones muy elevadas y, en vez de en carruaje, las personas se desplazaban en unos curiosos aparatos con ruedas, sin caballos; caminaban solos a una gran velocidad. Él se veía diferente, contaba con más edad. Cogido de su mano, a veces aparecía un niño que no se parecía en nada a él. Sofía también tenía más años que en la actualidad y parecía mayor que él, aún así, era bellísima. Cuando en sus sueños los dos estaban juntos sentía una gran felicidad: la amaba tanto como en la realidad. En determinados momentos, la imagen de ella se difuminaba y aparecía el rostro de una mujer desconocida, esbelta, de cabello rubio y

sonrisa seductora. Cuando estaba junto a esa mujer no se sentía en casa: su casa era Sofia. Una mañana se despertó con el recuerdo de un sueño que había sido diferente a los habituales. Se encontraba en una casa trabajando con un señor mayor en una invención. Aunque el hombre tenía el pelo canoso y un gran bigote curvado, por la expresión de su rostro lo reconoció: era Pascual. Sin saber si esos sueños eran debido a la locura que algunos pensaban que estaba padeciendo, no se atrevía a mencionárselos a nadie, pero ante la necesidad de compartírselos se los narró con todo detalle a Pascual, arriesgándose a que lo considerara un lunático. Lejos de pensar que estaba loco, Pascual se interesó por sus curiosos sueños y le confesó que a él también le estaba sucediendo lo mismo. Había soñado que se encontraba en una rara ciudad y su aspecto coincidía con el que Daniel le había descrito. Trabajaba en un proyecto con mucha ilusión junto a un hombre al que no se le veía el rostro. Además, aparecía con frecuencia un señor que era igual que Mark Layon, pero ya de mayor. El hecho de que los dos tuvieran tan extraños sueños les inquietó y, después de sopesar diversas explicaciones razonables, concluyeron que tal vez los dos provinieran del futuro. Ante tan importante hecho, decidieron narrarle lo que les estaba aconteciendo a su mentor para que les diera su opinión. Con la excusa de invitarlo a cenar en agradecimiento a la ayuda que les estaba prestando, lo citaron en su restaurante favorito. Entre plato y plato le contaron, denotando entusiasmo, sus insólitos sueños. Los ojos de Flavio Buono chispeaban con cada palabra que escuchaba. Continuamente se llevaba las manos a la cabeza en señal de maravillosa sorpresa. Cuando los dos amigos le preguntaron sobre la posibilidad de que vinieran del futuro, el inventor, levantándose de la mesa, alzando las manos a la vez que miraba hacia el techo, gritó: ¡milagro! ¡Gracias, Dios mío, era la señal que llevaba años esperando! Los comensales lo miraron pasmados y no dejaron de hacerlo hasta que se volvió a sentar. Bajando el tono de voz les explicó que ahora que sabía que ellos venían del futuro era el momento de darle los datos que tanto necesitaban para perfeccionar la invención; se los había ido suministrando poco a poco, pues no se fiaba que fueran las personas adecuadas para llevar a cabo tal hallazgo. Lleno de emoción, les pidió que le repitieran sus sueños con el objetivo de averiguar la fecha exacta y el lugar del que procedían. Pascual buscó en su mente y se vio leyendo una revista en español, sin embargo, Daniel no ubicaba el sitio donde se encontraba en sus sueños. Flavio les recomendó que los revivieran una y otra vez: cuanto más se pensara en alguna

cosa, más probabilidades había de que se volviera a soñar con ella. A veces, las historias que soñábamos tenían continuidad día tras día. Flavio les explicó que era un entusiasta de la mente humana y leía sin parar artículos relacionados sobre la interpretación de los sueños. En su humilde opinión, el motivo por el que Daniel y Pascual estaban teniendo sueños similares a la vez, era provocado por el contacto que en estos días estaban teniendo: los dos debían de provenir de la misma época. Lazos de los distintos tiempos intentaban conectar uniendo pasado, presente y futuro a través de los sueños. Daniel recordó que el primer sueño del futuro que tuvo con Sofía fue cuando conectó con ella: la teoría de Flavio tenía sentido, todo cuadraba. Sofía, Pascual y él venían de futuro. Contentos y, a la vez temerosos de venir de un lugar desconocido, los tres se marcharon a sus casas esperando tener intrigantes y reveladores nuevos sueños.

Y así fue. Pasadas dos noches, Daniel soñó que se encontraba en una habitación rodeado de desconocidas personas entre las que se encontraba Sofía con una niña pequeña esperando a ser atendida por un médico. En sus manos tenía un periódico en el que se veían con claridad los datos de su publicación. Fue el día en que conoció a Sofía, el dieciocho de enero de dos mil dieciocho, en la ciudad española de Valencia. Ante tal revelación marchó presto para comunicárselo a sus dos compañeros, cómplices de sus asombrosos sueños. Entusiasmados por la noticia, resolvieron que había llegado el momento de que Pascual regresara a Londres y, junto a su equipo, probaran el invento programando el viaje al lugar y día que Daniel había soñado. Pascual se lo comunicó de inmediato a sir Paul Layon, pidiéndole permiso para que Daniel pudiera regresar con él y así poder probar juntos el invento. Pasados cinco días recibió por correo la contestación: sir Paul Layon le confirmaba que podía regresar a Londres, sin embargo, Daniel aún debía de permanecer un tiempo más en Italia. Todavía no habían averiguado quién era el «Asesino del Amor» y, aunque la señorita Sofía Black, ante la sorpresa de todos, se había comprometido con el doctor Ralph Brown, teniendo dudas sobre tal repentino compromiso temía que la vida de Daniel en Londres estuviera aún en peligro. De su parte, le recomendó calma, paciencia y entereza hasta que las cosas se clarificaran. Pascual sufrió la noticia del compromiso de Sofía de la misma forma que si le hubiera ocurrido a él. Al principio, pensó en guardar tal triste noticia en secreto para no dañar a su

amigo, pero después de sopesarlo una y otra vez, tembloroso y con la voz entrecortada se lo anunció. Daniel se creyó morir: ella le había prometido que lo esperaría siempre y, sin embargo, no había tenido la paciencia necesaria para esperarlo. Triste por la nueva, después de despedirse de su querido amigo, marchó a su casa y se encerró en su habitación. Sobre el primer papel que encontró escribió sus amargos sentimientos de desamor; escribir le tranquilizaba el alma, aunque no el profundo dolor de su corazón. A cabo de unas horas, cuando la sombra de su tormento se desvaneció, pensó que algo no cuadraba: Sofía y él se amaban. Si se había comprometido con el doctor, debía de haber una causa que lo justificara; ella nunca se enamoraría de un hombre tan recto, serio y sin un ápice de entusiasmo, como Ralph Brown. Tal vez lo hubiera hecho para protegerlo a él. Aunque sus cavilaciones calmaron su aflicción, necesitaba que Sofía le diera una afortunada explicación: tenía que hallar la forma de regresar a Londres cuanto antes.

Había transcurrido un mes desde que Daniel se marchó a Italia. Sofía lo recordaba cada segundo del día y deseaba con impaciencia su pronto regreso para poder dar fin a su compromiso con el doctor Ralph Brown; por muy atento y cariñoso que se comportara con ella, su corazón estaba ya ocupado y no podría palpar por ningún otro hombre que no fuera Daniel. Lo único que sentía hacia el doctor era respeto y una sincera admiración hacia su persona, lo que provocaba que sus innumerables paseos junto a él cada día fueran más agradables. La fecha de la fiesta de compromiso estaba cada vez más próxima y Sofía temía que Daniel no acudiera a tiempo, lo cual la inquietaba en exceso mostrándose en ocasiones irascible cada vez que su madre mencionaba que debía de acelerar los preparativos.

Elsie llevaba unos días sin parar de salir de casa, aunque decía que frecuentaba a sus amigas, ni su madre ni Sofía se lo creían del todo: un día estaba feliz y, al otro, atormentada. Sabían que estaba tramando algo y, aunque con seguridad se trataba de algún asunto relacionado con un hombre, no acertaban a saber qué le rondaba por su cabeza. Fue unos días antes de la fiesta de compromiso de Sofía cuando se enteraron de forma abrupta lo que Elsie había estado planeando en secreto. Una mañana la vieron salir de casa con un elegante traje de color blanco que había adquirido recientemente, según explicó, para una fiesta a la que la habían invitado. Lady Black, antes de que saliera de la residencia, le pidió las pertinentes explicaciones; no eran horas de asistir a fiestas y menos si ella no lo había aprobado. Pero Elsie, como si no fuera con ella, se marchó sin dar ningún tipo de justificación. Durante todo el día esperaron con intranquilidad su regreso, lo que no sucedió. Lady Black y su marido, muy preocupados, cuando a primera hora de la mañana se disponían a ir a visitar al inspector Bob Walker para comunicarles la desaparición de su hija, Elsie llegó a casa. Mientras su madre corrió a abrazarla, su padre le recriminó su actitud. Entraron en la sala principal y

Elsie les pidió que se sentaran.

—Padre, madre. Tengo algo que comunicaros: ayer me casé con Harry, el hijo del conde Lock.

En ese instante Sofía entró en la sala y, sorprendida por sus palabras, no pudo evitar vituperar su acto.

—¿Te has casado en secreto con Harry? ¿Es el prometido de Simone! ¿Cómo has podido hacer una cosa así?

—Tranquilízate, hermana: al igual que tú estoy esperando un hijo.

—No puede ser cierto...—expresó lady Black sufriendo un ligero desmayo.

—¡Rápido, Sofía! Ordena al servicio que traigan unas sales —gritó su padre inquieto por la situación.

Al momento acudió una criada portando unas sales que utilizaban para casos de desmayos o mareos. Nada más inhalarlas lady Black se recuperó.

—¿Se encuentra bien, madre? No pretendía causarle daño con la noticia, sino alegría —se excusó Elsie preocupada por su madre; ella era a la única que le contaba sus desvelos, sus alegrías y sus miedos, pero esta vez se lo había ocultado.

—Hija, ¿por qué no me has avisado de tu estado? ¿Es que ya no confías en mí? Soy tu madre, ¿deberías de haberme dicho que estás embarazada! ¿Cómo puede haberte pasado a ti también? ¿Acaso no os he educado con fuertes principios morales? He intentado que seáis unas mujeres decentes, pero no lo he logrado, y vuestro padre os ha consentido demasiado. Harry ni siquiera era tu prometido. ¡Me has provocado un terrible dolor!

—¡No es justo! —se quejó Elsie—. A Sofía la colmáis de atenciones estando embarazada igual que yo, ¡y para mí todo son reproches!

—¡¡Abusaron de tu hermana!! La situación es bien distinta.

Sofía por unos segundos se sintió una mala persona. Aunque posiblemente habían abusado de ella, también había intimado con Daniel sin estar casada con él, al igual que su hermana con Harry. Por ello, no podía recriminarle nada. Debía de contarle a su madre la verdad, pero sabía que debía de esperar a que los ánimos se calmaran.

—¡Soy mayor que ella y sea cual sea su circunstancia, me correspondía casarme antes! —se quejó Elsie mostrando indignación.

—¡Callaos! —gritó lord Black—. Ya está bien de represalias por ambas partes. Confiaba en que vuestra madre haría de vosotras dos mujeres decentes, pudorosas, pero ha fallado y ahora tendré que solucionar tan confusa situación.

Lord Black era un hombre ausente. Ausente de su mujer, ausente de sus hijas. Dedicaba todo su tiempo a los negocios, reuniones y otras afinidades que guardaba en secreto. Para aliviar su conciencia por la falta de presencia ante sus hijas, las complacía en todas sus peticiones con la intención de que nunca les faltara nada material, pero lo que no enjuició fue que siempre les había faltado la figura paterna como referencia en sus vidas. Dadas las enormes virtudes de su encantadora y perfecta esposa, daba por hecho que las dos crecerían dentro de las normas éticas y morales que la sociedad imponía y se convertirían en dos hermosas mujeres virginales que se casarían con ricos y nobles herederos. Sin embargo, la realidad no era tan cristalina como él pensaba. Orgulloso y algo prepotente, no iba a permitir que el fracaso de sus hijas fuera causado por su falta de presencia. La culpable era su mujer: ella debía de haber controlado sus vidas para que fueran perfectas.

—¿Me culpas de tal situación? —le preguntó lady Black a su marido.

—Tú las has educado y deberías de haberlo hecho mejor. No conozco a ninguna familia de la nobleza que le haya sucedido tal agravio.

—No quiero seguir discutiendo, con ello solo conseguimos alejarnos y hacernos más daño —expuso lady Black, templando sus ánimos—. Elsie, ¿podrías explicarnos la razón por la que te has casado en secreto, sin tan siquiera organizar un compromiso oficial?

—Madre... Todo ha ocurrido muy rápido. Hace solo unos días que le anuncié a Harry que estaba embarazada. Al principio no se lo creyó, pues tan solo estuvimos juntos una vez en verano, pero después reaccionó como un caballero y me prometió que reconocería a mi hijo como suyo, aunque no deseaba contraer matrimonio conmigo. Me costó sudor y lágrimas convencerlo y, antes de que se arrepintiera, logré que se casara conmigo. Me ha pedido tiempo para comunicárselo a su familia y también a Simone. Durante unos días

viviremos separados para evitar un disgusto a su familia.

—Y a la nuestra también —le reprochó su padre—. Espero que encontréis la forma de que ante la sociedad seáis un matrimonio respetable.

—Así será, padre. Cuando comunique nuestra unión a sus allegados viviremos juntos en su residencia de Londres. Lo tenemos todo muy bien planeado.

—Pobre Simone —suspiró Sofía—. ¡Seguro que no has parado de maquinarse hasta conseguir que se casara contigo! ¡Harry se casa contigo por obligación, de quien está enamorado es de Simone!

—¿Y a caso el doctor está enamorado de ti? No eres más buena que yo, hermana.

—Dejad de discutir —les ordenó su padre con rigor—. Ahora lo que debemos de hacer es encontrar la manera de ocultar vuestra situación ante la sociedad: dos hermanas en camino de la familia sin estar antes casadas, eso es una inmoralidad y nadie debe de descubrirlo. Sofía se casará cuanto antes con el doctor y tú, Elsie, espero que en unos días te vayas a vivir con Harry y anunciéis públicamente que os habéis casado en secreto por amor o porque no os gustan las bodas ostentosas; ya pensaréis lo más adecuado para que no recelen de la verdad. Mañana quiero que Harry venga a visitarnos. Necesito saber si realmente es de confianza.

—Se lo diré y estoy segura de que vendrá a visitarlo. Es un hombre de honor.

El resto del día transcurrió en un clima de hostilidad callada. Elsie no quería hablar más del tema y se encerró en su cuarto. Lady Black deambulaba por la casa ordenando tareas a las criadas que ya habían terminado de hacer y, Sofía, indignada por lo acontecido, empezaba a leer uno y otro libro sin centrarse en más de dos líneas seguidas. A la mañana siguiente, lady Black, ya más calmada, pensó que debía de hablar a solas con Elsie y mostrarle su apoyo. La noticia de su matrimonio la había impactado tanto que no pensó en que su hija necesitaba ser comprendida. Era una mujer complicada, su única meta desde pequeña había sido casarse con un hombre rico perteneciente a la nobleza y dedicó todo su tiempo en formarse en ser la más educada, complaciente y con los mejores modales de entre las jóvenes de su edad. No

tenía aficiones más allá de las reuniones sociales y de la moda, al contrario que Sofía, que dado a su gran creatividad le gustaba aprender y realizar todas las actividades que se le permitieran practicar. Sofía había heredado el carácter de su padre, Charles Dickens y, Elsie, el del suyo, por ello eran tan diferentes. Llamando a la puerta de su dormitorio le pidió poder entrar.

—Pase, madre.

—Buenos días, Elsie. Espero hayas descansado bien. Me gustaría hablar contigo, ayer no estuve muy receptiva porque la noticia de tu matrimonio me sorprendió, pero hoy quiero que sepas que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias, madre. No se preocupe por mí, estoy bien.

—¿Sabes que pensaba que al final con quién te casarías sería con Francis Dickens? Hacíais muy buena pareja y te veía muy a gusto con él.

—Francis solo fue un instrumento para llegar hasta Harry. No es un hombre que me pueda ofrecer lo que yo merezco: mansiones, títulos, posición social. Soy una mujer que merece estar rodeada de lujo. Sé que voy a ser una buena anfitriona, la mejor, como usted, madre.

—Deberías de escribirle una carta al joven Francis para comunicarle tu matrimonio antes de que se entere por otros medios; él siempre se ha portado muy bien contigo.

—Y yo fui amable con él, pero ya no lo necesito, y su presencia me puede perjudicar. No espero verlo más.

—¿Estás enamorada de Harry? ¿Cuándo yaciste con él? Son cosas que rondan por mi cabeza en un intento de comprenderte.

—Harry es el hombre perfecto, el que siempre he buscado; lo supe desde que lo conocí en la fiesta de disfraces que celebró sir Paul Layon. Al principio mostró interés por mí, pero es un hombre que puede permitirse tener a la mujer que quiera y, a la vez que mostraba afecto hacia mí, me enteré de que también lo hacía con otras. Aunque utilicé todas mis artes de seducción no fue suficiente; el tonto se encaprichó de la remilgada Simone. En verano, cuando nos encontrábamos en Black House, uno de los días que vine a Londres, me presenté en su casa y, después de tomar unas cuantas copas de vino, lo seduje con la intención de quedarme embarazada de él: era la fórmula

más rápida para que se decidiera por mí y dejara de flirtear con otras mujeres. Además, creía que al poder poseerme se volvería loco de amor, pero no fue así, ello solo sirvió para que no me tomara en serio. En repetidas ocasiones, intenté volver a estar con él, pero me rechazó una y otra vez; solo tenía ojos para la estúpida de Simone. En Francis vi la oportunidad de darle celos y, créame, funcionó: noté que me miraba de otra manera cuando me veía con él. Madre, Harry es el hombre que me puede hacer feliz y estoy dispuesta a conseguirlo de cualquier manera.

—¿Cuándo supiste que estabas embarazada? Por lo que me has contado solo yaciste una vez con él.

—Me di cuenta hace tan solo unos días y decidí comunicárselo. Es un hombre de honor y sabía que aceptaría casarse conmigo. Con el tiempo se olvidará de Simone y me amará. Yo soy la mujer perfecta para él. Mis planes eran que tenía que contraer matrimonio antes que Sofia, me lo merezco, y al final todo ha salido como yo esperaba. Lo amenacé con que, si no se casaba conmigo en menos de tres días, se lo contaría todo a Simone. Por no hacerle daño, aceptó. No me importa no haber tenido una gran boda, los preparativos son muy lentos, tardaría tiempo en celebrarse y temía que se pudiera arrepentir. Ya organizaré grandes fiestas para celebrar cada aniversario.

El corazón de lady Black se iba encogiendo con cada explicación que le daba su hija. Su cruel frialdad le asustó y pensó que, quizá ni siquiera estuviera embarazada; por la fecha en la que estuvo con Harry ya debería de notarse su vientre algo abultado y estaba tan plano como siempre lo había tenido. Aunque hacia un tiempo Elsie le dijo que era el hombre perfecto para ella, pensaba que ya se habría olvidado de él. Temerosa de que todo fuera fruto un diabólico plan para lograr casarse con Harry, le sugirió que debía de ponerse en manos de un buen médico para cuidar su embarazo, como el doctor Ralph Brown.

—No voy a ponerme en las manos del futuro marido de mi hermana. Ya tengo un médico de confianza que cuidará de que todo vaya bien.

—Respeto tu decisión. Esta semana iremos a visitarlo, te acompañaré siempre que tengas que acudir: cuenta con mi ayuda.

—Gracias, madre. Le agradezco que se preocupe por mí.

Lady Black estaba confusa; quería creer a su hija, pero intuía que le estaba mintiendo. Hasta que no supiera con certeza que realmente estaba embarazada la ayudaría en todo lo que necesitara: Elsie era su hija y, fuera buena o mala, debía de estar a su lado. Mientras tanto, Sofía se encontraba en su habitación pensando si debía de visitar a Simone. Después de darle varias vueltas decidió no hablar con ella hasta que Harry le comunicara la mala noticia. Estaba muy preocupada por ella, sabía lo enamorada que estaba de Harry y el dolor que le iba a causar su inesperado matrimonio con Elsie. Pasados tres días Sofía recibió una carta de Simone en la que le expresaba que daba por terminada su amistad debido a que su hermana se había casado con Harry. El sufrimiento era tan insoportable que no quería relacionarse con nadie que tuviera que ver con Elsie. Con el tiempo, cuando su corazón sanara, quizá podrían retomar su sincera amistad. Sofía sintió en el alma las palabras de Simone, pero la comprendía y respetaría su decisión. Los últimos días estaban llenando de dolor su vida, necesitaba que regresara Daniel, sentir su presencia, su voz, su olor y, sobre todo, necesitaba que regresara antes de que la obligaran a casarse con el doctor.

Una semana después de anunciar su matrimonio con Harry, Elsie abandonó el domicilio familiar para vivir en la lujosa residencia de su flamante marido. Los padres de él aceptaron a Elsie en la familia de buen agrado; sabían que su hijo siempre había sido un mujeriego y, aunque pensaban que con quién terminaría casándose sería con Simone, vieron con buenos ojos que sentara la cabeza con una hermosa mujer proveniente de la nobleza. Sin embargo, Harry no amaba a Elsie, sino a Simone, y sintió profundamente el tener que separarse de ella, pero como hombre de honor, tenía que cumplir con su obligación moral: no gozaría del placer de amar a Simone, pero se regocijaría en el amor de su futuro hijo. El mismo día que Elsie se marchó fue a visitarlas el inspector Bob Walker. Nada más verlo, Sofía le preguntó si por fin habían atrapado al asesino. Lady Black lo condujo hasta la sala principal y, después de ofrecerle un té, le preguntó por el motivo de su visita.

—Señorita Sofía, siento comunicarle que todavía no hemos detenido al culpable. Llevamos vigilando al doctor Ralph Brown un tiempo por si el asesino quisiera matarlo, como ocurrió con sus otros pretendientes, pero hasta el momento nadie lo ha intentado. Personalmente creía que a estas alturas ya lo habríamos detenido, debe de tratarse de una persona muy inteligente,

calculadora, escondida detrás de una máscara... Seguramente sabe que vigilamos cada paso que da el doctor, pero algún día cometerá un error. El único sospechoso que tenemos es Alan y, excepto en las reyertas que se mete cuando bebe más de la cuenta en los prostíbulos que frecuenta, no tenemos ninguna prueba que nos lleve a demostrar que es el hombre que buscamos. Sabemos el odio que siente por Sofía y Elsie, pero ello no es motivo suficiente. Les pido que piensen con detenimiento si saben alguna razón que demuestre tal aversión como para querer vengarse de Sofía. Necesito pruebas..., pruebas contundentes que confirmen nuestras sospechas.

Lady Black se quedó en silencio. Ella tenía esa prueba que necesitaba: Alan había sido su amante y le había confesado que solo había estado con ella porque a sus hijas no las podría tener nunca. Las odiaba, ella lo sabía y lo podía demostrar, pero ello implicaría ponerse en evidencia, sacar a la luz su infidelidad, otro escándalo en su familia... Por prudencia decidió seguir ocultando su pecado, solo en caso de que la situación empeorara contaría su terrible secreto.

—Lo siento, inspector. No tengo ningún otro dato que aportar —contestó lady Black.

—Yo tampoco, pero le prometo que pensaré en ello una y otra vez por si a mi mente viniera alguna prueba. Estoy deseando que atrapen al asesino.

—La comprendo, señorita Sofía. Bien, no les robo más de su tiempo. Si necesitan algo de mí ya saben dónde encontrarme.

Nada más despedir al inspector, Sofía salió de su casa y corrió hasta que lo alcanzó.

—¡Inspector! —gritó llegando a su lado—. No he podido hablar con usted delante de mi madre. Necesito que Daniel regrese cuanto antes; quieren adelantar mi boda con el doctor y no puedo romper mi compromiso hasta que él esté aquí, momento en el que les comunicaré la verdad a mis padres. Si se la cuento ahora les haría mucho daño. ¿No podría hacer algo para que Daniel regrese a Londres? El asesino tendrá puestos los ojos en el doctor, que es mi prometido, y ya no intentará nada contra Daniel.

—Los problemas de Daniel en Londres no solo radicaban en los peligros que corría por estar enamorado de usted, además de ello, alguien

estaba haciéndose pasar por él intentando destruir su buena imagen profesional. No obstante, hablaré con sir Paul Layon y, si lo estima conveniente, dispondremos que Daniel regrese a Londres. Hace unos días llegó el señor Pascual de Italia, por lo que me han contado, el tiempo que estuvo con Daniel fue todo muy bien. Quizá sea un buen momento para que Daniel regrese a la ciudad.

—Gracias, inspector. Confío en su buen obrar —le agradeció Sofia regresando de nuevo a su casa con una sonrisa en su rostro.

Sofia estaba pletórica, si Daniel regresaba, en cuanto la abrazara se desvanecerían todos sus miedos y podría contar, agarrada de su mano, toda la verdad. Daniel era el hombre con el que quería pasar el resto de su vida y confiaba en que, gustoso, se casaría con ella.

Pascual regresó a Londres deseoso de compartir con sus compañeros la fórmula que necesitaban para perfeccionar la extraordinaria invención que comenzó Mark Layon hacía ya muchos años y que, por fin, iban a poder materializar. Sir Paul Layon decidió que, antes de comunicar la noticia a El Club de los Grandes Genios, se reuniría en privado con los hombres que habían estado trabajando con su hijo en el proyecto y los citó el lunes a las nueve de la mañana en su residencia, lugar donde su hijo Mark guardaba celosamente todo lo relativo al invento. Antes del día de la reunión, Pascual les mostró a Mark y a su padre la información recabada durante su estancia en Italia. Entusiasmado por los nuevos datos, Mark, tomó sus anotaciones anteriores y se dispuso a copiarlos en su libreta. Estaba tan nervioso que, sin querer, derramó su taza de café sobre parte de las notas, aunque por fortuna la nueva información no se había manchado. Cuando terminó de escribir todos los datos les pidió que lo dejaran unas horas a solas. Mark no salió del despacho hasta el anochecer. Su padre y Pascual, cuando lo vieron entrar en la sala, notaron una sonrisa especial en su rostro.

—El invento está listo. Si me acompañan podemos probarlo ahora mismo.

—¡Eso es una noticia extraordinaria! —lo felicitó su padre emocionado —. Te acompañaremos donde haga falta. ¿Has localizado un lugar para poder probarlo?

—Sí: está a las afueras de Londres, en una cueva en medio del campo. ¡Estoy deseando probarlo y no puedo esperar ni un minuto más!

—Adelante, iremos en el carruaje —propuso sir Paul Layon.

—Solo podemos ir nosotros tres. El cochero no debe venir.

Entre sir Paul Layon, Pascual y Mark agarraron el aparato y lo colocaron en el carruaje. Sin ser vistos, salieron de la ciudad hasta alcanzar

una zona del campo solitaria. Cargaron con el aparato y caminaron entre matorrales hasta llegar a una cueva. La iluminación que tenían era escasa, pero, motivados por probar la invención, entraron en la cueva y posicionaron el aparato según las instrucciones que les iba dando Mark. Tardaron más de dos horas en ponerlo en marcha. Por cautela, decidieron que primero probarían viajar a una fecha cercana por si se quedaban atrapados en el tiempo. En las anotaciones del autor del manuscrito encontrado por Mark indicaba la forma de viajar a Londres en el siglo XIX, lo que les facilitaría el primer intento. Mark quiso ser el primero en estrenarlo y posicionó los siguientes datos: Fecha, el día siguiente. Tiempo del viaje, una hora. Lugar, Londres. Si todo iba bien en una hora estaría de vuelta. Después de pulsar cinco botones, una luz formó un círculo parpadeante por donde entró Mark. Su padre, temeroso de no volverlo a ver nunca más, observó preocupado cómo desaparecía. Sin embargo, pasada una hora, Mark regresó a través del círculo.

—¡Funciona! ¡He viajado en el tiempo! ¡Lo hemos conseguido! —gritó eufórico Mark, a la vez que abrazaba a su padre—. He estado en el día de mañana una hora en Londres. Tomé un periódico y comprobé la fecha. Mi memoria no se ha alterado, sabía perfectamente que estaba probando el experimento y que solo iba a estar una hora, así que decidí dar un paseo por la ciudad. ¡Es increíble! ¡Voy a entrar otra vez!

—¡Lo has conseguido, hijo! ¡El descubrimiento más grande de toda la historia! Pero, por hoy ya está bien. Debemos de pensar detenidamente los pasos que vamos a dar: es conveniente que por ahora solo lo sepan las personas que han trabajado con nosotros en la invención. Debemos ser cautos y evitar que alguien lo quiera manipular. Es demasiado importante y la ambición puede cegar hasta al más honrado.

—Lleva razón, padre. Lo apagaré y lo cubriremos con una tela que he traído para que nadie lo pueda ver. Ya que está bien situado lo dejaremos aquí.

—La emoción me embarga y mi garganta me impide expresar lo que siento en estos momentos —expresó Pascual con los ojos muy abiertos—. Ahora podré regresar a mi época.

—¿A tu época? ¿Qué quieres decir, amigo? —le preguntó Mark intrigado.

—Os lo explicaré de vuelta a la ciudad: Daniel y yo venimos del futuro.

Durante el trayecto Pascual les narró lo que habían descubierto durante su estancia en Italia. Tal acontecimiento los inquietó a la vez que mostraron gran interés por viajar al futuro para cerciorar que era verdad. Pascual propuso que Daniel debería de regresar cuanto antes para realizar con ellos el viaje. Sir Paul Layon estaba de acuerdo, pero antes quería indagar algo que desde hacía tiempo le rondaba por la cabeza relacionado con los inusuales sucesos que le ocurrieron a Daniel antes de partir a Italia.

La noche siguiente, vistiendo capa larga y gran sombrero que le cubría la mayor parte de la cara, sir Paul Layon se dirigió a la zona más pobre de la ciudad. Tenía un presentimiento. Sin saber bien la razón, algo le decía que tenía que acudir esa noche a un prostíbulo que frecuentaban algunos de sus conocidos, encubierto como si se tratara de un bar, situado frente a la taberna de Blake, lugar donde el misterioso asesino dejaba las cartas con las instrucciones necesarias para cometer los delitos. En alguna ocasión había entrado solamente por acompañar a un amigo o para tratar algún asunto de negocio, pero nunca había ido para satisfacer sus deseos sexuales. Nada más llegar se sentó en una mesa algo apartada y observó a las personas que se encontraban en el bar. Cerca de la barra contempló a Alan; sabía que era asiduo a esos locales, lo que no le extrañó. Conversaba con un hombre que vestía capa larga y sombrero, pero al encontrarse de espalda no lo pudo reconocer. Después de pedir un güisqui, esperó pacientemente que llegaran más personas al local con la esperanza de reconocer a alguien cercano al círculo de Daniel y que pudiera ser el causante de sus males. Alan y el hombre con el que estaba continuaban conversando hasta que, pasados unos minutos, el hombre le dio la mano y se despidió. Al pasar por su lado, este se bajó el sombrero con la clara intención de cubrirse el rostro. Solo tuvo unos instantes para ver parte de su cara y, con asombro, le pareció ver que era Daniel. Sin pensárselo, salió del local y, disimuladamente, siguió al hombre. Caminó varios pasos detrás de él hasta que lo vio entrar en una vivienda. Después de anotar la dirección, regresó a su residencia.

El lunes a las nueve de la mañana se reunieron todos los hombres que habían estado trabajando junto a Mark en la invención, excepto Daniel. Sir Paul Layon le había escrito una carta a él y otra al inventor italiano en la que les comunicaba que Daniel ya podía regresar a Londres. Del único que tuvo una pronta respuesta fue de Flavio Buono. En su carta le informaba de que

Daniel, encontrándose muy triste por el compromiso de su amada Sofía, se había marchado a visitar algunos lugares de Italia con la pretensión de sanar su dolor. Solo cuando tuviera noticias de él podría indicarle que regresara a Londres. Sir Paul Layon se quedó intranquilo: Daniel no estaba en el lugar que debía estar. Después de comunicar a los presentes en la reunión sobre el buen funcionamiento del invento, el doctor Ralph Brown, entusiasmado, pidió que fueran al lugar donde se encontraba. Mark, deseoso de probarlo de nuevo, accedió. Pascual propuso que el primer viaje lo realizaran a Valencia, el día dieciocho de enero de dos mil dieciocho, día en que Daniel y Sofía se conocieron. Para ninguno de los hombres del grupo era importante la fecha, lo único que querían era saber cómo funcionaba y viajar a cualquier lugar. Tomaron dos carruajes y se dirigieron a la cueva donde se encontraba el aparato. Sir Paul Layon, temeroso de que alguno pudiera hacer mal uso del mismo, propuso que, en esa ocasión, solo conocieran la forma de utilizarlo y, ya con tranquilidad, cuando estuvieran menos ansiosos y más centrados, realizarían un viaje en el tiempo. Todos sabían que llevaba razón; estaban demasiados nerviosos e ilusionados por el descubrimiento y se estaban comportando como niños con un juguete nuevo que sin querer podían estropear. Esperarían a asimilar que el maravilloso hallazgo era real y lo probarían cuando sir Paul Layon lo creyera conveniente.

La fiesta de compromiso de Sofia con el doctor Ralph Brown resultó tal y cómo sus padres esperaban: discreta, elegante, formal. Además de la familia, solo asistieron las amistades más cercanas. En el acto, el barón Black anunció que la boda se celebraría en menos de un mes. Sofia, que se enteró de la noticia en ese mismo momento, palideció al instante y, en un intento de guardar la compostura, mostró una leve sonrisa en su rostro. Durante la siguiente semana, las náuseas y el mal estado, afloraron con más fuerzas que nunca. Sin ganas de ver a su prometido evitaba encontrarse a solas con él. Sin saber el motivo, observó un repentino cambio en el comportamiento del doctor: su buen talante y amabilidad lo mostraba cuando se encontraba cerca lady Black, pero, en las pocas ocasiones que estaban a solas la miraba de forma diferente, se mostraba distante, más serio de lo habitual, incluso irritable. Su estado anímico empeoró cuando el inspector le comunicó que habían aprobado el regreso de Daniel a Londres, pero este, afligido por conocer la noticia de su compromiso con el doctor, había desaparecido de su lugar de residencia de Italia. Lo único que sabían de él era que se encontraba visitando algunos lugares del país para sanar tan profunda herida de su triste corazón. Sofia no esperaba que Daniel se enterara de su compromiso: su idea era comunicárselo personalmente y explicarle la verdadera situación. Posiblemente, él pensaba que ya no lo amaba y, quizá se refugiara en los brazos de otra mujer y nunca más volviera a verlo. La incertidumbre por saber cuáles eran sus pensamientos y si aún la amaba la atormentaban día y noche: ya no lo sentía cerca, ya no le susurraba al oído palabras de amor desde la lejanía. Sin él, la vida no tenía sentido.

Elsie, por el contrario, estaba radiante. Su carácter era alegre, gozoso; ahora que había conseguido su objetivo le sonreía a la vida. Su marido se preocupaba por ella más de lo que había pensado, sin embargo, no se daba cuenta de que él no era feliz. Harry echaba tanto de menos a Simone que en

secreto la fue a visitar. Su corazón palpitó a otro ritmo en el momento en que la vio. Sin poder remediarlo la abrazó y ambos lloraron por no poder estar juntos. Simone le preguntó si estaba seguro de que el hijo que estaba esperando Elsie era de él y, si realmente, su mujer estaba embarazada, pues su estado no era nada patente, cuestión que Harry nunca se había planteado y que por primera vez le creó dudas. En un intento de averiguarlo, Harry le propuso a Elsie visitar a un médico conocido de la familia para que le realizara las pertinentes pruebas de embarazo y controlara que todo estuviera bien. Elsie, sin atreverse a contradecirlo, le explicó que ya estaba en manos de un afamado médico especializado en partos, pero si lo deseaba, acudiría al médico que él eligiera por su bien. Ante su respuesta, Harry no supo que contestar: si no se negaba a que la tratara otro médico debería de ser porque ciertamente estaba embarazada. Pasados dos días Elsie le comunicó a su marido que su amiga Emily Lis le había pedido que la fuera a visitar a Greenwich para ayudarla con los preparativos de su inminente boda. Aunque a Harry no le agradaba la idea de que Elsie viajara sola en el ferrocarril, lo consintió pensando que era una oportunidad para encontrarse con Simone. Nada más terminar de preparar el equipaje, Harry la acompañó hasta la estación de London Bridge.

Lady Black pasaba la mayor parte de su tiempo al lado de su hija Sofía; le preocupaba su falta de apetito y notaba que su innata alegría iba desapareciendo día tras día. De vez en cuando abría uno de los libros románticos que tenía Sofía en su estantería con la intención de evadirse de todos los problemas, sumergiéndose en historias de amor con final feliz, pero ello también le recordaba a la aventura vivida con Alan: placentera, pero, desafortunada, por la que estaba pagando un alto precio. Continuamente pensaba que si no hubiera mantenido una relación con él ese verano habría estado más pendiente de sus hijas y ninguna de las dos se encontraría en estado. Las dos concibieron sus hijos en la temporada que se encontraban en Black House, tiempo en el que estaba tan entregada a la pasión que le ofrecía Alan que se olvidó de sus deberes como madre. Perdida en sus pensamientos, se sentó en la sala de la biblioteca con un libro abierto entre sus manos. La criada le anunció la visita del inspector Bob Walker. Sus visitas, cada vez más frecuentes, eran siempre bien acogidas.

—Buenos días, inspector. ¿A qué se debe el honor, esta vez, de su visita? Espero que sean buenas nuevas.

—Realmente, no sé si son buenas o malas noticias, lo que sí van a ser inesperadas: ayer por la noche asesinaron a Alan en una reyerta callejera.

—¿Alan ha muerto? —preguntó lady Black muy impresionada, llevándose las manos a la cabeza.

—No pensaba que le iba a afectar tanto... Más bien creía que se iba a alegrar dado que existe la posibilidad de que él fuera el padre del hijo que espera Sofía: ella me lo contó en secreto y puede quedarse tranquila, por mi parte no lo sabrá nadie.

—Disculpe, inspector. Me siento algo mareada. Por favor, pida que me traigan las sales antes de que pierda el conocimiento.

El doctor avisó rápidamente al servicio. Lady Black mejoró al instante.

—¿Se siente mejor? Siento haberle dado de forma tan brusca la noticia...

—Últimamente cualquier acontecimiento me afecta mucho; será la edad. Dígame, ¿se sabe cuál ha sido la causa y quién lo asesinó?

—Los testigos han contado que Alan estaba bastante bebido y que, al salir de la taberna de Blake, comenzó a discutir con dos hombres, lo que terminó en pelea y uno lo acuchilló. Por desgracia es una situación que ocurre con frecuencia en la zona más pobre de Londres. Lo único que me llama la atención es que uno de los testigos dijo haber visto a un hombre con capa larga y cubierto por un gran sombrero observando la escena a lo lejos. Seguramente fuera cualquiera que se encontraba por allí, no quiero darle más importancia.

—Gracias por avisarnos tan rápido. Se lo comunicaré a Sofía, aunque no sé si ello le va a afectar. Está muy delicada.

—Para lo que necesiten, pueden contar con mi apoyo —se ofreció el inspector despidiéndose.

El inspector, al salir de la residencia, mientras caminaba, pensaba la curiosa reacción que había tenido lady Black tras la noticia de la muerte de Alan. Algo que no lograba entender se le estaba escapando.

Lady Black le comunicó a Sofía la muerte de Alan. Aunque le impresionó, no le afectó en absoluto. Ya había pasado por dos duelos de amigos muy queridos y Alan no le importaba nada, al contrario, lo odiaba por la posibilidad de que hubiera abusado de ella. Lady Black se encerró en su

habitación y ordenó que nadie la molestara para llorar a solas: aunque Alan era el causante de muchas de sus desdichas el hecho de no volver a verlo nunca más, curiosamente, le dolía. Por la noche, después de tomarse una relajante infusión, se acostó sin esperar a que llegase su marido; necesitaba descansar y no quería volver a hablar del tema. Por la mañana se despertó y comenzó el día con mejor disposición, se estaba acostumbrando a tener que lidiar con situaciones tristes, complicadas, angustiosas y debía de ser una mujer fuerte para combatirlos. A media mañana recibió un correo urgente procedente de Greenwich en el que le notificaban que su hija Elsie había sufrido una grave caída y, aportando una dirección, pedían fueran a recogerla. La carta la firmaba Emily Lis. De inmediato lady Black mandó al cochero que fuera a avisar a su marido y le llevara la carta más una nota en la que le manifestaba que fuera a por Elsie lo más rápido posible. Seguidamente, se dirigió a la residencia de Harry, pero un sirviente le informó de que no se encontraba en casa. Con curiosidad le preguntó si había visto el correo, a lo que el señor le contestó que el de esta mañana no lo había leído aún. Después de dejarle una nota para que se la entregara nada más llegara se marchó.

Al atardecer llegaron a la residencia el barón y su hija. Sin parar de llorar Elsie les explicó que, caminando por la calle, se tropezó con un gran pedrusco cayendo sobre él. Un señor la recogió y la llevó al hospital. El golpe fue tan fuerte que perdió al bebé que esperaba. Lady Black la escuchaba preocupada, pero no se creía sus falsas lágrimas. Pensaba que todo lo había planeado porque realmente no estaba embarazada, pero era su hija y callaría sus fundados temores por su bien y el de toda la familia. Aunque Elsie quería irse a casa con su marido, su padre le recomendó que pasara la noche bajo los atentos cuidados de su querida madre.

Sir Paul Layon y su hijo Mark decidieron realizar los primeros viajes en el tiempo en secreto para conocer el alcance del invento: su correcto funcionamiento y sus peligros. Pascual les había contado que en sus sueños aparecía Mark ya de mayor. Su localización era Londres en el siglo XXI. Sin tener datos de la fecha exacta, Mark comenzó a realizar viajes al futuro deseoso de encontrarse en una vida posterior. Su padre se encargaba de controlar cada viaje, anotando toda la información que su hijo le iba aportando en cada ida y vuelta. El grupo de hombres que habían trabajado en el invento estaban ansiosos por probarlo, excepto el doctor Ralph Brown, que rara vez asistía a las reuniones: con la excusa de que su prometida no se encontraba bien y faltaba poco tiempo para la boda sus ausencias eran cada vez más prolongadas. Sofía, dado el malestar que sentía, había pedido aplazar la boda, al menos unas semanas. Sus padres estaban de acuerdo, pero el doctor quería casarse cuanto antes, aunque fuera una celebración íntima, privada. Sofía no tuvo más opción que aceptar y temió que su amado no regresara a tiempo. Sir Paul Layon había contratado los servicios de un detective en Italia para que encontraran a Daniel; había pasado ya demasiado tiempo y no era propio de él que no regresara.

Había transcurrido casi un mes desde que Mark había comenzado a viajar en el tiempo. Contento con la valiosa información que había recabado, decidió que era el momento en acceder a las súplicas de Pascual de viajar al futuro, concretamente, a Valencia, a la fecha exacta que Daniel había soñado. Mark se ofreció para acompañarlo, pero él le pidió ir solo. Una vez en la cueva, después de darle varios consejos, Mark programó el viaje para tan solo unas horas y lo vio partir a través del círculo parpadeante. Mark, impaciente, lo esperó hasta que regresó. Pascual estaba pletórico: había estado en una ciudad que, aunque era del futuro, sentía que provenía de allí. El escaso tiempo que había estado no le había permitido nada más que caminar por sus

grandes y extrañas calles. Necesitaba estar más tiempo para encontrar el sitio donde vivía y averiguar la forma en la que había llegado hasta allí, para lo cual deberían de programar su viaje para varios días. Mark entendió los deseos de Pascual, pero consciente de lo peligroso que podría resultar estar en un lugar desconocido sin dinero ni comida, le permitió viajar en el tiempo durante dos días, después regresaría y, si fuera necesario, volvería otra vez.

oooooooo

Faltaban cinco días para la celebración de la boda de Sofía con el doctor Ralph Brown. Los preparativos estaban casi terminados: iba a ser una boda sencilla, nada sofisticada. Sofía andaba inquieta; todavía no tenían noticias de Daniel y no sabía si contarle a su madre toda la verdad y cancelar de una vez la dichosa boda, pero si lo hacía, le causaría un gran disgusto. Además, quizá nunca más volviera a ver a Daniel y sería todo un escándalo ser una madre soltera: si se casaba, al menos, su hijo tendría un padre que velaría y cuidaría de los dos. Pero ella amaba a Daniel, lo amaría toda su vida, aunque tuviera que casarse con otro hombre. En sus súplicas siempre estaba él y en sus momentos amargos la duda de dónde se podría encontrar le provocaba desasosiego.

Sir Paul Layon tuvo noticias del detective que había contratado para que encontrara a Daniel. Después de seguir sus pasos por varios lugares una pista le llevó hasta Milán. Le comunicaba que, con su buena intuición y algo de suerte, en poco tiempo daría con él. Sir Paul Layon se alegró por tan buena nueva, además, también estaba dichoso y orgulloso porque, siguiendo su instinto, había descubierto quién podría ser el hombre que intentaba acabar con la buena reputación de Daniel.

Llegó el gran día de su boda y Sofía se planteó el contar la verdad. Vestía un elegante y sobrio traje blanco de seda con mangas largas, ancho, y con un gran vuelo en la falda para que no se le notara su ya abultado vientre. Su hermana le aconsejó sobre la forma de llevar su melena: un recogido resaltaría más sus bonitos rasgos. A Sofía le daba exactamente igual; no tenía ninguna ilusión, ni por el vestido ni por el peinado, y Elsie lo notó.

—Voy a dejarme el cabello tal como me lo han peinado. Me da igual si me favorece más o menos.

—Hermana, creo que no quieres casarte con el doctor.

—No estoy enamorada de él —le confesó Sofía—. Ya sabes que mi boda ha sido arreglada, como la de tantas otras jóvenes de la ciudad. Solo de pensar que a partir de hoy estaré obligada a proporcionarle placer a mi esposo me provoca náuseas. Al menos tú te has casado por amor.

—La sumisión sexual es uno de los deberes que debemos acatar cuando nos casamos y, comprendo que te asuste, pues ni eres una mujer sumisa ni le quieres. Sin embargo, yo estoy muy enamorada de mi marido y estoy dispuesta a satisfacer todos sus deseos, aunque sé que él no me ama como yo a él. Desde que perdí al bebé no tiene el menor interés en mí. Es doloroso, pero estoy segura de que con el tiempo me querrá.

—Eres la mujer más perseverante que he conocido y, tarde o temprano, lo conseguirás.

—Sofía, nunca me has entendido porque tenemos distintas formas de amar. Lo único que siento, aunque no te lo creas, es que Simone sea amiga tuya, pero, por si no te has enterado, ya tiene otro pretendiente y está muy feliz.

—¿De verdad? Me gustaría tanto hablar con ella...

—Pues será mi regalo de boda: la iré a visitar, le explicaré que las dos

nos enamoramos del mismo hombre y que no era mi intención hacerle daño a ella, después, le suplicaré que volváis a ser amigas. Simone es muy enamoradiza; seguramente ya se habrá olvidado de Harry. Créeme, no soy tan odiosa y calculadora como parezco. Sé que con el tiempo Harry será muy feliz a mi lado.

—Elsie, es la primera vez que veo algo de tu lado humano, quizá necesitabas alcanzar tu meta en la vida para ser mejor persona.

—Lucho por lo que quiero y reconozco que no me importa nada ni nadie con tal de conseguir mis deseos, pero también tengo mi corazóncito. Anda, hermana, bajemos al salón; se acerca el gran momento.

En el salón se encontraban lady Black vestida con un elegante traje de color azul y su esposo. Estaban impacientes, querían llegar con puntualidad. Sofía, al verlos tan dispuestos e ilusionados, fue consciente de que en unos minutos se iba a casar. Repentinamente, sintió una profunda sensación de angustia: estaba a punto de arruinar su vida. No podía hacerlo, no sin antes hablar con Daniel.

—Padre, madre: no me voy a casar —anunció llevada por un impulso saliente del corazón—. Estoy enamorada de otro hombre y, hasta que no hable con él, no pienso casarme con el doctor Ralph Brown.

—Hija, entiendo que estés nerviosa, nos suele pasar a todas las mujeres antes de la boda —intentó calmarla lady Black—. Aunque ahora no estés enamorada de él, con el tiempo lo amarás y serás muy dichosa. La mayoría de mujeres nos casamos con hombres a los que ni siquiera queremos al principio, pero el roce y el cariño lo cambian todo.

—Yo sí me casé por amor, y creo que Sofía no debe casarse con el doctor porque nunca va a ser feliz; ella es distinta a nosotras, madre —opinó Elsie posicionándose del lado de su hermana.

—Sofía, ¿cómo se te ocurre romper tu compromiso unos minutos antes de la boda? ¡Eso es inconcebible! —le riñó su padre—. El doctor te ha estado cortejando durante un tiempo, incluso hemos firmado la dote ante notario. Te vas a casar, quieras o no quieras con él: es tu obligación, nos lo debes a tu madre y a mí.

Sofía se encontraba cada vez peor y sufrió un desmayo.

—¡Traed las sales! —ordenó el barón—. Debe de recuperarse cuanto antes: la boda se va a celebrar hoy tal y como está previsto.

Mientras tanto, el doctor Ralph Brown salía de su residencia perfectamente vestido con un elegante frac de color negro. Cuando se disponía a subir a su carruaje, sir Paul Layon, junto con el inspector Bob Walker y dos de sus hombres, llegaron a la puerta de su residencia. Al observar que estaba a punto de marchar, rápidamente se acercaron hasta donde se encontraba.

—Doctor Ralph Brown: queda detenido por los asesinatos de William Reid y Peter Clayton —le comunicó el inspector alzando la voz.

—Inspector, debe de haber una confusión —dijo el doctor mirando extrañado a los cuatro hombres—. ¿Cómo osa imputarme tales delitos? Además, el día de mi boda. Este malentendido le va a costar su puesto...

—Doctor, Pascual ha viajado al futuro. Vio cómo perseguía sin parar a Daniel y a Sofía; sabemos que ha sido usted —arguyó sir Paul Layon con seguridad—. Los últimos días estuvo ausente de las reuniones con el grupo, no por los preparativos de la boda, sino porque sin nuestro permiso estuvo viajando al futuro: Pascual lo ha estado siguiendo.

—No tiene sentido, ¿qué iba a hacer yo en el futuro junto a ellos dos? Y si fuera así, ¿qué demuestra que fui yo quién los asesinó? Todo esto es absurdo. No pienso gastar ni un segundo más de mi tiempo con ustedes; se les ha ido la cabeza con el invento. Señores, me marcho a mi boda.

—Pascual también viajó al pasado los días previos al asesinato de William Reid y descubrió que fue usted quién ordenó su muerte. También sabemos que fue usted quien atropelló a Peter Clayton —aseguró sir Paul Layon.

El doctor subió a su carruaje y empujó al cochero con tal fuerza que lo tiró a la calzada. Velozmente, tomó las riendas apartándose de ellos. Sir Paul Layon, se montó a toda prisa en su carruaje y lo persiguió. El carruaje del doctor no se paró hasta llegar a las afueras de la ciudad a una zona solitaria. Caminó de forma acelerada hasta que llegó a la cueva donde se encontraba el invento. Después de tomar una gran piedra entre sus manos entró. Al llegar hasta el aparato lo programó y al instante apareció un gran círculo parpadeante.

—Doctor —le llamó sir Paul Layon entrando en la cueva —. Sabía que se dirigiría hasta aquí.

—Si intenta detenerme destruiré el aparato —le amenazó mostrándole la piedra que tenía entre sus manos—. Deje que me marche o lo haré.

—Está bien —le contestó con la idea de tranquilizarlo —. Pero antes de marchar, ¿me podría explicar los motivos? ¿Por qué mató a los pretendientes de Sofia?

—No creo que nos volvamos a ver nunca más, así que no me importa explicarle mi verdad. Desde muy joven acompañaba a mi padre, el doctor Brown, a visitar a la honorable familia del barón Black. Aunque pertenecíamos a la alta sociedad, mi padre nunca poseyó títulos ni riquezas, cosas que yo ansiaba desde pequeño. Tener una familia como la de ellos era lo que más deseaba en la vida. Para ello me esforcé en ser el mejor médico, con la idea de algún día casarme con alguna de sus dos hijas. Elsie era demasiado complicada y sus deseos de riqueza superaban a los míos, por lo que la descarté y me centré en la dulce Sofía, la mujer perfecta para mí. Pacientemente esperé a que se convirtiera en una mujer adulta, para entonces yo ya sería un prestigioso médico digno de ella. Pero su belleza y su carácter alegre y soñador comenzaron a atraer a más de un joven. No podía permitir que se casara con otro, ella sería solo mía. La única manera de apartar a sus pretendientes era matándolos. Lo que también me permitió acercarme más a ella, ya que se convirtió en una mujer maldita: ningún hombre se atrevía a cortejarla por miedo a ser asesinado. Yo fui quien comenzó a correr el rumor de que la llamaban «Lady Muerte».

»Desde el primer día que nos mostró cómo funcionaba el invento, he estado viajando a la fecha y lugar que nos facilitó Pascual: el día en el que Sofía y Daniel se conocieron. No sabía que ellos estaban enamorados, lo descubrí al viajar al futuro. Los perseguí como una sombra con la intención de obstaculizar su relación. Viajé varias veces a Valencia y a Alicante, pero no conseguí impedir que viajaran al pasado y se volvieran a encontrar. También realicé un viaje a Italia; descubrí dónde estaba Daniel y lo aparté para siempre de la vida de Sofía. Ahora que por fin iba a ser feliz junto a mi amada, descubren que he sido yo. Eso no estaba dentro de mis planes... Pensaba destrozarse el aparato después de mi boda.

—Ya sabemos que usted encerró a Daniel en una casa abandonada de Milán, dejándole solo agua para subsistir, a la cual le introdujo unas dosis de una sustancia que poco a poco lo iría debilitando hasta que se muriera. Pero pudo escapar y un detective lo encontró deambulando por las calles de Milán. Hoy esperamos su llegada a Londres. Una última pregunta antes de que desaparezca en el tiempo, ¿fue usted quién abusó de la señorita Sofía e intentó perjudicar la imagen de Daniel?

—Nunca abusaría de una dama, y menos de Sofía. Con respecto a Daniel, no era conocedor de que tuviera una relación con Sofía, por lo que no lo consideraba competencia y nunca hice nada que lo perjudicara, al contrario, me era grata su amistad, hasta que me enteré de que estaban enamorados. Sir Paul Layon, ha sido todo un placer coincidir con usted en esta época —dijo el doctor situándose junto al círculo parpadeante.

Sir Paul Layon intentó detenerlo en vano. Cuando se estaba introduciendo en el círculo, el doctor tiró la piedra que sujetaba en su mano contra el aparato y al instante el círculo desapareció.

—¡Oh, no! ¡Ha destrozado el invento!

oooooooo

Sofía, ante la actitud de sus padres, decidió acudir a la iglesia para contraer matrimonio con el doctor Ralph Brown. Elsie la ayudó a caminar; se encontraba tan débil que no podía dar un paso por sí sola. Una vez en el carruaje, con lágrimas en los ojos, observó que dos jóvenes llegaban a la puerta de su residencia. Llevada por un presentimiento, volteó la cabeza hacia ellos y lo reconoció.

—¡Daniel! ¡Es Daniel! —gritó emocionada—. Impulsivamente, se levantó, lo llamó una y otra vez, pero el joven no la vio. ¡Paren, es urgente!

Para su desdicha, su padre no atendió a sus súplicas y continuaron hasta llegar a la iglesia. En la puerta, además de los invitados vestidos con sus mejores galas, los esperaban el inspector con dos de sus hombres.

—Lady Black, señorita Sofía —las saludó el inspector besando sus manos—. Tengo que comunicarles que la boda no se va a celebrar: hemos descubierto que el «Asesino del Amor» es el doctor Ralph Brown. Hemos

intentado detenerle, pero ha huido.

—No puede ser cierto... ¿Está usted seguro de que se trata de él? — preguntó el barón desconcertado.

—Totalmente seguro.

—Necesito sentarme —pidió lady Black—. Tiene que explicarnos en qué se basa para proferir tales acusaciones.

—Siento haber sido tan directo, como de costumbre, ya me conocen: no soy nada delicado comunicando las noticias. Les recomiendo que regresen a su residencia. Allí les pondré al corriente de todo.

Sofía, aunque le impresionó la noticia, lo único que quería era regresar a su casa para ver a Daniel. El barón, de forma correcta, se excusó ante los invitados y les comunicó que la boda no se iba a celebrar y que en breve les explicaría por escrito los motivos. Al llegar a la residencia, Daniel y Pascual se encontraban en la puerta. Nada más detenerse el carruaje, Sofía, sin guardar la compostura, corrió hacia Daniel.

—¡Daniel, mi amor! —gritó emocionada echándose en sus brazos.

Daniel la abrazó y se desvanecieron todos sus males. Los padres de Sofía no entendían qué estaba pasando. Se miraron confundidos sin saber quién era ese joven que, sin decoro, besaba y abrazaba a su hija. Sin embargo, Elsie sonrió deleitándose con la situación: su hermana pequeña había dejado de ser una mujer virtuosa al mostrar en público su incontrolable pasión. Al final terminaría siendo feliz: las dos lo serían con el tiempo. El barón, inquieto por la forma indecente de proceder de Sofía, les ordenó que entraran en la residencia y les dieran una digna explicación. Daniel tomó de la mano a Sofía y obedeció.

—Me alegro de haber llegado a tiempo antes de que se casara. Prométame que en nuestra boda llevará otro vestido; este me recordaría a que estuvo a punto de casarse con otro.

—Se lo prometo, Daniel. Tengo que contarle muchas cosas, pero antes debo de explicarles a mis padres nuestra relación. Espéreme solo unos minutos, necesito hablar con ellos a solas.

Sofía les pidió a sus padres y a Elsie que entraran en la sala. Con

templanza, les narró con todo detalle su relación con Daniel y la razón por la que no lo había contado antes: si se hacía público temía que lo asesinaran como a sus otros pretendientes. También les explicó que yació un día con él, pero que estuvo una segunda vez con un hombre que no fue él. Esa vez, algún desconocido abusó de ella y, al no poder saber con seguridad quién era el padre de su hijo, decidió comprometerse con el doctor hasta que regresara Daniel. Ante tal historia sus padres se desconcertaron. Lord Black la reprendió por no contar desde un principio la verdad y, su madre, en cierta forma la comprendió por querer proteger a Daniel, su gran amor. Después de sopesar lo sucedido y, siendo conscientes de la suerte que había tenido de no llegar a casarse con el doctor, le permitieron que estuviera un rato a solas con Daniel para que le explicara lo ocurrido. Tras comunicarle que estaba embarazada, Daniel, lleno de gozo, la abrazó con tanta fuerza que a Sofía hasta le dolió.

—Daniel, si no se acordaba de que estuvo una segunda vez conmigo era porque no fue usted: alguien abusó de mí y mi madre piensa que pudo ser Alan. Cuando se marchó de viaje y me enteré de que estaba embarazada, conté los pétalos de rosa que se encontraban en el sobre donde me notificó el segundo encuentro y pude comprobar que no coincidían con el número de días desde que nos conocimos. Por ello supe que no fue usted: no puedo saber con seguridad si es el padre del hijo que estoy esperando.

Daniel, abrumado, y sobre todo dolido porque algún hombre abusó de ella, sin poder remediarlo gritó de rabia, pero al momento se serenó y se colmó de dicha.

—Ese hijo es mío, es fruto de nuestro gran amor. Nadie más es capaz de concebir tan preciado regalo que nos ha dado la vida. Pero, juro por mi honor, que aquel que se atrevió a mancillarla pagará con una tortura tan grande que no querrá seguir respirando. Amada mía, olvídense de lo ocurrido: solo somos usted, yo y nuestro futuro bebé. Nos casaremos cuanto antes, siempre que sus padres nos den su aprobación.

En ese momento llegó el inspector. Pascual, que se encontraba solo en la puerta de entrada sin que nadie lo echara en falta, se alegró de verlo. Después de anunciar su visita, todos se reunieron en el salón. El inspector, sin dar ningún tipo de rodeos, les relató la forma en la que habían descubierto que el

doctor era el hombre que asesinaba, o mandaba asesinar a los pretendientes de Sofía. Les habló de sus razones, de los viajes en el tiempo y de su huida a paradero desconocido. Daniel era conocedor por Pascual de que había descubierto que el doctor los había estado persiguiendo en el futuro, un futuro del que venían Sofía, Pascual, Mark y él y, que el mismo tiempo, había hecho que sus caminos se cruzaran: futuro, presente y pasado estaban conectados de tal forma que sus vidas en algún momento se tendrían que encontrar. La razón aún se les escapaba del entendimiento, pero posiblemente fuera debido al propio invento.

Sir Paul Layon y su hijo Mark esperaban con impaciencia la visita de Daniel. Además de estar desolados por la destrucción parcial del invento, había desaparecido toda la información que Pascual recabó en Italia para perfeccionarlo: alguien había robado todas las nuevas anotaciones que con gran esfuerzo redactó Mark para poder programar el viaje en el tiempo. Tal y como había quedado el aparato después de que el doctor lo intentara destrozarlo, se podría viajar, pero sin programar ni la fecha ni el tiempo de permanencia. Para conseguirlo tendrían que comenzar de nuevo. Lo que no comprendían era la razón por la que no se habían llevado también las anotaciones anteriores, tal vez fuera debido a que parte de ellas estaban manchadas de café, o posiblemente, quién se las llevó ya conocía las primeras fórmulas. Podía haber sido cualquiera de los integrantes del equipo que habían estado trabajando en el invento y, después de analizar con detenimiento las posibles razones de tal acto, concluyeron que las habría robado el doctor Ralph Brown.

Daniel, tras abandonar la residencia de su amada Sofia, se dirigió con Pascual a visitar a sir Paul Layon y a Mark. Ambos lo recibieron con los brazos abiertos, estaban muy preocupados por él y felices por su regreso a Londres. Daniel les agradeció el apoyo incondicional que siempre había recibido de ellos: gracias al detective que habían contratado se encontraba a salvo.

—Querido amigo, tengo tantas cosas que contarte que no sé por dónde empezar —expresó Mark—. He estado viajando en el tiempo y he descubierto cosas realmente interesantes que estoy deseando contarte.

—Amigo mío, cuando Pascual y yo descubrimos a través de los sueños que veníamos del futuro, nos causó confusión y a la vez expectación por saber la forma en la que habíamos llegado hasta aquí. ¿Vivimos en dos tiempos a la vez? ¿Debemos de regresar? Mark, mi mente está llena de preguntas que necesitan respuestas.

—En mis recientes viajes al futuro he podido recabar variada y extensa información que resolverán parte de tus dudas.

»Cuando logré localizar mis últimos días de vida en el siglo XXI, emocionado, comprobé que había hallado la forma de viajar en el tiempo. Pascual era muy amigo mío y él sabía que estaba trabajando en un importante proyecto, pero no sabía de qué se trataba. Antes de probarlo, por precaución, metí toda la documentación referente al invento en un sobre y dispuse que, cuando falleciera, se la entregaran a Pascual. Curiosamente, la información que tenía en el futuro era la misma con la que he estado trabajando aquí, incluso parte de las anotaciones estaban manchadas de café. En el futuro, sin decírselo a nadie, me dirigí hasta una cueva y puse en marcha el aparato que, según mis cálculos, me llevarían hasta el siglo XIX. Y así fue: al atravesar un círculo parpadeante mi cuerpo desapareció en el siglo XXI y volví a nacer en el Londres del siglo XIX, siendo en esta época el hijo de sir Paul Layon. Mi padre me explicó que mi nacimiento fue algo inesperado, pues habían perdido la esperanza de tener descendencia y, casualmente, lo mismo les sucedió a vuestros padres con vuestros nacimientos.

»En el siguiente viaje que realicé al futuro vi que mi cuerpo había aparecido de nuevo en el siglo XXI en estado de congelación fuera de la cueva donde se encontraba el aparato. Durante unas horas mi cuerpo se mantuvo con vida, pero después fallecí. Al entrar en la cueva observé que sobre el aparato se había caído parte de la roca y ya no funcionaba. Ha sido una experiencia sorprendente, insólita: me veía a mí mismo en el futuro, muy mayor, pero con la misma ilusión por la invención que tengo ahora en mi juventud. Después de estudiar diversas posibilidades, he llegado a la conclusión de que al viajar en el tiempo con el antiguo aparato sin programar, nuestros cuerpos desaparecen de la época de donde provenimos: no se puede vivir en dos tiempos a la vez. Pero se puede regresar y seguir viviendo en el sitio de donde se proceda, entonces el cuerpo desaparece de esta época. El problema radica en que, si alguien, personalmente, o debido a causas naturales provoca la destrucción del aparato por el que se viajó, en ese caso, los cuerpos aparecerán muertos en el siglo XXI sin poder continuar viviendo en ese tiempo, como me ocurrió a mí. Es difícil de comprender y, además, aún hay más. Cuando contemplé mi cuerpo congelado, todavía con vida, durante unos segundos abrí los ojos. Al verme a mí mismo en tal estado deseé que mi yo del futuro se despertara. Me

tomé el pulso y comprobé que mis constantes vitales se estaban recuperando, sin embargo, me dejé ir, morir. Creo que si realmente lo hubiera querido, me habría recuperado, pero, decidí morir para vivir aquí y hoy en el siglo XIX. Fue mi elección. En mis apuntes he anotado el año en el que nacisteis tú, Sofía y Pascual para que conste en el manuscrito por el que se guiará Pascual para viajar en el tiempo. Todavía quedan muchas incógnitas por resolver sobre la forma en la que funciona el viaje en el tiempo, lo único que tengo claro es que el invento creado a través del manuscrito por el que nos hemos guiado, conecta el futuro con el pasado, siendo en los dos tiempos el presente que se vive, pero como te digo, amigo, aún me quedan muchas horas de estudio para averiguar tantas cosas que ahora se nos escapa del entendimiento que no sé si viviré para lograrlo.

—Me resulta difícil de entender —dijo Daniel intentando asimilar lo expuesto por su amigo Mark—. Yo quiero seguir viviendo aquí con Sofía, aunque con el tiempo no sé si querré regresar al futuro.

—El problema es que, si alguien destruye el aparato por donde entraste, ya jamás podrás regresar al futuro y..., temo que el doctor Ralph Brown quiera hacerlo. Pascual no solo vio cómo os perseguía el doctor en el futuro, sino que también descubrió que procedía de allí. En vuestro tiempo se llama Raúl y es un prestigioso médico que reside en Costa Rica, pero, curiosamente, él puede vivir en dos tiempos a la vez, por lo que pensamos que en algún lugar del presente, pasado o futuro, descubrió una fórmula más sofisticada. En mi opinión deberíais de regresar al futuro los tres, Pascual, Sofía y tú, antes de que se destruya el aparato y, una vez allí elegir si os queréis quedar en vuestro tiempo o regresar al siglo XIX. Lo más seguro es tener solo una vida; todavía no he podido averiguar las consecuencias que a largo plazo pudiera traer. En mis viajes todo era normal: la ciudad, las personas, el paisaje... Sin embargo, visualicé una serie de fenómenos atmosféricos que me rondaban fuera de lo habitual: lluvia repentina, viento, neblina, arcoíris y, sobre todo, grandes sombras sin dueño que parecían que me perseguían. Cuanto más frecuentaba el futuro, más se manifestaban y con más intensidad.

—Lo que nos estás aconsejando es que regresemos al futuro y, una vez allí, decidamos si quedarnos o volver aquí.

—Así es, pero la decisión la tendréis que tomar cuando las constantes

vitales de vuestro cuerpo comiencen a recuperarse del estado de congelación en el que os encontraréis. En mi caso, mi cuerpo apareció en el siglo XXI congelado porque el aparato se destruyó, pero vosotros tenéis la oportunidad de viajar al futuro y decidir si queréis quedaros allí o regresar antes de que se dañe el aparato.

—Todo esto es muy complicado...

—Daniel, tengo que contarte cómo era tu vida en el futuro, creo que lo debes de saber antes de tomar una determinación, al igual que Sofía —dijo Pascual—. Como te expliqué, en mis viajes al futuro, os encontré a ella y a ti.

—¿Cómo soy en el siglo XXI? ¿Estoy casado con Sofía?

—Observé que tu personalidad es la misma —comenzó a explicarle Pascual—. Aunque tienes treinta y siete años, tu físico es igual, claro, envejecido por la edad. Eres un hombre muy creativo. Tu profesión es ingeniero industrial, pero desde hace un tiempo trabajas conmigo, que fui tu antiguo profesor, en un invento que, casualmente, es el mismo en el que trabajamos aquí. Estás casado con una hermosa mujer y tienes un hijo al que adoras, aunque no se parece en nada a ti.

—¿Estoy casado y tengo un hijo? Entonces... ¿Por qué en mis sueños es Sofía la mujer a la que amo?

—En mi humilde opinión, creo que estabais destinados a encontraros y realizar este viaje al futuro para poder estar juntos. Nada más conoceros un halo de magia os envolvió conectando vuestras almas. Sofía es varios años mayor que tú. Es una magnífica arquitecta y está muy involucrada en una organización que ayuda a vivir mejor a los niños más necesitados de la India. Tenía un importante viaje programado antes de llegar aquí.

—Así que los dos tenemos compromisos en el futuro. Debo de contárselo a Sofía. En este momento siento unas ganas tremendas de conocer a mi hijo.

—Todos teníamos unas vidas antes de volver a nacer aquí —comentó Mark—. Pero hay que elegir la que se quiera vivir y tenéis que hacerlo cuanto antes.

—Daniel —interrumpió sir Paul Layon—. Antes de que toméis una decisión, quiero que me acompañes a un lugar. Es muy importante y, si

dispones de tiempo, podemos ir ahora mismo.

—Será un honor acompañarlo —le contestó, levantándose, mostrando su buena disposición.

Los cuatro caballeros se montaron en el carruaje de sir Paul Layon sin saber a dónde se dirigían. Cuando contemplaron que se adentraban en la zona más pobre de Londres su curiosidad se incrementó.

—Padre, estamos en el East End, la zona más peligrosa de Londres. ¿Nos podrías decir qué venimos a hacer aquí?

—Hace poco, llevado por un presentimiento, acudí a la taberna de Blake: algo me decía que el hombre que estaba intentando dañar la imagen de Daniel debía de frecuentar los bajos fondos de la ciudad. En el bar observé a un hombre vestido con capa larga y sombrero conversando con Alan. Cuando se marchó lo seguí y apunté su dirección. Días después acudí a los alrededores de su casa y, cuando lo volví a ver, lo entendí todo.

—¿Qué fue lo que entendió? —preguntó Mark intrigado.

—Quiero que lo comprobéis por vuestros propios ojos.

—Tenía entendido que el causante de mis males fue el doctor Ralph Brown —comentó Daniel.

—Él fue quien asesinó a los pretendientes de Sofía, pero no el que quería destrozarte tu vida profesional. Todas las cartas que firmaron en tu nombre y el fatídico artículo que pretendían publicar en tu revista con la intención de dañarte, los atracos... Absolutamente todo, estoy casi seguro de que lo hizo una persona que no tiene nada que ver con el doctor. Vive en Greenwich, pero de vez en cuando viene a la ciudad y, por fortuna, estos días está aquí.

El carruaje se paró delante de una casa tan pobre como las que se hallaban a su alrededor. La vestimenta de los cuatro caballeros hacía que las personas que caminaban por el lugar los miraran con odio y desprecio. Sir Paul Layon llamó a la puerta de la casa. Una señora mayor, desaliñada y exageradamente maquillada les abrió.

—¿Qué desean? —preguntó sorprendida al verlos—. Si quieren que les lea las cartas deben de pedir cita, a no ser que me paguen ustedes muy bien.

—Señora, venimos a visitar a su hijo, aunque, si después nos sobra tiempo, tal vez nos pueda leer las cartas —le dijo sir Paul Layon con amabilidad para ganarse su confianza.

—Adam no se encuentra en casa; estará en la taberna de Blake. Suele ir allí antes de regresar a Greenwich.

—Ha sido un placer hablar con usted —le dijo sir Paul Layon despidiéndose.

Caminaron por las malolientes calles hasta que llegaron a la taberna de Blake. Sentado solo en una mesa bebiendo güisqui se encontraba Adam.

—Ahí está: es él.

—¿Quién es, padre?

—Seguidme, por favor.

Al llegar junto a Adam, todos se sobrecogieron al verlo.

—No puede ser...—expresó Daniel—. ¡Es exactamente igual que yo!

El hombre, al verlos, intentó huir, pero entre los cuatro lo acorralaron y, tomándolo por los brazos, lo subieron al carruaje.

—Le llevaremos ante el inspector: creo que debe de darnos muchas explicaciones —le dijo sir Paul Layon.

Adam, creyendo que habían descubierto todos los delitos cometidos, no mostró resistencia alguna. Sabía que tarde o temprano darían con él, pero no le importaba: había logrado perjudicar a Daniel y su huella la llevaría toda su vida. Sin embargo, sir Paul Layon lo único que sabía de él era su procedencia y que vivía en Greenwich, pero su intuición le decía que él era el que orquestó toda la trama para dañar a Daniel.

Antes de que lo interrogara el inspector, sir Paul Layon le sugirió a este, con la idea de sacarle toda la información posible, que fingiera que sabía todas las fechorías que había cometido y, que si las confesaba, le reduciría la condena. Adam aceptó sin reparos la proposición y comenzó narrando su historia delante de todos.

—Mi madre fue la curandera que atendió en el parto a la madre de Daniel, pero no solo él vino al mundo: también nació yo. Somos hermanos

gemelos. Mi madre solo entregó a Daniel; ella deseaba tener un hijo varón y, viendo la oportunidad, me ocultó. Para no llamar la atención, los primeros años casi no me dejaba salir de casa: no fui a la escuela, ni podía jugar en la calle como otros niños de mi edad. Crecí rodeado de mujeres parturientas, sin aprender tan siquiera a leer ni a escribir. Pero todo ello cambió cuando al cumplir doce años mi madre me llevó a Greenwich para que trabajara con un familiar. Parte del dinero que gané lo destiné a recibir clases particulares. Aprendí muy rápido: era un chico creativo, con inquietudes y muy inteligente. Mi madre nunca me ocultó que era hermano de Daniel. Pasado un tiempo, cuando venía a Londres a visitarla, comencé a perseguir a Daniel. Comprobé que era un hombre feliz al que todo en su vida le iba bien, entonces fue cuando tramé la manera de dañarlo: quería que sintiera parte de las penurias que yo he tenido que pasar en la vida.

»No me costó trabajo entrar en el negocio donde trabajaba. Me acostumbré a vestir como él; me parezco tanto que nadie sospechó de mí. Después, incluí entre sus papeles un artículo nada ético que previamente había redactado con la idea de manchar su reputación. De igual forma actué firmando cartas falsas en su nombre en El Club de los Grandes Genios. De la noche a la mañana convertí su vida en un tormento, haciéndole creer que se estaba volviendo loco.

—¿Por qué no acudió a mí para confiarme que era mi hermano, en vez de intentar destrozar mi vida? Le aseguro que le hubiera ayudado, incluso le habría ofrecido trabajar para mí. Tal vez nos hubiéramos llevado bien, siempre quise tener un hermano, y resulta que lo tengo y quiere hacerme infeliz.

—Mi madre me prohibió que se lo contara: aunque nacimos del mismo vientre nuestras madres son diferentes, y yo me debo a la mía. Pero durante un tiempo he podido poseer aquello que tenía.

—¿A qué se refiere? ¿A mi negocio? ¿Al club?

—Todo ello lo pude saborear un poco haciéndome pasar por usted, sin embargo, de lo que más gocé fue del placer del precioso cuerpo de Sofia.

—¡Fue usted! ¡Será malvado! —gritó Daniel levantándose y propinándole una bofetada—. El inspector lo separó, pero Daniel, se soltó y le propinó otra. ¡Se va a arrepentir de lo que hizo el resto de tu vida!

—Cálmate, amigo —le pidió Mark—. ¿No ves que lo único que pretende es hacerte sufrir?

—Llevas razón. Me duele el alma, pero me contendré. Entiendo que me estuvo persiguiendo y sabía que mi forma de comunicarme con Sofía era a través de cartas. Era conocedor de que una noche acudí a Black House para estar con ella y, la segunda carta que recibió, la redactó usted y yació con ella haciéndole creer que era yo. ¡Traidor! ¡¿Cómo me voy a contener ante semejante malhechor?! —exclamó levantándose de nuevo y pegándole un fuerte puñetazo en el centro de su rostro, provocando que sangrara su nariz.

—Así fue, hermano: los dos hemos gozado de la misma mujer y los dos tenemos las mismas posibilidades de ser el padre de la criatura que está esperando. Mi huella le perseguirá toda la vida.

—Está equivocado: Sofía y yo le borraremos de nuestra mente. El hijo que espera es mío, solo mío. Espero se pudra en la cárcel...

Al terminar el interrogatorio, los cuatro caballeros se dirigieron a la residencia de sir Paul Layon. Todos estaban afectados por lo ocurrido, sobre todo Daniel que no hallaba consuelo en las palabras de ánimo que sus queridos amigos le brindaban para que intentara sobrellevar lo acontecido. Tras tomar una copa de vino, Daniel quiso visitar a Sofía para ponerle al corriente de las malas noticias recibidas. Sir Paul Layon le sugirió que, quizá fuera buen momento para que regresaran al futuro. Daniel accedió con la condición de que Sofía regresara con él: lo hablaría con ella y, si estaba de acuerdo, mañana a primera hora se reunirían en su residencia.

Sofía lloró angustiada al enterarse de que el hermano gemelo de Daniel fue el hombre que abusó de ella. En un intento de calmarla, Daniel le habló del futuro, de que era una magnífica arquitecta y que había diseñado el proyecto de una escuela para los niños más necesitados en un lugar de la India al que en breve iba a acudir. Le explicó con todo detalle cómo habían viajado en el tiempo, cómo eran sus vidas en el futuro; aunque le costó trabajo le habló de su matrimonio y de que tenía un hijo al cual quería conocer. Después de explayarse sin omitir ningún dato, le propuso que regresaran los dos juntos a España. Sofía estaba confusa: creía cada una de las palabras que su amado le pronunciaba, estaba segura de que era cierto, pero no lograba entenderlo. La idea de viajar a un futuro donde era una mujer independiente, fuerte y

afortunada le complacía; era una aventura que quería vivir y, si estaba ligada a Daniel, seguro que sería muy feliz en cualquier época que se encontrara. Pero estaba esperando un bebé y, aunque no sabía si era de él, estaba gestando una vida en su vientre: si regresaba al futuro probablemente no lo vería nacer, aunque, si no regresaba, al que no volvería a ver sería a Daniel. Él había tomado ya la decisión: aunque no supiera con certeza qué resolución tomar, viajaría con su amado al futuro.

A primera hora de la mañana, acompañados por sir Paul Layon y por Mark, partieron a la cueva donde se encontraba el aparato. Mark previamente había comprobado que funcionaba, aunque no podrían programarlo para que fueran y regresaran en un tiempo determinado.

—Sofía, Daniel. Una vez que entréis en el círculo viajaréis al siglo XXI. Allí vuestros cuerpos volverán a ser los de antes. Os encontraréis en estado de congelación y vosotros tendréis que decidir si morir y regresar a la vida actual que ahora tenéis en el siglo XIX o seguir viviendo vuestras vidas en el siglo XXI. Si regresáis a Londres, moriréis en España y ya nunca podréis vivir en ese futuro. Pensad bien la vida que realmente queréis vivir. Amigos, buen viaje —les dijo Mark dándoles un fuerte abrazo.

Un círculo parpadeante apareció ante ellos. Sofía y Daniel se tomaron de la mano y lo atravesaron juntos.

España, 27 de febrero de 2018

La noticia de que habían encontrado los cuerpos congelados de Sofía Duarte y Daniel Sáez en una cueva a pocos kilómetros de Jávea impresionó de tal manera a Nuria que, sin terminar de almorzar, se marchó del restaurante. Inquieta, se montó en su vehículo y condujo rápido hasta el hospital donde su amiga Sofía se encontraba en Alicante. Nada más llegar, se informó del número de la habitación donde estaba. Nerviosa, caminó por los pasillos hasta llegar a la habitación. Los padres de Sofía se alegraron de verla y le comunicaron que la pobre estaba muy grave. Nuria se ofreció a quedarse un rato con su amiga con el propósito de que ellos descansaran un poco y así poder quedarse a solas con Sofía. Los padres, agradecidos, accedieron y salieron de la habitación. Nuria se acercó hasta la cama y tomó la mano de su amiga; estaba muy fría. La miró y tuvo la extraña sensación de que percibía su presencia.

—Sofía, ¿realmente has viajado en el tiempo? Te tienes que recuperar y contármelo todo. Siento no haberte creído antes, pero ahora sé que decías la verdad.

Nuria sintió que la mano de su amiga recuperaba el calor, o al menos eso era lo que parecía. De repente, entreabrió los ojos y esbozó una tenue sonrisa.

—Me estás escuchando, ¿verdad, Sofía?

Un leve aliento salió de su boca y, como un susurro procedente del más allá, Nuria la escuchó pronunciar unas palabras:

—Querida Nuria, vengo del pasado y allí estoy esperando un bebé. Para poder estar con él debo de morir. No te preocupes por mí; allí soy muy feliz. Si Daniel decide vivir y quedarse aquí, prométeme que mantendrás el contacto

con él.

—¡Ay, amiga! ¡Estás embarazada a los cincuenta y un años de edad! ¡Y en otra época! ¡No te mueras, Sofía! Tengo muchas cosas que contarte que te van a sorprender. ¡Lucha por vivir!

Sofía cerró los ojos y su mano volvió a enfriarse; transmitía un frío de muerte. Nuria se asustó y llamó a la enfermera. Acto seguido, fue a buscar a sus padres. Cuando llegaron a la habitación Sofía había fallecido. Llenos de dolor, todos sintieron tan terrible y repentina pérdida. Nuria, guiada por la curiosidad, se dirigió a la habitación donde se encontraba Daniel. Desde la puerta contempló a unos señores y a una mujer rubia que, con esperanza, comentaba que parecía que se estaba recuperando. Un niño de unos siete años, le agarró la mano a Daniel y, entre lágrimas, le suplicó que se pusiera bueno. Daniel, de repente, abrió los ojos, lo miró fijamente, le sonrió y, después de acariciar su pequeña mano, los volvió a cerrar. Al momento sus constantes vitales comenzaron a descender. Rápidamente, llamaron al doctor y, cuando este llegó, nada más examinarlo les anunció que había fallecido. Nuria palideció: Daniel también había decidido morir para regresar al pasado junto a Sofía, su gran amor.

«Sofía, llevabas razón. Apostaste por un fuerte amor que solo podrías alcanzar siguiendo los extraños caminos a los que te llevaban los latidos de tu corazón. Amiga mía, allí donde estés deseo que seas inmensamente feliz».

## EPÍLOGO

El verano había llegado a la ciudad de Londres. Como era costumbre en esa época del año, las familias de la alta sociedad se desplazaban a sus mansiones en el campo para pasar la temporada. Black House abría de nuevo sus puertas con la esperanza de que los infortunios y miedos sembrados el verano pasado dieran frutos de paz y amor en esta nueva temporada. Lady Black, con la excusa de que necesitaba arreglos importantes, había decidido dejar cerrada la casa de invitados por el triste recuerdo que le traía de Alan. Las dos únicas personas que tenían conocimiento de su infidelidad, para su fortuna, ya no podrían contarlo: Alan se llevó el secreto a la tumba y, el doctor Ralph Brown, había desaparecido en el tiempo y esperaba no volver a verlo nunca más. Sofía estaba radiante. Sobre sus brazos sostenía a un bebé que tenía los mismos rasgos que su marido Daniel: grandes ojos de color avellana con unas largas y espesas pestañas. Daniel era tan feliz junto a Sofía y a su hijo que dejó a un lado el rencor provocado por la maldad de su hermano gemelo Adam, para centrarse en cuidar de su amada familia. Junto a Sofía se hallaba sentada Elsie en avanzado estado de gestación. Con delicadeza se tocaba una y otra vez la barriga mientras su mente urdía algún plan que solo ella conocía. No siempre la bondad, la sinceridad y el honor son factores determinantes para conseguir un gran amor: las argucias utilizadas por Elsie sirvieron para engatusar el corazón de su marido, Harry, envolviéndolo en un velo de mentiras arriesgadas que ciegamente creyó y terminó amándola. Aunque en su mente todavía seguía latente el recuerdo del amor puro y real de Simone.

*Quizá en otro tiempo, quizá en otro lugar, nuestras almas se encontrarán y podremos ser felices hasta la eternidad. Mi amada Sofía, nuestros corazones por fin hallaron un lugar para estar juntos el resto de nuestras vidas y ya nada ni nadie nos podrá separar. Tuyo siempre, siempre mía.*

*Rosas al anochecer*



## NOTA DE LA AUTORA

Los datos sobre el escritor Charles Dickens han sido recabados de fuentes públicas. Aunque existe información en la que se le relacionaba con una actriz de la época, la relación extramatrimonial que describo en el libro con una joven actriz fruto de la cual nació el personaje de Sofía, es tan solo producto de la imaginación de esta autora.

Las nueve cartas enviadas por el personaje Daniel a Sofía han sido escritas por P.M. Lambert. Mis sinceros agradecimientos por su colaboración en esta novela y por conseguir darle una especial personalidad al personaje a través de las sugestivas palabras plasmadas en dichas cartas.

Mis agradecimientos a Paloma Germán por su precisa labor como lectora cero, y a Nazaret por su intervención en el diseño de la portada.

Y por último, a ti lector. Muchas gracias.

Este libro electrónico no se distribuye de manera gratuita. Si está leyendo este libro y no lo compró, por favor, compre su propia copia. Las descargas ilegales atentan contra los derechos de autor y me perjudica. Si le gusta leer, apoye a esta autora y adquiéralo. Muchas gracias

## SOBRE LA AUTORA

Cristina Font Briones nació en Huelva. Licenciada en Derecho por la Universidad de Sevilla, desde hace más de doce años combina el Derecho con la actividad literaria. En el año 2012 publica su primer libro de literatura fantástica juvenil, *En otro lugar: Violetalia*, al que le siguieron *En otro lugar: Violetalia II. El mirador*, *La entrada secreta. Violetalia III*.

En 2019, *Nuvunuk. El misterio del lago de los diez colores* y la novela *Rosas al anochecer*.

Bajo el seudónimo de Lara Leims ha publicado las novelas de suspense romántico *Mensajes desde África* y *Oculto tras su mirada*.

### *Dónde puedes encontrarme*

Facebook: <https://www.facebook.com/CristinaFontBrionesLibros/>

Blog: <http://cfbvioletalia.blogspot.com> <http://laraleims.blogspot.com.es>

Twitter: <https://twitter.com/CFontBriones>

E-mail: [laraleims@gmail.com](mailto:laraleims@gmail.com)

Instagram: cristinafontbriones